



*El*  
**SECRETO**  
*de la* **MONTAÑA**  
**SAGRADA**

VÍCTOR AMAT



Lectulandia

Un siniestro personaje irrumpe en la paz del monasterio de Montserrat: se trata de Brambora, un mercenario al servicio de Suis Viribus, una maléfica organización secreta con oscuras intenciones. Al verse en peligro, la comunidad benedictina recurrirá a Joan, un joven monje al que confiará el destino de sus vidas. A su investigación se le unirá Sarah, una atractiva joven científica junto con la que hallará unos antiguos documentos que hablan de un misterioso tesoro escondido en aquellos parajes: una leyenda que se remontaría a los últimos meses de la guerra civil y que sacaría a la luz un terrible secreto.

**Lectulandia**

Víctor Amat

# **El secreto de la montaña sagrada**

ePub r1.0  
Titivillus 10.08.16

Título original: *El secreto de la montaña sagrada*

Víctor Amat, 2011

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A la montaña y sus silencios





El que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla.

MANUEL VICENT

Porque todo el que se ensalza será humillado,  
y el que se humilla será ensalzado.

Lucas 14:11

# Capítulo I

## MONTSERRAT, BARCELONA

14 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Ladislav Brambora se coló como un turista más en el santuario de Montserrat. Muchos volvían con paso cansado de las rutas; otros comían en alguno de los restaurantes del complejo, mientras contaban en el funicular sus hazañas y las dificultades con que se habían tropezado en sus escaladas.

Aunque ya había estado allí en otras ocasiones, Ladislav no pudo dejar de observar el paisaje. Con el imponente macizo envolviéndolo todo, pasó frente a la puerta del edificio de la escolanía. Los niños que formaban parte del coro gozaban de los servicios de un colegio normal, con un añadido: un paisaje que no dejaba indiferente a nadie. Las carreteras se volvían diminutas bajo los pies de quien se asomaba a ese balcón celestial rodeado de nubes de algodón y de piedra.

Brambora continuó caminando. Atravesó la plaza del Abat Oliva y se detuvo ante la estatua de bronce que la presidía, dedicada al fundador del monasterio. Su mano izquierda sostenía los planos de lo que fue la primera iglesia de Montserrat y con la derecha parecía estar dando la bienvenida a la gente. En la plaza aún se veía un fragmento de la antigua muralla. El portal gótico de acceso al centro del santuario contaba con un escudo de Montserrat que databa del año 1565.

Subió por la Pujada de Nostra Senyora, decorada con una hilera de magnolias, y se detuvo frente a un entrante practicado en pleno muro, una oquedad desde la que una estatua de Sant Jordi parecía no apartar su mirada de él. El vigilante del monasterio; quizá fuera un mal augurio.

A su izquierda, toda una montaña por explorar. En sus años juveniles pasó contra su voluntad noches enteras en el corazón de algunos montes eslovenos en compañía de su padre, ahora ya muerto. Fue entonces cuando Brambora empezó a reconocer en él un instinto de supervivencia que determinaría el resto de su vida. Recordaba como si fuera ayer aquellos lejanos senderos tantas veces recorridos; los odiaba entonces y lo seguía haciendo ahora.

Borró de un plumazo los recuerdos y cruzó la plaza de Santa María, donde se alzaba la nueva e impresionante fachada del monasterio, construida con piedra extraída de la montaña. Enfrente vio el parque cerrado con los materiales pertenecientes al nuevo órgano que la abadía y una conocida entidad bancaria habían financiado. La jornada de los artesanos debía de haber terminado, pero la presencia de sus herramientas de trabajo, así como una gran pancarta explicativa, ponían de relieve la grandeza de la obra: 4.230 tubos, 63 registros, 12,5 metros de altura y más



de 12.000 kilogramos serían las características del nuevo órgano, cuya inauguración estaba próxima y culminaría en una gran celebración. La música constituía un papel esencial en las actividades habituales de la abadía.

Observó los grabados de las arcadas superiores y centró su atención en el que mostraba a Sant Jordi junto a los nombres de los monjes que murieron durante la guerra civil española. En la parte alta del alzado podía leerse: *Urbs Jerusalem Beata Dicta Pacis Visio*. Brambora no sabía latín, pero dedujo que la inscripción aludía a la paz y a Jerusalén, punto de referencia de todo santuario cristiano. Caminó por los restos del antiguo claustro gótico con una sensación de paz y de recogimiento que solo la piedra y la consciencia del paso del tiempo podían otorgar.

Cerca de los arcos que conducían al atrio del templo localizó el acceso a las celdas privadas, una parte del monasterio en la que nunca había estado. Una representación de San Benito en hierro forjado, enmarcada por un friso de piedra con alusiones a la fundación de la abadía, marcaba la entrada al espacio privado de monjes y peregrinos.

Siempre que había acudido a Montserrat se había alojado fuera del monasterio, pero esta vez su misión hacía preciso que pernoctara dentro, entre los miembros de la comunidad. Lo que no había cambiado era su aspecto físico: disimulaba su natural corpulencia mediante un modo de vestir elegante. Llevaba el pelo escaso teñido de color castaño claro y peinado hacia atrás. Ocultaba su mirada tras unas gafas oscuras siempre que había luz en el entorno.

Samuel, el monje encargado de los huéspedes, le recibió en la portería de las celdas de retiro con todo el entusiasmo que un benedictino tiene permitido manifestar: apenas visible, pero muy sentido.

—Bienvenido a la abadía de Montserrat —dijo el joven monje, de aspecto bonachón.

—Gracias —respondió el visitante sin más.

Una vez comprobada la reserva y efectuados los trámites, el hermano lo acompañó hasta su celda mientras le explicaba, paciente, los horarios y las reglas que debía seguir si quería acompañarlos en su rutina.

—A las seis rezamos los maitines.

Brambora se fijó en lo enclenque de la figura del monje. No creía poder encontrar en ese bucólico entorno a nadie con la fuerza suficiente como para enfrentarse a él. Por su trabajo, había adquirido el hábito de analizar rápidamente a cualquier potencial oponente, calcular las probabilidades de victoria en caso de enfrentamiento y planear cuál sería la manera más rápida y discreta de acabar con él.

—A las siete y media rezamos los laudes.

Aquellos hombres se pasaban la vida orando. Entregaban su vida a un ser al que amaban profundamente: un acto de devoción absoluta.

—A las ocho desayunamos en el refectorio —continuó el monje con su explicación.

Hacía minutos que las palabras del fraile habían pasado a un segundo plano; Brambora no creía que fuese a tener tiempo de unirse a la congregación, y mucho menos a jornada completa. Los sucesos que tendrían lugar en los próximos días le mantendrían ocupado.

—A las once celebramos la misa conventual y a la una y media comemos. — Enumeraba pausadamente Samuel. Pasaba lista a los horarios mientras el extranjero seguía sumido en sus cavilaciones—. A las tres oramos la nona, a las siete menos cuarto las vísperas, a las ocho y cuarto cenamos y media hora después nos dedicamos a la vida en comunidad. Disfrutamos del tiempo que pasamos juntos.

No eran dueños de nada, pensaba Brambora, aunque en cierta manera entendía esa entrega ciega a un principio.

—Así que, si quiere, puede acompañarnos en todas las actividades —concluyó orgulloso el monje.

El extranjero calculó que el religioso no alcanzaba los treinta años. Respondió con un simple movimiento de cabeza. Evitaba hablar cuando no era necesario; además, allí el silencio estaba muy bien visto, cosa que le gustaba. No era partidario de seguir más reglas que las suyas propias, pero necesitaba pasar inadvertido hasta que el plan concluyera. Esa era su estrategia: si nadie te percibe, no existes. En la puerta de su habitación, el monje se despidió con un deseo.

—Espero que halle la paz que busca.

Brambora también lo esperaba. Sinceramente.

El gigante esloveno tuvo que agacharse para entrar por una puerta cuyo marco llegaba a rozar su coronilla casi calva. Permaneció de pie en silencio mientras asimilaba el espacio que le habían adjudicado: una celda sobria, con los metros justos para dormir y guardar la bolsa que traía consigo. No le importaba; no necesitaba mucho más. Durante la guerra no había tenido ni eso.

Se sentó sobre la cama y extrajo de su bolsa un pequeño tablero de ajedrez que abrió con sumo cuidado y dejó encima de la mesita. Dudó si debía continuar la partida o descansar un poco, pero al advertir que sus ojos empezaban a ver borrosos los cuadros negros y blancos, entendió que la segunda opción sería la más acertada. Así, sin quitarse la ropa ni cambiarse, ajustó las contraventanas, se tumbó sobre el colchón y cerró los ojos.

En unas horas estrangularía la paz de la comunidad con sus propias manos.

## Capítulo II

### JAPÓN, DOS AÑOS ANTES

Se incorporó, anduvo hasta la caja-trampa y la volvió a levantar. Nada. Con sumo cuidado colocó de nuevo el borde de la caja sobre el palo en forma de «y». Se dirigió hacia su puesto de guardia en el árbol que había escogido por la mañana, el que había surgido imponente entre la espesura como un dios natural, como un tótem. No había otro igual en aquel bosque.

Llevaba toda la mañana allí, esperando, con su cuerpo alto y fibroso apoyado en el magnífico árbol. La idea le había asaltado desde muy temprano y, ya en la meditación del amanecer, había estado distraído. Desde su llegada a Japón había intuido el nudo de la filosofía oriental: el desprendimiento necesario para adquirir la postura, el abandono del cuerpo y los anhelos propios en aras de un descubrimiento interior que se asemejaba a un despertar, un antes y un después al cual había que acceder, pero que se retrasaba cuantas más ganas tenía de alcanzarlo. Había que ser, pues, humilde, algo connatural en él.

Pero esa mañana había entrado en crisis. Un bache después de dos meses en las montañas tampoco era gran cosa, y sabía que el maestro lo comprendería. Necesitaba actividad, sentir que todavía era capaz de hacer algo por sí mismo. Ya casi no se reconocía: el pelo negro, inusualmente largo, acentuaba aún más sus inmensos ojos oscuros, al fondo de unas órbitas demasiado destacadas. Sus facciones, jóvenes y más bien dulces, se marcaban ahora angulosas por la pérdida de peso. La asfixiante disciplina impuesta por su *roshi*, su maestro, había hecho mella en su antes fornido cuerpo: músculos y venas se multiplicaban y sentía una ligereza que no sabía si achacar a la fortaleza física o al eterno hueco en su estómago. ¿Se aceptaría a sí mismo cuando pudiera verse de nuevo en un espejo? El hambre y los años de educación occidental le empujaban a buscar una dieta más rica en proteínas, más sustanciosa que el escaso arroz que le proporcionaba el maestro. No lo podía evitar.

De repente, las ideas volaron con el estrépito de la caja cayendo y agitándose.

Su primera presa fue un conejo pardo de ojos tristes. Tras la emoción del logro, se sentó encima de la caja a pensar. Necesitaba asimilar que aquello que por la mañana era un simple proyecto ya hubiera tomado forma. ¿Enseñaría su presa al maestro? El sol todavía no estaba alto y tenía tiempo hasta la meditación de mediodía, pero ¿cómo conseguir otra presa y vigilar la anterior? Una idea espontánea acarició su mente. Se quitó la raída cuerda de cáñamo que hacía de cinturón. En los dos meses que llevaba de retiro se había convertido en imprescindible. Ató una piedra a un extremo de la cuerda, metió la mano dentro de la caja y sacó el conejo, alzándolo para contemplarlo mejor, como si consagrara a Dios el fruto de su esfuerzo. Pasó la cuerda alrededor del

pequeño animal y la ató con fuerza por encima de su lomo. Al soltarlo, el conejo trató de huir, pero solo podía arrastrarse con las patas delanteras y, a pesar de que su esfuerzo era notable para su tamaño, apenas consiguió mover la piedra unos centímetros. Sonrió.

El resto de la mañana no produjo más satisfacciones, así que decidió dejar al animal allí mismo. Tapó con la caja el conejo y el lastre y puso dentro algo de forraje que encontró a unos pasos.

Caminó hacia el hogar donde vivía con su *roshi*, al que había dejado en el templo en ruinas ultimando una red de pesca improvisada. Ya distinguía la espalda del maestro avivando el fuego y aventando la sopa de arroz con el abanico que siempre llevaba, con el que también espantaba a las moscas. Ese arroz que tanto le aburría se había convertido en el único alimento de los últimos meses y le recordaba su infancia, cuando su madre se lo daba para purgarle y le explicaba que a veces nos ponemos enfermos para eliminar lo que nos sobra. Pensó, mientras se aguantaba los anchos pantalones con la mano, que a él no le sobraba nada.

Pasó la tarde con su maestro, primero meditando y luego conversando alrededor de la hoguera, diluyendo la mirada en el hipnótico fuego mientras un *koan*, enigma zen de múltiples soluciones, iba recorriendo la conversación de ambos. Las sombras se iban adueñando del paisaje y los colores pasaban del verde y el azul al amarillo tibio, el anaranjado, el rojo tembloroso del fuego en los rostros, en los ojos, en las pupilas fijas.

—¿El camino del espíritu es único, maestro?

—¿Es el único para ti?

—Es el que yo he elegido.

—Entonces es el único para ti. Busca las respuestas en tus preguntas —dijo el maestro con una solvencia a la que Joan no se acostumbraba.

—¿Cómo puedo alcanzar el *satori*<sup>[1]</sup>, maestro?

—El hombre mira al espejo, el espejo mira al hombre.

—Sí, ese es mi *koan*, pero por más que lo repita no logro ver más allá.

—Otros no te parecieron tan difíciles. ¿Te resulta violento enfrentarte a tu figura?

—A veces siento la necesidad de desprenderme de mi cuerpo y esa imagen, que he visto mil veces reflejada en el espejo, es un cuerpo, el mío.

—Tú sabes cómo conseguir la superación del dolor y del placer.

—Sí, maestro, aunque alcanzar la ausencia de anhelos no siempre es fácil.

—Tu misma pregunta esconde su respuesta. Si rastreas la conversación hallarás el consuelo. —El maestro zanjó la conversación en ese punto.

«El hombre mira el espejo, el espejo mira al hombre», se repetía por dentro, apretando los ojos con furia en un esfuerzo desmesurado e inútil a la hora de pensar. Ya sabía que el cerebro no era un músculo. «¿Cómo va a estar la pregunta en el mismo sitio que la respuesta? No creo que... a no ser que... la ausencia de anhelos... Esa es la clave. Al preguntar el camino hacia el *satori* estoy negándome ese sendero.



Todo camino es una búsqueda personal y, en el zen, las respuestas se consiguen obviando las preguntas, dando en vez de recibiendo. Mañana la respuesta me encontrará a mí. Yo no la buscaré», pensaba Joan sintiendo el calor de las brasas.

Tras recibir el asentimiento del maestro, el joven se retiró unos metros para dormir sobre una simple frazada. Sabía que la noche sería fría. Sabía que de nuevo la sensación de hambre agudizaría su intelecto y que el sueño tardaría en encontrarle en ese rincón del bosque, donde se hallaba el viejo templo abandonado que cubría su cabeza y que había sido su hogar en los últimos tiempos.

Esa noche, a pesar del frío, del hambre y de las carencias que mortificaban sus ya de por sí enjutas carnes, se sentía reconciliado con el mundo, con la naturaleza que tantas veces en los últimos días había considerado en su contra. Pero eso y su engaño hacia el maestro le provocaban una sensación agri dulce, de íntima satisfacción y de culpa.

Ya tumbado, al cabo de un rato entró en un estado de trance a medio camino entre la vigilia y el sueño. Su imaginación empezó a volar, empujada por el hambre. Se sentía en medio de una dramatización escolar del *koan*: en un espejo su yo anterior, que obraba con rectitud, le estaba repitiendo lo erróneo de su actuación; esa figura se encontraba más allá del bien y del mal, y era tal como él mismo se recordaba antes de su experiencia actual. Enfrente, en otro espejo, se veía a sí mismo con sus actuales rasgos exagerados, demacrado y lleno de llagas, a imagen y semejanza de su Señor Jesucristo, como presagiando una delgadez aún más acusada. La imagen le animaba a seguir actuando según su instinto de supervivencia.

De nuevo el bosque. De nuevo la bruma de la mañana tras el amanecer. De nuevo el árbol donde apoyaba la espalda y el conejo atado a la piedra, extrañamente inmóvil y dócil pese a la soledad de la noche transcurrida.

Al llegar vio que el forraje no había desaparecido. De camino hacia allí descubrió una raíz que le había parecido mejor, semejante a la carnosidad de las zanahorias. Su presa la había roído con fruición.

Desanudó de alrededor de su cintura los cordeles que había escamoteado del templo, burlando no sin culpa la vigilancia del maestro. Necesitaba resultados inmediatos porque no podía mantener por más tiempo el engaño; no quería vivir con ese peso sobre su conciencia. Colocó la trampa como el día anterior y empleó como cebo el que ahora sabía que era un manjar apetecible para los conejos.

Su fórmula dio resultado enseguida y capturó dos presas más. Ya tenía algo con lo que presentarse ante el maestro. ¿Cómo lo haría? ¿Llevaría las piezas y se las enseñaría? ¿Las prepararía y le invitaría a compartirlas con él?

Lo sacó de sus cábalas el ruido de unas hojas procedente del cedro en el que se apoyaba. Al mirar hacia arriba, cayó sobre él un bastonazo terrible que le hizo perder la noción del espacio un segundo y que al siguiente le otorgó una especie de conocimiento inmediato de la situación. El espigado árbol que tanto reverenciaba era en realidad el refugio de su maestro cuando desaparecía. Comprendió entonces por

qué a veces se sentía observado y por qué el sentimiento de culpa era parecido al de aquellos adolescentes que iban en grupo a robar una lata de refresco en el supermercado de su barrio. Él no se veía obligado a mostrar su hombría, sino que el hambre y los años de educación no oriental le empujaban a buscar una dieta más completa.

Su maestro recogió las piezas y las fue liberando una a una. Él, con lágrimas en los ojos, pugnaba por apaciguar el dolor y la ira. Sabía que el maestro lo apreciaba; si no, no lo hubiera castigado de aquella manera ni su reacción hubiese sido tan violenta en una persona de un carácter tan calmado. Los conejos desaparecieron raudos, ansiosos por recuperar su libertad. Todos excepto el primero. El *roshi* se quedó mirándolo un buen rato y después lo recogió del suelo y se lo entregó a Joan. A continuación, se retiró en dirección al templo con las manos a la espalda, pensativo.

Joan guardó el conejo en un hueco de su ancha camisa. El pequeño animal ya no se movía y él no podía dejar de pensar en las consecuencias de su acción. No quería perder al maestro; sabía que se había equivocado, llevado por el cuerpo y desoyendo al espíritu. Le había defraudado, pero su falta de referencias justificaba esos deslices. El *roshi* sabía de dónde provenía Joan y que su cultura era muy diferente, por eso le era más difícil sobrellevar la penitencia.

Pronto llegó a la conclusión de que su conejo jamás volvería a caminar. Incluso pellizcándole en los cuartos traseros era incapaz de ejercer el más mínimo movimiento.

Sintió una pena sincera.

—Sé que tú no crees en la reencarnación. Los animales no representan para ti una posibilidad de alma.

—Es cierto, maestro, pero el error es el mismo. Yo acepté voluntariamente el retiro. Sabía a lo que venía. —Las palabras confirmaban su arrepentimiento—. Asumo que me queda mucho por aprender.

Calló y agachó la cabeza en señal de sumisión.

Tras un breve silencio, el maestro continuó.

—Has provocado el mal porque no has sido capaz de retener tus instintos.

—Lo asumo. He actuado con egoísmo.

—No en todo, porque el primer día pudiste hacer un fuego y comerte tu pieza, pero preferiste esperar a tener algo que ofrecer. Sé que tu fondo es bueno; son tus lastres los que pesan.

—Los dejaré todos, maestro. Le prometo que...

—A veces el camino del abandono supone nuevos retos que asumir. Para que dejes tus lastres te propongo la vía de la consciencia. Serás consciente de ellos durante todo el tiempo, hasta que los superes y encuentres el camino medio.

El discípulo no imaginó la manera de llevar a cabo los planes del maestro.

Tras la meditación, en la que no se pudo concentrar, vio al *roshi* rebuscar entre las ruinas de lo que debía de haber sido un pequeño molino. Todavía se intuía

semienterrada una planta circular y una construcción de madera que se asemejaba a una noria que había caído al suelo. De entre los escombros, torpe y encorvado a causa del peso que acarreaba, surgió el maestro para acercarse al fuego con una piedra de forma toroidal entre las manos: un círculo perfecto de unos cuarenta centímetros de diámetro con un generoso agujero en el centro. Debía de ser la piedra hembra cuyo movimiento alrededor de un eje macho facilitaba la molienda.

El maestro ató a la pieza dos cuerdas a modo de asas. Una mochila pétreo recordaría a Joan sus lastres. Tenía además una nueva obligación entre sus quehaceres diarios: hacer más llevadera la existencia del animal al que involuntariamente había desahuciado.

## Capítulo III

### GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, ZONA NACIONAL, ABRIL DE 1938

El general Armendia recibió una fuerte palmada en el hombro. Se volvió bruscamente, dibujando en su rostro un rictus a medio camino entre la sorpresa y el disgusto, gesto que cambió ante el entusiasmo manifestado por Estévez, el general a cargo de las tropas moras.

—¡Ja, ja, ja! Armendia, rufián, ¿qué tal sienta el triunfo?

Armendia esbozó una leve sonrisa.

—Bien, Estévez, bien, aunque estoy agotado...

El general agarró con fuerza el brazo de Armendia.

—No te preocupes, esto está hecho. Ha sido duro, pero Cataluña es casi nuestra. Solo nos falta...

—Eso es lo que me preocupa, Estévez, eso es lo que me preocupa. Por las noticias que me llegan, creo que se quiere formar un corredor hacia Levante, un pasillo que nos conecte al Mediterráneo para así aislar Cataluña.

—Pero ¿qué disparate...? —El general se mordió la lengua—. Con lo que nos ha costado Teruel, y estando ya en Lérida, ¿para qué esperar más? —espetó impaciente.

—Es lo que pienso yo, pero... Mira, por ahí llega Sanchís; él nos dará las últimas noticias.

El general Sanchís entró en el despacho con gesto preocupado. Se atusó la barba nerviosamente tras saludar a los dos generales; después buscó asiento e invitó a los demás a hacer lo mismo. Inclinando un poco el cuerpo hacia adelante, miró a sus interlocutores y comenzó a hablar con voz grave:

—El Generalísimo ha decidido que debemos tomar el Levante. Nuestros esfuerzos han de dirigirse hacia el Mediterráneo. Hay que dividir la República en dos partes para asegurarnos la victoria. —Levantó la mano para detener a Estévez, que iba a decir algo—. Tras la durísima batalla de Teruel nos hallamos en un momento delicado: si la conquista de Cataluña se prolongara más de lo previsto podría suponer un grave contratiempo. Cuando la tomemos, tenemos que estar seguros de poder hacerlo rápido, y eso solo sucederá si quedan aislados. Recordad que esa tierra está infestada de rojos, que seguro defenderán Barcelona con uñas y dientes.

Armendia se pasó la mano por la cabeza, casi calva, dejando escapar un suspiro.

—Sanchís... tú sabes muy bien que eso nos llevará varios meses. Y hemos gastado muchísima munición, muchísimo material... Si domináramos Cataluña nos haríamos con su industria, no dependeríamos tanto de esos alemanes.



Estévez se revolvió en su asiento, inquieto.

—Me tienen harto con su chulería. ¡A mí no me da lecciones nadie sobre cómo hacer una guerra!

Sanchís elevó la voz:

—¡Estévez! ¡Son nuestros aliados, reprímase!

Estévez mudó de color, y su mirada delató que estaba a punto de brotarle la ira. Armendia, viejo amigo del irritable general, le apretó el brazo en un gesto tranquilizador y, dirigiéndose a Sanchís, preguntó:

—¿Dispondremos del material necesario para los próximos meses?

—Estamos negociando con los alemanes futuras entregas que...

—¿Negociando? —interrumpió Armendia.

Sanchís dejó escapar un bufido.

—Sí. Quieren a cambio mayor acceso a nuestras minas en el norte, sobre todo a las de hierro —admitió.

Estévez cabeceó como indicando «ya lo decía yo». Se hizo un silencio incómodo entre los tres hombres. Armendia se cruzó de brazos, sumido en sus pensamientos. Comenzó a hablar:

—Bien, caballeros, la situación requiere que tomemos medidas. Llevo unos días pensando en esta posibilidad y creo que a partir de ahora tenemos dos cometidos. Uno, redoblar la eliminación de enemigos: palmo de terreno que ganemos, palmo que debemos «limpiar»; no podemos tener contemplaciones, no podemos darles la oportunidad de reagruparse o de formar guerrillas...

—¡En eso mis hombres son unos expertos! —soltó Estévez alegre.

Armendia asintió con una sonrisa.

—Y además he pensado en otra cosa para la que necesito vuestra colaboración... y discreción.

Sanchís y Estévez se mostraron alerta.

—Es el punto dos. Tendríamos que... bueno, que incautarnos de todo tipo de metales de nuestro enemigo: oro, plata, alpaca, plomo, aluminio, bronce... El material necesario para poder fabricar munición, mezclándolo con elementos vulgares si no hubiera más remedio. Esos proyectiles tienen que pesar lo mismo que el plomo, que ahora escasea —aclaró—. Dificultaremos al enemigo que disponga de ese material y nosotros contaremos con un extra que muy probablemente necesitaremos.

Sanchís preguntó:

—¿Y de dónde quieres que saquemos ese material? ¿Estás pensando en alguna fábrica, en alguna mina, en...?

Armendia contestó con gesto sombrío:

—En cualquier fábrica, tienda, casa y... persona.

—¿Persona? ¿Como si fuéramos vulgares rateros? —soltó Sanchís.

—No somos rateros, mi general —masculló marcialmente Armendia—. Tan solo

buenos soldados que deben contribuir a la victoria.

—No sé si Franco... ¡Eso es cosa de las tropas!

Armendia reprimió un gesto de enfado.

—Franco no tiene por qué conocer según qué detalles.

Estévez soltó una risa socarrona. Sanchís daba muestras de sentirse incómodo.

—Mira, Sanchís, déjalo de mi cuenta. No haremos más que seguir las instrucciones que recibimos desde el primer día: aplicar el terror. Debemos desmoralizar a la población para que no se levante después de nuestro paso. ¡Tenemos que ser como un rodillo! Ahora ya es así; solo hemos de ir un poco más allá, sobre todo en el frente. Ese material del que hablo podría ser usado por esa mierda de rojos para hacer munición, de modo que mejor hacerse con él cuanto antes.

Sanchís aceptó cabeceando:

—Está bien, Armendia, parece que lo tienes muy pensado. Solo una duda...

—Dime.

—¿Todo tipo de material? ¿De cualquier parte?

—Todo lo que esté a vuestro alcance.

—¿Incluso de los muertos? —inquirió Sanchís.

—Especialmente de ellos —sentenció Armendia.

Un mes más tarde, con la capa sobre los hombros, el general Armendia disimulaba su leve cojera a base de erguir exageradamente la espalda. Entró en el despacho de oficiales y provocó que se pusieran firmes de un taconazo. Todos gritaron vivas a España saludando brazo en alto.

Armendia respondió al gesto marcial y pidió que lo dejaran a solas con el coronel Subirats. Este se mantenía de pie, firme pero relajado. Cuando vio que el general se sentaba acercó una pizarra a su posición.

—La primera fase ya está preparada. Contamos con camiones blindados para realizar el transporte. Centralizaremos la recogida en nuestra retaguardia, a la espera de buscar más adelante un emplazamiento estable. Por ahora priorizamos la recopilación de material.

—¿Tiene ya alguna cantidad significativa, Subirats?

—Tenemos lo que ha recogido nuestra división, y en los próximos días nos irá llegando el resto. Las cantidades son todavía pequeñas, pero mucho mayores de lo que esperábamos.

—¿Cuánto? —preguntó impaciente Armendia.

Subirats no pudo evitar dejar de escapar una sonrisa de satisfacción:

—Si los cálculos provisionales son correctos, alrededor de cinco toneladas.

El general abrió los ojos.

—¿Cinco tone...?

—Sí —interrumpió Subirats—, y eso que estamos empezando.

Armendia hizo un amago de romper a aplaudir.

—Fantástico. Esa cifra rompe su primera previsión, Subirats. Nos viene de perlas

ahora que Franco ha tenido que ceder a las presiones de Hitler y permitir que los nazis accedan a nuestros yacimientos. ¿Ha pensado ya cuándo podrá comenzar a fundir ese material? ¿Tendremos que esperar a encontrar una localización fija?

Subirats dibujó un esquema en la pizarra.

—Precisamente quería hablarle sobre ese asunto, mi general; si puede observar...

—Subirats —interrumpió Armendia—. Usted es el ingeniero, solo necesito que me explique los resultados. Ahórrese esfuerzos.

El coronel dejó la tiza como si le quemara. Se frotó las manos y continuó con su explicación:

—Bueno —carraspeó—, iba a comentarle que podemos ir fundiendo material a medida que avancemos. Ello ralentizará a los camiones, por lo que necesitaremos tropas; no muchas, debemos ser discretos. Por otro lado, al fundirlo ya lo convertiremos en munición, que es muchísimo más fácil de transportar. Claro que sería munición aún incompleta, ya sabe: solo balas, sin el casquillo...

El general hizo con su mano un gesto de impaciencia.

—Ya, ya, eso ya me lo explicó en su momento. Bien, Subirats, continúe así. Hoy más que nunca necesitamos seguir adelante con el plan. —Armendia se incorporó, no sin cierto esfuerzo.

Subirats se puso firme mientras el general se acercaba a la salida.

—¡Siempre al servicio de España y de usía, mi general!

Armendia escondió un gesto de dolor provocado por la cojera. Justo cuando iba a salir de la estancia, se volvió y preguntó:

—Por cierto, Subirats, ya he podido comprobar que los resultados son excelentes, pero ¿sabe si se ha presentado alguna dificultad a la hora de... bueno, de «incautarnos» del material?

—No, mi general —afirmó el coronel—. Según mis informes todo ha ido como la seda.

Armendia realizó un gesto afirmativo en silencio. Al volverse para salir del despacho de oficiales oyó a su espalda la voz de Subirats, más gélida que nunca:

—Está siendo como robar un caramelo a un niño, mi general.

Completamente ignorante del alcance global de la operación que se le había encomendado, el caporal Corrochán se secó el sudor de la frente con el dorso de una mano negra de mugre y sangre. Se limitaba a cumplir órdenes.

Sobre el desvencijado camión, se acercaban a su segundo pueblo de aquel día. En la parte de atrás sus hombres, un puñado de soldados enfebrecidos por el cansancio y la muerte, se tragaban en silencio el polvo del camino. En el suelo pirueteaban un puñado de herramientas y a un lado brillaban capazos con metales de todo tipo.

Nada más llegar al municipio se dirigieron a la plaza, un pequeño cuadrado irregular con una fuente seca en el centro. Fueron directos al ayuntamiento. Allí, en la penumbra del zaguán, los esperaba el alcalde, un fornido hombre de campo que hinchó el pecho al verles entrar.

—Aquí estoy, no tienen por qué hacer daño a nadie más. Todos los miembros del ayuntamiento se han ido. Soy la única autoridad en este pueblo.

El caporal, sin hacerle caso, vigiló pistola en mano que entraran todos sus hombres con las herramientas.

—Venga, venga, no os durmáis o se nos echará la noche encima.

El alcalde, perplejo, acertó a decir:

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué coño están hac...?

Un trueno seco le interrumpió. Cayó como un fardo en el suelo con un agujero de bala en la cara. Boca arriba, conservaba una expresión de extrañeza cincelada en el rostro.

—Aparta, cabrón —dijo el caporal empujando el cadáver con el pie—. Y vosotros, ¡no os quedéis ahí mirando! ¡Al lío!

El ayuntamiento se llenó de ruido de picos y palas. Corrochán salió a la plaza y, mientras fumaba un pitillo, echó un vistazo a las casas que rodeaban el lugar. No se veía ni un alma.

El militar lanzó un escupitajo al suelo; mordisqueó la punta de un puro que encontró en el despacho del alcalde y pidió a uno de sus hombres que le diera fuego. En medio de la plaza se iban acumulando los objetos de latón y todas las joyas y monedas que fueron encontrando a su paso. El caporal gruñó:

—Me parece que estos son unos listos.

Un soldado le respondió:

—Pues hemos pasado por todas las casas y no hemos encontrado nada más...

El caporal entrecerró los ojos, no se sabía si por el humo del cigarro o porque estaba pensando en algo.

—Hay una casa que seguro que no habéis visitado.

—No, señor, ¡hemos estado en todas! —insistió el soldado, levantando la mano como si jurase.

Corrochán sonrió burlón:

—Os falta la casa del señor más importante de esta mierda de pueblo. —Y sujetando el puro señaló la iglesia. Ante la cara de sorpresa del soldado, añadió—: Luego se le echa la culpa a los rojos y ya está.



## Capítulo IV

MONTSERRAT, 14 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Tumbado en la cama de su celda, algo pequeña para su más de metro noventa de estatura, Brambora se removía entre sueños y recuerdos. Ahí estaba de nuevo Dimitri, su maestro y mentor dentro de Suis Viribus<sup>[2]</sup>, la organización para la que trabajaba.

—Debes ser invisible. Siempre, Laco, siempre.

Laco era el apodo con el que su instructor se dirigía a él. También su padre lo hacía.

Dimitri le había enseñado todo lo que había aprendido en sus cuarenta años de servicio en la organización. Laco era una de las bazas más prometedoras, por eso le habían puesto con el mejor.

Dimitri. Siempre con esa mirada fría, acentuada por el color gris de sus ojos, casi transparentes. Parecían hielo. Era ya algo viejo, por eso se requería su jubilación... aunque él todavía no lo supiera.

Brambora volvió al presente. Entreabrió los ojos, extrañado del silencio reinante. Tampoco estaba acostumbrado al sueño profundo: se despertaba y dormía casi tantas veces como minutos tenía la noche. Procuró relajarse y sus ojos acabaron cediendo.

Cerca de medianoche, Brambora se espabiló definitivamente y se dispuso a trabajar. Toda la abadía dormía. Preparó una bolsa de trabajo con lo indispensable para su cometido. Abrió la puerta de la celda y se perdió en los pasillos de aquel edificio. Había grabado en su mente un plano con la situación exacta del aposento al que debía acudir y tan solo tenía que guiarse en la oscuridad, como tantas veces hiciera años atrás, en la guerra.

Disponía nada más que hasta la hora de los maitines, las seis de la mañana. Empujó la puerta de la celda con extrema lentitud para no despertar a su morador. Con sigilo, anduvo hacia la cama con la gasa humedecida en cloroformo dispuesta en su mano derecha. El ligero crujir de la arenilla de la piedra bajo sus zapatos alargaba cada uno de los pasos hasta hacerlos eternos. Primero el talón, con suavidad, hasta apoyar la planta con cuidado y enlazarlo de manera encadenada con el movimiento del otro pie.

Cuando alcanzó la cama se detuvo a observar la paz que emanaba del sueño del abad Josep. Sus párpados se movieron suavemente para abrirse, pero Brambora reaccionó con rapidez tapando la boca y la nariz de su víctima. El monje, entre sacudidas, volvió a dormirse por el cloroformo y cayó en un sueño artificial.

El gigante retiró las sábanas, levantó con fuerza el cuerpo y salió de la celda. Pasillos vacíos, silencio absoluto. Los brazos del abad Josep colgaban por la espalda de aquella enorme figura y le golpeteaban las costillas al ritmo de sus pasos.

Brambora cruzó la puerta de la hospedería y lo trasladó fuera del monasterio después de colocarle un saco negro en la cabeza. Se trataba de un cuerpo frágil y, con su corpulencia, apenas debía esforzarse para cargar con él.

Había caminado a ritmo sostenido durante media hora cuando subió las escaleras que constituían el Paso de los Franceses —llamado así porque estos, conducidos por Napoleón Bonaparte en 1811, marcaron el primer itinerario directo hasta el punto más alto de la montaña de Montserrat, los 1.236 metros de Sant Jeroni—, un pasillo de piedra muy acotado en el que los movimientos quedaban limitados a subir o bajar escalones. Finalmente llegó a un rincón lo suficientemente escondido.

Brambora tiró el cuerpo de su víctima al interior de una especie de agujero en la roca. El religioso se retorció por el suelo, aunque no tenía mucho espacio. En completo silencio, sus manos volaban torpes en el aire y rascaban las paredes de piedra. La sensación de angustia se acrecentó.

La oscuridad en la que el agresor había introducido al fraile era estrecha, apenas del tamaño de una persona. Se sintió encajonado en una especie de ataúd de roca. Esperaba que en cualquier momento alguien empezara a echar tierra sobre su cuerpo y una muerte horrible se abatiera sobre él.

Ladislav Brambora preparó sus herramientas para el interrogatorio. Extrajo una cuerda de su bolsa y, después de poner al abad boca abajo y volverlo a encajar con fuerza en el hueco para dejarlo inmóvil, empezó a rodearle pies y manos. Con gran destreza, el gigante dejó las extremidades del abad atadas a la altura de la espalda, de manera que un extremo de la cuerda anudada sobresaliera lo justo para hacer de tensor: cuando tirara de ella, las piernas y los brazos del abad también se estirarían hasta casi romperse.

Ladislav había aprendido que la tortura era la manera más eficaz y rápida de extraer información a alguien. Apartando a la víctima de su entorno se la incomoda y la resistencia del interrogado se debilita, de modo que es más fácil alcanzar la confesión. El esloveno recordaba las veces que había hecho este trabajo para la JNA (Armada Nacional Yugoslava); cuando la víctima entraba en *shock* psicológico sus palabras salían como espuma de su boca. Al principio le había resultado duro. Desde hacía unos cuantos años se había entregado a la causa de otros a cambio de dinero. Su manera de colaborar era haciendo lo que mejor sabía: acabar con los obstáculos. La mano experta de Ladislav Brambora.

Sus recuerdos se vieron interrumpidos por los susurros del abad. Aun en ese estado, no gritó. Quizá aceptaba el martirio como emulación de la muerte de su Señor.

El torturador no alcanzaba a oír lo que el abad murmuraba a través de la capucha y se acercó para escucharlo. Se sorprendió al descubrir que rezaba.

Laco mantuvo al religioso en la misma posición durante casi dos horas. La dilación formaba parte del *modus operandi*.

—Dime, hijo, ¿qué es lo que quieres de mí? —empezó a suplicar el abad entre

balbuceos.

Brambora le observaba orar y suplicar al tiempo que tiraba de la cuerda que le tensaba las extremidades. Le interrumpió entonces la respiración obligándole a mudar el gesto en una terrible agonía. Hacer hablar a alguien a quien el dolor ni siquiera le provocaba un grito no era tarea fácil. Quizá la violencia no fuera la manera de llegar a él, por lo que decidió esperar un poco más, en silencio. La táctica del aislamiento le había sido eficaz en incontables ocasiones, como cuando aquel banquero corrupto no quiso contarle dónde ocultaba todos los beneficios robados a millones de confiados inversores. Brambora pensó entonces que la caja de seguridad del banco podía ser muy útil para guardar algo más que dinero: los gritos fueron perfectamente acallados por el oro. La sangre floreció bajo el reflejo dorado del tesoro protegido. Aquel hombre proporcionó buenos fondos a la organización, además de una jugosa comisión para el ejecutor.

A partir de la tercera hora el abad fue perdiendo la confianza. Los miembros le dolían horrores. No conseguía ver nada a través de la tela de saco negro; las gotas de su propio sudor le entraban en los ojos y le provocaban un picor que no podía aliviar; la falta de movimiento empezaba a asfixiarle. Como hubiera sucedido con cualquier otro ser humano, sus oraciones eran cada vez más histéricas, y apelaba con frecuencia a su verdugo. Se sentía impotente.

—¿Qué es lo que quieres?! —gritó por primera vez el abad Josep.

Brambora pensó que aquel era el momento de dar paso a su interrogatorio. A las seis de la mañana, hora en que la congregación iniciaba sus oraciones, todo debía haber terminado, y ya eran las tres y media.

—Hábleme sobre el arsenal escondido en la abadía —dijo en correcto español.

El abad guardó silencio unos instantes, tratando de asimilar la pregunta.

—Hijo, no sé de qué me hablas —respondió afónico mientras intentaba averiguar si reconocía la voz. Era extranjera, con un acento que parecía eslavo, y no pertenecía a nadie que él conociera.

—No me llame hijo —indicó Brambora con aspereza.

—De acuerdo. Pero sigo sin saber lo que me pides.

Josep no comprendía: ¿un arsenal en Montserrat? Trató de hacerle entender a aquel ser tan brutal que todo era un gran error. Todavía había esperanza. Solo se había equivocado de abadía.

—Aquí no tenemos ningún arsenal. Por favor, suéltame. No te pasará... ¡¡ah!!

Ladislav no le permitió terminar su réplica. Tiró de nuevo de la cuerda, que le ahogaba cada vez más. Los huesos de Josep estaban completamente forzados: un poco más y se quebrarían. El abad calló y empezó de repente a respirar con dificultad. El sicario continuó con su estrategia.

—Quizá si le pregunto a algún otro miembro de su congregación...

—Saben lo mismo que yo —indicó, agónico—. Por favor, no les haga nada.

Brambora sonrió en la oscuridad. Lo tenía.

—Si usted no me dice lo que quiero saber tendré que preguntar a otros. No me deja alternativa —repuso.

Esas palabras le dolieron más al abad que toda la tortura a la que estaba siendo sometido.

—Sé que aquí hay oculto un arsenal. Las palabras escritas por un predecesor suyo así lo confirman.

—¿Un predecesor mío? —Josep pensó durante unos segundos. El dolor iba en aumento, cada vez le costaba más hablar—. Eso... eso es solo... una leyenda —se atrevió a decir. Recordó los cuentos sobre un tesoro escondido en la montaña.

—Así que ya sabe de lo que le estoy hablando.

—Pero... jamás fue verificado —aclaró el abad suavemente, como si se dirigiera a un muchacho, seguro de que aquel hombre se había dejado llevar por una imaginación infantil y soñadora.

—¡Basta!

Brambora empezaba a impacientarse. Necesitaba hacerle entender que aquello no era ninguna broma. Sacó de su bolsa una jeringuilla e inyectó su contenido en el brazo de su víctima. Una sobredosis de prostaglandina PGE<sub>2</sub> provocaría hiperalgesia: una percepción exagerada del dolor. A efectos prácticos, este método causaba un sufrimiento imposible de soportar. Ladislav Brambora había sido testigo de cómo con tan solo una gota de agua cayéndole en la frente, un hombre se había vuelto completamente loco de dolor.

Segundos después de que su víctima recibiera la inyección, empezó a retorcerse en el suelo.

—Dígame quién puede ayudarme —dijo sosegadamente el sicario.

El abad no tenía fuerzas ni para gritar. El dolor que ya sentía se había ido incrementando de forma desmesurada, asentándose en cada milímetro de su cuerpo. No podía moverse, ni tampoco respirar. Su mente no paraba de dar vueltas al mismo asunto: si él no hacía nada, irían pasando por la misma tortura los demás miembros de su congregación; todas aquellas personas inocentes de las que él era responsable. No debía permitir que ocurriera. Necesitaba ganar tiempo para poder abordar serenamente el malentendido, tuviera o no una motivación fundamentada. Como un estertor, un susurro casi inaudible se desprendió de su boca.

—Joan.

—¿Qué dice? No puedo oírle.

El padre Josep trató de coger oxígeno para continuar hablando, pero el dolor y la estrechez del lugar no le permitían moverse lo más mínimo.

—Joan —repitió en un susurro algo más sonoro—. Joan quizá podría ayudarte.

—¿Quién es Joan? —inquirió Ladislav acercándose al abad, ya casi inconsciente. A duras penas podía escuchar su respiración ahogada.

—Está en Japón, pero vendrá. Le encomendaré que indague... —consiguió decir con esfuerzo.



—Estupendo —dijo.

—No le hagas daño... Podría serte de ayuda..., pero no le hagas daño —suplicó el abad.

Seguro que el abad conviviría con el sentimiento de culpa y de traición a partir de ese instante. Su tortura permanecería en la conciencia de su víctima una vez que él se hubiera ido.

—¿Y cómo va a ayudarme Joan? —quiso saber.

—Es un ser muy especial. Podría descubrir si lo que estás buscando tiene algún sentido...

—Bien. Supongo que no hace falta que le diga que si le cuenta algo a alguien será el final de su congregación —advirtió el verdugo.

Fueron las últimas palabras que el abad escuchó antes de caer inconsciente. Pero su infierno no había terminado. Brambora sabía que después de lo sufrido no viviría mucho más: su cuerpo había aguantado demasiado. Por su experiencia aventuró que resistiría lo suficiente para traer a Montserrat a ese personaje excepcional que colaboraría con él sin ser consciente de ello.

Eran las cuatro y cuarto de la madrugada del 15 de septiembre.

La oración de maitines puso de manifiesto que el abad no se hallaba en su sitio. La alarma no cundió de modo evidente, pero el hermano Rómulo, en funciones de asistente personal después de largos años como monje de la abadía, acudió raudo a su habitación mientras la congregación iniciaba la plegaria que marcaba el inicio de un nuevo día de *ora et labora*... día aciago, sin embargo, a tenor de lo que habría de venir.

Las viejas piernas del padre Rómulo volaron por los pasillos desde el coro superior de la basílica hasta la puerta de la celda del abad. Abrió sin dilación cuando, después de una segunda tanda de repiqueteo de nudillos, el silencio fue la única respuesta a su llamada.

Parecía que el abad estaba tendido en su lecho. Rómulo se acercó en la oscuridad y pronunció suavemente su nombre.

—¿Josep?

No hubo respuesta. Algo no iba bien. No era lógico en la abadía, tan acostumbrada a la disciplina, un sueño tan profundo a esa hora de la mañana.

—Padre abad, ¿os ocurre algo? —preguntó Rómulo mientras encendía la luz y veía inconsciente a su superior—. ¡Dios santo! ¡Josep!

Dudó sobre qué debía hacer. Encomendarse a Dios quizá fuera lo primero, pero enseguida efectuó un rápido examen del cuerpo que le proporcionara alguna pista antes de alarmar a nadie. Tenía desgarrada la piel que rodeaba las muñecas y los pies. Comprobó pulso y fiebre; conservaba el primero, suficientemente vigoroso a su entender, y no había fiebre. Seguía inconsciente, ya que ni siquiera respondió al suave zarandeo. Cubrió entonces el cuerpo con la manta que encontró arrugada a los pies de la cama y salió a la carrera.

El padre Rómulo interrumpió con la máxima delicadeza el trance oratorio del hermano Santiago, al que consideraban en la congregación el religioso más dotado para los temas médicos. Ingresó en la abadía cuando casi había finalizado la carrera de medicina y solía ocuparse con gran acierto de las pequeñas afecciones de los monjes, reacios por lo general a someterse a exámenes profundos por parte de servicios sanitarios externos.

El hermano Santiago corrió hasta llegar al camastro. Se calentó las manos frotándoselas con fuerza y apartó la manta para descubrir el torso del veterano abad. Las laceraciones fueron lo primero que sorprendió a Santiago.

—¿Qué ha pasado, Josep? ¿Qué ha pasado? —se lamentaba Santiago sobre el cuerpo cuando Rómulo entró resoplando en la estancia.

—Lo encontré inconsciente en esa misma postura. Dime que no es grave.

—No lo sé. Tráeme mi maletín, por favor.

El hermano Santiago era un hombre concienzudo en todos sus menesteres. El mundo exterior no era para él. El mismo examen pormenorizado que llevó a cabo sobre el cuerpo del abad fue el que relató en la sala capitular. Lo escuchaba toda la congregación. La comunidad bullía en dudas, sin embargo nadie se atrevió a interrumpirle. Su adusta expresión no invitaba a ello.

—El abad ha recuperado la consciencia, pero apenas ha podido hablar y se encuentra muy débil. Solicita que nos pongamos de acuerdo en no sacarle del santuario.

—Luego debatiremos lo que haya podido suceder —intervino en voz muy baja uno de los monjes más ancianos—, pero ahora, y como prioridad, ¿cuál es tu opinión autorizada, Santiago?

—Mi opinión no cuenta, puesto que Josep ha sido muy tajante en el tema. Creo que deberíamos solicitar un equipo de cuidados intensivos para establecerlo temporalmente aquí. Y rápido. No estoy seguro de la gravedad pero presenta múltiples lesiones. Le estoy administrando suero y por ahora no me atrevo a inyectarle nada más. Convendría respiración asistida para evitarle fatiga innecesaria, dado que presenta luxaciones escapulohumerales y en los intercostales, además de varias fracturas en los huesos largos de las extremidades.

El silencio duró unos segundos.

—Sea —afirmó contundentemente una primera voz.

—Sea.

—Sea.

Hasta ochenta voces asintieron en la decisión.

Una Unidad de Cuidados Intensivos móvil fue trasladada a la celda del abad. Aparatos de ventilación mecánica, equipos de monitorización cardiovascular avanzados, vías endovenosas para profusiones farmacológicas, tubos nasogástricos, bombas de succión, drenajes y una amplia gama de fármacos, sedantes, antibióticos y analgésicos se instalaron en la celda, seguidos por un equipo humano que atendería al

herido día y noche. Los monjes hablaban, asustados, y solicitaban una explicación sobre lo ocurrido.

—Santiago, dinos qué ha pasado —reclamó Arcadio.

—Todavía no sabemos nada con seguridad, pero parece que el abad Josep sufrió una caída grave en uno de sus paseos —indicó.

Los monjes que escucharon a Santiago en la sala capitular comenzaron a hablar entre ellos sobre el parte médico que les había ofrecido el hermano. No parecían muy satisfechos, pero aquellas palabras provenían del propio abad.

Era posible que el cuerpo de Josep, muy debilitado, envuelto en tubos y monitores, no superase el daño sufrido. El equipo médico insistía en saber más; el abad no aclaraba nada. Seguía simbólicamente atado de pies y manos por aquel torturador.

—Josep, necesitamos saber qué ha pasado —insistía el doctor Casanovas, un facultativo de mediana edad que, con buenas palabras, trataba de sonsacarle algo.

El abad le hubiera contado complacido el martirio por el que había pasado. Ojalá hubiera sido todo tan fácil. El médico le sostenía una mano para tratar de proporcionarle algún consuelo.

—No ha sido nada —respondía Josep mientras respiraba con dificultad y le agradecía el gesto—. Un descuido, un descuido...

—Pero alguien es el responsable de su estado. Parece como si le hubieran estirado hasta romperle.

El abad sentía dolor intenso en todo el cuerpo a pesar de los calmantes. Pero la punzada más grande era la que le provocaba ser consecuente con lo que aún quedaba por venir.

—Ha sido culpa mía. Me caí mientras paseaba y tras volver a mi celda me quedé inconsciente —concluyó el abad.

Las mentiras solo acababan de empezar. Dios entendería. Estaba actuando en pro de la comunidad. Nadie podía saber nada; nadie más que Joan, pensó. Aunque los médicos no creían una palabra de lo que decía, no podían hacer nada más que intentar curarle.

—Me gustaría ver a Rómulo. Debo hablar con él enseguida para explicarle tareas pendientes.

—Ahora es mejor que no vea a nadie; está muy débil, abad.

Josep ya había empezado a experimentar la culpa. La gentileza del médico y su preocupación solo conseguían acentuar su desasosiego.

—Es importante. Por favor. —El abad se impuso; no había tiempo que perder y ese doctor no lo entendía.

—De acuerdo. Pero solo unos minutos, debe descansar —repuso el doctor Casanovas. Con todo, el compromiso de aquel hombre de Dios le parecía admirable.

Se alejó del enfermo y avisó a un auxiliar para que saliera a buscar al padre Rómulo. A los pocos segundos apareció junto a la cama con la cara descompuesta.

—Josep, pero ¿qué te han hecho? —preguntó angustiado mientras le acariciaba el brazo.

—No te preocupes, Rómulo, estoy bien. Necesito que hagas algo por mí.

—Lo que quieras.

—Necesito que hagas volver a Joan de Japón inmediatamente.

El abad acababa de mover su ficha. Una ficha que conllevaba consecuencias. Únicamente esperaba que Joan pudiera salvar a la comunidad de aquel mal paso. Solo eso.

## Capítulo V

### JAPÓN, 14 DE SEPTIEMBRE DE 2009

La piedra sujeta a la espalda de Joan semejaba un apéndice de su cuerpo, como una columna vertebral externa. Sus movimientos parecían no estar supeditados a nada y todo se realizaba sin el menor gasto de energía. Daba la sensación de que cada gesto, cada paso, pertenecía a una coreografía predeterminada, como cuando el maestro realizaba sus ejercicios de taichí.

El paso de los meses había convertido al discípulo delgado y sombrío en un individuo seguro, más corpulento, de gesto más orgulloso. Su torso se había ensanchado, igual que su espalda, de tal modo que el maestro había tenido que alargar un par de veces las asas de la piedra que cargaba. El porte de Joan era esbelto y rezumaba dignidad al caminar; sin embargo, su rostro matizaba el cambio exterior. Se sentía mejor, era cierto, pero no por ello pensaba que su aprendizaje estuviera llegando a su fin. Cada vez reverenciaba más a su maestro, hasta el punto de que a veces olvidaba comer para alargar las meditaciones o por el ahínco con que realizaba las labores cotidianas que le había encomendado.

El recuerdo del animal herido y el daño causado aún pesaban en su memoria. Al final la agonía fue dura y tuvo que aliviar su dolor acortándole la vida. Joan había enterrado al animal, y el maestro, al saberlo, le había obligado a desenterrarlo e incinerarlo en un claro del bosque. Joan había manifestado su desacuerdo y el maestro lo había soslayado, pues no pretendía comprometer las creencias de su pupilo. Allí no estaban para desarrollar un debate teológico.

Pero en la naturaleza nadie que pretendiera seguir vivo podía detenerse. Cada mañana, los pasos decididos de Joan se encaminaban al río. Intentaba superar su miedo al agua a base de recoger las nansas para pescar que el maestro confeccionaba con deleite casi sacro. De vuelta, recorría los caminos más difíciles, imponiéndose el reto de la mejora. Día a día había aumentado las distancias dando rodeos imposibles y ello le había permitido aumentar el coto de su pesca, la única fuente de proteínas a la que tenía acceso. Conocía cada lodazal de aquella montaña, cada risco. El maestro le había enseñado a recorrer tramos cada vez más largos con los ojos vendados, atento a toda percepción al margen de la vista.

Aquel día de poco éxito, su menú consistiría en tres cangrejos que enriquecerían un arroz al que ya se había acostumbrado. Vistos desde la distancia, los músculos de Joan se parecían a la corteza dura de los crustáceos, surcados de rugosidades en forma de venas, de arañazos para él imperceptibles que le cicatrizaban a una velocidad casi evidente a simple vista. Su figura parecía un monumento a la salud.

La piedra atada a su espalda no solo había contribuido a modelar su cuerpo: su

alma parecía doblegada bajo el peso de la culpa, al igual que el modelo espiritual al que reverenciaba:

Jesucristo. A diferencia de Él, su pecado original estaba siendo purgado día tras día.

A la vez, había tomado conciencia de su estancia en Japón. Los conocimientos que había adquirido durante los más de dos años de estudio, aislado de sus compañeros por un idioma cuyos rudimentos tanto había tardado en adquirir, parecían estar ahora dando sus frutos. Comprendía su rol de cristiano aprendiz de otras formas de vida, pero también era capaz de concentrarse en la meditación con todas sus fuerzas. A cada momento, Joan era consciente de quién era, quién había sido y en qué quería convertirse. Una especie de santísima trinidad temporal que le daba serenidad para la toma de decisiones y para conocerse a sí mismo.

Lejano quedaba ya el tiempo en que, estudiando en el templo madre, se había ofrecido voluntario para acompañar al anciano maestro en su retiro; el único extranjero entre los que estaban en Hoko-ji que lo había solicitado. En poco tiempo llegó a la conclusión de que esa muestra de soberbia no fue del agrado del maestro, pero con sufrimiento y tiempo, sobre todo tiempo, consiguió llenar sus carencias y vaciar su orgullo. Lo que sí sabía era que lo que comenzó como una huida hacia adelante, como una vía de escape ante compañeros nipones superiores en muchas disciplinas, se había convertido en la mejor de las soluciones y en una manera rápida de formarse y edificarse.

Así estaban las cosas cuando la voz interior que le había torturado desde pequeño, una especie de particular intuición que le guiaba por el camino correcto, empezó inesperadamente a retumbar con fuerza, repitiendo como un eco en su interior: «Tu retiro ha acabado, Joan, debes volver al lugar al cual perteneces». Esperó a que la noche fuera cerrándose poco a poco, como una letanía silenciosa que recorría todo el bosque. Aprovechaba esas ocasiones para dar cortos paseos en la oscuridad. En las últimas semanas había memorizado el recorrido alrededor del ruinoso templo y era capaz de seguirlo incluso en las noches sin luna. Había aprendido a sacar provecho de una situación que meses atrás le resultaba insufrible. Sin luz eléctrica no podía leer el único libro que se había llevado, la vieja edición del *Eclesiastés* que el abad le regalara antes de salir. Cuando finalizaba el trayecto esperaba el momento en que un resplandor empezaba a vislumbrarse tras los árboles. La silueta del maestro aparecía a contraluz, tapando el fuego que chisporroteaba un poco más allá, en una especie de imagen mística que le encantaba descubrir.

El *roshi* esperaba su llegada, recogido en sí mismo. Esa noche parecía predecirle y anticipar una despedida anunciada. Había abandonado la meditación y estaba empezando a verter el té cuando las palabras comenzaron a surgir de la boca de Joan.

—Maestro, creo que debo marcharme. Presiento que nuevas obligaciones me esperan. Sabíamos que nuestros caminos estaban destinados a separarse. Quizá no tan pronto, pero... esto es inevitable. Sé que todavía quedan muchas cosas por aprender,

muchos lastres que desechar; sin embargo mi camino...

—Principio y fin, luz y oscuridad, ruido y silencio: todo tiene el mismo origen. — Enigmático, el maestro pretendía tranquilizar a Joan con esta interrupción. Conocía la habilidad del pupilo con los *koan*, a pesar de que estos respondían a una lógica que no era la suya, que no le correspondía por cultura.

Joan entendió entonces, al escuchar el ruido de la infusión cayendo sobre la taza, lo que de solemne tiene esa ceremonia, cómo recuerda la manera en que se pasa la vida gota a gota, como un río, y los versos clásicos que había aprendido en la escolanía retumbaron en su memoria. El jardín de senderos que se bifurcan era un tema recurrente en la cultura oriental. Alzó la taza con majestuosidad y Joan percibió con humildad la sabiduría de una vida dedicada a los demás y la preeminencia del gesto aceptado, no impuesto.

El monje zen retiró entonces la piedra circular de la espalda del joven novicio, ceremonialmente. Joan, de espaldas, intuía la lentitud de movimientos de las manos mientras su espalda permanecía erguida, inmóvil.

El resto de la noche continuó entre conversaciones intrascendentes, en un intento por no pensar en la inminente despedida. Dos personas que se manifestaban mutuo respeto conversaron sobre anécdotas pasadas y proyectos futuros, olvidando su papel anterior, agradeciéndose con sinceridad una compañía inolvidable.

Esta vez, el maestro fue el primero en retirarse, mientras Joan comprendía que aquella sería una noche larga.

Al despertar, el fuego estaba preparado. Junto a él había una especie de paquete circular confeccionado con un pañuelo de seda amarillo. El inconfundible contenido del fardo no evitaba la ansiedad por conocer las palabras contenidas en la nota que lo coronaba. La voz del maestro acompañaba la lectura en la imaginación de Joan, en un japonés que no era capaz de pronunciar correctamente.

Nuestros senderos ya se han bifurcado, por ello no tiene sentido una angustiada despedida. Deseo que tus actos se acompañen siempre de tu espíritu y que seas tú mismo incluso en tus errores. Que esta piedra represente el círculo cerrado de tu existencia y que su vacío se llene con la historia de tus hechos.

Ruego saludes a Josep *sensei* de mi parte. Confío en que su luz te guíe en la oscuridad.

La carta del maestro lo llenó de dudas y, a la vez, lo aligeró de la amarga despedida. ¿Conocía el *roshi* al abad Josep? Su memoria perviviría en la mente del joven durante el resto de sus días. Sentía que durante su aprendizaje dos civilizaciones habían unido destinos y esfuerzos en la conciencia de un humilde monje de Montserrat.

Las figuras de los dos maestros dialogaban en su cabeza como si de un



intercambio entre Oriente y Occidente se tratara. Esta conversación imaginaria lo había acompañado durante la jornada de regreso a Hoko-ji. Tras todo el día marchando a buen ritmo, enfiló el tramo final hacia el monasterio madre.

Desde una colina a escasos kilómetros de su objetivo ya se divisaba resplandeciente bajo el sol del ocaso la estilizada figura del templo, con sus tejados curvos y su teja oscura, relamida durante décadas por la obstinada lluvia que caía incesante en aquella región. Le parecía mentira que con lo cerca que estaba del lugar del que regresaba el clima fuera tan distinto. Tanta lluvia y tan persistente hubiese imposibilitado su retiro y el de su maestro.

Junto al templo vislumbró una pequeña silueta envuelta entre la bruma. Un vehículo se alejaba del recinto, algo inusual en los días de diario. El vehículo lo rebasó en sentido contrario sin siquiera percatarse de su presencia. Parecía que su conductor tenía prisa.

La sorpresa se reflejó en el rostro del intendente del templo, el anciano Daetsu, hombre afable al cual los años no hacían sino aumentar su alegría de vivir.

—Buenos días, Joan *san*. ¿Tan rápido es nuestro emisario que en apenas diez minutos te ha encontrado, te ha permitido hacer tu hatillo y te ha acompañado de vuelta? —interpeló con ironía el anciano.

—¿Hay noticias para mí? —respondió Joan, que no sabía de qué le hablaba.

—Te esperábamos una vez el emisario que acaba de salir te hiciera llegar el requerimiento inmediato en el monasterio. Te has debido de cruzar con él.

Las palabras del monje traslucían una cierta inquietud.

—¿Ha ocurrido algo?

—En Montserrat necesitan de tu presencia —anunció con gravedad el anciano—. Te hubiésemos reservado un vuelo de vuelta pero no sabíamos...

Cuando Daetsu alzó la cara solo tuvo tiempo de ver desaparecer las descalzas extremidades inferiores de Joan, pues el resto de su cuerpo ya estaba en el piso superior. El joven pensó en abalanzarse sobre un teléfono, pero decidió consultar antes su correo electrónico, convencido de que tendría algún mensaje. La figura recortada de Montserrat volvía a acudir a su memoria y esta vez reclamaba su presencia inmediata. ¿Qué podría haber pasado? ¿Qué?

A la mañana siguiente, el camino hacia el aeropuerto resultaba extraño. En aquellas pocas horas, las cosas se habían desencadenado de manera vertiginosa. El ruido de la ciudad resonaba en su cabeza, proporcionándole un maremágnum de sensaciones inexplicables, inconexas. Todo se presentaba nuevo a sus ojos, a pesar de haberlo vivido ya, porque estaba visto desde otra óptica: la de quien regresa de otro mundo. Japón resultaba un país contradictorio. A pesar de la frenética sensación de actividad, mucha gente destilaba tranquilidad en sus caras.

No hubo tiempo de despedidas, ni tan siquiera apresuradas. Su equipaje resultaba escaso aunque no ligero: no podía abandonar la piedra regalada por su maestro, la que había sido parte de su piel durante muchos meses. Atravesaba el paisaje japonés con

su cabeza viajando a la velocidad del tren bala. Las montañas aparecían y desaparecían de las ventanas del convoy como una sucesión de folios en el libro de sus pensamientos.

En su correo personal había recibido el breve mensaje:

El abad ha sufrido un accidente grave y requiere tu presencia aquí. Necesita informarte de un hecho que cree que solo tú puedes resolver. Habla de un reto. Necesitamos que estés a la altura. Él confía en ti.

«Un grave accidente...». Esas palabras resonaban en su cerebro como tres notas agudas. El mensaje, demasiado escueto, demasiado críptico, resultaba descorazonador: reclamado por el abad en persona.

En el aeropuerto de Nagoya la actividad era trepidante. La mayoría de vuelos eran domésticos y poco frecuentados por el turismo internacional. Quizá por eso consiguió reservar inmediatamente los billetes y desplazarse allí desde Hamamatsu, la ciudad más cercana al monasterio.

De camino a la puerta de embarque empezó a ver viajeros de pelo rubio: un ruidoso grupo de finlandeses volvía a su país y parecía haber disfrutado de la estancia. El tiempo pasaba rápido, las cosas le sucedían automáticamente, previstas por otros. Él enseñaba lo que le pedían. Su billete surgió de repente del bolsillo interior de su americana gris al ser reclamado por el auxiliar de vuelo, sostenido por una mano que parecía la suya. Respondía a las reverencias de manera automática. Recorría unos pasillos enmoquetados por los que sus zapatos discurrían como las cuchillas de un patinador sobre el hielo. Su cabeza realizaba en segundo plano las acciones externas necesarias para llegar a Helsinki y allí enlazar con su vuelo a Barcelona, mientras su atención permanecía centrada en el mensaje de la abadía como si de un nuevo *koan* se tratase.

«Habla de un reto. Necesitamos que estés a la altura. Él confía en ti». Sabía de la confianza del abad en él. Desde su llegada al monasterio, el padre Josep había sido su mentor, casi su tutor y sustituto de un padre demasiado ocupado en sus tierras de labranza. Con él las cosas habían sido fáciles. El solfeo resultó un juego de niños, un nuevo idioma sobre el que construir conocimiento. Las recompensas eran modestas pero Joan se conformaba con una palmadita en la espalda a veces, otras con una mirada de asentimiento del padre Josep. Le bastaba con saber que seguía sus evoluciones y que muchas tardes, después del canto de vísperas, el último, podían dedicar unos minutos a tocar el órgano, que parecía un ser vivo, con aquel ruido de respiración y de viento entrando y saliendo, dando muestras de esfuerzo al pulsar cada tecla. Joan pensaba que lo que era se lo debía al padre Josep y que si no estaba a la altura debería esforzarse por estarlo. Recordó que el abad —que por aquel entonces todavía no lo era— se enfadaba cuando él solo quería dedicarse a la música y, en cambio, se esforzaba tremendamente por conseguir que cada día leyera, más allá de

los deberes diarios, un fragmento de algún libro. Gracias a él aprendió a valorar a ciertos poetas y, llegado el momento, esos esfuerzos dieron sus frutos y le permitieron situarse por delante de sus compañeros.

Recordó también a muchos amigos que habían salido de su vida. Dejaban la escolanía, querían acceder a estudios que allí no se ofrecían, sus padres los trasladaban a otros centros, perdían esa fe inamovible de los primeros años... Para Joan, la fe estaba por encima de todo y con tesón había superado las dudas que lo atenazaron en los complicados años de su adolescencia, cuando su cuerpo fue transformándose, creciendo, aumentando sus dimensiones por todas partes mientras nadie en la abadía parecía estar interesado en el tema. Las confesiones se convirtieron en algo mecánico y las indagaciones del padre a veces le molestaban con preguntas un tanto incómodas.

El tránsito en Helsinki fue algo fugaz. Joan todavía se encontraba bajo los influjos de un estado de semimeditación que le permitía realizar actos de manera mecánica mientras continuaba el recorrido mental por sus años de formación. Nuevas reverencias, mucho menos exageradas que en Nagoya, más sonrisas, como si en su billete hubiera escrito un chiste que solo entendían los que trabajaban en el aeropuerto, y de nuevo otro avión, que aterrizaría en Barcelona en unas tres horas. Esta vez cayó rendido en el asiento. Durmió con voracidad, como si tuviera que recuperar lo que no había dormido en el vuelo intercontinental.

El sueño fue intranquilo, pues su cabeza no paraba de trabajar. Vio un camino abriéndose ante sus ojos, igual que la pista de aterrizaje del avión, pero que al final se iba estrechando. En ese punto había un espejo cuyo efecto visual parecía que alargaba la vía hacia el fondo. Y en mitad de esta, dentro del espejo, estaba él. Detrás tenía unas huellas, como si solo el Joan del espejo hubiera andado sobre un lodazal. De repente se oía un ruido ensordecedor y aparecía un avión que intentaba aterrizar en la pista... pero no podía ser, se estrellaría contra el espejo y él estaba dentro. Intentaba apartarse pero no podía. Empezaba a correr y entonces el suelo se volvía resbaladizo a causa del barro de sus botas. El pánico lo atrapaba, el avión hacía añicos el cristal.

—¡Disculpe! ¡Disculpe! ¿¡Oiga!?

Joan, todavía desorientado, miró alrededor. Su compañero de asiento, un individuo voluminoso en quien prácticamente no había reparado, le pedía paso desde el asiento de la ventanilla. Todo el mundo estaba de pie recogiendo su equipaje de mano.

—¿Se encuentra bien?

—Sí... Creo que sí.

—Está usted sudando. ¿Quiere un pañuelo?

—Gracias.

—Hemos llegado a Barcelona.

En ese momento reparó en que el individuo hablaba un inglés con un acento extraño. Llevaba tanto tiempo alejado de su tierra oyendo idiomas extranjeros que se

había acostumbrado a que le hablasen en una lengua diferente a la suya.

—Gracias —repitió.

Se dio cuenta de que solo hablaba con monosílabos y pensó que su interlocutor lo achacaría a falta de habilidad con los idiomas. De repente notó que era la primera vez en muchas horas que no pensaba en los problemas que se le venían encima y con una leve sonrisa se lo agradeció al robusto finlandés.

—Espero que su estancia en Barcelona le resulte agradable —le dijo educadamente.

Joan pensó en el extraño sueño. Se volvió a ver dentro del espejo, mirando hacia el otro lado, y sintió de nuevo el pavor interrumpido por el aterrizaje. «El mundo moderno no está hecho para resolver enigmas —pensó—. La respuesta del *koan* estaba llegando a mi cabeza cuando el ruido del avión y la vibración del aterrizaje han interferido». Realidad y deseo: extraña mezcla que siempre provoca sensaciones alucinantes.

Sus pensamientos discurrieron como una letanía enrarecida por el sopor mientras se dirigía al exterior del aeropuerto. El calor le pareció una realidad contundente a la que había dejado de estar acostumbrado. Al respirar el aire de la ciudad ya no era el torpe occidental de Japón, ni el estudiante acobardado que hablaba con el finlandés; ahora era el padre Joan, un monje de la abadía de Montserrat, quizá el más brillante de su generación, dispuesto a abordar la siguiente etapa de su vida.

—A la catedral de Barcelona, por favor.

El taxista, indolente, arrancó el vehículo sin ni siquiera dedicarle una sonrisa. El tráfico era soportable a esa hora del día. Al llegar a la plaza de la Catedral le asaltó una sensación de extrañeza. El sol y la gran plaza atestada de turistas lentos y habitantes con prisa en un entorno de callejuelas y edificios pegados unos a otros parecían redimensionar aquel espacio.

Subió las escaleras del templo cargado con su pesada maleta y se encaminó a la gran sala capitular donde se encontraba el santo Cristo de Lepanto. Desde adolescente siempre había considerado lógico que ese Cristo fuese negro, puesto que su madre, la Virgen María (la única que él había visto en Montserrat), también lo era. Luego se enteró de que ambos se habían vuelto morenos por diferentes causas. Una, por el paso de los años; el otro, con el fuego de una batalla cruenta y despiadada que arrasó miles de vidas y un brazo al mayor escritor de todos los tiempos.

Allí, en ese espacio sagrado, se entregó devotamente a la oración como no hacía desde años atrás, cuando partió hacia Japón para ultimar sus estudios de teología.

Estaba ensimismado en sus rezos cuando una mano le tocó el hombro. El sacristán de la catedral de Barcelona había actuado con diligencia y el chófer de la abadía había llegado puntual.

—Todo está dispuesto, padre Joan. Tengo el coche afuera.

—Gracias, Paco. Me alegro de verle.

Siguió al chófer despidiéndose del intenso olor a cirios encendidos y de una luz

perfecta para el recogimiento que se da en las grandes capillas. Al salir a la calle había que habituarse de nuevo a la extremada luminosidad del verano en Barcelona.

La americana volvía a sobrar con aquella intolerable humedad, igual que en Japón. La camisa se le pegaba al cuerpo dejando entrever unos músculos poco apropiados para un fraile.

El Seat Altea de la congregación todavía olía a nuevo. Joan sabía que a Paco le gustaba mimar los coches que conducía, que no habían sido muchos; los habitantes de la congregación no salían demasiado.

—¿Qué tal las niñas? —preguntó Joan recordando a Andrea y Beatriz, sus hijas.

—Bien. La pequeña empieza el bachillerato el año que viene. —Joan no pudo reprimir un gesto de asombro al pensar en el rápido paso del tiempo—. Creo que se ha echado un novio de Monistrol. Uno de esos de cresta y pendiente.

—Bueno, Paco, es el signo de los tiempos.

Ambos despejaban su cabeza con esta conversación intrascendente. Cuando pasaron por la zona de Castellbisbal la recortada silueta de Montserrat apareció de forma nítida contra la luz de poniente. Las abruptas formas de la sierra estaban coronadas por una oscura nube, como si de una señal se tratase, avisando a Joan de la presencia de algo maligno en la montaña sagrada.

## Capítulo VI

### FRENTE DE ARAGÓN, NOVIEMBRE DE 1938

En la entrada del pueblo los hombres, algunos incluso heridos de gravedad, esperaban con los brazos en alto. Las armas, inservibles ya, estaban apiñadas en el suelo.

El sargento Martínez bajó del camión dando un salto. Dio instrucciones a sus soldados para que recogieran primero todos los fusiles y registraran después a los hombres. Estos se sorprendieron cuando vieron que les quitaban los relojes, el puñado de monedas que pudieran llevar encima o el anillo de boda. Uno de ellos dio un paso al frente y se presentó como capitán. Se dirigió al sargento para protestar por la actitud de su tropa.

—Somos prisioneros de guerra, ¡se están comportando ustedes como piratas!

El sargento rio y acto seguido propinó al prisionero una brutal bofetada con el dorso de la mano. El capitán perdió pie, cayó al suelo y, tocándose la mejilla y el labio ensangrentado, miró con odio a Martínez. Este, sin mediar más palabra, sacó la pistola de su cinto, quitó el seguro y disparó.

Los otros presos bajaron los brazos e hicieron amago de echarse hacia adelante. El sargento gritó:

—Fusiladlos a todos, ¡ya!

Decenas de disparos secos retumbaron en aquel mediodía luminoso y ahogaron los gritos desgarrados de los hombres.

El sargento se dirigió a sus soldados pisando la sangre:

—Recordad: ¡tres días de permiso y toda una noche gratis con las mozas de La Loba!

Se oyeron vítores y varios disparos al aire. Comenzaba una nueva cacería.

Dieron una patada en la puerta, que se empotró contra la pared. Los dos soldados entraron con los fusiles en bayoneta. A su derecha había un dormitorio; enfrente, el comedor. Uno de ellos empezó a tirar al suelo los cajones de la cómoda. El otro pasó al comedor y descubrió a una vieja, Asunción, que se hallaba sentada junto a la lumbre. La anciana no decía nada, solo lloriqueaba.

—¿Encuentras algo por ahí? —gritó uno de los soldados sin dejar de apuntar a la mujer.

—¡Pura mierda! —respondió el otro desde el dormitorio.

—¿Dónde tienes el oro? —le gritó.

La anciana, entre sollozos, le dijo que no tenía nada, que era pobre. El soldado le acercó la bayoneta al rostro.

—Dame todo lo que tengas de metal si no quieres que te despelleje como a un conejo —masculló.

Asunción insistió llorando en que no tenía nada más que lo que veían: cuatro cacerolas al lado del hogar. El soldado le clavó la punta de la bayoneta en el rostro ajado y ella soltó un chillido. El otro hombre salió del dormitorio con un puñado de alhajas.

—Esto es todo lo que había —dijo señalando a su espalda.

—Vale, coge ese mantel y úsalo para meter eso y las cacerolas. Yo voy a echar un vistazo ahí atrás, al corral.

A la anciana se le escapó un grito.

—¡Ah, cabrona! Tienes algo escondido en el corral, ¿eh?

Sin esperar respuesta salió por la puerta trasera. El otro soldado vigiló a Asunción. Oyó de fondo cómo se acercaban las risas de su compañero. Entró como un torbellino en el comedor.

—¡Mira lo que escondía la vieja entre la leña, mira!

Con su mano derecha tenía firmemente agarrado el brazo de una joven de catorce años. Era Consuelo, la nieta de la anciana. Ambos hombres miraron a la chica con el rostro demudado y una sonrisa cruel en los labios.

Dos casas más arriba otro soldado golpeaba con la culata del fusil la nuca de Alberto, un profesor jubilado que tenía las manos levantadas. El maestro cayó sobre la mesa del modesto comedor. El soldado le dio la vuelta y comenzó a pegarle en la boca.

—Así que no tenemos más que libros, ¿eh, desgraciado? ¡Canalla! ¿Dónde tienes tu dinero? —le gritaba entre golpes.

—¡No... no... no tengo nada!

—¡Rojo de mierda! —Dejó caer su puño sobre aquel hombre. Un segundo soldado que salía de una habitación entró en el comedor blandiendo una caja de galletas.

—Aquí está la caja que ha dicho el viejo. No he visto nada más.

—Seguro que hay algo más —añadió el otro, amenazante.

El profesor levantó las manos temblorosas para proteger su rostro, pero le sirvió de poco ante los culatazos del soldado.

—¡Ya basta, hombre, que lo vas a matar! —gritó el compañero.

El soldado dejó de golpear al hombre.

—¿Desde cuándo defiendes tú a los rojos, eh?

—¡Pero no ves que es un pobre viejo!

El otro le clavó la mirada mientras mascullaba:

—Está bien, salgamos de aquí.

Soltó un último bofetón al jubilado, que giró sobre sí mismo mientras escupía una gran cantidad de sangre. El soldado lo miró con gesto de asco. Se disponía a marcharse cuando algo le llamó la atención; acercó su mano al suelo y cogió algo entre sus dedos. Con sonrisa cruel se lo mostró a su compañero.

—¿Ves? Siempre hay algo más, siempre —le dijo mientras sujetaba una muela de



oro.

El cabo se acercó al sargento Martínez para decirle algo al oído. El mando frunció el ceño, se sacó el puro de la boca con furia y le espetó:

—¿Estás seguro de lo que dices?

El cabo tragó saliva ante la iracunda mirada del sargento y asintió mientras sus ojos asustados miraban alrededor. Martínez se ajustó los pantalones y ordenó a los hombres que formaran junto al camión.

Tras varios gritos, la tropa se situó paralela a un lateral del camión con los fusiles al hombro. El sargento comenzó a pasearse delante de sus hombres. En cuanto llegaba al final de la lila volvía sobre sus pasos con parsimoniosa chulería. El puro humeaba en su boca mientras sus manos descansaban entrelazadas a la espalda.

Al cabo de unos pocos minutos los soldados empezaron a dar muestras de nerviosismo. Algo sucedía. O peor, algo estaba a punto de suceder.

—Bien, muchachos. —Rompió a hablar el sargento mientras se detenía en medio de la hilera y miraba a los ojos de los hombres—. Ya saben todos ustedes qué es lo que deben hacer aquí, ¿no?

Nadie respondió, a lo sumo alguno dejó escapar un cabeceo afirmativo.

—¡Contesten, coño! —chilló Martínez.

Un desmadejado «sí» se escuchó a coro. El sargento hinchó el pecho.

—Y ya saben que lo más deshonesto en mi tropa es la desobediencia, ¿verdad?

La pregunta final la gritó a pleno pulmón. Esta vez la respuesta fue más contundente: todos afirmaron al unísono. Se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo engominado mientras seguía hablando:

—Pues me acabo de enterar de que uno de ustedes no lo tiene tan claro, ya ven...

Se colocó la gorra cuidadosamente. Separó de nuevo el puro de su boca y se pasó el dorso de la mano por los labios. Comenzó a mirar a los ojos de los soldados uno a uno.

—Hay un imbécil que se ha quedado con parte del material que tenía que traer aquí, al camión —dijo señalándolo. Se acercó a la hilera y volvió a recorrerla, esta vez pegando tanto su rostro a los soldados que bien podían sentir su aliento—. Un hijo de puta que se cree que me puede tomar el pelo... —continuó—. Tú —dijo clavando el índice en el pecho de uno de los hombres—, un paso al frente.

El soldado, sudando copiosamente a pesar del frío, obedeció. El fusil temblaba sobre su hombro.

—Dame el fusil, hijo —ordenó Martínez alargando una mano. El soldado entregó el fusil con el miedo pintado en su rostro. El sargento se volvió y cedió el arma al cabo, que se había acercado veloz—. Ahora vacíate los bolsillos.

El muchacho, cada vez más nervioso y con los ojos empañados en lágrimas, dudó un momento. Con las manos vacilantes, empezó a sacar unas monedas y un par de collares de sus bolsillos. Se quedó con los brazos en ángulo recto, las palmas de las manos hacia arriba, enseñando su exiguo botín. El sargento se inclinó a observar

detenidamente el contenido y sin mirarle le preguntó:

—¿Es eso todo, hijo?

El soldado, balbuceando, contestó que sí. Martínez dejó escapar un suspiro a la par que sacudía la cabeza de izquierda a derecha. Sacó la pistola de la cartuchera.

—Ponte de rodillas, soldado.

Este miró de reojo al sargento. Sus labios comenzaron a temblar. Martínez, con gesto paternal, posó su mano en el hombro del joven y le empujó con suavidad hasta que estuvo de rodillas. El soldado, al notar la pistola a la altura de su cara, rompió a sollozar. Sus pantalones estaban empapados de orina. Martínez echó un vistazo al resto de los hombres: todos estaban con los ojos abiertos como platos. Al verlos así dibujó una sonrisa de satisfacción, que se transformó en una mueca en cuanto agarró la pistola por el cañón y comenzó a propinar golpes secos con la culata sobre la nariz del soldado. Al tercer golpe se oyó un crujido: la nariz se había roto. Cuando paró, el sargento tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo.

Agarró al soldado por la nuca y le soltó un rodillazo. El joven cayó desmayado al suelo, con el rostro envuelto en sangre. Martínez, con la respiración agitada, se dirigió al resto de la tropa y soltó con voz grave:

—Luego echan al camión lo que hayan pillado. Que sea la última vez.

Levantó la cara y añadió:

—Al próximo que me engañe, lo mato.

Telesforo, el boticario del pueblo, era uno de los pocos hombres que, por ser más útil entre sus vecinos, no había ido al frente. Hasta que el frente vino a él. Ahora tres soldados le estaban saqueando la casa, exigiéndole que les diese lo que tuviera de valor. Ya habían cogido todo lo de metal, incluso la cocina económica que había comprado tan solo unos años atrás. Uno de ellos lo llevó al pequeño patio que separaba parte de la casa de la cuadra y allí, tras atarlo a una silla, comenzó a golpearlo brutalmente mientras le enseñaba un rosario con la cruz de plata.

—Quien tiene esto —insistió enseñándole la cruz maciza—, seguro que tiene más. ¿Dónde lo has escondido?

El boticario, a punto de desmayarse por los golpes, apenas podía musitar. El soldado entró en la casa y salió al poco con un cubo de agua, seguido de otro militar. Ya frente al boticario, le echó el agua en la cara. Telesforo vociferó desesperado por el dolor.

—Espero que el agua con sal te despierte la memoria, cabrón... Y he visto que hay vinagre... Tú mismo. Cuanto antes me lo digas antes acabaremos. Yo tengo todo el día por delante para dedicártelo, cariño —le dijo estampándole un sonoro beso en la frente.

Telesforo, con gruesas lágrimas, indicó el lugar donde encontrar una baldosa que se movía. Bajo ella se hallaban un collar que perteneció a su mujer, ya fallecida, su anillo de bodas y un broche que ella había heredado de su abuela. También algo más de dinero anterior a la República, unas cincuenta pesetas.

Cuando el soldado tuvo el botín en sus manos se acercó a Telesforo:

—¿Has visto? Si me hubieras hecho caso desde el principio líjate lo que te habrías ahorrado.

Subirats se detuvo unos instantes para comprobar el estado de su uniforme y el brillo de sus botas. Asintió satisfecho: estaba perfecto. Colocó la carpeta bajo el brazo en un aparente gesto de desenvoltura y solo entonces llamó a la puerta.

—Adelante —respondió el general Armendia.

—Con su permiso —contestó Subirats atravesando el umbral del despacho. El general atendía una llamada telefónica mientras el coronel permanecía de pie.

Armendia hizo una señal con la mano para que se sentase en una de las sillas frente a la mesa. Subirats lo hizo con gesto sereno, manteniendo la espalda recta y la carpeta sobre su regazo. El general colgó el teléfono y le dijo:

—Bien, Subirats, ya sabe que estamos muy cerca de hacernos con Cataluña, su tierra natal...

Esbozó una sonrisa.

—Estoy deseándolo, mi general.

—Y también sabe que su tierra está contaminada por esa pestilencia comunista.

—Cierto es, mi general.

«Cierto es, cierto es», pensó Armendia. Se mordió el labio para evitar un gesto de impaciencia.

—Tenemos que ser precavidos —continuó—, no creo que tengamos problemas para dominar casi todo el territorio, pero existen dos riesgos. Uno —alargó su dedo índice hacia arriba—, que Barcelona sea otro Madrid y se nos resista más de lo debido. Y dos —subió el dedo corazón—, que esos mal nacidos se echen al monte y nos ataquen como bandoleros. El material que estamos recogiendo bien podríamos necesitarlo, así que es urgente buscar un emplazamiento seguro, fácil de defender y altamente operativo cerca de allí.

Subirats entrecerró ligeramente los ojos. Tras unos segundos los abrió. La mirada le brillaba.

—Creo que ya lo tengo, mi general.

—¿Sí?

—Tengo que hacer unas gestiones antes, para asegurarme. El viernes le doy una respuesta.

—Perfecto, Subirats, le espero entonces.

—Ah, por cierto... —El coronel abrió la carpeta y extrajo un par de folios mecanografiados—. Le he traído un informe explicándole con cierto detalle el estado de recogida de material y...

Armendia le señaló la mesa mientras le decía:

—Sí, sí, bien, bien; déjelo ahí, ahora le echaré un vistazo. Le espero el viernes. Quiero... —carraspeó— *necesito* ese lugar. Confío en usted.

Subirats mantuvo los folios en la mano durante un instante, con gesto dubitativo.

Volvió a meterlos en la carpeta, la dejó con rapidez sobre la mesa y se puso en pie clavando los tacones. Salió del despacho con gesto pensativo.

«Cataluña... ¡Por fin me verás volver!», se dijo a sí mismo.

## Capítulo VII

### MONTSERRAT, 16 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Los niños de la escolanía jugaban en el patio de su edificio junto a la red de voleibol, después de un día de clases y oraciones. En esos minutos disfrutaban como los chiquillos que eran, antes de las prácticas de música. Se habían colocado en la pista formando un perfecto círculo. Uno de ellos, desde el centro, lanzaba la pelota a uno y a otro aleatoriamente y sin avisar, pillando a más de un chaval desprevenido. Ese juego se lo había inventado Marcos.

—¡Eh! ¡Ten cuidado, hombre! —gritó Pau tras recibir su primer golpe de la tarde en el pecho. Con trece años era de los mayores del grupo y no le gustaba que Marcos se superpusiera a él.

—¡Pues estate atento! ¡Siempre hay que estar atento por si te toca a ti! —replicó Marcos guiñándole un ojo.

A lo largo del día apenas disponían de tiempo libre para jugar entre actividades varias, música, misas y oraciones. Cada uno de ellos estaba obligado a practicar al menos un instrumento, algo que exigía muchísimas horas de ensayo y una gran capacidad de concentración. Sin olvidar el solfeo, el coro, la música de cámara...

Aquellos chicos tenían muy clara su vocación. Además de la formación musical, durante su tiempo de estancia en la escolanía recibían las enseñanzas básicas hasta los catorce años. De los aproximadamente cincuenta chicos que eran, muchos ya no dormían en el internado. Después de ochocientos años de historia como coro, Montserrat había actualizado algunas de sus reglas con la intención de atraer a más voces blancas y les había ofrecido la posibilidad de pasar la noche en sus casas si estas se encontraban razonablemente cerca. Los niños que vivían allí era porque o bien sus familias así lo habían decidido o bien porque, simplemente, no tenían familia.

Ya eran cerca de las siete, así que el descanso estaba llegando a su fin. Los pequeños iban entrando uno a uno en el edificio donde se encontraban sus habitaciones y aulas, dispuestos a seguir con las actividades programadas. Uno de ellos se desvió del grupo y se ocultó detrás de la construcción donde se encontraba la red de voleibol, mientras otros niños le cubrían ante las preguntas del profesor que allí les esperaba.

—Marcos ha vuelto a por la chaqueta. Se la había olvidado fuera, como siempre —anunció uno de los mayores.

Cuando Marcos llegó a la parte trasera de la escolanía, un hombre alto y corpulento estaba esperándolo. Su figura quedaba oculta por las últimas sombras que proyectaba el edificio, pero al ver que el niño se aproximaba dio un paso adelante y adquirió claridad. El chico se volvió para comprobar que nadie le siguiera.

—¿Qué me traes? —preguntó aquel hombre con acento extranjero.

—Hola, Magnussen —respondió el niño risueño. Ese personaje le parecía gracioso, siempre escondido entre arbustos, sombras y muros.

—Hola, Marcos. —Cedió—. ¿Sabes cuándo llegara Joan? —Reincidió Brambora mientras desordenaba el pelo castaño de aquel chiquillo de doce años.

—¡Eh! —Se defendió Marcos a la vez que apartaba de su cabeza la extraordinaria mano del esloveno—. Sí, creo que llega hoy. Estará al caer.

—¿Y el abad? ¿Por dónde anda? —inquirió Brambora. Si el niño no sabía qué le había pasado significaba que el monje había cumplido.

—Nos han dicho que está de viaje.

Brambora sonrió. El muchacho había crecido desde la primera vez que lo vio. Le caía bien, pero no quería involucrarse demasiado; nunca se sabía lo que podía pasar. Ya había vivido casos inauditos en ocasiones anteriores: tu más fiel amigo al día siguiente podía convertirse en el peor enemigo. Eran lecciones que se aprendían fracasando, las mejores y las más válidas. Creía en el fracaso como método de aprendizaje. Él ya había cometido muchos errores y no necesitaba más.

—Vale. Puedes irte —concluyó sobriamente—. Si no, vendrán a buscarte.

—¡Nos vemos! —respondió Marcos volviéndose hacia la entrada.

El profesor acababa de asomarse a la puerta del edificio y trataba de vislumbrar lo que hacía el chico.

—¡Escóndete! —gritó Marcos hacia el esloveno. Pero este ya había desaparecido. De camino a la puerta el crío sonrió al sentirse cómplice de algún tipo de plan.

Marcos conoció a Brambora poco después de entrar en la escolanía. Creía que era amigo de sus padres, aunque no estaba seguro. Estos murieron en un accidente de coche por culpa de un borracho que insistió hasta la saciedad en su inocencia. Magnussen se portó siempre muy bien con él y al cabo de un tiempo le propuso que le ayudase en una tarea muy importante. A Marcos le gustaba eso de participar en una misión, se sentía como el protagonista de una de las películas que les dejaban ver de vez en cuando. Solo tenía que fijarse bien en todo y hablar con Magnussen. A veces lo hacía por teléfono y otras él iba a verlo. Era su única visita del exterior.

Joan conocía muy bien esa sala de espera. En ella había saludado por primera vez a Josep cuando su padre lo dejó en la abadía muchos años atrás.

Se acarició el pelo negro mientras aguardaba. Cortarse el cabello y averse fue su primera acción tras reservar el vuelo de vuelta a Montserrat, antes de abandonar el monasterio japonés. Mientras repetía el movimiento recordaba la llegada a la abadía, la ventanilla del coche, el calor propio de la estación estival, cada vez más seco, cada vez más persistente, y el alargado monolito de piedra con la inscripción latina: *Fax vobis*, «que la paz sea con vosotros», situado justo a la entrada del santuario. Pese a la poca información que le había llegado, esa exhortación le pareció en ese momento toda una ironía.

Recién llegado a aquel lugar, todavía no se había puesto el hábito benedictino. Eso ahora no importaba, aunque no podía evitar sentirse extraño vestido con la

americana y unos pantalones de pinzas que le habían empezado a picar desde que se los había puesto. Tras dos años y dos meses volvía a vivir entre aquellos muros que nunca habían dejado de ser su hogar.

Solo había podido hablar con el prior, el padre Raimundo, un hombre siempre afable, de sonrisa bonachona, que aceptaba con humildad las cargas que la vejez le iba deparando. Sin embargo, el recuerdo que tenía Joan de este no coincidió con la imagen que obtuvo nada más llegar al monasterio. Raimundo fue el primero de los hermanos en saludarle, en un recibimiento triste que no reflejó las ganas mutuas de verse. En ese instante, la gravedad del problema que les ocupaba se irguió como un dique insalvable: la salud del abad era precaria, según palabras de los presentes, y la incertidumbre de las razones que habían provocado tal precariedad añadía un plus de preocupación que se hacía muy evidente.

—No sabemos cómo ha ocurrido —explicó el padre Raimundo casi en un susurro—. Josep se empecina en afirmar que resbaló por la escalera mientras paseaba. Solo quiere hablar contigo. Joan —lo sujetó por un hombro y lo retiró un poco de la vista de los demás, afilando la mirada—: debes intentar convencerle para que hable con la policía. De sobra se ve que su accidente no ha sido fortuito, pero no suelta prenda. ¡Ni siquiera habría podido regresar a su cama con esas fracturas!

—¿Cuántos años hace que lo conoces, Raimundo? ¿Lo has visto actuar por capricho alguna vez? Esperemos acontecimientos antes de precipitar la marcha natural de las cosas...

—¡Demonios, Joan! —Era la primera vez que oía blasfemar a Raimundo—. Quizá tengas razón, pero no puedo resignarme. ¡Eso no se lo ha hecho solo! Tú sabes que sin la bendición de Josep no daré parte, pero esto... es intolerable. ¡Intolerable!

—Tan pronto pueda tranquilizarte lo haré. De momento entreguémonos a las plegarias y a la paz de la comunidad. Pase lo que pase, la vida debe continuar, si es que hemos aprendido algo de las privaciones y nuestra entrega al Señor.

Joan recordaba esta conversación mientras esperaba poder ver al abad. Con la mirada extraviada realizaba gestos que no parecía controlar: sentado en aquella silla incómoda, con los codos apoyados sobre las rodillas, una mano acariciaba la cruz que colgaba en el vacío, sujeta a su cuello mediante una cadena, en un tic que alternaba una y otra vez con el gesto del contrapelo. La posición parecía empujarlo hacia delante, como para salir corriendo en una carrera de velocidad.

El ruido de la puerta al abrirse accionó el resorte que lo puso instantáneamente en pie. Saludó al hermano Santiago y lo siguió sin poder evitar de vez en cuando una mirada por encima de su hombro, como queriendo vislumbrar más allá. El caminar por los innumerables pasillos de la abadía se hizo eterno. Al llegar a la habitación del abad, habilitada como UCI, la imagen fue todavía más sobrecogedora de lo que se había imaginado. Multitud de cables inundaban la celda. Los sonidos intermitentes de los diferentes aparatos se le hacían ensordecedores, con una rutina monocorde que intuía aterradora.



La faz del abad era cetrina. Había un sinfín de pequeñas escamas blancas sobre los labios amoratados que cercaban la boca entreabierta del convaleciente, dispuesta a exhalar un gemido en cualquier momento. Sobre esta, unos tubos transparentes unían la nariz y las orejas en algo semejante a una sonrisa esterilizada. Los ojos permanecían cerrados, apretados, en un sueño que no podía ser apacible. El resto del cuerpo parecía un paquete inerte, informe, tapado por una manta oscura y una sábana blanca de la que se veía el embozo.

La cabeza del padre Santiago se acercó al oído del abad. Los ojos de este se entreabrieron mínimamente. Santiago miró a Joan y le hizo una señal para que se acercara. Se arrodilló y besó las manos del abad Josep, que empezó algo parecido a un rezo, una cantinela solo inteligible para su protegido.

—¿Pueden abandonar la habitación, por favor? —espetó Joan impelido por el monótono susurro del enfermo.

Santiago y un enfermero salieron de la sala.

El susurro se convirtió en un penoso eco, una retahíla de horrores que pillaron al joven por sorpresa.

—Me tuvo aislado, sin oír ni ver nada durante mucho, mucho tiempo. Hubo momentos en los que pensé que ya había muerto y estaba en la tierra de nadie, en el purgatorio o no sé dónde, esperando turno para la hora del Juicio. —Joan asentía incrédulo, incapaz de concebir tamaña crueldad—. Mi conciencia estaba tranquila pero no sabía a qué me enfrentaba, y el hecho de no tener la certeza del lugar donde estaba minó mi fe. Lo que más me duele es que repetía los rezos como un remedio que hasta cierto momento me fue útil, pero... en ese mismo instante, cuando más necesitaba la fe... Fue horrible, Joan, horrible.

Se retorció en la cama, cerrando los ojos en un intento frustrado por borrar aquel recuerdo tan doloroso. Continuó:

—La situación se me iba haciendo poco a poco insostenible. Ya no podía más. Entonces oí su voz. Era una voz extranjera, profunda, como proferida por una persona con un vacío muy grande dentro, que la hacía retumbar. Era lo único que tenía, Joan, debes entenderlo, lo único a lo que podía aferrarme. No había nada, ni espacio, ni ruido, ni olores... solo la voz. Luego noté un pinchazo. Al principio fue positivo, me daba igual el sufrimiento y solo quería estímulos exteriores. Pero... de repente, el dolor que hasta entonces me había permitido establecer un vínculo con la vida se hizo inaguantable. Tenía que confiar en él. ¡Estaba a su merced, debes entenderlo! —Las molestias que sentía en todo su cuerpo le hacían hablar entre gemidos y respirar pesadamente.

Joan sintió una extraña mezcla de vergüenza y pena por la situación en la que se encontraba el abad. Aún no sabía quién había actuado así ni por qué. Decidió dejarle hablar; volcar verbalmente las sensaciones vividas le resultaría positivo.

Le mojó un poco los labios con una gasa, como le habían recomendado antes de entrar, y permaneció sentado en silencio. El murmullo siguió su curso como un río de

montaña.

—Yo... pronuncié tu nombre.

El silencio que siguió a la confesión marcó estas palabras a fuego en el espinazo de Joan, que dio un leve respingo.

—Lo siento, Joan, no se me ocurrió nada más. Si no le daba algo, si no conseguía un nombre, nada le hubiera parado. —De nuevo pausó su explicación—. Me amenazó con destruir la congregación y aplicar los mismos métodos al resto. Tu nombre surgió como respuesta para él y para mí. No conozco a otra persona con tus capacidades. Ayúdame con esto, Joan.

El joven no sabía qué decir.

—Él te seguirá —añadió el abad después de recuperar algo de fuerza para seguir hablando—. Esperará a que tú encuentres lo que buscas para seguirte y hacerse con ello, sea lo que sea —dijo al fin. Esa era la parte más dolorosa. Acababa de confesar a Joan el peligro que corría—. Así que ten cuidado... Antes de continuar deseo pedirte perdón y quiero que sepas que de lo que me arrepiento, mi único error, fue haber perdido la fe. Debes creer siempre, Joan, siempre. Todo lo demás es permisible — quiso subrayar dentro de su debilidad—. Sé que te harás cargo de este asunto y lo resolverás, lo sé.

Joan sentía la presión sobre su pecho y su cabeza; había demasiadas expectativas depositadas en él y mucha incertidumbre en la acción de ese extranjero desconocido, fuera quien fuese. A su entender, el abad no necesitaba justificar su reacción a la tortura: cualquiera bajo esas circunstancias hubiese dicho lo que fuera para salir del atolladero. Era incluso un orgullo que hubiera pensado en él antes que en otros mucho más preparados. Todavía era joven y no se había enfrentado a situaciones en las que estuviera entre la espada y la pared, en las que hubiese que decidir entre la mejor decisión y la rectitud moral.

—Me habló de un arsenal escondido en Montserrat...

Joan no comprendía. Se quedó extrañado. Estaban en el siglo XXI, y lo que el abad le acababa de decir le remitía a una historia increíble. Montserrat era un lugar invadido por los turistas, especialmente en los últimos años. Cada palmo de terreno, cada centímetro de suelo había sido hollado por alguien, extranjero o nacional, y mucho más en la última década.

—Con todo el respeto, Josep, esa leyenda es la misma que corría sobre un tesoro durante la guerra del Francés.

—No. No se trata de eso, Joan. Ese individuo sabía algo y estaba muy seguro. Tus mismas dudas se las planteé yo y no le convencieron. No puedes imaginar su determinación. Si hay algo escondido en esta montaña, y me pareció que por alguna razón estaba muy seguro de que lo hay, quiere encontrarlo. —La tos ahogó las últimas palabras del religioso.

—¿Qué clase de misión es esta? Nosotros somos hombres de Dios. No sabemos... —Joan no salía de su asombro.

—Habló de unos papeles pertenecientes a un predecesor —interrumpió el abad—. Un documento en el que aparecía la palabra arsenal... Y eso es cierto... ¿Me vuelves a pasar la gasa, por fa...? —La fórmula de cortesía se vio abortada por una fuerte punzada.

La mano del abad cayó desplomada. Las fuerzas le abandonaban. Joan se la apretó con decisión, en un intento de traspasarle la energía que necesitaba para acabar de explicar la situación. Después podría descansar.

—Lo siento, hijo mío —musitó mientras Joan le mojaba de nuevo los labios.

—No te preocupes, Josep. ¿Quieres descansar? —dijo el joven, realmente preocupado.

—¿Por dónde iba...? El arsenal... Bueno, pareció dar por sentado que un arsenal está oculto en estas montañas. Un abad anterior escribió un documento en el que se mencionaba en clave esa palabra, si bien nunca se sacó nada en claro. No tenía nada que darle, aunque sí conozco la existencia de una entidad suiza, el Institut Lavinier pour la Vérité. Hace unos cuarenta años, nos ayudó a investigar; hablaban de un arsenal, de algo precioso, pero aquel estudio se canceló de manera insatisfactoria. —Inspiró profundamente para recuperar fuerzas y proseguir—. No encontraron nada coherente y archivaron el caso, dispuestos a retomarlo en cuanto nosotros lo consideráramos oportuno. Nunca le dimos mayor importancia, por lo menos hasta que... Curiosamente, hace una semana me solicitaron autorización para enviar a un técnico y retomar la investigación por su cuenta y riesgo. Su llegada está prevista para mañana. Extraña coincidencia, ¿no crees? —Luego, su discurso empezó a caer en frases inconexas, culpables—. Joan, debes ayudarnos... Aunque yo te haya metido en esto... Si hay algo, por el amor de Dios... liberémonos de esta amenaza... Y, por favor, no hables con la policía: esto no debe salir de aquí.

Mientras el abad pronunciaba estas palabras su mente parecía recordar de nuevo la experiencia por la que había pasado. Un gesto de dolor se dibujaba en su rostro. Joan sabía que la culpa atenazaba el espíritu del buen fraile. Estaba agotado por el esfuerzo y se merecía un respiro.

—No te preocupes, padre —dijo Joan—. No sufras por mí. Yo te debo la vida. Te debo lo que soy. Te debo mi fe, y tú lo has dicho: eso es lo más importante.

—Hijo mío...

—Ahora déjame hablar a mí, padre. Yo estoy entregado a la vida de esta congregación, y si tú me has traído aquí como respuesta a los acontecimientos deja de culparte, porque los dos sabemos que la culpa nunca es de la víctima —dijo Joan mientras acariciaba suavemente la mano del abad—. Debo decirte una cosa. Cuando estaba en el retiro, una voz interior me encaminó de retorno hacia el monasterio japonés. Sabía que debía volver.

El abad lo observó en silencio, con los ojos entrecerrados. El alivio que aquellas palabras le habían supuesto parecía haberle abstraído en un profundo y tranquilo sueño.

—Mi vida no importa si está en juego el destino de la abadía —prosiguió Joan—. En estos momentos difíciles que estás viviendo debes ser fuerte, mantener tus principios y cohesionar a la comunidad con tu entereza. Yo, por mi parte, haré lo que pueda para garantizar el bien común y te aseguro, fíjate en lo que te digo, te aseguro —la voz del joven monje temblaba de la emoción con la que hablaba— que no dejaré ni un centímetro cuadrado de terreno por explorar en busca del dichoso arsenal y de quien te ha infligido este daño.

—Gracias, Joan. Gracias, de verdad. —El abad no pudo reprimir unas lágrimas.

Joan todavía permaneció sentado allí unos minutos, observando la debilidad del padre, con su mano entre las suyas.

Y entonces, pese a la angustia por el estado de salud del abad, sintió que la preocupación dejaba paso a una frenética actividad cerebral, guiada por la necesidad de resolver los problemas que se le presentaban; no obstante, debía ser cauteloso y no dejar huellas de barro como había hecho en el sueño que había tenido en el avión. Una sombra acudió a su pensamiento. El *koan* no estaba completo: ¿qué representaban esas huellas dentro del espejo?

Mientras tanto, su mirada se concentró en las manos del abad, pálidas, surcadas por líneas violáceas que contrastaban con las suyas, morenas, endurecidas por los meses de estancia en el monte nipón.

Sus pensamientos se detuvieron en el mismo instante en que la alarma empezó a sonar en el monitor cardiovascular. Un hombre de bata blanca le apartó del abad sin contemplaciones. Unas ondas acompañaron al estridente pitido en una de las pantallas. El horror asaltó la cara de Joan entre las palabras de los médicos. «Fibrilación ventricular» fue lo último que escuchó mientras era empujado por un enfermero fuera de la celda.

## Capítulo VIII

### MONTSERRAT, ZONA REPUBLICANA, NOVIEMBRE DE 1938

Daniel estornudó con fuerza: limpiar la maleza le provocaba picores en la nariz. Además, el frío de la mañana le estaba constipando. Aun así, no cambiaba su trabajo por nada en el mundo. Montserrat había tenido siempre para él algo mágico, como si su Barcelona natal se encontrara lejísimos, en otro continente. Una Barcelona que ahora miraba con temor, pues las tropas franquistas estaban a punto de caerle encima. Sabía que en la ciudad ya habían despedido a las Brigadas Internacionales. Los ánimos allá estaban por los suelos y muchos de sus compañeros de partido habían comenzado su marcha al exilio. Daniel Puig no. Él se había quedado.

La Generalitat se preocupó enseguida de proteger el monasterio de posibles ataques o saqueos, consciente del enorme valor que encerraban las paredes del —para muchos— corazón de Cataluña. Los monjes tuvieron que huir para intentar salvar sus vidas. Daniel estaba deseando agarrar un fusil y tirar al frente, pero le convencieron —a él y a otros compañeros— de que necesitaban a los trabajadores laicos del monasterio por el conocimiento que tenían del lugar. Tras una temporada como residencia del presidente Azaña, Montserrat fue convertido en un hospital y la actividad era constante.

Puig nunca dejó de mantener sus contactos con el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), al que se había afiliado poco antes de la guerra y donde le conocían como el Beato por su condición de creyente practicante. Para Daniel no había contradicción: Jesús fue el primer revolucionario. Y a pesar de que era consciente de las antipatías que muchos compañeros le tenían al clero, no podía evitar tratar a los curas con severo respeto. El sobrenombre se lo puso Carlos, uno de los más activos comisarios del partido y amigo de Puig. Era quien, cada dos por tres, subía al monasterio para visitarle y le dejaba algún encargo. La montaña apenas tenía secretos para Daniel.

Tras taparse la nariz con la bufanda, vio precisamente el coche de Carlos entrando en la explanada del monasterio. Aguardó a que saliera del automóvil para saludarlo desde lejos y hacerle señas para que le esperara. Su amigo le devolvió el saludo y, con gesto presumido, se encendió un cigarrillo apoyado en la portezuela mientras contemplaba cómo Daniel se desplazaba con agilidad entre la maleza.

—¡Beato, pareces una cabra!

—Querrás decir un macho cabrío —replicó Puig con guasa.

—¡Caramba, no sabía que aquella chica era tu novia! —le dijo fingiendo que le

buscaba cuernos en la frente.

—¿Cuál de ellas? Porque tú haces colección —replicó mientras le apartaba la mano divertido.

—Es que, querido, cuando uno tiene la apostura que tiene, no lo puede evitar. No todos podemos ser tan castos como tú, Beato, que pareces un monje santurrón —dijo pellizcándole la mejilla.

—¿No habrás venido solo a fanfarronear de conquistas, eh?

Carlos arrugó el ceño y su rostro se ensombreció.

—No, tengo un recado para ti, y es importante. —Le rodeó los hombros y comenzaron a caminar. Sin alzar la voz, pero disimulando el gesto, continuó—: Sabemos que uno de tus compañeros, de los que trabajan aquí, se ha afiliado a Falange.

—¡No jodas! —soltó Daniel.

Carlos hizo un leve gesto para que bajara la voz.

—Tenemos incluso el nombre. —Se lo dijo al oído—. ¿Te parece que puede ser él?

Daniel masculló:

—¡Qué hijo de...! ¡Pues bien que disimula, el cabrón! ¿No te digo que el otro día me preguntaba sobre el PSUC? Que si su tío era del partido, que si estaba pensando en afiliarse... ¡Me quería sonsacar! Anda, tráeme una pistola y yo me encargo de él.

Carlos le apretó el hombro.

—Espera, Daniel, espera. El encargo es que lo vigiles durante unos días, ¿de acuerdo? Hay que averiguar si está tramando algo o no. El viernes me paso y me cuentas, ¿vale?

Daniel afirmó con gesto serio.

—Tendrás tu informe.

Carlos se dirigió al coche dándole un apretón de manos. Desde el asiento, llamó con un gesto a Puig y le pidió fuego para el siguiente cigarrillo. Mientras lo encendía dando cortas caladas contra la lumbre, le dijo entre dientes:

—Y tú tendrás tu pistola.

Tras marcharse Carlos, Daniel Puig se puso manos a la obra. El resto del día lo dedicó a espiar al falangista con cautela.

Hubo un momento en que estuvo a punto de saltarle encima: el falangista, pico en hombro, se acercaba sigilosamente a otro compañero que estaba dándole la espalda, ignorante de su presencia. Bajó el pico, sujetándolo fuertemente con una mano, y estiró la otra hacia el trabajador, como si fuera a agarrarle de la camisa. Por un instante, Daniel contuvo el aliento. Parecía que fuera a asestarle un golpe con aquella herramienta. La mano del falangista estaba a milímetros de la espalda del desprevenido trabajador. Daniel quiso gritar, pero en su lugar se escuchó al falangista decir: «¡Buh!». El compañero dio un respingo acompañado de improperios.

Daniel comprendió entonces que tenía que tranquilizarse, de lo contrario podía

echar a perder la tarea que le habían encomendado. Faltaba ya poco para la cena y a esas horas las actividades se iban ralentizando a la espera del merecido descanso.

Fue durante la tarde siguiente cuando Daniel detectó algo que le hizo recelar. En un momento de pausa el falangista se dirigió hacia la montaña. A prudente distancia, Daniel lo siguió. Lo que parecía un simple paseo se tornó sospechoso, ya que en un tramo dominado por el bosque se desvió del camino para adentrarse en la maleza. De vez en cuando, el falangista se volvía para ver si le seguía alguien.

Ya un tanto lejos del monasterio, el perseguido se centró en buscar algo entre los matorrales. Daniel aprovechó para acercarse un poco más. Estirando el cuello, observó cómo sacaba un fardo con herramientas. El falangista cogió una linterna y dio unos pasos más hacia otro arbusto, levantándolo y dejando al descubierto una grieta que parecía natural. Encendió la linterna, alumbró el interior del agujero y dejó caer el fardo con cuidado. A continuación se introdujo en la abertura. Daniel sopesó la posibilidad de acercarse aún más, pero desechó la idea. Sería mejor esperar a que se marchara para poder explorar con tranquilidad.

Tras un rato que se le hizo eterno, el falangista salió, escondió de nuevo las herramientas y regresó sobre sus pasos. Daniel dejó pasar unos diez minutos para asegurarse de que no volvía. Halló en la bolsa de lona una piqueta, algunas cuerdas, clavos de gran tamaño y un par de cortafríos. Nuevamente tuvo que llamarse al orden: antes de tocar nada tenía que fijarse bien en cómo estaba todo para dejarlo tal cual, de manera que el falangista no sospechara que le habían descubierto.

Armado con la linterna, separó con cuidado el matorral que tapaba el agujero y proyectó la luz en su interior. Pudo ver una especie de rampa que bajaba con suavidad poco más de un metro. Tras cerciorarse de que no se veía a nadie en los alrededores, penetró en la abertura. Fue como dejarse caer por un pequeño tobogán. A la entrada le seguía un pasillo de apenas dos metros que terminaba en descenso. Pisando con sigilo para evitar caer, se acercó al final del mismo. Otra embocadura, esta vez mayor. Cada vez más inquieto se asomó a través del boquete; seguía descendiendo de manera más profunda varios metros más.

Un pequeño traspié casi le hizo perder el equilibrio.

—Daniel, cuidado —se dijo a sí mismo apretando los dientes.

Dudó unos instantes, por si el camino se complicaba. Pero la impaciencia le conminó a seguir un poco más, solo unos metros más...

Necesitó recorrer una mayor distancia para descubrir que lo que hasta ahora habían sido pasillos se abría de repente, formando una enorme cueva.

Tras la sorpresa inicial, salió rápidamente y borró su rastro. Temía que alguien le recriminara su ausencia y que el falangista sospechara. No vio nada en la cueva que explicara qué le interesaba al traidor de ese lugar, más allá del enorme tamaño de la cavidad. Pensó incluso en la posibilidad de que no significara nada, que simplemente fuera un divertimento del trabajador. Pero recordó su comportamiento furtivo, las sospechas de Carlos, el hecho de que de forma secreta se hubiera afiliado a Falange y

el aviso constante desde su partido alertando de las actividades de los quintacolumnistas. Revivió la conversación que mantuvieron días atrás, cuando le trataba de sonsacar su opinión sobre el PSUC. Estaba claro que aquello tenía que servir para algo pero... ¿para qué?



## Capítulo IX

MONTSERRAT, 16 DE SEPTIEMBRE DE 2009

A pesar de lo avanzado de la noche, Joan aprovechó los primeros momentos de soledad en la celda para rezar.

De rodillas, con los codos apoyados en su lecho frente a la imagen de Cristo crucificado, temió no concentrarse. Sin embargo, en Japón había aprendido que ciertos mecanismos limpian los pensamientos de las preocupaciones y ayudan a encararlas después desde una nueva perspectiva.

El abad había remontado el paro cardíaco aunque todavía estaba en peligro. La gravedad de su salud amplificaba las palabras en la conciencia de Joan como un eco. «No conozco a otra persona con tus capacidades». ¿Sería realmente capaz de actuar con fuerza y determinación?

«Nada falta a los que le temen». Acudieron en su defensa las palabras de San Benito, maestro de la congregación, que tanto consuelo había llevado a sus actos cuando la culpa lo mortificaba y necesitaba un castigo. «Si esta regla es cierta, por nada he de preocuparme —pensó—, puesto que he visto el horror en la cara del abad y en sus palabras».

Se incorporó y decidió que ya estaba bien de lamentaciones y miedos. Lo que tuviese que ser sería, y confiaba lo suficiente en el Señor como para no preocuparse. Sabía que solo era una forma de hablar, pero inmediatamente se dedicó a deshacer su maleta y eso lo mantuvo ocupado unos instantes valiosísimos. Extrajo del equipaje su tesoro más importante, su piedra zen. Retiró el pañuelo de seda amarilla y apoyó la piedra contra la pared, sobre su escritorio. La colocó en aquel lugar por dos razones: la primera era de índole física y representaba los casi dos años que la había llevado sujeta a la espalda; la segunda era de índole espiritual y se refería al círculo que en el budismo zen representa el vacío, el origen y el final al cual se dirigen las almas cuando abandonan este mundo y del que provienen cuando llegan a él. Más que por su simbología, era un homenaje a una religión que incluso recomienda no confiar en ella para abandonar todo anhelo y practicarla más efectivamente. Joan nunca había sido un crítico reformista con el cristianismo, pero como ser humano convencido de la necesidad de humildad a todos los niveles sí creía necesaria una reflexión en este sentido: aun en el supuesto de que fuera superior, ¿debía la religión católica considerarse con derecho a imponerse sobre las demás? Junto a la piedra depositó el mensaje que su maestro le había escrito.

Nuestros senderos ya se han bifurcado, por ello no tiene sentido una

angustiosa despedida. Deseo que tus actos se acompañen siempre de tu espíritu y que seas tú mismo incluso en tus errores. Que esta piedra represente el círculo cerrado de tu existencia y que su vacío se llene con la historia de tus hechos.

Ruego saludes a Josep sensei de mi parte. Confío en que su luz te guíe en la oscuridad.

Ya había saludado a Josep *sensei*, aunque no de parte del maestro japonés, y no sabía si lograría hacerlo. En aquella carta estaban unidas las dos personas que más amaba en esta vida, junto al objeto austero e inerte que lo había acompañado durante los largos días de privaciones en la montaña. En sus horas de lectura, cuando quisiera descansar la vista, allí estaría el círculo de piedra, representación del vacío del mundo en la simbología zen e inmenso anillo simbólico de la tradición cristiana. Y en medio, como la cabeza reflejada en el fondo del pozo cuando te asomas, aparecería su maestro con el consejo adecuado en el momento justo, o con la pregunta que le haría dar el salto hacia la respuesta correcta, un salto tanto más valioso por cuanto lo habría dado él. El abad era su héroe por ser capaz de proporcionar consuelo a la vez que respuestas; al maestro lo admiraba porque le hacía ver que no desconocía las respuestas, sino que se formulaba las preguntas erróneas. Ambos poseían una actitud estoica ante la vida que ejercía un fuerte influjo sobre Joan y le servía de ejemplo ante las situaciones comprometidas.

Ahora, a su vuelta, las preguntas se amontonaban en su cerebro como los fieles alrededor de la Moreneta el Domingo de Ramos, una situación potenciada por la última frase de la nota del maestro según la cual parecía conocer al abad. ¿Cómo le había escamoteado Josep ese dato?

Joan se esforzó por cambiar el curso de sus pensamientos y derivarlos a la situación actual. Debía encontrar al responsable o responsables de la tortura del abad, buscar todas las pistas relacionadas con ese supuesto arsenal y, paralelamente, descubrir quién podría estar interesado en ese tipo de hallazgos, incluyendo como sospechoso el instituto cuya casual visita había mencionado Josep.

En Japón, desde donde había seguido las noticias de España, había oído hablar de una empresa que buscaba el tesoro de un galeón español hundido en la bahía de Cádiz con las técnicas más actuales. Según el gobierno, lo que encontrasen les pertenecería y, salvo una pequeña parte, debería ser dedicado a la investigación. La empresa había manifestado su total respeto por las leyes españolas y comunitarias, pero también había hecho caso omiso a las advertencias del gobierno. Había dispuesto su sede en Gibraltar, lejos de las inspecciones gubernamentales, y, después de dragar el fondo del mar durante dos años, había desaparecido sin dejar rastro declarando que no había encontrado nada.

La imaginación de Joan se detuvo un instante ante la fotografía de la montaña de Montserrat que tenía en su cuarto. Hasta entonces, ansioso por conocer los

acontecimientos que se habían desencadenado y los que estaban a punto de hacerlo, no había tenido tiempo de paladear el retorno. La foto era una imagen del macizo desde una montaña cercana, y había sido tomada durante uno de esos días en los que se produce el fenómeno de la inversión térmica. Era en momentos como ese cuando más le gustaba subir a Sant Jeroni y dejarse llevar por las ideas que le surgían sobre lo que le depararía el porvenir. Sabía que aquella era una acción que se podría catalogar bajo el pecado de la soberbia, pero se sentía como el joven Werther de Goethe tras ascender una montaña, habiendo dejado abajo un mundo brumoso. Montserrat se destacaba en esa foto de su celda como lo que era, una isla de tranquilidad en medio del marasmo de la existencia. Fue este un primer atisbo de alegría por su vuelta. Pronto podría recuperar las viejas rutinas.

Después de haberse aseado, el hábito marrón oscuro característico de la orden benedictina rozó su piel y le proporcionó una sensación de seguridad. Adquiría de nuevo la plena conciencia de ser un monje de Montserrat.

Su cerebro reelaboraba las razones por las que había ido a Japón, y concluía en que todos y cada uno de los conocimientos adquiridos redundarían en beneficio de la comunidad. «El saber no ocupa lugar», le había dicho el padre Raimundo antes de abandonar el monasterio. Este, socarrón, siempre con un dicho con el que contrarrestar la tristeza, ni tan siquiera le había ofrecido una frase hecha de bienvenida; ese pequeño detalle ponía en evidencia de por sí lo insostenible de la situación.

Joan estaba seguro de que su trabajo en Japón había sido importante y seguramente daría lugar, en un futuro próximo, a un libro sobre la tradición zen que enriquecería las publicaciones de la abadía. Su texto, unido a los de sus compañeros repartidos por el mundo, conservaría para Montserrat la primacía en cuanto a investigaciones teológicas. Aunque eso ahora carecía de importancia.

Amén del seguimiento de la salud del abad, de las necesarias consultas a la nutrida biblioteca y documentación privada de la abadía, se repitió que debería interesarse por el trabajo de campo del instituto mencionado por Josep y, aún más importante, comprobar el registro de las habitaciones: llegadas, salidas, altas y bajas de los huéspedes que habitaran en esos días el monasterio. Durante las vacaciones estivales, unas cuatrocientas personas lo abarrotaban. Las fechas, suponía Joan, no se habían elegido al azar, puesto que en el santuario aquel era un momento de máxima afluencia de gente de las más variadas nacionalidades.

Todas esas pesquisas deberían ser discretas y reservadas. El abad Josep no quería inmiscuir a la policía en lo sucedido. Se lo había dicho muy claro y quien se lo hubiera exigido a él no parecía hablar menos en serio.

## Capítulo X

### MONTSERRAT, 17 DE SEPTIEMBRE DE 2009

La entidad suiza Institutí Lavinier pour la Vérité envió a un técnico para investigar el significado de ciertos documentos que el monasterio les había mandado estudiar cuatro décadas atrás. Se trataba, concretamente, de una criptógrafa. Su nombre era Sarah de Chantal y su labor consistiría en realizar un exhaustivo trabajo de campo que ayudaría a completar aquel informe que no había sido resuelto satisfactoriamente en su día.

Fue Rómulo el designado para recibir a esa persona; así lo había decidido el abad con el objetivo de ayudar a Joan. Le había solicitado a su asistente que tratara de evitar a toda costa que la invitada se enterara de los últimos acontecimientos: para ella, el abad estaría en el extranjero llevando a cabo ciertas labores humanitarias. En aquellas circunstancias el padre Josep desconfiaba de cualquiera que pisara Montserrat.

—Bienvenida. Soy el padre Rómulo. —El encargado de recibir a Sarah se presentó casi con una reverencia en el vestíbulo del monasterio mientras ella le ofrecía su mano.

—Sarah de Chantal —respondió aquella mujer con leve acento francés sin poder apartar la mirada de la portalada románica de la antigua iglesia—. Es un verdadero placer estar aquí con ustedes.

—Acompáñeme si es tan amable, señora De Chantal. La llamaré así si le parece bien. Habla usted perfectamente español, como ya nos señalaron desde el instituto...

—Le agradezco el trato. Y sí, hablo español. Mi madre era española, emigrada a Suiza en los años sesenta. —Intercaló una sonrisa afable en su explicación—. También estudié un posgrado de dos años en Salamanca, y de eso no hace tanto. Por mi parte, ¿debo llamarle «padre»?

—Es lo más indicado —sentenció.

Rómulo había asumido su papel de «protector del abad» e intentaría simular indiferencia a las preguntas de Sarah de Chantal. Debía encubrir sus nervios y su preocupación como fuese. La situación que estaban viviendo en la abadía y la aparición de esa mujer le ponían nervioso. A pesar de una evidente cojera, Sarah de Chantal demostraba no tener ningún complejo; todo lo contrario. Su aspecto era muy saludable y su traje de chaqueta, en un color claro, aunque no tanto como su piel de porcelana, contrastaba con el pelo negro azabache y hacía juego con unos excepcionales ojos verdes. Consciente de la inexactitud de su criterio, Rómulo le supuso unos cuarenta años y una belleza natural muy notable.

El anciano fraile se dirigió junto a la visitante al despacho que el abad poseía en

el monasterio.

Durante el trayecto ambos permanecieron en silencio. Rómulo miró de reojo a la suiza, que no dejaba de observar la arquitectura que la envolvía. Seguramente se estaría preguntando hasta dónde le permitiría «entrar» aquella congregación.

Llegaron al despacho del abad Josep, donde el monje ofreció a Sarah un asiento que ella ignoró. Aquel lugar estaba lleno de estanterías con libros de índole religiosa: *Moriré libre*, de Noble Alexander; *Del llanto a la sonrisa*, de Alex Campos o *La aventura de una vida*, de Janet & Geoff Benge, ejemplares que los dedos de Sarah acariciaron. Frente al escritorio, la criptógrafa posó sus ojos sobre un ejemplar de la Biblia de Ferrara colocado en un atril. Rómulo observó su expectación y le informó:

—Data del siglo XVI, pero es solo una copia.

—¿Está escrita en castellano? —preguntó Sarah mientras hojeaba sus páginas y leía algunos fragmentos.

—Sí, la tradujeron los judíos portugueses Duarte Pinel y Gerónimo de Vargas en 1553, cuando fueron expulsados de España y Portugal en plena Inquisición y se establecieron en Ferrara, Italia. Está plagada de hebraísmos que hacen difícil su lectura —respondió Rómulo, agradecido por la curiosidad cristiana de aquella mujer—. Fue escrita en el castizo nivel clásico de la lengua sefardí o judeo-española.

—Ah, ¿sí? —preguntó Sarah.

—Siguieron un sistema de traducción literal denominado calco, que sin duda usted conocerá, caracterizado por su marcada conexión al original hebreo que se traducía.

—«Al vencedor de siervo de .A. de David, que fabló a .A. palabras del cántico este, en día que escapó .A. a él de mano de todos sus enemigos, y de mano de Saúl. Y dixo: Amartehe .A. mi fortaleza. .A. mi peña y mi encastilladura, mi escapador» —leyó Sarah—. ¿Qué significa la «A» entre puntos? —preguntó al monje extrañada.

—Se refiere a la representación del Señor.

—«Mi Dio mi fuerte, me abrigaré en él; mi escudo y cuerno de mi salvación, mi amparo. Alabado llamaré .A., y de mis enemigos seré salvo» —continuó leyendo Sarah—. Parece que en aquella época ya existían las encriptaciones —añadió sonriendo al fraile, tratando de hacer una broma.

Rómulo no apreció la referencia, así que prefirió cortar esa línea de conversación y empezar con la entrevista. Siempre en guardia, no quería que aquella mujer le pillara desprevenido. Ofreció de nuevo asiento a Sarah y él mismo se sentó tras el enorme escritorio.

—Bien, dígame, ¿cuál es el objetivo de su visita? —El hilo de voz se desprendió de su boca sin la fuerza necesaria.

—¿Perdón? —inquirió Sara mientras colocaba su cabello azabache detrás de sus orejas—. Lo siento, no le he oído —se disculpó.

El monje se aclaró la garganta y se revolvió inquieto en su asiento.

—Le preguntaba por el objetivo de su visita —repitió a la vez que se incorporaba

por encima de la mesa. Se le oyó con toda claridad.

—Pues tal como indicó el Institut Lavinier pour la Vérité en su carta al abad...

Al escuchar la referencia al abad Rómulo se estremeció e interrumpió las palabras de Sarah levantándose de su silla.

—¿Está bien? —preguntó la mujer.

—Sí. Solo necesito estirar las piernas —respondió poco convincente—. Continúe, por favor.

—Mi intención es hallar respuestas a las dudas planteadas por ciertos puntos de los documentos que nos enviaron en 1968 y que nosotros computamos a principios de 1969. La limitación de nuestros sistemas de trabajo de entonces no nos permitió resolver del todo su consulta. No es que el encargo quedara sin descifrar, más bien quedó falto de... interpretación.

—¿A qué documentos se refiere? —quiso saber Rómulo, algo desorientado.

Si la suiza experimentó sorpresa ante el despiste de su interlocutor no lo demostró.

—Apuntes y escritos que pertenecieron al abad que pasó su relevo en 1966 y que unos años más tarde, tras su muerte, nos confió el monasterio para que ayudáramos en la descodificación de una parte especialmente... rebelde.

—Ajá —asintió Rómulo haciéndose el entendido.

—En aquel entonces cerramos el caso en un punto que resultó dudoso para nuestro cliente, o sea el monasterio, así que se archivó con el distintivo de «resuelto insatisfactoriamente». De hecho, ustedes recibieron las conclusiones provisionales de aquel informe. El instituto está seguro de haber descifrado correctamente un código de Vernam, pero la interpretación... eso es otro cantar.

—Ah. Puede ser, puede ser.

Hubo un breve silencio mientras Sarah observaba el inquieto caminar de aquel hombre por la sala.

—En la actualidad hemos modernizado nuestros sistemas de interpretación —prosiguió la suiza intentando no dar importancia a los actos del fraile—. Incluimos más investigación de contorno, bases de datos relacionales y buscamos nuevas pistas que nos ayuden a descubrir el significado de algunas carencias que ofrecen los textos. La razón de mi visita es completar esa descodificación insatisfactoria con algo de trabajo de campo. El instituto se ha propuesto mejorar aún más su prestigio y está reabriendo expedientes como el suyo en varios puntos de la geografía mundial.

—Entiendo —respondió Rómulo sin más—. Entonces, adonde necesita acceder básicamente es a la biblioteca.

—En parte. Aunque también me interesará poder conocer bien el entorno monástico para poder aplicar toda la información que recoja en «imaginar» lo que el abad de la época quiso transmitir. Me gustaría que me permitieran observar con detenimiento sus celdas, sus salas, sus plegarias...

Rómulo estaba cada vez más nervioso. Su misión era controlar y acotar los pasos

de aquella mujer, que se lo estaba poniendo realmente difícil. Volvió a su asiento en un intento por disimular su estado.

—Pero nuestras instalaciones no esconden nada más que nuestras oraciones — explicó el padre sentándose de nuevo y cruzando los brazos encima del escritorio, tratando de parecer convincente sin conseguirlo. Estaba seguro de que había metido la pata. *Excusatio non petita, accusatio manifesta*.

Un silencio incómodo se interpuso entre entrevistadora y entrevistado, aunque los papeles que ocupaba cada cual habían dejado de estar claros.

—¿Cuándo podré ver al abad? —preguntó Sarah.

—El abad Josep ha salido de viaje unos días para llevar a cabo algunas labores humanitarias en el extranjero —respondió Rómulo repitiendo las palabras exactas que le sugirió su superior. Parecía haber recitado un refrán memorizado.

—Ah —bufó Sarah decepcionada y recelosa de la actitud del monje—. Pero él aseguró hace unos días que me atendería sin problemas —insistió.

—Lo lamento. Ha tenido que marcharse de viaje —repitió Rómulo. No se le daba nada bien mentir y Sarah se percató de ello.

—¿Y adónde ha ido?

—Oh, a varios sitios. —El padre se revolvía en su asiento mientras buscaba una postura que le resultara más cómoda—. No conozco su agenda exacta —consiguió decir resuelto, aunque él mismo se dio cuenta de lo incoherente de esa excusa en boca del asistente personal del abad Josep.

—Yo estaré aquí una semana. Espero que en ese tiempo pueda verle y hablar con él en algún momento —dijo Sarah poco convencida.

En ese instante alguien llamó a la puerta del despacho.

—¿Quién es? —preguntó Rómulo haciéndose el sorprendido. Un monje de unos sesenta años apareció por la puerta—. Señora De Chantal, este es Arcadio. Él la acompañará cuando necesite entrar en alguna de las salas del monasterio, básicamente la biblioteca —anunció Rómulo adelantándose a la réplica, evitando cualquier proposición de Sarah y procurando marcar que ese sería el límite tácito de su acceso.

La mujer se levantó de su asiento y saludó al padre Arcadio.

—Gracias —respondió sin más.

—Perfecto. Arcadio, acompaña a la señora a su apartamento en las celdas Abad Marcet. Que tenga una estancia agradable, señora De Chantal —se despidió Rómulo.

Ella ofreció su mano al padre con la misma determinación que en la ocasión anterior. «Aquí está mi fuerza», parecía querer decir.

Rómulo apartó la vista de aquellos ojos en los que se translucía tanta energía y seguridad.

Para Sarah de Chantal formar parte de una organización como el Institut Lavinier pour la Vérité suponía todo un orgullo. De pequeña se había visto coartada físicamente a causa de un defecto de nacimiento, pero se había adaptado a vivir

aprendiendo de él. Llegó a este mundo con una displasia de cadera que nadie diagnosticó, y con los años su caminar se había vuelto doloroso. En su familia no contó con apenas apoyo. Con el tiempo, desarrolló una personalidad fuerte, de supervivencia y autoprotección, que la llevó a ser una luchadora. No había sido fácil.

Tras licenciarse en matemáticas y especializarse en criptografía entró rápidamente en el Institut Lavinier pour la Vérité, en Lausanne, donde se había labrado una imagen de competencia y profesionalidad que le hizo ganarse la confianza de los directivos y ocupar a sus cuarenta y tres años el puesto de jefe de proyectos.

El Institut Lavinier pour la Vérité se creó en la década de 1940, poco después de finalizar la segunda guerra mundial. Su fundador, André Lavinier, de origen suizo pero afincado en Estados Unidos, había contribuido a crear un dispositivo de puntería destinado a la artillería antiaérea que los aliados emplearon eficientemente en sus ataques y que sirvió para abreviar muchas batallas. Cuando la contienda terminó, Lavinier volvió a Ginebra con la intención de colaborar con su tierra después de los conflictos que surgieron tras el desastre que en 1944 Estados Unidos provocó en Schaffhausen. Tres cuartas partes del cantón del mismo nombre estaban rodeadas por territorio alemán. Allí, cincuenta bombarderos americanos causaron, pretendidamente por error, centenares de muertos y heridos; los incendios destruyeron gran parte de las casas y edificios de la ciudad, de veintidós mil habitantes.

Con ese objetivo de desarrollo y recuperación, Lavinier creó en Lausanne el Institut Lavinier pour la Vérité, que construyó la primera gran computadora suiza y convirtió a la entidad en una de las más importantes del mundo. En la actualidad, y después de una larga saga, el Instituto disponía de Rant, la supercomputadora cuyo apodo guardaba un significado simbólico, pues aludía a un texto que no presenta un argumento bien fundamentado.

Por su ubicación e idiosincrasia, este centro no formaba parte de la Distributed European Infrastructure for Supercomputing Applications, una organización que reunía a una serie de potentes supercomputadores de distintos países de Europa, conectados entre sí por una red de banda ancha elevada.

Cuando Sarah se hubo instalado en su habitación con vistas al inmenso valle se permitió un momento de solaz y rememoró cómo había llegado hasta allí y por qué.

Fue un lunes como otro cualquiera. Había seguido la rutina de un día normal: pasó su tarjeta de identificación por el control de seguridad de la entrada y fue directa al interior de la antigua capilla del siglo XVIII que, por caprichos del destino, guardaba a Rant, su más fiel servidor.

Sarah disfrutaba observando aquellas instalaciones. Todos y cada uno de los días de los quince años dedicados a aquel lugar se había sorprendido al comprobar lo que aquellas máquinas en permanente mutación podían conseguir en tan poco tiempo.

La capilla había sido bautizada Des Murs por lo emblemático de la decoración, que adornaba las paredes repletas de imágenes de pintura neoclásica. En el corazón de aquella instalación una enorme estancia acristalada de aproximadamente



doscientos metros cuadrados, con un techo igualmente acristalado a seis metros de altura, se resguardaba el superordenador.

A Sarah se le antojaba como un enorme castillo del cual ella era la única princesa. Un falso suelo elevado a metro y medio, igual que el antiguo altar, proporcionaba el soporte y accesibilidad que esa estructura de treinta toneladas de acero y diecinueve de cristal necesitaba.

La arquitectura de la máquina se apoyaba en más de treinta grandes armarios destinados a comunicaciones y memoria. Cúmulos de inteligencia artificial procesados a una velocidad de vértigo con un rendimiento de hasta sesenta billones de operaciones por segundo, cifra que superaba con creces la capacidad de imaginación de cualquier mente humana. La memoria era descomunal: veinte terabytes de memoria principal y hasta trescientos sesenta de memoria externa. Datos infinitos que permanecían ocultos, custodiados por robots en las entrañas de la capilla.

Esa mañana se encontraba en el corazón del ordenador con todas estas reflexiones cuando Maurice, subdirector del instituto, la llamó a su despacho a través del busca.

Tardó menos de diez minutos en llegar al negociado.

—Siéntate, Sarah.

Las oficinas se encontraban en un edificio contiguo a la capilla. Todo el recinto se ubicaba en las afueras de Lausanne, muy cerca de frondosos bosques ajenos por completo a la modernidad. Al pie de un pequeño lago y en pleno espacio natural, se elevaba una enorme construcción de oficinas, vanguardista y casi mágica.

—Ha surgido algo importante en lo que nos gustaría que participaras —habló al fin Maurice mientras recorría el cuerpo de Sarah con la mirada.

Aquellas palabras la gratificaron. Maurice le acarició con delicadeza la mano que ella posó encima de su mesa, y luego apartó suavemente. Él no la desagradaba, pero le gustaban más su posición y sus contactos.

—Dime, ¿en qué consiste? —le dijo Sarah con el rostro cruzado por una sonrisa maliciosa.

Ser reconocida en un mundo predominantemente masculino era algo que la hacía disfrutar. Se trataba de una necesidad. Su principal necesidad.

—El caso que nos ocupa requiere que te desplaces a Barcelona —Maurice se recolocó en su asiento y habló sin dejar de sonreírle—, a la abadía de Montserrat, donde te espera un trabajo de campo profundo y puntilloso. Como tú siempre haces —añadió guiñándole un ojo.

Ella sabía que tenía la capacidad de excitarlo. Su pelo oscuro enmarcando una piel de porcelana, sus insinuantes curvas, su actitud resuelta, su cuerpo entero reflejaban a la perfección la fuerza y determinación de su carácter. Sarah suponía para Maurice una lucha intensa entre lo protocolariamente permitido y lo indecente; ella era consciente de eso y jugaba a dos bandas.

—¿De qué se trata? —insistió Sarah.

—Hemos reabierto otro caso de esos que no quedaron bien zanjados en su época; este es de 1969, para ser más concretos, y algún patrono del instituto cree que ahora es el momento de rematarlo y colgarnos una medalla más —explicó Maurice—. En los años sesenta todavía no existía la supercomputación, por lo que los sistemas de descodificación eran lentos y poco precisos. Tampoco teníamos tantos recursos humanos ni tantos conocimientos históricos ni sociológicos, claro está.

Sarah comentó que al instituto no le convenía acumular trabajos inconclusos.

—Exactamente. Nuestro lema es nítido. —Maurice subrayó su tono y su mirada ansiosa—. Creemos que con los sistemas actualizados y tu concienzudo trabajo en el lugar donde se codificaron los textos podríamos conseguir una descodificación satisfactoria. Ya sabes, introduciendo el factor humano en la interpretación, igual que estamos haciendo últimamente.

Mientras estaba tumbada en la cama de la celda-apartamento, Sarah visualizó con un asomo de repulsión cómo el vicepresidente del Instituto pronunció esas palabras mientras se levantaba de su butaca, y se colocaba detrás de ella antes de comenzar a acariciarle el cuello.

—El patronato está muy interesado en que la imagen de la empresa no tenga ningún vacío. Es de esencial importancia que nuestro *marketing*, basado en que la entidad no comete errores ni da resultados parciales, sea veraz. —Acercó la boca a la mejilla de Sarah y le habló muy cerca del oído—. Desde el principio propuse tu colaboración. Sé que puedes hacerlo muy bien. —Su aliento todavía la estremecía en el recuerdo.

Las suaves caricias en el cuello pasaron a ser masajes más arriesgados en la nuca, los hombros y los brazos, para continuar bajando cuidadosamente hasta alcanzar el pecho bajo la blusa de seda blanca que Sarah vestía aquel día. En ese momento, la jefe de proyectos se levantó en un impulso, esquivo pero suave. Tras acariciarle con el índice su perfectamente afeitada mejilla y el pronunciado mentón, Sarah acercó sus labios Rouge Allure de Chanel al oído del vicepresidente y pronunció casi en un susurro:

—Cuenta conmigo.

Dicho esto, salió de aquel despacho con paso decidido. Sarah había escuchado atenta las adulaciones y proposiciones que aquel hombre le ofrecía. Se había comportado y había accedido a ir a Montserrat en lo que era otra buena oportunidad para su carrera. Las apariciones cada vez menos ocasionales que aquel individuo hacía en su apartamento acababan siempre con gritos de placer y promesas incumplidas de un futuro común. A ella le daba igual. Aunque él no lo supiera, Sarah también le utilizaba. Su lema solo era uno: creer en sí misma. Y ahora reivindicaba su papel entrando a fondo en esa investigación iniciada hacía ya cuarenta años. Se incorporó en el lecho donde había estado tumbada por un rato, ordenó sus cosas en el armario de la celda-apartamento y se dispuso a continuar con su trabajo.

## Capítulo XI

METZ, FRANCIA, 17 DE SEPTIEMBRE DE 2009

—El daño está hecho y no ha habido movimiento de fuerzas policiales. Los acontecimientos siguen su curso.

—Confiamos en ti, Brambora. Debes continuar siendo una sombra.

—Descuida, nadie conoce mi verdadera identidad. ¿No te fías?

—Nos jugamos mucho. Llevamos años de investigación en este proyecto y nos hemos puesto en tus manos, imagínate si me fío.

—Perfecto. Joan está aquí.

—Sabemos de su importancia. Es una pieza clave en la comunidad.

—También yo creo eso.

—¿Te ayudará en tus pesquisas?

—Confío en ello.

—Según nuestros informes es una persona con unas capacidades por encima de lo normal. Dale tiempo. Recuerda: es alguien especial. Por lo que dices, fue el único nombre que el abad señaló bajo presión, ¿no?

—El único nombre. No temas, no dará problemas.

—Aún hay otra cosa.

—¿Más acción, quizá?

—No conozco a otro que no se apacigüe con los años. Relájate, Brambora, o no llegarás a viejo. —La voz se expresó con camaradería; la réplica no era una amenaza.

—¿Para qué, para aburguesarme como tú? —La dialéctica comunista todavía impregnaba el discurso del mercenario.

—Puede que te guste el encargo. Se trata de una mujer, Sarah de Chantal.

—¿Quién es y por qué la mencionas? —Un atisbo de inquietud se reveló en el tono de Brambora.

—Ah, veo que se rompe tu frialdad. Es una matemática. El Institut Lavinier pour la Vérité, de Suiza, donde ella trabaja, también está investigando el arsenal. Coincide contigo en espacio, tiempo e interés. De hecho ya debe de estar allí. He pensado que debías saberlo.

—¿Es suiza? Será un placer. No me caen bien los suizos.

—¿Por qué?

—No les gustan las guerras. No pelean desde los tiempos del Imperio austrohúngaro, y ya entonces se dejaban defender por sus vecinos. Además, tienen unas aficiones muy raras. Demasiado... inofensivas, ya me entiendes. ¿Es un objetivo?

—No. Límitate a seguirla y conocer sus avances.

—Tengo a mi pajarillo enjaulado trabajando.

—Pues espero que lo trates con menos suficiencia que a mí.

—Hombre, es que a él lo respeto.

—Eres imposible, Brambora. No te soporto.

—Sí me soportas. No te queda más remedio.

«*Scheiße!*», mierda, juró en alemán Van Hutten. Colgó con la misma sensación de siempre: prefería no hablar con Brambora. Había trabajado con él en Burkina Faso, en Burundi... en demasiados lugares. Conocía su crueldad. Si te enemistabas con él, no dudaba en exponerte a las balas enemigas. Pero si iba su vida en ello, podías estar seguro de que encontraría la manera de salir del atolladero.

Nadie tenía tantos recursos como él. Eso era una garantía. En trece años de colaboración nunca había fallado. Era su mejor hombre, aunque también el más peligroso, el más difícil de eliminar llegado el caso, y por ello le auguraba una larga carrera. La organización necesitaba a gente fiel a su causa y para Brambora, a esas alturas de su vida, las únicas causas eran el dinero y el anonimato. Así pues, estaban de acuerdo en lo importante.

Ya solo quedaba informar a Jonás. No era lo más fácil. A pesar de la sensación de camaradería que se respiraba en sus conversaciones, era aconsejable ir con pies de plomo. Un comentario mal hecho en su presencia, un traspie político, una confianza malinterpretada... Estaba harto de desagradables encargos alrededor de personajillos sin relevancia. El último, un camarero de un bar de copas que debió de derramar un *whisky* a destiempo. Van Hutten era el basurero personal de Jonás, el que se encargaba de limpiar de moscardones la vida del gran jefe. Ni tan siquiera el hecho de ascender le había permitido delegar.

El zorro está en la madriguera. Las crías le susurran cosas al oído. Hay dos conejillos de Indias en el horizonte y el raposo está en la pista. La Mamá Loba triunfará sobre el orbe.

S. V.

Los mensajes electrónicos en clave le parecían patéticos a Van Hutten. Pero a Jonás le encantaba la parafernalia que rodeaba todas sus acciones. A veces había visto cómo en su casa organizaba complicadas operaciones tácticas con su Estado Mayor y las ilustraba con figuritas de plomo. Se imaginaba que cuando todos se hubieran marchado, Jonás se pondría su casco prusiano y su uniforme de la Primera Guerra Mundial y desenvainaría el sable para dramatizar las cargas de caballería, de la que Brambora era un buen exponente. Incluso su nombre falso era una burda referencia bíblica, como un juego iniciado por él con el personaje con el que se identificaba: el profeta que huyó de su ciudad al ser instado por Dios a predicar ante sus vecinos. Como sabía que nadie le haría caso, prefirió abandonarlo todo para esconderse. Una

vez en el mar, Dios lo encontró y provocó una gran tempestad. Los pescadores que le habían dado cobijo sospecharon que la causa de la maldición era su huésped, así que lo tiraron por la borda. La tempestad se calmó y a Jonás lo engulló una enorme ballena que, tras tres días de rezos, acabó por vomitarlo en tierra.

El otro Jonás estaba todavía dentro del cetáceo, pero preparaba el terreno para tenerlo todo dispuesto cuando llegara el momento de salir y avisar a Europa occidental de los peligros que la amenazaban. Ni esperaría la señal de Dios ni se inhibiría de lo que consideraba su obligación.

Todo en Jonás era un divertimento. Pero no para los demás. Van Hutten, que había participado en tres guerras y tenido que dejar a sus mejores amigos como pasto de despiadados buitres, sabía que la muerte no era ningún juego. Aún se despertaba por las noches temiendo que una especie de justicia divina se lo llevase por delante.

La respuesta inmediata al *e-mail* que acababa de enviar sacó a Van Multen de sus ensoñaciones. Jonás reclamaba su presencia.

Un escalofrío recorrió el lomo del exmercenario. Repasó mentalmente todos los pasos realizados en busca de algún error.

Se puso la americana y salió a la calle. El fresco arreciaba en Metz. El verano había terminado.

Subió al coche y puso *La valquiria*. La primera escena le encantaba: Siegmund entra herido en la cabaña de Hunding, donde su mujer Sieglinde le ofrece agua. Quizá si la vida hubiese sido de otra manera él también podría haber recibido, como el protagonista, ese trato por parte de una rubia teutona.

La carretera revirada ofrecía oportunidades al devenir de los pensamientos de Van Hutten y se vio a sí mismo, con los lacios cabellos rubios acariciados por un viento suave, en una tranquila costa, como la del sur de España o la del Adriático, paseando de la mano de dicha teutona. Por delante de ellos dos pequeños, rubicundos igual que los padres, se perseguían entre risas. El camino se abriría entre suaves cerros para acabar en el mar, donde la arena sería fina y los niños se tirarían al suelo sin hacerse daño...

A pesar de la cantidad de veces que realizaba aquella ruta, la hora escasa que ocupaba resultaba un placer. Wagner lo retrotraía a una especie de estado de alucinación en el que todos los sueños podían ser verdad. Solo estaban él, su coche y la música sonando alta, muy alta. La ruda lírica alemana le sugería sentimientos de grandilocuencia y, por momentos, se sentía capaz de cualquier cosa. Una sensación de poder que se desvanecía siempre, inevitablemente, a la misma altura del camino.

Poco después de pasar Phalsbourg, el Bois des Chênes se mostró en todo su esplendor. Constituía una especie de hábitat específico alrededor de la enorme fortificación de Jonás, que emergía de forma súbita de entre los robles, como la cola de su ballena en mitad del océano; parecía que buscase impactar a quien pasara por allí con el coche. Era imposible verla hasta que se tenía encima.

Al acercarse a la verja forjada esta se abrió automáticamente. Lo esperaban.

Aceleró con suavidad por el camino de tierra, mientras oía el crujir de las hojas secas debajo del coche. En aquella zona el otoño siempre se avanzaba un poco. La espesura del bosque y la iluminación de la casa, cuyos focos se ubicaban a los pies de la edificación, producían sombras extrañas. Sabía que esa medida de seguridad era impuesta por Jonás con orgullo de propietario, a pesar de que no necesitaba ostentar en absoluto. En la lista de los más ricos —en la que él no aparecía; no se podía permitir ese lujo dado su cargo— ya había superado a Richard Branson, el único izquierdoso que le hacía sombra.

Tras rodear la glorieta repleta de flores que formaba una especie de escudo familiar, Van Hutten descendió del coche. Un individuo de librea lo estaba esperando. Sin pronunciar palabra, aquel hombre lo guio hasta su destino. Tras él, Van Hutten observaba el ridículo atuendo del criado: unos zapatos con tacón que brillaban inmaculados y unas medias blancas que cubrían toda la pantorrilla, rematadas por unas calzas de color negro. Por encima, las alas de la librea con motivos dorados adornaban el porte orgulloso del lacayo. No se podía decir quién acompañaba a quién, porque aquel criado mostraba una altivez excesiva que contrastaba con la normalidad del esbirro, acostumbrado a actuar siempre desde el anonimato. Al compararlos, Van Hutten salía perdiendo: su caminar desentonaba con la elegancia de un atuendo que, pese a no lucir corbata, era de una pulcritud extrema. En contraste, su cabeza agachada demostraba sumisión al sirviente y evidencia de que aquel recorrido no era voluntario. Siempre pensaba que con Jonás no se sabía si uno elegía realmente algo.

Una puerta de dos hojas se abrió y su nombre fue pronunciado en voz alta. Dentro, Jonás recibía el informe de un subalterno que se levantó para recibir a la visita. Parecía demasiado alegre y demasiado alerta, quizá bajo los efectos de alguna sustancia estimulante.

—Bienvenido, señor Van Hutten, he oído hablar mucho de usted.

—Pues no es mi objetivo difundir mi fama y menos entre gente a la que no conozco —dijo el holandés mirando con el rabillo del ojo a Jonás, quien con una imperceptible sonrisa y un movimiento vertical de la cara dio a entender que había confianza.

—Van Hutten, viejo zorro, sea bienvenido. —Habría dicho lo mismo si se hubiesen encontrado por la calle, algo poco probable.

—A su servicio, Jonás.

El subalterno pareció sorprendido por la familiaridad, que a él no se le permitiría nunca. Sus cavilaciones se exteriorizaron en muecas apenas perceptibles.

—Puede hablar delante de Michael —dijo Jonás mientras colocaba un cigarrillo en sus labios.

Encendió el cigarrillo con un mechero descomunal que reposaba encima de su escritorio y aspiró con deleite. Llevaba las manos enguantadas. La luz del flexo negro era la única de la estancia y le llegaba justo a la altura de la boca, poniendo el foco en

el humo que se iba dispersando a medida que se separaba de la claridad.

—Bien, ¿cómo van nuestros asuntos? Hágame una breve descripción del estado de las cosas. Su correo era poco explícito, aunque esperanzador. —Pensaba que le sentaba bien ese tono de profesor condescendiente.

—La espoleta ha saltado. —Van Hutten sabía que este diálogo oscuro era del agrado de su jefe—. Nuestro zorro tiene los ases en su mano.

—Ah, el amigo Brambora... Azote de rufianes. No hay pieza que desencaje en los rompecabezas de esa bestia.

El nombre del mercenario adquiría una sonoridad inaudita en la voz de Jonás. De fondo, el exasperante ruido de unas burbujas de agua que se reproducían en un gran acuario acompañaba la conversación como la banda sonora de una película.

Michael miraba a uno y a otro. Parecía el espectador de un partido de tenis en el que no se veía la pelota.

Se hizo el silencio en el despacho. Jonás dio una calada al cigarrillo y acto seguido lo restregó con saña contra el cenicero de metal, produciendo un ruido blando que rasgaba el aire mientras el humo parpadeaba en volutas intermitentes. Levantó los ojos y sorprendió a ambos esbirros observándole.

—¿De dónde proviene realmente ese espécimen? —preguntó Jonás rompiendo la incomodidad de la pausa.

—Brambora es un fenómeno. Está a la altura del viejo Dimitri —contestó Van Hutten sin dudarle un segundo—. De hecho fue su alumno aventajado dentro de Suis Viribus durante casi cuatro años. —De nuevo un silencio. ¿Era oportuna una explicación? El holandés pensó que sí—. Sus orígenes no están del todo claros, pero he llegado a reconstruir parte de su historia. ¿Recordáis los conflictos de Yugoslavia? Parece ser que Brambora creció a la sombra del comunismo del difunto Tito. Su madre era una de las que organizaban grupos de mujeres en su pueblo; las enseñaba a leer, discutían sobre cómo aplicar el método del partido a la producción doméstica, al...

—Vamos, una comunista de pro —interrumpió Jonás en tono burlón.

—No solo eso, era una fanática que educó a su hijo en la realización de la idea. Laco aprendió a subordinar sus necesidades a algo más alto; en ese momento a su madre y al concepto que ella representaba.

—Ya. Y fue en la guerra de los Balcanes donde se convirtió en el individuo frío y efectivo que es hoy —concluyó Jonás convincente, como si construyera una pregunta y su respuesta a la vez.

—Bueno, está también la muerte de su padre en extrañas circunstancias, pero esa es otra historia. Fue en la guerra de Eslovenia donde se fraguó la fractura, donde Brambora se convirtió en un desarraigado, un apátrida —explicó Van Hutten—. En los diez días que duró la guerra vio cómo sus compañeros desertaban y cómo soldados leales morían a manos de los que hasta hacía poco eran sus colegas de póquer. Por encima de eso la nada, unos mandos perdidos, sin fuerza para reivindicar

sus posiciones ante unos políticos demasiado temerosos de las consecuencias.

—Con los políticos ya se sabe —susurró Michael desinhibido, aunque ante la perceptible pausa empezó a comprender que él no estaba allí para mostrar sus opiniones.

Van Hutten continuó con la historia como si no hubiera oído nada, sabedor de que a Jonás le disgustaban los comentarios extemporáneos.

—Estaba en una unidad que se mantuvo fiel hasta el final al JNA, el ejército yugoslavo creado por Tito. —Una rara mezcla de admiración y repugnancia se colaba entre sus palabras—. Por lo visto, se encontraban cerca de la frontera croata, intentando garantizar un pasillo por el que abastecer a las unidades aún operativas en territorio esloveno.

»Durante la noche obtenían un respiro, pero la vigilancia era asfixiante, y estaba claro que nadie saldría con vida de ese valle maldito. Recibieron la confirmación del mando único del JNA de que las unidades de blindados estaban en camino, pero a esas alturas estas no sobraban y el ministro de defensa Veljko Kadijevic prefirió ceder Eslovenia a cambio de mantener el resto de la confederación. —Van Hutten se llevó hasta la boca el vaso de agua que le había llenado Michael y deslizó el líquido casi sin mover los labios—. Esas tropas se dirigieron a Eslavonia, ironía lingüística y provincia croata que parecía querer seguir el ejemplo esloveno. Así que tras dos días en los que perdieron a cinco hombres de su batallón por descuidos estúpidos, Brambora tuvo que salir de su propio país expulsado por sus vecinos, deshonorado por sus superiores y convertido en un perdedor. Decidió que nunca más les cedería la victoria a otros. A partir de aquel día su lealtad se centró en sí mismo.

—¿Abandonó el ejército entonces? —preguntó Jonás, concediendo un interés que hasta entonces parecía velado.

—No. En su camino individualista —continuó Van Hutten—, Brambora reconoció de inmediato que para un hombre sin escrúpulos, habilidoso como él, los Balcanes eran la mejor escuela. Estuvo aprendiendo lo justo para que los crímenes de guerra no le salpicaran. Fue en 1993 cuando yo le conocí en Bruselas y se unió al grupo de Suis Viribus que teníamos moviéndose por Burundi; un gran descubrimiento porque enseguida demostró que, a pesar de desconocer el terreno, era capaz de no dejar huella de su paso por donde fuera. Se convirtió en el hombre invisible. ¡Un blanco en un país africano en guerra! Parecía tener la habilidad de volver al pasado y borrar sus huellas. Fue entonces cuando lo recomendamos como discípulo de Dimitri, sabedores de su estado de salud y su necesaria sustitución.

El silencio cayó como un dedo acusador sobre Van Hutten y Jonás. En Suis Viribus los retiros siempre pillaban por sorpresa a los interesados.

—Déjenos solos. —La voz de Jonás despertó a Michael de sus pensamientos, que en ese momento pasaron a la esfera de lo real. Abandonó la sala con la sensación de cruzar una frontera, en silencio, cabizbajo, respetuoso.

—¿Es cierto lo que se rumorea sobre la muerte de su padre? —Jonás todavía



miraba la puerta, aun cuando ya hacía un rato que Michael había salido. Sabía que no volverían a verlo.

Van Hutten se tomó con calma la respuesta, como si estuviese acabando de digerirla antes de dejarla salir a la luz.

—Esta información la conocemos por un compañero de Brambora que trabajó para nosotros como formador en las instalaciones de adiestramiento del lago. Había sido compañero suyo en los Balcanes y cuando le propusimos realizar una formación a un individuo llamado Brambora su respuesta fue clara: Brambora ya sabía todo lo que tenía que saber y no había que fidelizarlo, solo pagar más que los demás.

»Contacté con él, le pregunté sus motivos para negarse a entrenarlo y me explicó que Brambora fue el único que no perdió la cabeza en Mitrovica, con los Chetniks. Mientras esos paramilitares serbios se dejaban llevar por la sangre, él mantenía la calma, y por eso no cometía errores. El hecho de que sus actos los dictase su inteligencia, y no el fragor de la batalla, lo hacía más frío y cruel. Fue él quien decidió que abandonaran los Balcanes cuando los serbios empezaron a atacar y retener cascos azules.

»Decía que una noche le contó una historia, y desde entonces no quiso saber nada de él. Siendo niño, su padre acostumbraba a llevarlo a caminar por las montañas. Eslovenia es un país alpino y las montañas son algo cotidiano. También lo son el vodka, que su padre engullía en cantidades industriales, y una educación espartana, que asimilaba con la violencia.

»El joven Laco se sentía más a gusto ayudando a su madre y a sus hermanas mayores con los preparativos del mercado semanal, pero su padre se lo llevaba cada domingo a caminar por la montaña. Decía que eso le fortalecería el carácter, que no podía ser que todo el día anduviese entre mujeres. Un día la excursión se torció: parece que el padre se excedió con el vodka y, cuando Laco se lo recriminó, fue a por él, tambaleándose. El chico lo vio y se escabulló, pero no tanto como para que su padre no guardase la esperanza de atraparlo. Estuvieron así durante un buen rato, Laco haciendo como que huía y su padre siguiéndolo con la ilusión de atraparlo.

»Llegaron a un puente lo suficientemente alejado de todo. El hielo lo había invadido, así que sucedió lo inevitable. El padre resbaló y se quedó allí sentado, aullando como un lobo a las montañas porque nadie podía oírlo. Quizá se rompió la pierna, no sé. Laco se acercó a él y le proporcionó la botella de vodka con la que sobrecargaba la mochila. Se la envió rodando desde una distancia prudencial, con la promesa de dirigirse al pueblo para reclamar ayuda. Más tarde, Laco se excusó ante la policía diciendo que se había perdido, que era pequeño, que tenía miedo y frío... La ayuda llegó ya de madrugada. Encontraron el cuerpo inerte de Ladislav Brambora padre con la espalda apoyada contra la barandilla del puente, una mueca de felicidad en la cara congelada y una botella vacía de vodka que tuvieron que arrancar de sus rígidos dedos».

—Parece irónico que Ladislav Brambora fuese la primera víctima de Ladislav

Brambora —dijo Jonás con la mirada fija en la estilográfica abierta sobre su escritorio.

## Capítulo XII

### ZONA NACIONAL, NOVIEMBRE DE 1938

Martínez reunió a sus hombres en la calle principal del pueblo, que desembocaba en la carretera. Con una botella de vino en una mano, fue dando pasos alrededor del botín recogido. Hizo un gesto de asentimiento, aunque añadió que necesitaban más. Ordenó que subieran todo a uno de los camiones y que se preparasen para el siguiente pueblo; por suerte para ellos, no había sido bombardeado ni apenas atacado por la artillería. Las casas, pues, estarían intactas.

—¿Y la población? —preguntó uno de los subalternos.

El sargento se encogió de hombros:

—Me imagino que habrán salido por patas. Y si alguno queda, peor para él.

La tarde comenzó con las voces de un chiquillo que avisaba a los vecinos de la llegada de los soldados. De forma silenciosa, fueron saliendo de sus casas y dirigiéndose a la entrada de la pequeña iglesia del lugar. Hizo acto de presencia el párroco, don Bastián, que recuperó su ajada sotana tras casi dos años de mantenerla escondida. En ese tiempo los lugareños habían protegido a su cura; si algún anarquista hubiera preguntado por él, le habrían dicho que no sabían nada y santas pascuas. Por si acaso, convencieron al padre Bastián de que cambiara su vestimenta por ropa de civil. Y con pantalón y camisa de prestado —abotonada hasta arriba, eso sí— anduvo el cura todo aquel tiempo.

Al huir el alcalde y los combatientes republicanos, la autoridad era el sacerdote. Rodeado de feligresas, ancianos, chiquillos y un puñado de hombres que se quedaron en el pueblo, oraba deslavazadamente.

Los dos camiones no tardaron en aparecer. Se detuvieron unos metros antes, en una explanada desde donde se veía la iglesia. Los soldados fueron bajando, sujetando los fusiles y mirando a todos lados. Al frente se puso el sargento Martínez. Subieron la pequeña pendiente con paso cansino. En cuanto los tuvieron cerca, los aldeanos alzaron los brazos a la par que el párroco comenzaba una perorata de alabanzas al Caudillo y a España.

—Cállese, coño —espetó el sargento.

El cura se quedó mudo. Una señora que se había puesto todas sus joyas encima exclamó:

—¡Ay, que son los rojos! ¡Qué desgracia!

El sargento, hecho una furia, la sacó del grupo y delante de todos le voló la tapa de los sesos.

—¡Rojo lo será tu puto padre! —Escupió Martínez. Y volviéndose hacia el pueblo acongojado preguntó—: ¿Está todo el mundo aquí?

Don Bastián, tragando saliva, contestó:

—Sssí, sí, señor, están aquí todos los que están.

—¿Cómo? —preguntó el oficial levantando la pistola.

—Qui... quiero decir que sí, que los que no están es porque se fueron del pueblo.

El sargento se lo quedó mirando un instante.

—Por un momento pensé que te estabas burlando.

El párroco negó con la cabeza.

—Bien, vamos a ver... España necesita —carraspeó Martínez— que todos los españoles que sean buenos hijos de Dios colaboren con su ejército. —Y se señaló a él y a sus compañeros—. Tenemos orden de recoger todo lo que tengáis de valor para llevarlo a comandancia.

La gente se quedó callada. Algunos miraban al párroco, que estaba nervioso, dubitativo.

—Disculpe, mi... mi... —entrecerró los ojos para ver mejor de lejos—, mi sargento, pero esta es gente humilde, aquí hay poco de valor...

El militar se agachó sobre el cadáver de la señora y le arrancó los collares que llevaba puestos. Con ellos en la mano señaló al párroco:

—¿Y esto? Venga, métanse todos en la iglesia.

Fueron entrando como autómatas en el pequeño edificio ante la mirada alucinada del cura, que había convencido a sus vecinos de que el ejército les traería «la salvación y la paz». Cuando ya estaban todos dentro el sargento ordenó bloquear las puertas. Acto seguido se dirigió a la tropa y gritó:

—¡A las casas, venga!

Los soldados se dedicaron a vaciarlas durante varias horas. Al principio lo hicieron despacio, registrando con cuidado, quizá porque no estaban acostumbrados a la falta de oposición de sus habitantes; pero al poco, espoleados por su jefe, se dejaron de remilgos y se lanzaron al saqueo. Tiraban todo al suelo buscando escondrijos, arrojaban los muebles a la calle para que reventaran y revelaran su interior, rompían cancelas, puertas, cristales... Y, por supuesto, comían de lo que iban encontrando y bebían todo lo que hallaban.

Al anochecer, borrachos como cubas, lanzaron disparos al aire y algunos se enzarzaron en peleas entre ellos. El sargento, ebrio también, llamó a las tropas y las dirigió hacia la iglesia.

Desbloquearon la puerta y gritaron que podían salir. El desconcierto de los habitantes se mezcló con el miedo al ver a los soldados borrachos. El párroco contempló los camiones, en cuyo interior refulgían los metales que habían sido robados, y observó el aspecto que presentaban las casas que se veían desde allí: muebles tirados por la calle, ropa desperdigada, puertas rotas... Los vecinos se cruzaban miradas interrogativas: ¿qué sería de ellos? De pronto, una vecina no pudo evitar romper a llorar al volver a ver el cadáver de la señora de los collares. Se abalanzó sobre ella y la abrazó.

—¡Ay, señora Engracia! ¿Qué mal ha hecho usted? ¿Qué mal hemos hecho aquí?

El sargento indicó a un soldado que levantara a la mujer. Se dirigió a los hombres del pueblo y les dijo que llevaran el cadáver a su casa. Uno de los hombres miró furioso a Martínez y este le espetó:

—¿Tú qué coño miras? ¡Venga, p' alante!

El hombre comenzó a caminar muy lentamente, sin dejar de mirar al sargento.

—¿Quieres que te pegue un tiro a ti también? ¿Eh? —le soltó Martínez apuntándole con la pistola.

El párroco dio un brinco hacia ellos.

—Por el amor de Dios, ¡haya paz! Mi sargento, entienda que...

Este hizo un gesto de quitárselo de encima y le golpeó con el cañón de la pistola.

—¡Ya está bien de hablar! ¡Llévense a la vieja y váyanse todos a casa, coño!

Un crío gritó:

—¡Déjenos en paz! ¡Es usted malo!

Una mujer agarró al chico y lo atrajo hacia sí.

—Perdónele, es un chiquillo y no sabe lo que dice.

El sargento masculló:

—La madre que me parió...

El párroco, con la mano en la quijada, donde había recibido el golpe, dijo en tono severo:

—Está bien, nos vamos a casa, pero sepa que tengo familia militar y les hablaré de este... de este «incidente». Créame si le digo que tendrá que aclarar su comportamiento. Vamos, hijos —dijo dirigiéndose a los vecinos—, volvamos a casa, que hay que velar a doña... —El sargento le tiró de la sotana—. ¿Qué...?

—Que ellos sí pero usted no, padre. Usted se queda con nosotros —sentenció.

El rostro de don Bastián se volvió blanco como el mármol. Uno de los hombres del pueblo se revolvió contra el sargento.

—¡El señor cura se viene con nosotros, que para eso lo hemos protegido de los rojos todo este tiempo!

El oficial farfulló entre dientes:

—Aquí se hará lo que a mí me salga de los cojones.

Varios soldados cargaron los fusiles. Al hombre se le escapó un estremecimiento pero no cejó en su empeño. Tomó al sacerdote del brazo y dijo:

—Lo necesitamos para el reposo eterno de doña Engracia. Tiene que venir con nosotros.

Uno de los soldados, apuntando con el fusil, le gritó:

—¡Pues ahora te vas a quedar tú también!

—¡Deje a mi marido en paz! —gritó una mujer que se adelantó del grupo.

El soldado, beodo, dio un paso atrás y apretó el gatillo. El fusil escupió un fognazo. La mujer se dobló con el vientre sangrando.

—¡Hijo de puta! —chilló el hombre al tiempo que se lanzaba contra el soldado.

Otro militar disparó y el hombre recibió un balazo en el cuello; su voz se apagó, convertida en un gorgoteo. Uno de los chiquillos rompió a llorar y a insultar al sargento, que le contestó con un bofetón, y ello provocó la indignación de varias mujeres. El oficial, dominado por la ira, disparó al aire y, como si fuera una orden dada, los fusiles comenzaron a escupir fuego.

La gente rompió a correr colina abajo, huyendo del tiroteo, pero solo sirvió para que hombres, mujeres y niños fueran cazados como conejos por los disparos de la tropa. Durante varios minutos, mientras la luna se dejaba ver entre las nubes, decenas de cuerpos amontonados rebotaron en el suelo.

Al final se hizo el silencio.

Solo se escuchaba la respiración fatigada de los soldados. El olor a pólvora aturdió. Y la luz de la luna arrancaba brillos plateados al riachuelo de sangre que se deslizaba perezoso por la suave colina.

El viernes prometido, Subirats entró en el despacho de Armendia con un mapa doblado que asomaba por la carpeta. El taconazo que acompañó a su saludo resonó contundente.

—Mi general, ya encontré la ubicación perfecta: cerca de la capital, fácil de defender de ataques exteriores y además en un entorno muy pero que muy discreto.

—No esperaba menos de usted, coronel. ¿De qué lugar se trata? —preguntó mirando el mapa que traía Subirats.

El coronel lo desplegó con cuidado mientras le explicaba:

—Gracias a un informante de total confianza tenemos una enorme cueva natural que será el emplazamiento perfecto. Me ha hecho llegar dibujos y datos del lugar para que pueda ir planificándolo todo. Está aquí, vea —dijo señalando un punto del plano con el dedo índice—. Habrá que preparar algunos accesos provisionales, pero eso no será problema... podemos utilizar prisioneros de guerra.

El general bajó su mirada buscando el punto señalado. Allí, junto al dedo, leyó: «Macizo de Montserrat».

—Pero ahí es donde está el monasterio. ¿Qué ocurrirá cuando vuelvan los monjes? ¿Ha pensado en eso?

—General, usted deme esa posición y el resto déjelo en mis manos. El monasterio no será un estorbo, se lo aseguro.

## Capítulo XIII

MONTSERRAT, 17 DE SEPTIEMBRE DE 2009

El equipo médico no permitió a Joan visitar al abad hasta media mañana.

—¿Cómo te encuentras hoy? Esa cara ya está más animada. Mucho mejor. ¡Pues no te quedan sermones que darnos!

Josep apenas si pudo esbozar un amago de sonrisa ante la mentira piadosa de Joan. Inspiró con dificultad para poder hablar pero parecía ahogarse.

—¿Te pasa algo? ¿Llamo al enfermero? —se interrumpió Joan ante la lividez del abad. No lograba disimular su preocupación.

—No... no... —Cogió aire un par de veces antes de continuar—. Me han informado de la llegada del investigador suizo del Institut Lavinier pour la Vérité. Una mujer, Sarah de Chantal. ¿Qué te parece? —El tono de voz del fraile había bajado. Parecía que una sensación dolorosa inundaba toda la estancia.

—¿En qué sentido?

—Bueno, no te pregunto si te gusta... —Una especie de sonrisa se mezcló con el dolor en un espasmo angustioso—. Solo qué te parece.

Un leve rubor subió a la faz de Joan. Siempre le ocurría al hablar de mujeres. Ya le decía el abad que le daba demasiadas vueltas a todo. Y este conocía lo suficiente a Joan como para no evitarle pasar estos malos tragos de vez en cuando.

—La he saludado de camino hacia aquí. Arcadio sigue las instrucciones de Rómulo al pie de la letra y no se prodiga en presentaciones. Mejor así, porque... te diría que es una mujer muy atractiva. —Sacudió la cabeza como alejando ese tipo de juicios y procurando centrar su respuesta—. Seguro que es una profesional muy destacada en su campo. Sirve a una entidad en la que nosotros depositamos nuestra confianza hace años y que pertenece a una cultura que posee la eficiencia alemana, la pulcritud francesa y la pasión italiana, además de la frescura de los Alpes. De esa mezcla solo pueden salir buenos chocolates y gran profesionalidad —contestó Joan irónico y quitando importancia a la pregunta que acababa de formularle.

—Agradezco tu sentido del humor —dijo Josep haciendo un nuevo intento por sonreír—, a mí no me sobra.

—Ya verás cómo dentro de un par de meses esto no será más que un mal recuerdo. —Pese a los esfuerzos, las palabras de Joan no consiguieron esconder una sombra de duda. El abad no mejoraba y su rostro demacrado denotaba sufrimiento. Aun así, pensaba que era un hombre fuerte y esa conversación así lo probaba.

—¿Qué documentos pedirá? —inquirió Josep.

—¿A qué tanto interés? ¿Crees que tiene algo que ver con tu incidente?

Para dar respuesta a Joan, el maltrecho abad levantó la mano como si de un

luchador derrotado se tratara. Mientras con sus ojos cerrados reclamaba el tiempo necesario para recobrar fuerzas, Joan lo observaba con evidente preocupación. Cuando volvió a abrirlos, una mirada todavía ágil se posó en el joven. El abad habló rápido y claro, como si solo tuviera una oportunidad para hacerlo.

—No tengo la menor duda. Dos frentes de investigación sobre un mismo asunto se abren con apenas una semana de diferencia. No creo en esas casualidades.

—Entiendo.

—Sugiero que te mantengas al corriente de sus progresos. No quiero que dé un paso y tú no estés a su lado —sentenció con voz grave—. En las presentes circunstancias, si ella hace algún avance la abadía debería estar enterada y tú eres la persona que mejor puede responder. —Tras el esfuerzo aún añadió—: Siempre teniendo en cuenta que el extranjero te vigila para llevarte la delantera. Ten mucho cuidado. Estás aquí para investigar este asunto, pero manteniéndote con vida. Yo no podré seguir velando por la congregación durante mucho más tiempo.

El abad desvió la mirada de Joan al pronunciar estas palabras. Después cerró los ojos, determinado a dejar allí la conversación.

—¡No digas tonterías, Josep! —Joan simuló enfado y se levantó exasperado de la cama, intentando no pensar en esa probabilidad. Salió como un torbellino de la celda.

Se detuvo en el claustro. Coincidió con las sospechas del abad. Su intuición, esa extraña inteligencia que siempre le había ayudado a resolver problemas o a acelerarlos y ser el primero en enterarse de algo, también le alertaba en esta ocasión. Pocas veces le había fallado, como cuando sintió dentro de sí la llamada de la abadía antes de que el mensajero llegase a las montañas y le obligase a personarse en Hoko-ji para la vuelta.

Sin embargo le sorprendía que ahora esa especie de aviso, de sexto sentido, estuviera acusando a Sarah de Chantal cuando solo acababa de conocerla. «Quizá es porque comienzo a ver enemigos por todas partes y ya no puedo fiarme de nadie», pensó.

Del claustro se dirigió hasta la terraza de la abadía, desde donde las vistas eran maravillosas. Allí, mirando al horizonte que se perdía entre las estribaciones del Llobregat, Joan dejó libres sus pensamientos, que se centraron en la figura del abad.

Ese hombre ahora tan débil le había acogido cuando su padre decidió llevarlo a la abadía en un gesto prometido desde antes de que él naciera.

Mateo era un trabajador del campo que con esfuerzo había pasado de jornalero a propietario de una humilde granja en Ivars d'Urgell. Joan todavía recordaba la llanura inmensa repleta de frutales esqueléticos que en los días brumosos de invierno otorgaban al paisaje un aspecto fantasmal. En sus tiempos de jornalero itinerante, su padre había prometido a Dios que si las cosas le iban bien y moría Franco, cedería la educación de su primer hijo varón a la abadía de Montserrat. Desde luego, si algo le reconocía Joan es que era un hombre de palabra y muy devoto.

Franco murió el 20 de noviembre de 1975 y Mateo se compró la pequeña granja



mediante el socorrido método de hipotecarse hasta el cuello en enero de 1976, en un momento de euforia en que parecía que todo era posible.

Los viajes se acabaron y a las tres hermanas nacidas en tiempos de la dictadura se unió Joan dos años después. Su infancia transcurrió sin mayores aventuras en el campo de Lleida, interaccionando mucho con la naturaleza y menos con otros chicos de su edad, porque o vivían en el pueblo o en granjas igual de aisladas que la suya. Su contacto diario se limitaba a su madre y a sus hermanas mayores y se sabía predestinado a Montserrat, puesto que en casa le hablaban con devoción del monasterio.

Esa devoción se vio aumentada en el colegio, donde la abadía aparecía de vez en cuando en referencias del profesor, un hombre alto que siempre vestía de oscuro y que conseguía avances en sus alumnos más por el miedo que imponía que por sus aptitudes pedagógicas.

Pese a la ansiedad que se despertó en Joan por acceder a una escolanía tan prestigiosa, el momento de la marcha fue duro; cuanto más se acercaba menos entendía que tuviera que separarse de su familia de manera tan abrupta, cuando sus escasos amigos podrían continuar yendo a cazar ranas en las tardes de verano o a ensartar culebras de río en un sarmiento para ponerlas a secar al sol.

Esos actos de militancia costumbrista se fueron desarrollando sin atisbos de cambio hasta que un buen día de finales de verano su padre lo recogió del campo de fútbol para llevarlo a casa, ducharlo de malas maneras, vestirlo, acicalarlo y llevarlo hacia la abadía en la furgoneta de la familia.

Los asientos de escay de la Citroën C-15 se pegaban a los brazos y las piernas de Joan y le hacían sudar; pronto estuvo tan mojado como si saliera de la balsa. Además, las lágrimas le resbalaban por la cara y le llegaban a la camisa, amenazando con convertir en toalla su pulcro atuendo: una camisa de un blanco cegador y unos oscuros pantalones cortos.

En ese momento, al distinguir la extraña silueta de la montaña en la lejanía, la vista le pareció insólita. Estaba acostumbrado a verla en fotografías que le enseñaba su madre y todas, sin excepción, estaban tomadas desde el otro lado, así que dudó de que ese fuera realmente el macizo, a pesar de parecerse al que había visto y tenía grabado en su cerebro.

Su padre llamó a las puertas del monasterio. El primer monje al que Joan vio fue Raimundo, que lo recibió con los brazos abiertos y lo llevó ante el abad. La emoción disipaba la imagen de su padre en el recuerdo, que desde ese mismo instante se convirtió en un borrón, en una mancha que se alejaba de Montserrat con su laicismo.

Recordó que Raimundo le dijo que mirase hacia atrás para despedirse de su padre y Joan así lo hizo, retorciendo la gorra entre sus manos bajo una de las arcadas del atrio, dispuesto a ser engullido por un oleaje contra el que no podía luchar. En ese momento no perdonó a su padre que le estuviera abandonando.

Pronto se consideró más unido al padre Josep que a su propio progenitor; ya

desde los tiempos de la escolanía, antes de que este llegara a abad, lo reverenciaba de un modo casi irracional.

Con el paso de los años había metabolizado una mezcla extraña en su interior: agradecía a sus padres que lo hubiesen entregado a tan alta causa, pero en cierta manera siempre le dolería que su amor por él no se hubiera impuesto a una promesa concedida en situación de penuria. Como consecuencia de ello los visitaba poco y se excusaba con algún estudio inaplazable o alguna cita urgente en la capital cuando ellos querían ir a verlo. Desde que había vuelto de Japón no los había llamado y ahora no estaba entre sus prioridades. Ya tenía suficientes cosas en las que pensar.

## Capítulo XIV

### MONTSERRAT, ZONA REPUBLICANA, NOVIEMBRE DE 1938

Sintió un escalofrío cuando sus manos tocaron el papel encerado. Carlos fumaba con nerviosismo sin dejar de mirar a un lado y a otro.

—Es una Star de 7,65 milímetros, pequeña y práctica. Se la robé a un «amigo» anarquista. —Soltó una risa falsa entre dientes.

Daniel se encogió de hombros y asintió al mismo tiempo. Estaba hipnotizado mirando la pequeña pistola negra, brillante entre el papel.

—La cueva es enorme y no la he explorado toda. Vete a saber hasta dónde llega... Yo creo que quieren volar la montaña.

—¿De verdad? ¿Y para qué coño van a querer volar los nacionales esta montaña?

—Supongo que para cargarse la abadía. Luego nos echarían la culpa a nosotros y de paso se quitarían de en medio un monasterio que siempre ha sido catalanista.

Carlos dio un pequeño paseo rodeando a Daniel.

—Ya sé, ya sé de la prohibición del catalán y todo eso, pero chico, para volar esta montaña liaría falta una fábrica entera de dinamita. Creo que te equivocas, aunque es evidente que algo traman. Yo apostaría más bien por un escondrijo o un campo de concentración. —Lanzó el cigarrillo al suelo—. Síguelo cuando veas que se dirige a la cueva y una vez dentro lo asaltas y lo interrogas. Intenta conseguir que te diga algo. No te prives de darle las hostias que hagan falta. Si ves que no canta, mala suerte, le pegas un tiro y sanseacabó.

Daniel cabeceó afirmativamente.

—¿Y si confiesa todo?

Carlos, girando sobre sus talones ya para irse, respondió:

—Le pegas dos, por facha y por traidor.

Daniel dibujó una apretada sonrisa que pretendía ser burlona. Sus ojos miraban al vacío.

Horas más tarde, Puig vio la figura del falangista dirigiéndose hacia la montaña. Estaba a bastante distancia, así que tuvo que acelerar el paso. No sabía el tiempo que el traidor estaría en la cueva y quería pillarlo dentro, lejos de las miradas furtivas de nadie, para poder interrogarlo con tranquilidad. En un bolsillo del mono temblaba la pistola. En el otro, una linterna.

Sintió un dolor de estómago mientras se acercaba a la cueva. Vislumbró la silueta del falangista, que desaparecía por la grieta. Daniel aceleró el ritmo mientras sacaba el arma del bolsillo.

Cuando tuvo al alcance la boca de la cueva se detuvo un segundo; las sienas le latían. Inspiró a fondo un par de veces a fin de templar los ánimos. Un imperceptible «¡venga!» salió de sus labios. Sacó y encendió la linterna con la mano izquierda y empuñó la pistola con la derecha, el dedo en el gatillo. Sin esperar más se lanzó hendidura abajo.

En el primer pasillo no se veía a nadie, aunque escuchando con atención se podía oír como si alguien golpeará con un pico. Para evitar caerse y alertar al falangista, optó por apuntar con la linterna justo delante de sus pies.

Tras unos cuantos minutos recorriendo los resbaladizos túneles apagó la luz. Ahora oía con claridad cómo picaban la piedra. Escuchó atentamente para comprobar si por casualidad había alguien más con el falangista, pero no, solo se oía a una persona, resoplando del esfuerzo. Asomándose con cautela pudo distinguir su espalda. Estaba haciendo más practicable la entrada de la cueva a base de golpes de pico.

Daniel sonrió por su suerte: la sorpresa sería total. Se acercó con sigilo pistola en mano. A un escaso metro de él gritó:

—¡No te muevas o disparo!

El falangista dio un bote sin llegar a soltar el pico. Se volvió bruscamente y se abalanzó sobre Daniel, que perdió pie al dar un paso atrás. Sin querer apretó el gatillo y un fogonazo brilló en las paredes. Vio aturdido cómo el falangista reculaba soltando, esta vez sí, el pico y llevándose las manos al vientre mientras caía de rodillas.

—¡Cabrón...! —gimió.

Las manos del herido cubrían su lado izquierdo. La sangre estaba empapando la camisa y comenzaba a resbalar entre los dedos. Daniel, desde el suelo, encendió la linterna y alumbró al falangista que entrecerró los ojos. Torció la boca en un gesto de dolor.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Daniel.

El aludido arqueó las cejas.

—Eres tú, Daniel...

Puig carraspeó como queriendo aclararse la garganta. La voz le salió más firme:

—Te he hecho una pregunta: ¿Qué estáis planeando?

El falangista contestó socarrón:

—Pues ya ves, haciéndome una parcela para veranear con la familia...

Nervioso, Daniel estiró el brazo y acercó el cañón al rostro del tipo.

—¡Contesta si no quieres que te pegue un tiro!

El otro soltó su risita nerviosa mientras con los ojos señalaba la herida, de la que cada vez brotaba más sangre. Puig no sabía qué hacer. Daba la impresión de que ese hombre se estaba muriendo y no parecía muy dispuesto a contar nada. ¿Cómo se amenaza a alguien que está a punto de morir?

—Mira, si me cuentas todo te sacaré de aquí. Te podemos curar y...

El falangista torció el gesto.

—Vamos, hombre, no me jodas...

No pudo terminar la frase; soltó un aullido y se dobló de dolor. Se incorporó instantes después y, levantando la mano derecha ensangrentada, comenzó a cantar el *Cara al sol*. En sus ojos vidriosos centelleaba el pánico.

—¡Cállate! —espetó Daniel—. ¡He dicho que te calles! —insistió acercándole aún más la pistola.

Pero los ojos del falangista ya no lo veían. Daniel entendió que no miraba a la pistola, ni a la cueva. Sus ojos estaban mirando a la muerte. Comprendió que no había nada que hacer. Quiso apartar la vista pero no pudo. Justo antes de apretar el gatillo susurró:

—Que Dios se apiade de tu alma.

La cabeza del falangista se fue hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe seco. Cayó despacio mientras del agujero de la frente brotaba un fino hilo de sangre. Con el eco del disparo todavía retumbando, Daniel añadió:

—Y de la mía.

## Capítulo XV

MONTSERRAT, 17 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Joan necesitaba reubicarse. Decidió dedicar el resto del día al ejercicio físico, al ayuno y a la reflexión. Le parecía una condición indispensable si pretendía centrarse en aquel desorden que lo rodeaba.

Ese día era radiante. El verano todavía se alargaba en Montserrat y se acercaba una época en que infrecuentes aunque intensas lluvias se alternaban con días soleados en los que el sol calentaba casi como en los meses de fuerte calor. Además, la humedad añadía una sensación sofocante al ambiente. Pese a todo, las noches empezarían a ser agradables, aún no demasiado frescas.

Regresó a su celda, se puso ropa sencilla de calle y se ató bajo la camisa, como hiciera su *roshi*, la piedra circular. Así pertrechado se dispuso a subir el camino de Sant Jeroni, un sendero jalonado de escaleras que conducía a la cumbre más alta de la bella sierra de Montserrat.

Ya en las primeras estribaciones, las secas cuerdas de cáñamo empezaron a hacer estragos en la desacostumbrada piel de Joan. El dolor fue en aumento a medida que ganaba altura. Al superar el Paso de los Franceses, un estrecho desfiladero, el paisaje se abrió invitando a continuar la ascensión. Grandes rocas desnudas indicaban que había que subir bastante más para llegar al techo del macizo.

De repente, unos gritos llamaron la atención de Joan. Al dirigir hacia allí la mirada vio una silueta vestida de colores vivos que se agarraba a la roca cual insecto. Joan recordó entonces sus jornadas subiendo riscos, accediendo por grietas inesperadas a los lugares más altos en su retiro japonés, aunque allí el terreno no era igual: la verticalidad de Montserrat era casi incomparable.

Decidió que practicaría su apostolado y que un breve contacto con gente joven — más joven que él y alejada del entorno monástico— podría proporcionarle un poso de alegría con el que paliar esos momentos de abatimiento. Se adentró por un sendero secundario que apenas se entreveía entre la rala maleza.

—*Bon dia* —dijo Joan propinando un buen susto a la joven que sujetaba la cuerda.

—Me has asustado, tío. —La chica estaba completamente carbonizada por el sol. Parecía del color de la roca, un color ceniciento que contrastaba con una cabellera rubia, también reseca por el sol y el exceso de tintes—. Eres más silencioso que una serpiente.

—Perdona. ¿Qué tal? —preguntó Joan procurando ser cordial y sonando quizá un tanto seco.

—Pues mira, aquí, churruscándonos al sol.

—¡Eh, María, ¿me das cuerda o qué?! —El grito retumbó en toda la montaña.

—Unai, dame un respiro, que tenemos visita —gritó María a su vez, guiñando un ojo a Joan para demostrarle que no se amilanaba. Él apartó la vista de la joven, que con su soltura lo intimidaba.

—Bueno, os dejo. Veo que estáis liados.

—No, no, no le hagas caso. Unai es un poco cabezón y está en un punto difícil. Ese paso siempre se le resiste. Hemos venido de Elgoibar solo para que el señorito pase este trozo. Lo tiene clavado desde hace tres años.

—Sois vascos, entonces.

—Pues sí, mira. Oye, ¿tienes un cigarro?

—No, no fumo. Y tú tampoco deberías.

—Ya, bueno. ¿Eres de por aquí?

—Sí. Cuánto material para subir una pared, ¿no?

—Sí, y barato no es. Si te interesa la escalada después puedes subir un tramo. Cuando el pesado este baje te dejamos el arnés y pruebas. ¿Te apetece?

—Hombre, no quisiera importunaros...

—¿Importunarnos? —se mofó María antes de ponerse a gritar—. ¡Unai, que dice que no quiere «importunarnos», no te lo pierdas!

Toda la montaña, desde Montserrat a Collbató, sabía ya que Joan no quería «importunar» a los dos escaladores. María no destacaba por su finura, pero con su desparpajo enseguida cayó simpática a Joan. En ese momento la cuerda se tensó y Unai quedó colgado en el vacío, en un movimiento pendular que lo alejaba y acercaba a la pared, provocando alguna raspada.

—¡¡Nooooo!! —La voz de Unai atronó en toda la montaña. Un grupo de pájaros levantó el vuelo al otro lado del sendero principal.

—Mira, vas a poder hacer tu bautizo antes de lo previsto —dijo María con un deje de sorna en su voz y una leve sonrisa en su rostro marcado por unas facciones duras, contundentes. Su cuerpo parecía estar sometido a la rigidez del ayuno, a pesar de que, entre mosquetones y cuerdas, se podían distinguir dos paquetes de galletas de chocolate, uno de ellos acabado y el otro a punto. Continuó pinchando a su compañero—: ¿Qué, Unai, el mes que viene volvemos?

—Tú haz lo que quieras, pero yo no me voy de aquí sin subir esta puta piedra.

—Vale, hombre, vale. Yo tranquila, que me he traído el saco de dormir y un montón de galletas —dijo guiñando nuevamente el ojo a Joan—. Y a ver esos tacos, que tenemos compañía.

—Hola, soy Unai —dijo el muchacho alargando la mano justo antes de posar los pies en el suelo—. Soy el novio de la bruta esta.

—Yo soy Joan, monje de Montserrat.

Tras el saludo, intercambiaron sus papeles y Joan inició la escalada.

—¿Te doy más cuerda?

A pesar de que estaba a tan solo tres metros de altura, María le gritaba como si ya

estuviera en la cima.

—No, no, de momento no me tira.

—Qué, ¿te parece más fácil o más difícil de lo que creías?

—Pues es bastante complicado. No sé dónde poner los pies porque no me los veo.

—Bueno, eso es cuestión de técnica y años, pero no tienes mal estilo. —Unai se sumó a la conversación mientras abría una cerveza.

—Por cierto, ¿tienes mal la espalda o algo? —gritó, y luego, bajando la voz y dirigiéndose solo a María, añadió—: Supongo que ese bulto es de un protector o algo así.

—Pues no, no es eso. —Joan miró hacia atrás y vio una estrecha franja carmesí que le atravesaba la blanca camisa a la altura de los hombros—. Bágame un momento, por favor, Unai.

—¿Ya te has cansado? Pues sí que...

Joan se quitó la camisa en silencio, dejando con la boca abierta a sus compañeros. Los músculos del monje eran un desafío para los dos expertos deportistas. No podían creerse que fuera un fraile. Todos sus prejuicios iban cayendo uno tras otro. A su vez, Joan se sentía en un ambiente deportivo, similar a cuando en la escolanía practicaba el baloncesto o el fútbol con los compañeros. Depositó la piedra al lado de las mochilas y el brillo del sol dejó testimonio violáceo del paso por su piel. Volvió a ponerse la camisa y se sonrojó al mirar a María, asumiendo su falta de decoro. Bajó la vista al suelo y se disculpó.

—Lo siento, espero no estar haciéndoos perder el tiempo. Creo que he calculado mal mi fuerza para sobrellevar esta penitencia y subir la pared. —Dejó escapar un bufido.

—No, no, si necesitas un respiro... —replicó Unai, afectado todavía por la sorpresa mientras daba un codazo a su compañera; María no podía articular palabra—. Tú, tira, tira...

Joan empezó a subir de nuevo con una majestuosidad impensable apenas hacía cinco minutos. Los pies de gato de Unai le iban como un guante. Las inseguridades que expresó antes parecían corresponder a otra persona y cruzaba y descruzaba los mismos lugares como si estuviera caminando por la roca. En menos de un cuarto de hora se puso a la altura de la dificultad que el experimentado vasco no había podido superar.

Joan no sabía cómo afrontar aquel reto, pero como la pared tenía cierto desplome intuyó que no debía hacer demasiada fuerza con los pies y sí aguantar más con los brazos. Aseguró la cuerda, descansó unos instantes y se abalanzó sobre el paso con la misma determinación que al empezar a subir; parecía que estaba fresco como una rosa.

Desde abajo, Unai admiraba en silencio la sabiduría natural del extraño monje y María expresaba su admiración con gritos y aspavientos. «Joder, joder, joder», musitaba en voz baja sin cesar. Joan, mientras tanto, no oía nada, extrañamente



imbuido de una especie de inspiración que le susurraba en qué recoveco colocar la mano, en qué sinuosidad de la roca adelantar el pie, cómo bascular el cuerpo en busca del equilibrio que le permitiera ahorrar fuerza y afrontar con garantías el siguiente movimiento.

El estado de concentración conseguido era similar al que pretendía con la práctica del zen cuando salía a dar su paseo nocturno en los días sin luna. Los errores debían ser mínimos. Esta vez sus ojos estaban abiertos pero la concentración era tal que para Joan solo había roca, cuerpo y respiración.

Tras superar el paso despertó del trance para darse cuenta de que la parte más difícil de la escalada había sido ya resuelta. Miró hacia abajo y vio a María y Unai haciéndole gestos de aprobación con las manos. Joan, en una maniobra imposible, soltó una mano para devolverles el saludo, y ese inoportuno gesto provocó lo inevitable. Cayó al vacío.

En unas décimas de segundo el pulso se le aceleró, se sintió transportado hacia una dimensión que no controlaba. Cerró los ojos y se dejó llevar. Entonces un fuerte tirón lo empujó hacia la roca y le obligó a abrirlos. En ese instante vio la pared acercándose a una velocidad imposible. Solo pudo poner las manos, en un gesto reflejo que no le impidió llevarse un buen golpe. Unai, que sufrió la reacción de la sacudida, empezó a darle cuerda, al principio un tanto preocupado. La intranquilidad se desvaneció cuando el monje dejó ir una queja que empezó como con desgana y poco a poco adquirió las dimensiones de una maldición:

—¡Mierda!

—Hombre, por fin pierde la compostura —ironizó María—. Pensaba que eras de hielo...

Unai apenas sonreía, maravillado por el hecho de que una persona sin experiencia hubiese ascendido una pared nada fácil, catalogada como de grado seis en dificultad de escalada. Lo primero que salió de él fue una felicitación sincera cuando Joan puso pie en tierra.

—Eres un *crack*, tío. ¡El puto amo! —dijo mientras le levantaba la cara. Un chichón en la frente y un rasguño apenas perceptible en la barbilla eran las huellas de la aventura. El monje y la montaña se habían unido ya físicamente. En el plano espiritual llevaban unidos desde que llegó siendo un niño.

Joan se descalzó para devolverle los pies de gato a Unai, pero este le detuvo con un gesto de la mano.

—Quédatelos. Tengo otros y estos te los has ganado.

—Serán un grato recuerdo.

María subió la vista y vio una silueta extraña que coronaba el cerro de enfrente. Desde esa distancia nada se podía ver con claridad, pero ella, avezada a atisbar desde las alturas, donde las formas se vuelven relativas, casi hubiera estado dispuesta a asegurar que un individuo estaba mirando con unos prismáticos. Fue un segundo; menos, una décima de segundo, un parpadeo, y al momento esa silueta había

desaparecido.

## Capítulo XVI

### MONTSERRAT, ZONA NACIONAL, FEBRERO DE 1939

Subirats miró su reloj de pulsera mientras daba largos pasos en el claustro gótico situado en la plaza de Santa María, cerca de la entrada al monasterio.

En cualquier momento llegaría el abad. La toma de Cataluña había sido un auténtico paseo, puesto que no se habían encontrado con la resistencia esperada. Ahora tocaba «limpiar» la zona. Como dijo Serrano Suñer: «Cataluña está enferma y hemos de tratarla como se trata a un enfermo». En otras palabras, había que extirpar el tumor del comunismo. Por eso el plan seguía adelante: la montaña de Montserrat sería la que guardase la munición por si fuera necesario su uso. Pero claro, eso era algo que no podía hacerse a espaldas del abad. Aunque tampoco era necesario su permiso.

El Hispano-Suiza que conducía al abad renqueaba por la empinada rampa de acceso al monasterio. Alrededor del coche oficial se arremolinaron varias personas, impacientes por abrazarlo, por ver cómo estaba.

Subirats sonreía tranquilo. Un soldado cogió del brazo al religioso y lo dirigió con suavidad hacia el coronel. El monje mostraba signos de cansancio en el rostro y una expresión entre desconcertada y expectante.

—Parece mentira que ya esté aquí... —se dijo mirando a su alrededor.

—Pues créalo, ya estamos aquí.

El monje apartó la mirada de la fachada del monasterio y la dirigió al coronel. Vio a un hombre de amplia sonrisa y gesto ufano.

—¿Quién...? —Alguien susurró al oído del abad—. Ah, el coronel Subirats... —dijo con voz cansina.

El coronel levantó la mano realizando el saludo fascista y a continuación estrechó la del abad. Mientras se dirigían a la basílica formuló preguntas sobre el estado de salud del religioso, sobre su estancia en Navarra durante el conflicto... Asimismo le puso al corriente de las novedades respecto a la guerra, todo ello en un tono extremadamente amable, incluso simpático que, sin saber muy bien por qué, provocó cierto desagrado en el abad.

Ya en la basílica, el monje se arrodilló frente a la imagen elevada de la Virgen de Montserrat, la Moreneta, una talla románica de madera de álamo del siglo XII llamada así por su color oscuro.

El abad oró en silencio mientras el coronel, gorra en mano, esperaba sentado en un banco. Tras unos breves minutos se levantó y el militar, tomándolo de nuevo del

brazo, lo dirigió hacia una puerta lateral.

—Acompáñeme, vamos a su despacho. Espero que haya quedado a su gusto —sonrió—. Tenemos que hablar de algo importante.

Ese «tenemos que hablar» puso en alerta al religioso. Estaba agotado tras varios días sin apenas dormir, preocupado por las noticias que iban llegando de la caída de Cataluña y Barcelona, deseando volver cuanto antes al monasterio, saber cómo estaba todo, cómo estaban sus hermanos... Pero el tono perentorio del coronel no admitía dudas ni retrasos.

Ya en el despacho, el abad se dejó caer sobre su silla. Subirats, en cambio, se mantuvo de pie, caminando por la habitación.

El militar comenzó a explicar una retahíla de motivos por los que había que combatir con energía a los enemigos de España, justificando de paso la contundencia. «La conmiseración bien podía ser entendida como duda por el enemigo», dijo en un momento. El abad trataba de fingir interés ante un discurso que, como cristiano, le resultaba desagradable. No podía hacer más: ese hombre representaba a la nueva autoridad y debía escucharlo.

Al enterarse del plan para «recoger» metales y fabricar ingentes cantidades de munición, se despertó del todo. Subirats, viendo que el monje por fin le prestaba la atención debida, de talló con frialdad cómo se consiguió ese material, cómo se fue fundiendo, cómo se fueron elaborando las balas y cómo se optó por mantener ese arsenal en secreto en un lugar fijo, a la espera de que pudiera ser necesario su uso.

Y cómo se había decidido que ese lugar fuera Montserrat.

El abad abrió los ojos como platos:

—Pero... ¡por el amor de Cristo! ¡Este es un lugar de paz!

—¿Un lugar de paz? ¡Más de veinte de sus monjes fueron asesinados por los rojos! La paz llegará cuando dominemos totalmente el país, ¡solo nosotros garantizamos paz en esta tierra! —contestó Subirats.

El monje apenas era capaz de hablar, no daba crédito a lo que oía.

—No puede hacernos esto... Tiene que haber otro lugar mejor que este, coronel, considérello...

El aludido negó con la cabeza.

—No hay vuelta atrás, padre. Se hará aquí. Y espero su silenciosa colaboración.

El monje continuaba serio, con las mejillas arrojadas por el enfado. El coronel, antes de que el abad empezara a protestar, le dijo con voz fría:

—Entienda que sin su colaboración se considerará esta zona como subversiva. Siempre podremos decir que los rojos dejaron esto minado de dinamita para hacerlo explotar en cuanto llegaran los monjes, o simplemente inventarnos un grupito de guerrilleros que se los cargaron a sangre fría. Ya sabe, es muy conocida la fobia enfermiza que siente esa gente por los religiosos como ustedes... —Subirats dijo esto mirando por la ventana, dando la espalda al abad, cuyo rostro perdió todo color y mutó su expresión en puro espanto—. Una pregunta —continuó el coronel—: ¿Cree

usted que son de fiar los trabajadores laicos que han permanecido en el monasterio durante la guerra?

El abad, como despertando de un sueño, contestó con voz baja pero serena:

—Todos los trabajadores de este monasterio son hombres de confianza, devotos cristianos.

Subirats se volvió con una extraña sensación de triunfo en su rostro:

—No dudo que en asuntos celestiales sea usted una eminencia, pero su beatitud le mantiene al margen de la dura realidad de una guerra. Uno de sus trabajadores, leal a España, fue asesinado hace pocas semanas. Solo pudo matarlo un compañero, abad. Así que le pido por favor que dé instrucciones a todo su personal para que no se acerquen al lugar donde guardaremos la munición. Es más, no tienen que hacer nada. Déjenos operar con tranquilidad y procuraremos molestar lo menos posible. Solo le pido silencio, nada más que silencio.

El coronel terminó su discurso agradeciendo su ayuda, soltó un «¡Viva Franco! ¡Arriba España!» y se marchó del despacho.

El abad se quedó sentado mirando por la ventana, recordando las últimas palabras del militar: «Solo le pido silencio...». Y llevándose las manos al rostro musitó: «No, lo que nos pide es que seamos cómplices... ¡Que Dios me perdone!».

## Capítulo XVII

MONTSERRAT, 18 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Le costaba dormir. La figura del abad se le aparecía en diferentes situaciones. Esa noche lo hizo con la cara completamente demacrada mientras le daba consejos para que no le pasara lo mismo que a él. Joan no le hacía caso y el abad se iba por donde había venido, cojeando, cabizbajo.

Se despertó sobresaltado y con un sentimiento de culpa que no sabía de dónde le venía. A los pocos segundos recordó el sueño y adivinó la procedencia de ese sentimiento. Se palpó la cabeza: el chichón parecía no parar de crecer desde el aparatoso golpe. Al llegar a la abadía, antes de la oración de vísperas, se había puesto hielo, pero de poco había servido.

Mientras se frotaba la frente pensó en la investigación. Durante la tarde anterior ya había localizado varios documentos en la biblioteca, en un *dossier* que estaba guardado bajo llave entre otros escritos de uso privado. Solo el abad y el hermano Pedro tenían la llave. Mientras decidía si se levantaba y aprovechaba el rato hasta los maitines para investigar, se durmió.

Se despertó de nuevo con el leve soniquete de su radio-reloj. Radio Estel daba las cinco y media. El Barca había pasado la previa de la Champions contra un equipo ucraniano de una zona minera. Mientras se ceñía el hábito, Joan supo que aquel día iban a caer chubascos intermitentes en el Pirineo y había posibilidad de lluvia en el resto de España, con intervalos nubosos que irían creciendo a medida que avanzase el día. Dedicó la mañana a la oración y a una breve visita al abad que lo dejó intranquilo. No fue provechosa ni para el enfermo ni para el visitante. Joan siempre tenía la impresión de que podía hacer más, pero bastante esfuerzo representaba ya el recurrir a chistes y bromas hacia los que no se sentía inclinado y fingir una alegría que no albergaba en aquellos momentos. Y en esas circunstancias resultaba difícil encontrar el punto de jocosidad bonachona que otros, como Raimundo, poseían por naturaleza. A él le costaban más esas situaciones que escalar una montaña, así que ese día acortó la visita y se dedicó con vehemencia al estudio y la oración.

Tras la comida en el refectorio, incluida una lectura a la que no prestó demasiada atención, encaminó de nuevo sus pasos hacia la biblioteca. Allí retomó el *dossier* con toda la información recopilada por la abadía a finales de los años sesenta, incluyendo los contactos con el Institut Lavinier pour la Vérité de los que le había hablado el abad. Se dejó envolver por el silencio absoluto.

Joan recordaba constantemente las palabras del abad rebotando en su memoria: arsenal, oculto, precioso. Los nexos entre las palabras habían desaparecido. Parecía —lo tenía reciente por su proceso de aprendizaje del japonés— como si los verbos en

forma personal, los adjetivos con su género y su número y todas las palabras con las que se engrasa una frase para que suene bien no estuvieran presentes.

Todo parecía reducirse a encontrar las palabras que establecieran esos nexos de unión. A veces jugaba con ese sentido y empezaba la casa por el tejado. «Un arsenal oculto es encontrado en Montserrat por un monje de la abadía». Veía en grandes letras los titulares de los periódicos. A veces el tiempo en el cerebro discurría más deprisa que en la vida real, y Joan entonces se mortificaba pensando en que la soberbia le estaba alejando del camino de la humildad.

En el rincón elegido, el espacio que quedaba fuera de la influencia de la luz del flexo se diluía en una oscuridad creciente. Bajo ese entorno de claros y de sombras, las páginas amarillentas del relato de los hechos y los informes del Institut Lavinier pour la Vérité se fueron mezclando en una especie de rompecabezas aleccionador.

Joan se sorprendió al ver los desvelos asumidos por la abadía en un misterio que obtuvo la dimensión de leyenda a la que él no había otorgado originalmente ni un ápice de realidad.

Pero a la luz de los esfuerzos investigadores, esa leyenda adquiría visos de ser cierta, no ya por el relato de los hechos, que también, sino por la inversión económica que representó en su momento la implicación de maquinaria tan poderosa como la del Institut Lavinier pour la Vérité.

Esos datos, que se le habían escapado en una primera valoración, se presentaron entonces de manera diáfana a sus ojos bajo la forma de la copia del cheque que había sido enviado a Suiza. El montante, remitido a finales de la década de 1960, era, incluso cuarenta años después, una cantidad más que respetable.

Entre esos papeles observó que existía una profusa correspondencia entre el instituto y la abadía a raíz del breve texto encriptado; en algunas de las cartas pareció abrirse una agria polémica. Por lo que pudo ver Joan, dos informes paralelos se sucedían: el proporcionado por el Institut Lavinier pour la Vérité y el que la abadía confeccionó a partir de esos mismos datos junto con otros que no quiso que salieran de los sagrados muros.

En un momento de la correspondencia, el instituto comunicaba la dificultad para desentrañar una encriptación sin referencias y la abadía respondía que aclarasen qué tipo de referencias precisaban, que ellos con mucho gusto se las proporcionarían.

Joan estaba confuso ante la especie de acritud que recorría esta correspondencia. El instituto solicitaba palabras relevantes para el abad de entonces, palabras que significaran algo para él y pudieran actuar como clave aunque perteneciesen a conceptos alejados del entorno abacial.

La siguiente carta era una lista exhaustiva de referencias montserratinas, trufada de conceptos de obras continuamente revisitadas en la liturgia del santuario. El ordenador del instituto fue programado para probar claves y realizar combinaciones e iteraciones a partir de determinadas palabras. Y fue empleando una de ellas —la palabra «rosa»— que vio surgir de lo encriptado un primer término suelto en latín.

Parecía una buena noticia. A partir de ahí solicitaron cualquier referencia más completa que contuviera esa palabra. La propuesta desde la abadía fue el primer verso del *Virolai*, la obra creada por Mossén Cinto Verdaguer que se iniciaba con una invocación a la «Rosa d'abril».

Utilizando el verso como clave surgió del mensaje encriptado una especie de sopa de letras latina en la que varias palabras juntas, sin declinar, formaban una suerte de frase inconexa y sin sentido. Incorporando los espacios necesarios, la descryptación fue esta:

Dies pecuniosus aliqui conformatio haud plus pudor possidere pretiosus  
utinam sapiens facere solum opprobium adversum serro navalia sui invenire  
ex cum haec manus ad mons terra sacro malum.

Un resultado prometedor, aunque al no estar declinados, esos vocablos en latín no podían ordenarse y el instituto manifestó encontrarse en un callejón sin salida. Sugirieron finalizar en ese punto su tarea. Lo mismo concluyó el monasterio, aunque en su caso adjudicó el origen inexplicable de esa frase al delirio que por lo visto padeció el autor de la misma en sus últimos meses de abadiato.

Llegado a este punto, Joan imaginó que, después de todo, el embrollo podía no haber sido producto de una mente delirante, habida cuenta del reciente interés por el enigma.

Ahora correspondía a alguien que supiera de aquel abad y su entorno relacionar esas palabras con la realidad y otorgarles un sentido. Y esa persona era él.

Joan divagaba mecido por el sopor, obligándose con una actitud estoica a seguir leyendo. Para ello, recordaba cuando, en el *dojo* de Hoko-ji, el maestro vigilaba la meditación de los aprendices. Regalaba un seco bastonazo de la elástica vara en mitad de la espalda a los que se rendían al sueño o se colocaban en una posición más relajada pero más perniciosa a la larga.

Con ese recuerdo, Joan conseguía el efecto deseado y cíclicamente, como si de un diapasón se tratara, erguía la espalda y alertaba sus sentidos hasta que acostumbró su cerebro al trabajo y poco a poco fue inundando de datos su portentosa mente. A medida que avanzaba en la lectura, la propia tensión de los acontecimientos iba reavivando la llama de la curiosidad. Y estaba casi seguro de que el texto conseguido encerraba la solución al problema. Había sido descryptado, pero no interpretado.

En cierto momento, descubrió en un rincón, agazapada entre una montaña de libros, a Sarah de Chantal, la mujer a la que había rehuido desde que Arcadio se la presentara.

La investigadora parecía querer acaparar en aquel tramo de mesa toda la sabiduría de Occidente. Frente a ella, mecido por una placentera siesta de media tarde, estaba el padre Arcadio, el acompañante de Sarah por los recovecos cenobiales.

Joan pensó en acercarse y entablar conversación. Quería seguir las indicaciones



del abad e informarse de los avances del Institut Lavinier pour la Vérité. Además, llevaba ya demasiado rato estudiando, y quizá el contacto con la realidad y el entorno facilitase la interiorización de ese aprendizaje.

Recogió y se levantó sigiloso, respetando el silencio de la gran sala. Desapareció por detrás de una estantería atestada de inmensos volúmenes y apareció donde se encontraba Sarah.

Cuando llegó, con el índice cruzando sus labios, señaló a Sarah con la mirada la dirección de la puerta. Ella en respuesta echó un vistazo contrariada a Arcadio, recostado en la butaca y durmiendo sin ambages con la boca abierta. Joan aventó el aire con las manos y arrugó sonriente las comisuras de los labios, en un gesto que indicaba «qué importa, déjalo ahí».

Ya en el pasillo, alejados de las miradas de los demás integrantes de la abadía, empezaron a hablar de camino hacia el claustro.

—¿Cómo va su investigación, señora De Chantal? ¿Avanza?

—Lentamente. De momento voy intimando con lo que ya conocía de la abadía, lo que estudié antes de venir... —Cortó con deferencia su explicación—. Usted también estaba estudiando, ¿verdad? ¿Algo de interés?

—Claro, bueno, nada importante... —Joan anotó en su libreta imaginaria que Sarah también se había fijado en él, pese a que solo se habían visto una vez cuando se cruzaron en el distribuidor del monasterio y Arcadio los presentó. Por indicación de Rómulo, este solo la había introducido a quien consideró estrictamente necesario—. En cuanto a su investigación, me gustaría expresarle nuestro interés. Es un caso importante para nosotros y apreciaríamos ser los primeros en enterarnos de cualquier avance. Como es lógico, si en la abadía hay un arsenal oculto quisiéramos saberlo. — Su mirada intentó interceptar la de Sarah en busca de una debilidad, de una señal que le dijese lo que ella sabía. Voluntariamente había pronunciado traducida una de las palabras latinas que aparecían en la descriptación proporcionada por el Instituto.

—Hablemos claro. Veo que estás más enterado del caso que tu compañero Arcadio. —El tuteo pilló por sorpresa a Joan, que quería imponer una distancia entre ellos, un protocolo que Sarah había violado a la primera de cambio.

Guardó silencio. Sentía en su interior que no debía fiarse. Sarah era una mujer guapa, culta, inteligente, pero presentía que su determinación la podía hacer despiadada en situaciones concretas. Su cojera, un defecto visible a simple vista, la convertía en un ser naturalmente necesitado de superación, lo cual sugería dureza de carácter. Estas advertencias interiores las achacó a su falta de trato con el sexo femenino. Pensaba que ver a Sarah como a una mujer atractiva era motivo suficiente para que se encendieran en él todas las alarmas y para que la posibilidad de caer en la tentación le provocase malos pensamientos.

Ante esta perspectiva, las riendas de la conversación fueron cayendo del lado de la investigadora, ocupado Joan en responder a sus propios interrogantes.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—Bueno, es un caso complejo. Espoleados por la llegada de una representante de tan insigne institución como es la suya, seguro que lo haremos. Ya sabe, si necesita apoyo en sus investigaciones no dude en ponerlo en nuestro conocimiento. Yo, por mi parte, todavía estoy familiarizándome con un caso que desconocía por completo y en el que no confío. Estoy convencido de que este asunto del arsenal es una leyenda esparcida por alguna mente atormentada. Existe alguna duda en torno a la salud mental del antiguo abad, lo que podría haber provocado toda esta serie de divagaciones fantasiosas.

—Ya. Pero pese a ello investigas. ¿Lo haces entonces por orden del abad?

—Sin duda le gusta ir al grano. El padre abad Josep está de viaje y ha delegado en Rómulo el tratamiento del caso.

Sarah aceptó la sucinta explicación que sobre el abad se repetía en boca de cualquier monje, pero no acababa de creerla. Nadie mencionaba el lugar concreto donde se suponía que estaba el abad y para Sarah eso evidenciaba que estaba en Montserrat. Algo había pasado. A esas alturas de su vida las casualidades se desechaban como algo poco creíble y la suya era una mente muy analítica.

En cualquier caso, Sarah no quería enemistarse con el monje. No podía. En la breve conversación, y por comentarios oídos en su estancia en la abadía, la inteligencia del padre Joan estaba fuera de duda y su conocimiento del monasterio y su entorno podrían hacer de él alguien imprescindible para averiguar la verdad del caso. ¿Quién le decía a ella que la abadía había proporcionado toda la documentación al instituto? De hecho, todavía no había visto el original de donde se extrajo el texto encriptado. Quizá acompañaba a otros documentos importantes que contextualizaban ese jeroglífico de palabras inconexas. Sospechaba que ese texto formaba parte de algo más denso, con más datos, que una mente experta que supiese qué buscar podría relacionar.

Decidió entonces que se andaría con pies de plomo y buscaría ganarse el afecto del joven monje; debía alargar la conversación que Joan había propiciado. Ella estaba trabajando y, pensándolo bien, quizá él también. Necesitaban más confianza.

—Sentémonos un rato.

—¿Está cansada? —Una sombra de preocupación recorrió la pregunta.

—Bueno, esta cadera mía... Me cuesta... manejarla.

—¿Le impide la movilidad normal?

—Me provoca una leve cojera que se va acentuando a medida que camino. —La mirada de Sarah se iba vaciando como si el alma se estuviera yendo a otro lugar donde hiciese más falta. Los ojos se mantenían inertes, fijos en la regularidad de las columnas del claustro—. Es como un cojinete defectuoso: se calienta al tener más fricción de lo normal. Cuando eso sucede, el dolor se agudiza. A veces por la noche es inaguantable. Pero estoy preparada: voy siempre cargada de drogas —dijo moviendo el bolso y dirigiendo a Joan una mirada coqueta y culpable.

La información entre líneas del mensaje le vino grande al monje: el

comportamiento de una mujer del siglo XXI era una especie de acertijo para él. Continuó la conversación justo en el punto donde había dejado de entenderla.

—¿Y qué le provocó la lesión, un accidente? —Joan seguía empeñado en mantener las distancias.

Y Sarah en romperlas.

—No, Joan, no, qué va. Es de nacimiento. Un problema congénito de fémur que los médicos denominan displasia. Me lleva acompañando desde siempre. Incluso aprender a caminar fue un duro proceso. —Sarah proporcionó un tono triste a sus palabras.

A medida que avanzó la conversación, la luz diurna se fue debilitando y el monje pareció descubrir un nuevo claustro, más bello. Se dio cuenta de que en todos los años que llevaba habitando el monasterio jamás se había sentado en un banco de ese lugar. Reconoció entonces el esfuerzo hecho por Puig i Cadafalch, el insigne arquitecto contemporáneo de Gaudí, para convertir ese espacio de paso en un sitio acogedor. Se dijo a sí mismo que, en cuanto pudiera, destinaría algún día para leer en aquel ambiente.

Luego sus pensamientos se centraron en sí mismo, en la vaga sensación de felicidad que en ese momento sentía y achacó a la conversación con Sarah ese bienestar; pensó que un rato antes sus ambiciones iban destinadas al saber y que en aquel instante, en cambio, estaba viviendo en una perspectiva hedonista que podría ser perniciosa para su naturaleza de monje cenobita. ¿Necesitaría una confesión?

Devolvió su pensamiento a la sombría figura del abad herido y un asomo de culpabilidad se cernió sobre sus siguientes pensamientos.

En ese preciso momento, Arcadio apareció por la puerta del distribuidor del monasterio, desde donde se accedía a la biblioteca. Abortada la siesta, reclamaba a Sarah y Joan y señalaba su muñeca como evidenciando lo avanzado de la tarde.

Joan descubrió, no sin sorpresa, que se había saltado la ceremonia de vísperas.

Sarah notó cómo la abrupta interrupción del anciano monje había turbado a Joan. Conversando con ella había olvidado sus obligaciones: se había permitido perderse una de las celebraciones del día, uno de los deberes inexcusables a los que consagraba su tiempo como monje.

Sarah se sentía orgullosa, pues esas pequeñas victorias le reportaban maravillosas sensaciones, una leve impronta de coquetería que deseaba borrar por ser un rastro de la educación machista que había tenido que soportar. Intentaba desterrar esos pensamientos para evitar que el padre Arcadio los notase en su mirada mientras la acompañaba a su aposento, en las celdas del abad Marcet.

Joan había salido huyendo, prácticamente sin despedirse, con la imagen del arrepentimiento grabada a fuego en su bien proporcionado rostro.

Ella se había pasado el día en la biblioteca empapándose de la historia de la montaña y su mítica abadía y ni siquiera había sido capaz de concretar el número de ermitas diseminadas. En el libro que había leído, publicado por el propio monasterio,

la abrumaron las destrucciones, las reconstrucciones, los abandonos, las ampliaciones, los saqueos...

Echada en la cama de su celda-apartamento, Sarah reflexionaba. ¿En qué época se situaría la codificación del documento que había descriptado el instituto? Cuando lo supiese, debería conocer qué había pasado en la montaña en ese período, el número de ermitas, si había ermitaños o no, si había trabajadores externos, los edificios...

Pero incluso si llegara a conocer con exactitud el momento en que fue encriptado el mensaje, no sabría si se refería a una época muy anterior, inmediatamente anterior, contemporánea... Y una vez descubierto esto, ¿quién le decía que aquellas palabras, sumadas a estos datos, le iban a proporcionar una respuesta?

Joan, que también empezaba a formar parte de ese conocimiento, se había mostrado como una persona atenta, agradable de trato, con, ¿cómo diría? Con *charme*... esa era la palabra francesa que lo definía exactamente. Tan solo llevaba fuera de Suiza veinticuatro horas y ya mezclaba detalles de su idioma, como si lo añorase. A veces se sorprendía a sí misma descubriendo la capacidad que tenía para introducirse en las experiencias que le tocaba vivir en cada momento, y se asustaba pensando en lo diferente que podría haber sido su vida si sus circunstancias hubiesen sido otras.

No estaba frustrada: pese a los obstáculos, sentía que había aprovechado las oportunidades que se le habían ofrecido y guardaba muy pocas vivencias en su memoria de las que se arrepintiera. Del mismo modo actuaría con Joan. Mejor pasarse que quedarse corta.

Así pues, en la oscuridad y el silencio de su habitación, Sarah no cejó en su cometido inmediato: buscar significados y datos útiles para el trabajo que la ocupaba.

En las diferentes construcciones y destrucciones por las que había pasado el santuario, las ocasiones para esconder preciados tesoros se sucedían. Sarah, que a pesar de provenir del ámbito científico tenía una gran formación humanística, sabía que las guerras eran la oportunidad de ascenso más evidente para quien sabía aprovechar el momento. En situaciones bélicas una acción cruel podía estar justificada en aras del bien común o se podía achacar al bando contrario, como herramienta de terror. Además, esas circunstancias adquirían en ocasiones un aura mítica que evidenciaba que los hechos acaecidos excedían los cauces de la normalidad.

En Montserrat, a las guerras se sumaban las querellas religiosas. El macizo había sido moneda de cambio por estar cerca de la frontera. Primero, como sucursal subsidiaria del poderoso monasterio de Ripoll, alejado de los bordes de la Marca Hispánica y, por tanto, con mayor estabilidad. Posteriormente, y tras un breve lapso en el que se ganó la autonomía y creció de la mano de un insigne abad, Bartomeu Garriga, en pleno siglo XVI, pasó a depender de Valladolid. Con ello se buscó sistematizar la regla benedictina en un momento en que en los monasterios se tenían unas maneras un tanto laxas a causa del influjo de diferentes cismas, luchas intestinas

y papas fraudulentos, o cuando menos dudosos, como los Borgia.

Montserrat también había participado de la política, posicionándose a favor o en contra de reyes, candidatos al trono, sucesores burlados y toda la caterva de personalidades que vivieron durante sus prácticamente once siglos de historia. Se hablaba de joyas de la Madonna Bruna desaparecidas, de tesoros escondidos, de ermitas saqueadas...

Un momento clave fue el expolio y la persecución sufridos durante la guerra del Francés. Sarah, cuya ascendencia francesa era tan manifiesta como su mitad española, no se dejaba llevar por el chauvinismo de otros suizos francófonos. Al poseer también un cierto interés por la Historia, Sarah sabía mantenerse ajena a las modas y a las reinterpretaciones tendenciosas de los hechos, con una mente analítica entrenada en descubrir tales maniobras.

Por ello, las ansias imperialistas de Napoleón siempre le habían parecido fuera de tono. En aquella época, las autoridades francesas habían actuado primero con respeto y transigencia, permitiendo la pervivencia del monasterio; pero tras la primera incursión, el gobierno español que quedó allí organizó la montaña como una especie de base de operaciones. Ese gobierno, garante de una pequeña parte del territorio nacional, demandó a diferentes instituciones y organismos un aporte excepcional de fondos en busca de la financiación necesaria para un ejército capaz de hacer frente a la demoledora maquinaria bélica que se les había venido encima. Por ello se rumoreaba que Montserrat había albergado durante años un tesoro de cierta cuantía. Los responsables no estaban dispuestos a desprenderse de él a las primeras de cambio, y menos bajo la batuta de un gobierno español díscolo y poco efectivo; por tanto, entregaron una mínima parte a las arcas del Estado y el resto se supone que lo dispusieron a buen recaudo.

En la segunda oleada francesa, los rumores llegaron a oídos de los invasores y estos arrasaron con todo. No tuvieron ningún respeto ni por edificios ni por personas, y asolaron incluso las ermitas más alejadas y las situadas más abruptamente. No encontraron nada parecido a un tesoro.

## Capítulo XVIII

CATALUÑA, ABRIL DE 1939

Los camareros llegaron portando las copas de coñac en las bandejas. El general Armendia aceptó una, aunque rechazó el puro que le ofrecían aludiendo a un resfriado mal curado. Copa en mano, salió a dar un paseo por el jardín del restaurante barcelonés. Allá le estaba esperando Subirats, este sí con un buen puro en una mano y el coñac en la otra.

Cuando el general estuvo lo bastante cerca, el coronel hizo ademán de brindar mientras decía con tono alegre «¡Arriba España!». Armendia le correspondió repitiendo el gesto, pero no dijo nada. Tomó un sorbo de su copa y siguió caminando lentamente. Subirats se puso a su lado.

—Tenemos que hablar, coronel —dijo Armendia.

Subirats notó algo en el tono de voz que lo alertó. Eso le puso de mal humor: habían ganado la guerra, ¡estaban de celebración!

—Es respecto al... bueno, al armamento guardado en Montserrat —continuó el general.

—Lo tiene a su disposición cuando lo desee. Todo el metal ha sido transformado y las balas están en sus casquillos, listas para ser disparadas en el momento que convenga, mi general. Tal y como le dije, no ha habido ningún problema con los monjes y...

Armendia hizo un gesto con la mano, solicitando que se detuviese.

—No cuestiono la eficacia de sus disposiciones, coronel. El problema radica en que no necesitamos esa munición. Verá —Armendia dio un largo trago de su copa—, como usted sabe bien, soplan vientos de guerra en Europa. No le quepa duda de que nuestros aliados, sobre todo los alemanes, serán protagonistas de un nuevo conflicto.

—Y sin duda estamos del lado de los ganadores —recalcó Subirats sonriente.

El general enarcó una ceja.

—No menosprecie el poderío de los ingleses, Subirats. En fin —suspiró—, lo que quería decirle es que a nosotros no nos interesa involucrarnos en esa guerra. España está agotada tras estos tres años de lucha y, además, lo que nos apremia es limpiar bien nuestra piel de toro y ordenar este país víctima de los rojos y los separatistas.

El general le apoyó la mano en el hombro. Luego continuó.

—Mire, coronel, si por casualidad se hiciera público que tenemos un arsenal de esas características nos lloverían las críticas. La idea es pasar desapercibidos a escala internacional. Que nos dejen en paz. Bastante tenemos ya con todo lo que hay que hacer aquí, ¿me entiende?

Subirats hizo un gesto de extrañeza entre reflexivo y perplejo.

—Pero, señor... ¿Qué quiere que haga, pues, con la munición?

Armendia se encogió de hombros.

—Lo que estime oportuno. Pero siempre y cuando tenga claro, coronel, que no quiero saber nada y que usted y yo nunca hemos hablado de este tema. Yo jamás estuve al tanto de un arsenal así, ¿me explico, Subirats? —inquirió el general levantando ambas cejas sin dejar de mirar fijamente al coronel.

Este tragó saliva. Su rostro casi logró ocultar los signos del sofoco, pero por dentro estaba indignado: todo el trabajo de meses se mandaba a la basura. El coronel, sibilino, respondió:

—Se explica muy bien, mi general. Como siempre.

Armendia notó la ironía de la respuesta. Le clavó una mirada helada. Subirats bebía tratando de evitar que se notara su nerviosismo. Tras unos segundos, el general sonrió. Le dio un par de palmadas en el hombro y se volvió hacia la sala diciendo:

—No esperaba menos de usted.

Subirats se quedó en el jardín unos instantes más, los suficientes para dar un par de golosas caladas a su puro y terminarse la copa de un trago.

Desde dentro, el general vio a Subirats dando largos pasos por el jardín. Se notaba que estaba contrariado. Armendia se volvió dando la espalda a la ventana y se tomó otro sorbo de coñac. Pensó: «Que se joda».

Una semana más tarde, la mano que tocó el hombro de Daniel Puig mientras trabajaba en uno de los parterres del monasterio le sorprendió tanto que le hizo dar un salto.

—Daniel, que solo es una palmadita, leches. ¡Que me has asustado a mí!

Se disculpó ante su compañero, Óscar, un joven que desde hacía poco estaba trabajando en Montserrat. La realidad era que tras disparar al falangista, Puig estaba en constante estado de alteración. Se había vuelto taciturno, callado, apenas dormía y cualquier cosa lo espantaba.

Cuando vio que los militares se disponían a usar la cueva casi le dio un pasmo: descubrirían el cadáver del falangista y comenzarían a investigar quién lo había matado. Más de una vez trazó algún plan de huida, pero todos los caminos habían sido tomados por militares, así que no tuvo más remedio que quedarse. La sensación de estar en una especie de prólogo hacia su muerte fue tan intensa que sufría constantes taquicardias que le hacían temer por su salud.

Pero misteriosamente nadie dijo nada del cadáver. No se abrió investigación alguna. Llegó el abad y la única instrucción que tuvieron fue que no se podían acercar a la zona usada por los militares.

El día después del regreso del abad se oyó una explosión. Los militares abrieron una vía en la montaña, que él supuso que conectaba la carretera con la cavidad. A partir de entonces, y durante varias semanas, no pararon de llegar camiones con cajas que ocultaban una carga de la que nadie hablaba. También vio que usaban a prisioneros de guerra para hacer obras. Todo ese trasiego se acabó convirtiendo en

algo normal dentro de la actividad diaria, ya que no afectaba a la zona del santuario. Incluso Daniel recuperó cierta tranquilidad: los rumores decían que estaban guardando munición.

—Me acabo de enterar de algo y quería comentarlo contigo —explicó Óscar—. ¿Recuerdas que te hablé del soldado ese que resulta que es del mismo pueblo que mis padres, de Tudela? —Puig asintió, aunque no se acordaba—. Pues me ha contado una cosa sobre eso que están guardando en la montaña. Dice que van a sellar la caverna, o algo así. Vamos, que van a cerrarla totalmente y van a dejar todas esas cajas ahí dentro.

Daniel abrió los ojos asombrado.

—¿Y por qué? No tiene sentido... ¿Se pasan semanas guardando algo para luego dejarlo ahí enterrado?

—Sí que es raro, ¿verdad? ¿Qué esconderán en esas cajas?

—¿No me dijiste que era munición? —le recordó Puig.

—Sí, eso me contaron, pero... ¿no te parece extraño? Si es munición, ¿para qué tanto secreto? ¿Para acabar dejándola encerrada en la montaña?

Daniel tuvo que asentir; sí, le parecía rarísimo. Se despidió de su compañero y se acercó a la zona donde estaban los soldados. Allí todo parecía tranquilo.

La cueva... Todavía retumbaba en sus oídos el trueno de los disparos, el cantar desesperado del falangista, aquella sangre... Siempre sospechó algo, porque nadie se deja morir por un puñado de balas. Pero... ¿qué podría ser? Daniel se propuso averiguarlo antes de que sellaran la cueva. Se lo debía a todos los que habían tenido que huir del país, como su amigo Carlos. «¿Seguirá vivo?», pensó. No lo había vuelto a ver desde que le devolvió la pistola. Ya nadie le llamaba Beato, y lo echaba de menos. Se lo debía a todos los que habían muerto luchando por la República. A él mismo, que permanecía casi encerrado en Montserrat sin poder huir. E incluso se lo debía al desgraciado al que mató en la cueva defendiendo no sabía qué.

Se acercó, pues, a la zona de la cueva, pertrechado con una bota de vino y un zurrón con algo de embutido y pan; de cerca pudo apreciar que el joven soldado encargado de la vigilancia era el convecino de Óscar. Con expresión entre cansada y aburrida, el chico levantó su fusil y dijo:

—¡Alto! Por aquí no se puede pasar.

Puig levantó la mano de forma amistosa y fingiendo que estaba cansado del esfuerzo del camino se sentó sobre una roca, a un par de metros del soldado.

—Perdona, perdona, ya sé... —se llevó la mano al pecho— pero es que, chico, ¡yo ya no estoy para estos trotes! Déjame que descanse un poco y ya me voy... —Se secó el sudor de la frente con un pañuelo—. Llevo caminando un buen rato y con este sol...

El soldado seguía mirándole, pero el fusil cayó flácido apuntando hacia el suelo. Con la excusa del acaloramiento, Daniel sacó la bota de vino y le dio un buen trago. Vio de reojo cómo el chico miraba atento.



—Caray, ¡qué fresquito está! —Alargó la bota hacia el soldado—. ¿No quieres probar un poco?

El joven, mirando a un lado y a otro, dio varios pasos y cogió la bota. Se sirvió apenas un traguito y se la devolvió a Daniel.

—Nada, hombre, bebe un poco más, que apenas lo has probado —le dijo este sonriente.

No dudó un instante en tomar otro trago de la bota mientras Daniel sacaba un trozo de chorizo y pan, de los que empezó a cortar pedazos con la navaja. Ofreció una rodaja de chorizo que el joven acabó aceptando. Mientras Daniel comía el pan, le dejaba la bota al chico para que siguiera bebiendo. Cuando terminaba el trago y se la devolvía, Puig disimulaba y fingía que no podía coger la bota en ese momento por tener las manos ocupadas con las viandas. Era una forma artera de que el chico tuviera siempre la bota en sus manos y no dejase de beber. La había cargado con un vino muy fuerte y añadido un poquito de vino dulce. Si había suerte, los efectos no tardarían en hacerse notar.

—Y qué, ya no hay mucho movimiento por aquí, ¿eh? —dejó caer Daniel.

El soldado cabeceó.

—Sí, ¡por suerte! Yo ya estoy deseando volver a mi tierra, ahora que la guerra se ha acabado.

—¿De dónde eres? Por el acento pareces del norte.

El chico sonrió satisfecho.

—Sí, señor, ¡de Tudela! Allá está mi familia esperándome. ¡Y mis cabras! Tengo unas ganas de volver...

—¿Eres pastor?

—Sí —contestó tras otro trago—. Mi hermano pequeño ha estado cuidándolas, pero el pastor soy yo, como lo fueron mi padre y mi abuelo. No sé, aquí parece que no hacemos ya nada, y el coronel nos prometió que nos licenciarían pronto.

Daniel asintió.

—Claro, debes de estar impaciente, ¿verdad?

El chico se encogió de hombros.

—Bueno, al menos estos últimos meses me he librado de tener que ir al frente, que a otros que conozco los mandaron para Madrid.

Efectivamente, los efectos del vino no tardaron mucho en llegar. Al poco, al joven se le trababa la lengua y la mirada se le iba tornando vidriosa. Un cuarto de hora después, tras unos buenos tragos más, el chico se empezó a notar mareado. Hizo amago de levantarse para volver a su sitio de guardia, pero Daniel le ofreció algo de comida afirmando que le sentaría bien, a la vez que evitaba que el chico soltara la bota de vino. Poco después, el soldado se recostó y al instante comenzaron los ronquidos.

Daniel, levantándose con sigilo, se dirigió despacio hacia la cueva, caminando de espaldas sin dejar de observar al chico: seguía tumbado al borde del camino y

roncando. Era el momento: entró en la cueva.

Nada más acceder vio que había unos focos encendidos iluminando el interior, alimentados por un generador que ronroneaba a ritmo sostenido. Se detuvo para oír si había alguien más dentro, pues durante esos meses el ajetreo alrededor de la zona había sido considerable. Pero no, todo estaba tranquilo, no se oía más que el motor y los latidos de su corazón, que corría desbocado.

Si con la linterna había podido ver que la sala era grande, ahora que se hallaba iluminada pudo ver que era sencillamente enorme.

Contempló al fondo el gran túnel que habían dinamitado y excavado para que entraran los camiones con la carga. Evitó acercarse demasiado, ya que ese túnel conectaba con la carretera y ahí siempre había soldados haciendo guardia.

Vio también los centenares de cajas que en un orden intachable se habían ido almacenando desde que llegaron los nacionales a Montserrat. Buscó la forma de abrir una para ver su contenido y acabó yendo a un rincón a por una herramienta que le sirviera de palanca. Con bastante esfuerzo, levantó la tapa de una de ellas y vio que, efectivamente, eran balas empaquetadas en cajitas de cartón engrasado.

¿Munición? ¿Solo balas? Descubrir que eran ciertos los rumores de que se estaba guardando munición le desconcertó: no aclaraba nada por qué tanto secreto, por qué ahora querían cerrar la cueva, por qué aquel falangista prefirió entregar su vida antes que decirlo... Quizá el falangista no supiera nada, quizá también resultó engañado o le dijeron que iba a colaborar en algo importante. ¿Y para eso habían venido hasta Montserrat? ¿Para guardar simples balas?

Daniel paseó impaciente por la sala tratando de pensar. Algo no encajaba. Se encontró con lo que se podría llamar una cueva adyacente, otra cavidad cuyo suelo se iba empinando. Subió la pendiente y descubrió que desembocaba en una oquedad, en una especie de chimenea natural que no parecía llegar a ningún lado pero en la que vio indicios de que también allí los prisioneros habían excavado con ganas.

Regresó sobre sus pasos. Junto a una de las paredes naturales de ese gran almacén distinguió una máquina que, tras observar unos instantes, identificó como un horno para fundir metales.

¿Fundición? Algo en su cabeza se iluminó. Volvió corriendo hacia la caja que había abierto al principio. Tomó un puñado de balas y se acercó a una luz para contemplarlas con detalle. Sí, sin duda, tenían un color extraño. Como si estuvieran hechas de una aleación... Recuperó la herramienta y abrió otra caja: las mismas balas, el mismo material. Abrió otra, y otra, y otra más, mientras buscaba por ese extraño sótano algo que le proporcionara una explicación, esa pieza del puzzle que notaba que faltaba. En esa búsqueda volvió a la zona donde estaba el horno. Sin dejar la herramienta, se acercó como un cazador cuando presiente a su presa.

Todavía no sabía el qué, pero algo encontraría. Se aproximó a una especie de vasija cerámica que contenía material fundido. La tocó con cautela y se fijó en algo que le llamó la atención: rascó con las uñas un fondo de metal de color dorado pálido.

«¿Una mezcla con oro?», pensó. Su mente volvió a las balas y de ahí al fusil... ¡El soldado! Lo había dejado durmiendo pero era mejor no fiarse, así que decidió salir de inmediato. Regresó sobre sus pasos colocando las tapas sobre las cajas que había abierto para que nadie descubriera que habían sido forzadas. Dejó la herramienta donde estaba y salió de la cueva procurando que sus pasos fueran suaves, que el eco no lo delatara.

Justo antes de salir tuvo la precaución de mirar si se veían todavía los pies del soldado. Sí, allí estaban. Perfecto, seguía durmiendo la mona. De un ligero salto salió al exterior y se dirigió con paso confiado hacia el chico, ya que había dejado allí la cesta con las vituallas. Pero en cuanto comenzó a caminar, el soldado se despertó. Aturdido y con el fusil en la mano apuntando a no sabía qué, el joven miró a Daniel y le preguntó extrañado:

—¿Qué... qué haces ahí?

Puig se quedó dudando. Tenía que improvisar algo.

—¿De dónde vienes? —continuó preguntando el joven, poniéndose de pie.

Daniel se llevó la mano a la bragueta.

—¡Uff, muchacho! Hay que ver qué siesta nos hemos pegado, ¿eh? He ido a mear ahí, en los matorrales... Creo que tienen agüita para una temporada, ¡menudo río he dejado! —Acercándose al soldado le preguntó—: ¿Y tú qué? ¿Te duele la cabeza? —El chico hizo el gesto de llevarse la mano a la frente—. Tranquilo, zagal —le dio una palmada en el hombro—, que por suerte no hay ningún oficial aquí cerca, así que nadie se enterará, ¿de acuerdo?

El joven respondió con una sonrisa tímida en medio de una expresión aún aturdida.

Daniel recogió su cesta y la bota de vino y, saludando con el brazo en alto, se marchó silbando una copla que se había puesto de moda.

Se llevó entonces la mano al bolsillo y se puso a jugar nervioso con una de esas misteriosas balas.

## Capítulo XIX

MONTSERRAT, 18 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Unos leves golpes sacaron a Brambora de su ensimismamiento. Abrió la puerta. Esperaba una visita.

—Hola.

—Pasa, Marcos, pasa.

—Oye, sí que está vacío esto. Pero no te quejarás de las vistas. —Un resto de envidia recoma las palabras del escolano—. Yo tengo la pared vertical de la montaña a quince metros y lo único que veo es el conglomerado a todas horas. Bueno, la verdad es que así no me despisto del violín, que me trae de cabeza. Estúpido instrumento...

—Pues ya sabes, ven cuando quieras.

—¿Tienes Coca-Cola? En el menú no hay...

—Mira, Marcos, no te lo tomes al pie de la letra. Pásate si tienes algo que ofrecer, si no, mejor quédate en la escolanía, ya te localizaré. Ya sabes que yo no existo y estoy en todos lados.

—Sí, en eso te pareces un poco a Dios.

—No utilices el nombre de Dios en vano. ¿Qué sabes?

—Que el padre Joan se pasa el día en la biblioteca estudiando y cuando se cansa se va al monte. No sé si avanza o no porque de lo que hace fuera no tengo ni idea. Dentro hay una mujer que está muy buena. Es nueva y la han visto hablando con él. Igual estudian lo mismo.

—De lo que hace fuera Joan ya me ocupo yo, infórmame de lo que hace dentro. Y de la chica... Tú eres muy listo; síguela también.

—Bueno, siguiendo a uno sigo a la otra, je, je. Se rumorea que hace más cosas de las que correspondería a un monje.

—Ah, ¿también tiene necesidades? ¿Hay rumores sobre alguna relación? ¿Algo carnal?

—No sé qué quiere decir eso de carnal, pero según dice Pau seguro que se la tira...

—¡No digas tonterías! ¿Ese vocabulario empleáis en la escolanía?

Brambora simulaba estar sorprendido, pero en realidad sabía que los chicos en todas partes crecen igual y buscan parecer más mayores de lo que son. Recordaba cómo en el campo de batalla, en Burundi, las mayores brutalidades las había visto cometer a niños de doce o trece años, como Marcos, bien entrenados, con la clemencia extirpada tras meses de brutal entrenamiento bajo las expertas manos de quien había violado y eliminado a su familia en su presencia. Asesinaban sin el más

leve pestañeo, igual que Marcos mataría a los enemigos de Occidente en los videojuegos.

—¿Algo más? —No quería dar una falsa impresión al escolano. Le era de gran ayuda, pero tampoco se podía permitir dar la sensación de que era su compañero de clase.

—Entré en la celda de Joan el otro día, mientras estaba fuera. Lo tiene todo bien ordenadito.

—¿Algún detalle?

—Tiene un donut gigante de piedra apoyado en la pared. Miré detrás y el muro tenía un cerco de humedad, como si la piedra se hubiera mojado... Muy raro, porque si es para decorar pues...

—¿Qué más? —Brambora no permitía las divagaciones de Marcos, que se podían hacer eternas. Las conclusiones ya las sacaría él.

—¡Vale, vale, qué prisas! Había una hoja muy enguarrada y arrugada con unas letras en japonés. No sé qué quieren decir. Luego... a ver... un cartel de Montserrat, que ya son ganas. Un crucifijo... En su mesa había una libreta sucia, con las tapas marrones, pero dentro solo hablaba de su estancia en Japón y cuatro cosas sobre Dios: que si pienso en él, que si me habré portado bien... y todo eso.

—Debes de llevar a tus profesores por la calle de la amargura. Buena faena tienen contigo...

—Qué dices, hombre, si soy un alumno ejemplar...

—Bueno, toma tu Coca-Cola y no me cuentes historias.

Brambora acercó una lata a Marcos, que trató de beber el refresco sin respirar pero se atragantó con el gas.

—Hombre, está caliente.

—¿Ves alguna nevera aquí, alumno ejemplar? De todas formas, ve saliendo. No quiero que te echen de menos y empiecen a sospechar. ¡Ah! Y no bajas la guardia.

En ese momento, Brambora alargó unos cuantos cigarrillos sueltos en el bolsillo de la chaqueta del escolano. Lo miró y le guiñó un ojo, con complicidad. Marcos sonrió y se los guardó acariciándolos, contándolos mentalmente. Continuó hablando con sorna.

—Pues vaya, cómo me pagas los chivatazos. No sé si vale la pena, por una Coca caliente...

El escolano parecía falsamente disgustado mientras abandonaba la celda con la lata. El sicario sabía que al día siguiente ya estaría de nuevo necesitando su dosis de tabaco, así que despidió al joven con una leve sonrisa que este no pudo apreciar, enfrascado como estaba en su bebida. Lo cierto era que había sido una gran idea ganarse al díscolo Marcos tiempo atrás. Con cuatro estúpidas recompensas —unos pitillos, unas revistas porno, unos videojuegos—, Brambora había conseguido tener dos pares más de ojos y oídos en el interior del monasterio y, con ellos, acceso a zonas que a él le estaban vedadas. La información que le suministraba el muchacho

podía llegar a ser clave.

La cosa iba bien. Si el Institut Lavinier pour la Vérité, cuya fama le precedía, y Joan, cuyo prestigio dentro del monasterio no era menor, estaban trabajando juntos, los avances no tardarían en llegar. Y si Joan y Sarah entablaban alguna especie de relación, seguro que más adelante la podría usar para simular un crimen pasional o algo parecido. No sería la primera vez que utilizaba una excusa semejante para encubrir alguno de sus crímenes. Además, por las palabras de Marcos, los rumores iban avanzando en la comunidad, así que llegado el momento podría convertir en realidad ese bulo.

Estaba acostumbrado a hacer hablar a las circunstancias. Sabía cómo colocar los cuerpos, cómo disponer una trayectoria de bala para que pareciera disparada desde un determinado lugar... E intuía que la comunidad intentaría por todos los medios que el asunto no escapase de sus límites, con lo que ello representaría un cortapisas para la investigación policial.

Brambora iba siempre dos pasos por delante de la policía. Si algo se le daba bien era no dejar flecos sueltos. Como en el ajedrez... varios movimientos por delante. Por eso era el mejor. Por eso era tan caro.

Pero de momento el balcánico no creía haber avanzado lo suficiente. No sabía en qué punto de la investigación se encontraban Sarah y Joan para poder predecir sus actos, si se levantarían en plena noche, si empezarían a excavar o si por el contrario el preciado tesoro estaba dentro de la propia abadía... Quizá debiera reducir distancias y presionar un poco para acelerar los acontecimientos.

Brambora era un hombre de acción, aunque sabía que la paciencia era necesaria para lograr que una persona confesara o accediera a hacer algo que realmente no quería hacer. De todos modos, no podía descubrirse aún. Además, no era su cometido. Había que andar con pies de plomo y él estaba allí cumpliendo órdenes, no para complicarse la vida. No le quedaba más remedio que aprovechar los días haciendo un poco de turismo cultural por el entorno, familiarizándose con la orografía, observando pájaros con sus prismáticos y fotografiando piedras casi sin mirar, en un intento por parecer un perfecto turista.

Recordó lo poco que le costó extraer la confesión del abad. Le gustaba trabajarse a intelectuales porque su aguante físico era muy escaso. Reconocía haberse quedado un poco sorprendido con la primera reacción del religioso, que se limitó a rezar y a confiar su destino a Dios. Pero no necesitó ni apurar el tiempo. Ocurría con la gente poco acostumbrada a los dispendios físicos: cualquier actuación un poco brusca en sus blandos cuerpos les resultaba insoportable.

Brambora se enorgullecía de sus conocimientos profesionales aunque los hubiese adquirido durante un conflicto de limpieza étnica, matando por el simple placer de hacerlo o por contentar a unos jefes que creían liderar una manada de perros rabiosos. Ya entonces era consciente de estar labrándose una carrera profesional. Sabía que aquello era una escuela donde cada día aprendía algo. Y no lo desaprovechó.

Salió de los Balcanes rodeado de un halo de hombre frío, calculador, desapasionado, despiadado, que luego se encargó de amplificar por diferentes vías. Van Hutten fue una de ellas. Después de cada conversación intentaba dejarlo con la sensación de que era peligroso. Un juego complicado en el que debía evitar tensar tanto la cuerda como para predisponerlo en su contra, pero sí lo justo como para que se pensara dos veces dejarlo en la cuneta, ni intentarlo siquiera. Así él podría prever su salida de la organización llegado el momento, con un buen colchón de dinero y una nueva identidad. Si convencía a Van Hutten de que estaba tratando con alguien infalible, su cotización como mercenario y su futuro estaban asegurados. Echaba de menos al viejo Dimitri, su mentor, porque sabía combinar los momentos de pausa con las ventajas de cobrar un sueldo desorbitado, y lo llevaba a los prostíbulos de lujo de las ciudades en las que trabajaban. Le encantaba ir de putas por España, donde siempre encontraba a alguna compatriota de la ex Yugoslavia que se sentía traicionada por su gobierno y por una Europa que no había permitido que se actuase con justicia. Ellas se mostraban agradecidas con Brambora porque no le costaba gastarse el dinero y las agasajaba con un trato al que no estaban acostumbradas.

Actuaba exhaustivamente en todo, tanto en sus crímenes como en su trato con las putas. Se sentía como un dios —él, educado en un ateísmo militante, sin fisuras— que pudiese disponer de la vida de los demás en torno a un camino ya predeterminado. Conocerlo o no, dependía del azar, pero una vez Brambora se había cruzado en el destino de alguien, el azar poco importaba: joven puta guapa del Este, acercamiento y sexo formaban un cóctel previsible.

Se acordaba a menudo de Dimitri. Lástima que empezara a hablar demasiado. Lástima que le hubieran nombrado su mentor. Tendría que ir con cuidado de que no le pusieran un aprendiz. Fue lo peor que le pudo pasar a Dimitri, su última prueba, paralela a la del cáncer que lo aquejaba. Y no la superó. Como pocos superaban su cruce con Brambora.

## Capítulo XX

### MONTSERRAT, MAYO DE 1939

Subirats caminaba enérgico en compañía de un ingeniero experto en explosivos que tomaba notas de lo que le iba diciendo el coronel.

—Le insistiré una vez más en lo importante que es que las entradas queden totalmente selladas, que no haya modo de usarlas de nuevo, ¿me explico?

El ingeniero preguntó:

—¿No dejará ninguna vía de acceso libre, coronel?

—De eso ya me ocupo yo, usted solo tiene que limitarse a las entradas que le he dibujado en ese plano. Hágalo de tal forma que yo pueda ir cerrando una tras otra.

—Está bien —dijo asintiendo—, no habrá ningún problema.

El coronel, forzando la sonrisa, comentó:

—Eso espero. Que no haya ningún problema. —Mirando su reloj añadió—: Por el bien de todos.

La voladura de las entradas de acceso a la cueva fue la única solución realista. Deshacerse de la munición era imposible, por su volumen. Volver a fundirla para separar los metales requería tiempo y trasladar de nuevo todo el material a una fábrica donde se dispusiera del equipo necesario. Subirats no creía poder conseguir eso.

Además, todavía albergaba la esperanza de que la munición allí reunida sirviera para algo; de hecho, estaba deseando usarla para comprobar su efecto real. Se había hecho fabricar un cargador para su Royal MM 34, un pistolón ametralladora de casi kilo y medio de peso capaz de albergar hasta veinte proyectiles y de dispararlos en ráfaga. Para Subirats era un capricho y un recuerdo de su tío, quien le cuidó al quedarse huérfano y se lo regaló cuando fue oficial. Poco después el viejo moriría de una apoplejía y esa pistola se convirtió en una especie de herencia que Subirats mimaba como si de una joya se tratase. Con ella al cinto recorría una y otra vez el espacio y sus accesos, tomando notas puntuales.

Todas las vías debían quedar selladas. Todas menos una, un acceso secreto que solo conocería él. Había sido habilitado con mano de obra de prisioneros, escoria que ya se encargó de fusilar convenientemente. Esa entrada era la que estaba dibujando en su cuaderno personal, una libreta negra de tela que siempre llevaba consigo y en la que daba detalles suficientes para localizarla, con dibujos que explicaban la forma de acceder. Tenía que ser precavido, era necesario que guardara esa información por escrito por si tenía que transferirla a alguien.

Los pocos soldados que todavía pululaban por la cueva y sus inmediaciones fueron convocados en el interior. Subirats les obligó a mantenerse firmes mientras



hablaba.

—Os he reunido aquí, en nuestro cuartel durante las últimas semanas, para daros un par de noticias. La primera: esta cueva —y realizó un gesto teatral con el brazo, señalándola toda— será finalmente cenada. Debemos guardar a buen recaudo todo lo reunido aquí para que no pueda ser utilizado nunca por el enemigo. Es importante, pues, que no digáis a nadie nada de este emplazamiento. A vuestras familias les contaréis que este mes habéis permanecido en el cuartel del Bruc, en Barcelona, y no soltaréis prenda. No hay que dar pistas al enemigo, ¡nunca! ¿Ha quedado claro? —preguntó elevando la voz y mirando a los ojos de los soldados. Estos, con voz recia, contestaron:

—¡Sí, coronel!

Subirats sonrió satisfecho.

—Bien, y ya que hablamos del cuartel del Bruc os comento la segunda noticia: en agradecimiento a vuestro servicio os voy a enviar inmediatamente a ese cuartel con la siguiente misión...

Todos los soldados escucharon expectantes.

—... debéis regresar a vuestros hogares con la licencia bajo el brazo. Muchachos, volvéis a casa.

Los soldados dejaron escapar exclamaciones de júbilo.

—¡Viva Franco! ¡Arriba España! —gritó Subirats.

—¡Arriba! —clamaron al unísono los jóvenes con alegría desbordada.

Subirats había conseguido lo que quería: ese puñado de soldados solo podían pensar ya en la vuelta a casa y olvidarían en un rincón de su memoria la estancia en la cueva. De todas formas tampoco sabían demasiado. Simplemente era munición. Y los soldados que participaron en la recogida de metales tampoco tuvieron claro para qué se estaba haciendo. Estos tampoco le preocupaban a Subirats: la vergüenza de haber participado en saqueos tan salvajes y brutales los mantendría con la boca cerrada ante convecinos que bien pudieran haber sido sus víctimas.

Y aunque otros generales conocían el plan, el único que tenía ciertos detalles era Armendia, quien de forma intencionada rechazó saber más. Subirats sabía que ese «desinterés» no obedecía a negligencia, no, obedecía a que cuanto menos supiera menos le podría perjudicar. El plan había sido despiadado: con una eficacia fuera de toda duda se habían logrado fabricar ochocientas toneladas de balas; el coste humano era imposible de calcular.

El coronel no tenía problemas de conciencia: una guerra es siempre algo obscuro, máxime si es una guerra civil. Pero él era un militar de carrera y su obligación era ser eficaz, lo más eficaz posible. Por eso había escogido enseguida el bando ganador. Sin duda España estaba agotada, pero ahora quedaría limpia, desinfectada de esa enfermedad marxista que la estaba corroyendo.

El ingeniero lo apartó de estos pensamientos para mostrarle dónde estaba cada carga, así como la forma de activarlas a distancia. La primera era la más importante:

situada en el corredor que conectaba la cueva con la carretera, la que usaron los camiones. Subirats se mostró encantando cuando el ingeniero le explicó que había diseñado la explosión de tal modo que se produciría una especie de corrimiento de tierras de la pared de la montaña, con lo que conseguiría que se tapara el acceso y desde el exterior nunca se distinguiría que allí hubo alguna vez un túnel.

Simultáneas a esa explosión, el resto de cargas eran menores, ya que solo debían tapar pequeñas chimeneas que ellos mismos habían preparado y el acceso natural que había encontrado el falangista. Este sería el último que accionaría Subirats, puesto que no estaba muy lejos de uno de los caminos frecuentados por los peregrinos y quería asegurarse de dejarlo bien camuflado.

Consultó su reloj de pulsera. Llevaba unos minutos escuchando los motores de los camiones que se habían puesto en marcha. Sus instrucciones especificaban que se bloquearan los accesos a la montaña durante las explosiones. Eso tenía que suceder dentro de unos minutos.

Observó cómo partían los vehículos y se dirigió al acceso natural, donde habían instalado un teléfono de campaña. Cuando lo avisaron de que todo estaba correcto, empujó hasta el fondo el mando del enorme accionamiento del detonador.

No pudo evitar cerrar los ojos: se sintió decepcionado por el ruido, que se le quedó corto. Esperaba más estrépito. Desde abajo le confirmarían si el corredor había quedado cerrado de forma correcta.

La llamada llegó a los pocos minutos:

—Mi coronel, todo ha salido según lo planeado. Las entradas están selladas.

—Perfecto. ¿Está preparado el grupo?

—Sí, un camión pequeño se quedó arriba con un retén a la espera de las detonaciones. Está ya bajando para recoger las piedras y el material que pueda entorpecer la carretera. En cuanto lo dejen todo limpio se dirigirán hacia Barcelona. ¿Quiere que le avisen cuando terminen?

—No será necesario. Esperaré un rato prudencial y me ocuparé de la última explosión. Cambio y cierro.

Ahora tocaba esperar. Mientras tanto, se sentó en la parte exterior del acceso natural a la cueva y disfrutó de ese paisaje que abandonaría poco después. Sacó una carta del bolsillo interior de su guerrera: la entregaría a un notario en cuanto llegara a Barcelona; contenía sus últimas voluntades. Subirats, al no tener familia a quien legar nada, tenía que ser previsor. Si le sucedía algo, alguien debía recibir sus papeles, todos los datos del secreto de la munición. El valor del material allí contenido era elevadísimo, lo suficiente como para evitar que se quedara así, olvidado.

Y aunque llegara a casarse y tener hijos —empresa a la que se dedicaría con su habitual empeño en cuanto se calmara España—, era un tema demasiado grande y demasiado espinoso como para mezclarlo con la familia. Sería pues el alto mando quien recibiera su libreta con las anotaciones; que ellos decidieran qué hacer llegado el momento.

Tras comprobar que la redacción de la carta era la correcta —las palabras justas, la caligrafía pulida—, la volvió a guardar y extrajo esta vez su libreta, en la que se dedicó a hacer dibujos del lugar con su pluma. Le encantaba el sonido del plumín deslizándose por las inmaculadas páginas de su vieja libreta mientras dibujaba con precisión de naturalista el paisaje que le rodeaba.

De pronto, un sonido le llamó la atención. Levantó la pluma del papel y escuchó conteniendo el aliento.

Sí, era el sonido inconfundible del roce de la ropa con los matorrales.

Cuando quiso reaccionar, el hombro le ardía de dolor.

Alguien le estaba apuñalando.

Un brazo le aferró del cuello y lo tiró hacia atrás. Subirats, apretando los dientes, trató de mantenerse sentado. El hombro le escocía horrores. Dio un codazo con fortuna, escuchó un gemido de dolor y notó cómo el brazo aflojaba un poco. Fue suficiente para poder volverse y empujar al agresor, que cayó de espaldas. El coronel empuñó su pistola y le apuntó. Desde el suelo, Daniel Puig resoplaba.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó Subirats enfurecido.

Puig no contestó. Se limitó a componer un gesto de fastidio.

—¡Contesta si no quieres que te vacíe el cargador! —insistió el coronel.

Puig lamentaba no haber sido capaz de reducir al coronel. Quería impedir que se cerrara la cueva, saber qué estaba pasando ahí, y ahora el militar lo tenía a su merced. ¿Qué podía hacer si solo contaba con una pequeña navaja?

—Veo que se te ha comido la lengua el gato, ¿eh? —dijo el coronel mientras acercaba su pistola al rostro de Puig—. No te preocupes —agitó el arma—, mi amiga sabrá convencerte, cabrón... —En ese momento, la mirada del coronel se iluminó—. ¡Claro! ¡Tú debes de ser quien mató a nuestro camarada! ¡Yo tenía razón! Seguro que trabajas en el monasterio, ¿verdad? Fuiste tú quien lo mató, ¿no es cierto?

Daniel siguió mudo, pero se delató con sus gestos.

—Bien, rojo de mierda. Vamos, levántate —ordenó sin dejar de apuntarle—. Y suelta esa ridícula navaja.

Subirats dirigió a Daniel hacia la abertura.

—Vas a meterte ahí, pero despacito. No seas imbécil, todas las salidas menos esta están cerradas, no tienes escapatoria. Y esta pistola es capaz de escupirte veinte balas antes de que te des cuenta... Vamos, ¡entra de una vez!

Puig obedeció a pesar de que estaba convencido de que lo único que quería ese coronel era matarlo sin testigos. Pensó en la forma de zafarse de él, de poder revolverse y quitarle la pistola, de enterarse de una vez por todas de qué secreto se ocultaba en esa cueva.

El coronel, por su parte, miraba a un lado y a otro para comprobar si había alguien más en las cercanías. No acababa de entender por qué había aparecido ese hombre con una navaja. Su contacto en el monasterio murió por disparos, no por heridas de arma blanca. ¿Por qué no usó la pistola contra él? ¿Y si no fue él quien

mató al falangista? ¿Y si había más conspiradores ocultos en la abadía?

Entraron despacio en la cueva. Para evitar que Daniel lo atacara, Subirats le hizo caminar de espaldas y con las manos en alto, de tal forma que su equilibrio fuera precario y el ritmo lento. Si echaba a correr le soltaría un par de balazos en las piernas. No quería matarlo aún, antes tenía que averiguar si había más implicados. Tras un rato de penoso caminar llegaron al interior de la gran sala.

—Quieto, no te muevas.

Daniel obedeció, mirando de reojo la multitud de cajas de munición que ocupaban el recinto. Pudo ver también la anterior abertura que daba a la carretera, ahora cerrada, y cómo el polvo y las piedras de las explosiones se habían esparcido por toda la cueva. Se fijó también en otro detalle: el coronel daba muestras de dolerse del hombro, quizá la herida no era tan superficial.

—Bien, malnacido, te voy a dar una oportunidad de salvar la vida —comenzó a decir el coronel—. Explícame bien qué haces aquí, para quién trabajas, si fuiste tú quien mató a nuestro colaborador y cuántos de la abadía estáis en esto.

Puig dio un par de pasos hacia atrás. Había una piedra muy cerca de su pie.

—Fui yo —dijo deteniéndose. Calló esperando la reacción del coronel.

—¿Fuiste tú qué...? ¿El que mataste a nuestro colaborador? —Puig afirmó con la cabeza—. ¿Y qué? ¡Sigue! ¿Cuántos sois? ¿Quién te dio la orden? —continuó Subirats cada vez más irritado.

Puig negó con las manos al tiempo que daba otro paso.

—No, no, estoy solo. Alguien del partido que no está en la abadía me lo dijo. Me pasó una pistola y yo me encargué del resto. Devolví la pistola y ya no hay más.

El coronel no pudo evitar un gesto de dolor. Con la mano se apretaba con fuerza el hombro, del que manaba cada vez más sangre.

—¿No hay más? ¿No hay más? ¡Ja! Venga, dime, ¿qué sabes de la munición? ¿Qué te dijo antes de que lo mataras?

Puig iba a contestar que no le había dicho nada, pero dudó. Recordó sus sospechas en la anterior visita a la cueva, ese material dorado que le recordaba al oro, y decidió lanzar un farol. No tenía nada que perder. Ya no.

—Pues... bueno, me dijo que se había usado oro en la amalgama...

El coronel apretó los dientes.

—¿Y qué más? ¿Qué más te dijo?

«¡Entonces es cierto! Han usado oro...», pensó sombrío Daniel.

—Pues... me dijo que ese oro... lo habían robado a los republicanos —conjeturó Puig.

En ese instante, Subirats giró la cabeza para mirarse la herida del hombro. Solo fueron unas décimas de segundo, el tiempo suficiente para que Daniel se agachara a recoger la piedra y la lanzara contra el militar. Este, pillado por sorpresa, disparó su arma al tiempo que Puig se abalanzaba sobre él. El disparo no pudo evitar que su atacante le golpeará en el hombro herido, por lo que acabó dejando escapar su Royal.

El coronel se dobló del dolor y cuando se incorporó lo primero que vio fue el cañón de su pistola amenazándole. Detrás estaba Daniel, sudoroso.

—Los papeles han cambiado. Levante las manos, coronel.

Subirats esbozó una sonrisa sarcástica.

—No sé quién de los dos está peor... —dijo señalando el costado de la cintura de Daniel. Tenía ahí una mancha de sangre: el disparo le había alcanzado—. Dentro de muy poco comenzará a dolerte. Y enseguida verás que una de las peores cosas que te puede pasar en esta vida es que te disparen en las tripas. El dolor es insoportable —continuó burlándose el coronel.

Puig enrojeció de ira.

—¡Empate! —exclamó mientras disparaba a la cintura de Subirats.

—¡Hijo de pu...! —soltó el coronel después de recular por el impacto.

—Ahora me toca a mí preguntar —dijo Daniel—. ¿A quién robasteis el oro? ¿Al gobierno de la República?

El militar emitió un ruido extraño, como si tuviera dificultades para respirar. En realidad trataba de reír.

—¡Desgraciado! ¿Crees que estás en disposición de exigirme nada? ¡Te vas a morir, como yo!

Puig volvió a apretar el gatillo, esta vez apuntando a la rodilla. Subirats cayó al suelo aullando de dolor.

—Veo que en la rodilla también duele mucho, ¿verdad?

Cojeando levemente, Puig se acercó al coronel sin dejar de apuntarle con la pistola. Al llegar a su altura, vio que una libreta asomaba de la guerrera. La cogió y empezó a hojearla entre las protestas del militar.

—¡Rojo de mierda! ¡Dame eso! ¡Dame eso! —chillaba alargando el brazo desde el suelo en un gesto inútil por recuperarla.

Puig, cada vez más afectado por la herida, leyó con gesto de extrañeza las concisas anotaciones del coronel. Abrió los ojos asombrados y temblándole el labio miró al militar.

—Pero... ¡Habéis robado al pueblo! ¡Habéis saqueado a la gente como vulgares piratas, como sucios asesinos!

—¡Era zona roja! ¡Eran pueblos plagados de marxistas, de esa escoria comunista infame! —replicó el coronel con la cara contraída por la ira y el dolor.

Puig seguía hablando mientras iba leyendo.

—No me lo puedo creer... Oro, plata, plomo, latón... Es... ¡Es desquiciado!

—¿Desquiciado? —soltó Subirats—. ¡Ni hablar! Es un plan magnífico. Se os dejaba sin ningún tipo de material para fabricar nada, al mismo tiempo que hacíamos limpieza de la zona como ordenó el Generalísimo. ¡Es perfecto! —Se contrajo de nuevo por el dolor. Respiró profundamente varias veces antes de continuar—. Tarde o temprano, en Cataluña os levantaréis contra el nuevo orden... Mi Cataluña está enferma, ¡es algo que no entienden! Con esta munición... con esta munición

podemos armar un ejército de miles de hombres, ¡con más de ocho kilos de munición para cada soldado! Pero ahora... ahora se avergüenzan... los muy traidores... ahora se aflojan y todo va a quedar a medias...

Puig seguía leyendo con mirada alucinada. Sus ojos estaban enrojecidos. Vio el dibujo que detallaba las entradas y cómo se cerraban con las explosiones.

—Habéis dejado prevista una entrada oculta...

—¡Por supuesto! Me ordenaron esconder todo este arsenal... Cobardes... Pero no renuncio a que pueda ser usado. ¡Y seguro que lo será! Entonces acudirán a mí. ¡Yo salvaré a este país de indecisos! —Se le escapó un gorgoteo.

Daniel se guardó la libreta. Sin dejar de apuntarle exclamó enfurecido.

—No, coronel, ¡no! Yo me encargaré de cerrar la cueva. Y guardaré esta libreta para siempre, para que nadie sepa ni siquiera que todo esto existe. —Tomando entonces aire declaró—: Disfrute de su tumba, coronel.

## Capítulo XXI

MONTSERRAT, 19 DE SEPTIEMBRE 2009

De entre las sombras del atrio surgieron dos figuras que se dirían gemelas y que avanzaban hacia su centro. Todavía faltaba media hora para las seis de la mañana. La luz de los pequeños faroles rebotaba en la bruma, otorgando al ambiente una claridad lechosa que todo lo envolvía. A pesar de la época del año se notaba cierto frescor. Los dos monjes disertaban preocupados en el centro del patio, envueltos por sus oscuros hábitos.

—¿Tú tampoco puedes dormir, Raimundo?

—No. No me puedo quitar a Josep de la cabeza. Lleva casi una semana sin oficiar y estoy de las preocupaciones pecuniarias de Pedro hasta la coronilla.

—Ya. Yo empecé con trabajo la semana, acompañando a nuestra visitante por la abadía, pero Joan me dijo que se encargaba él, que se lo había dicho Josep. Y como él es el único que habla con el abad... No quiero decir nada, pero desde que ha venido de Japón no sé qué se piensa. ¡Menudos humos!

—Bueno, Arcadio, cálmate. Es necesario saber perdonar para alcanzar el cielo.

—No, si no le guardo rencor; además, sigo atendiendo a Sarah, porque Joan siempre está arriba y abajo con sus cosas... Pero de todas formas, ayer cuando llegué al claustro estaban hablando como si no les importase el tiempo...

—Bueno, tú también te perdiste las vísperas, ¿no?

—Entiéndeme, Raimundo, es todo: sus paseos, la piedra de Japón... ¿No la has visto en su celda, como si fuera un ídolo pagano al que venera? Insisto en que no quiero decir nada pero...

—Pues no lo digas si no estás seguro.

—¿Qué insinúas? —se defendió Arcadio.

—No insinúo nada, hombre, no seas susceptible. Solo te digo que Joan ha sido reclamado por el abad, que confía en él, y que será por algo. —El padre Raimundo quería poner un poco de paz en las palabras de Arcadio. No lo consiguió.

—Es su ojito derecho por entrar como entró, como si fuera la reencarnación del abad Garriga. Josep está muy mal y ninguno de nosotros sabe nada... No nos ha contado más que una sarta de mentiras. Ni policía, ni investigación, y encima Joan por ahí de cháchara. Al menos yo establecía una especie de barrera con la mujer. Correcto pero distante, ya sabes.

—Vamos, Arcadio, vente conmigo y centrémonos en la plegaria. Y déjate de criticar a quien de momento siempre se ha comportado con rectitud.

—¿Y Josep qué? —Arcadio cambió de tema—. ¿Está mejor? ¿Sabes que entramos en el monasterio el mismo día? Lo recuerdo como si fuera ayer. Y hace ya

treinta y ocho años... Entonces sí que teníamos vocación...

La conversación se fue diluyendo en la distancia mientras los monjes desaparecían por la puerta de la basílica, desierta a aquellas horas. Entre las sombras del claustro, un ruido irregular de pasos delató una presencia que no portaba hábito.

«Solo Joan habla con el abad. Qué raro», pensó Sarah de Chantal. Salió del atrio y se dirigió a un banco de la plaza de Santa María.

Sentada, reflexionó sobre la conversación que acababa de oír: así que entre los frailes también se practicaba la maledicencia y la rumorología. Quizá el padre Arcadio, dolido por la jugarreta de la siesta, estuviera expresando cosas que ni tan siquiera él creía.

Tras las conversaciones con Joan y otros monjes, Sarah era consciente del trato agradable, sentía una clara sensación de fraternidad que quizá sí era extraño haber conseguido tan pronto. Sin embargo, a veces olvidaba que se trataba de otro entorno. Fuera del hábitat abacial, en la universidad, en el Institut Lavinier pour la Vérité, tenía la necesidad de demostrar que podía responder a las expectativas que se depositaban en ella. Esta actitud beligerante contrastaba con la agradable sensación de que en la abadía había encontrado un ambiente de bondad apto para la reflexión.

«Aquí una tiene tiempo de pararse a pensar —se decía mientras desenredaba su largo pelo oscuro con los dedos—. Y la verdad es que el frailecito está bien hecho». Una sonrisa malévola asomó a su rostro y los grandes ojos verdes se entornaron como si estuviera intentando seducir a un espejo. Pero también pensaba que estaba trabajando, que debía portarse bien, más allá de si Joan era monje o no, ya que como norma autoimpuesta no se acercaba en exceso a nadie del trabajo, a no ser que le sirviese para sus propios intereses. Y estaba claro que confraternizar en demasía con el fraile, además de representar una remota posibilidad, solo podía emborronar su expediente. «No lo haré —se repetía con una insistencia suave, comprometida—. Ni siquiera pensaré en él». Cuando se levantó encaminó sus pasos hacia la basílica sin objeto alguno, dando un paseo. Solo había media docena de personas desperdigadas por los bancos de madera, orando. Entre los suaves cantos de los monjes, que ya habían comenzado la plegaria, descubrió a una persona que llamó su atención: un hombre alto, muy alto, que en ese momento la observaba desde la distancia. Su mirada era inteligente y dura a la vez. La obligó a apartar la suya y concentrarla en el altar mayor, en la oscura talla románica, la Moreneta. Cuando pasado un tiempo prudencial desvió la vista otra vez hacia aquel hombre, descubrió que el lugar estaba vacío. Dirigió sus ojos hacia la puerta de entrada y escrutó el espacio con avidez. No había ni rastro de su presencia, como si de un fantasma se tratara. Le resultó extraño. No había mediado tanto tiempo entre sus miradas como para dar oportunidad a nadie, por muy rápido que fuera, a abandonar la basílica sin ser visto.

Una vez acabada la celebración matinal, Joan se dirigió a la biblioteca para continuar con la investigación. Se enfrascó de nuevo en la lectura de las circunstancias que rodearon la muerte del antiguo abad y el relato de los hallazgos del



Institut Lavinier pour la Vérité.

Con los documentos esparcidos en una mesa de la biblioteca, las palabras en latín descubiertas eran lo que más le llamaba la atención, un acertijo para él. Traduciéndolas, pudo reconstruir algún trozo con una primera lectura. Observó que estaban todas en nominativo o en infinitivo, es decir, sin declinar ni conjugar, como si solo quisieran mostrar una posición neutra o rechazaran ser expuestas a la luz pública. El resultado que obtuvo fue el siguiente:

Día riqueza algún manera no más vergüenza tener precioso ojalá inteligente hacer solo oprobio contrario sierra arsenal suyo encontrar de (o desde) con esta mano a (o hacia) monte tierra sagrado malo.

Estaba claro que algunas palabras solo podían acompañar a otras. ¿Habría llevado el instituto la investigación tan lejos? Si los monjes de la abadía del año 1969 solo habían contratado una descriptación, ¿habrían traducido e intentado reordenar también las palabras? En caso de haberlo hecho, ¿qué lengua habrían elegido: español, catalán, francés...? Demasiadas preguntas para una frase tan corta y *a priori* con tan poca información.

Riqueza, arsenal, vergüenza, oprobio. Ni siquiera aparecía el nombre de Montserrat en aquel texto, lo que abría infinidad de posibilidades, como una referencia al exilio del abad Escarré en Viboldone, provocado por la «vergüenza» de una dictadura, o la «riqueza» espiritual de un... «No», se dijo a sí mismo, era evidente que esa riqueza tenía que ver con *pecunia*, que se refería exclusivamente al dinero, no a una riqueza moral o espiritual. El término «riqueza» se había recubierto de significado espiritual mucho después: en tiempos de la Edad Media ante el auge de una pobreza extrema, recorrido el mundo de plagas míticas con mermas elevadísimas de población y con un abandono absoluto de los avances de la civilización romana. Por aquel entonces, la gente que hablaba latín evolucionado empezó a sufrir en sus propias carnes todos los problemas que antes únicamente tocaban al pueblo llano, a los no ciudadanos, a los sin nombre que se agrupaban bajo la denominación de *plebs*. Ellos fueron los que hicieron evolucionar la lengua y crearon características diferentes para ciertas palabras, que mutaron su sentido. Esas evoluciones provocaron los diferentes idiomas que hoy se hablan en muchos países de Europa, manteniendo el latín en un estadio poco susceptible de cambio y restringido al uso escrito, en un momento en el que poca gente sabía escribir. De esta manera, los cambios sufridos no se reflejaron en el idioma. La lengua que utilizaban actualmente los católicos de las diferentes partes del mundo en la celebración litúrgica e incluso como *lingua franca* era una especie de rescate paleontológico ajeno a las diferentes evoluciones. Así que, con un poco de paciencia, seguro que se podría reconstruir aquella frase.

Una idea iluminó a Joan en la penumbra del recinto bibliotecario, como si Dios estuviera a punto de proporcionarle las Tablas de la Ley. Montserrat, monte serrado,

*mons serro*. ¡Si aparecía Montserrat en el documento! Esas dos palabras, que antes no tenían ningún sentido, se unían para ofrecerle una potencial evidencia de que la montaña lícitamente se adueñaba del enigma. Se alegró. Después de todo, las disquisiciones lingüísticas no habían sido en vano.

Al levantar la cabeza y apoltronarse en la silla reclinable, una presencia le hizo estremecerse acelerando su pulso. Sarah de Chantal estaba mirándolo fijamente, sentada al otro extremo de la enorme mesa. Tenía aspecto de llevar un buen rato observándolo; era evidente que él había encontrado algo entre todos aquellos papeles, que había llegado a algún tipo de descubrimiento. Se arrepintió en el acto de ser tan expresivo y de no haber notado antes la presencia femenina. ¿Cómo podría fingir que ella sabía más que él? Solo tenía unos segundos para articular una estrategia y debería hacerlo mientras hablaban, porque Sarah estaba avanzando ya hacia él con determinación.

—Buenos días, Joan.

—Buenos días, señora De Chantal.

—¿Por qué no me tuteas, Joan? Sé que soy algo mayor que tú, pero no veo necesidad de mantener tanta distancia.

—Soy un monje de la congregación y, a pesar de que la regla de san Benito no es explícita a este respecto, sí menciona en su apéndice número LIII que debemos mantener siempre máxima solicitud hacia los forasteros; interpreto que el respeto está incluido —recalcó para hacerle notar que ambos, no solo él, debían mantener esa distancia.

—Ya, pero como soy mayor que tú, reniego de esa costumbre española de que me traten de usted. Me hace parecer vieja, y estoy en una edad en que necesito que esa idea ni se me acerque al cerebro. Pero qué te estoy contando, si vosotros no entendéis de vanidad... —dicho esto, Sarah bajó su mirada hacia el *dossier* que Joan estaba revisando—. Mmmm, a ver, ¿qué pone aquí? Instituí Lavinier pour la Vérité. ¿Has descubierto algo? Parecías muy enfrascado...

Una mirada escrutadora se posó en el rostro del turbado monje.

—Nada importante. —Esperaba zanjar con esta frase la curiosidad de aquella mujer, aplazando el momento de compartir esa información para más adelante.

—Ah, pues me ha parecido que sí, por tu expresión... Mira, insisto, creo que deberíamos investigar juntos. —Estaba claro que Sarah tenía sus propios planes—. Podríamos empezar porque me explicaras qué le pasa realmente al abad.

—Pues ya te hemos... le hemos explicado... Está haciendo una estancia en una abadía externa. —A Joan no se le daba nada bien mentir y su titubeo así lo demostraba.

—Ah, sí, en Monte Cassino... —Probó Sarah.

—Sí, en Monte Cassino.

—Vamos, Joan, no me cuentes dónde está si no quieres, pero dime simplemente que ha pasado algo y que no me puedes detallar las circunstancias. —Sarah miraba a

Joan a los ojos, poniéndole nervioso—. Nadie disculpa a su autoridad sin decir dónde se encuentra, y lo de Monte Cassino me lo acabo de inventar ahora. ¿En qué regla menciona san Benito que los benedictinos debéis mentir? También obedecéis los mandamientos, ¿no?

El monje no pudo evitar ruborizarse. Se removió inquieto.

—Has acertado. Ha pasado algo y no te puedo aclarar las circunstancias.

—Ya, en fin, ¿cómo lo diría en español...? ¿Que no me he caído de un guindo, que no nací ayer? —Sarah inclinaba su cabeza mientras escrutaba la expresión dudosa de Joan.

—Algo así. Salgamos fuera. Aquí podríamos molestar a otros estudiosos.

Una vez en el exterior, Joan, que no quería traicionar la palabra dada al abad, entendió que si quería establecer una relación realmente provechosa debía dar más explicaciones a Sarah de Chantal. Al fin y al cabo, ella estaba allí para ayudarles a averiguar el contenido del secreto que guardaba Montserrat. Habló sereno y severo.

—Mire, Sarah, aquí ha pasado algo muy grave y la congregación está en peligro a causa del mismo enigma que la ha traído. No le puedo explicar más por deseo expreso del abad, pero el asunto es peliagudo. No rechazaré ninguna ayuda que provenga del exterior, siempre que sea discreta. Yo actúo en calidad de defensor de la fe y, sobre todo, en apoyo de mi congregación. Disculpe lo críptico de mi mensaje pero no le puedo decir nada más. Lo siento.

»También le digo que su presencia no está del todo clara. ¿Por qué han elegido este momento para investigar? ¿Por qué se ha despertado el instituto después de cuarenta años? Para nosotros, todo esto resulta muy extraño.

Joan estaba interpelándola directamente sobre su presencia en Montserrat. Para Sarah eso era un avance, porque lo demás lo había adivinado ya por la conversación entre Arcadio y Raimundo. Elevó la voz, al menos según el oído de alguien como el fraile, poco acostumbrado a dejarse llevar por la vehemencia.

—¿Sospecháis de mí? ¿Del instituto? En el Lavinier los casos siguen su curso y buscamos la resolución de todos ellos. Hace unos seis meses entró en la dirección nuevo personal de la mano de nuestro patronato, que está compuesto por gente muy influyente, ya sabes. Buscan dotar a la entidad de un prestigio nunca antes alcanzado. Todos los casos irresueltos o mediocrementemente zanjados durante nuestros años de actividad deben salir a la luz con una solución satisfactoria y ser publicitados aun manteniendo la lógica confidencialidad. Me asignaron este caso y aquí estoy. Yo no sé nada más. Debes creerme, Joan. —Sarah apelaba al monje con aparente sinceridad. Parecía realmente preocupada por su falta de confianza.

—Te creo, Sarah. —Joan cayó en la cuenta de que de nuevo la había tuteado; en esta ocasión con muchísima más proximidad—. Lo siento, pero debe entender que le hiciera la pregunta. Estamos desorientados. Nunca nos hemos enfrentado a una situación así.

Mientras hablaban tomaron un camino que subía en una larga y empinada rampa

hacia el mirador de Sant Miquel, uno de los paseos más frecuentados de la montaña por los visitantes.

—No creo que os debáis preocupar por lo que saben en el instituto. Pero si pudieras desentrañar el caso podrías utilizar lo que encontraras en beneficio de la congregación. Aunque, de todas formas, no entiendo muy bien por qué estáis en peligro por un expediente inconcluso —apuntó Sarah tratando de extraer del monje información más concreta.

—No. Es más que eso. Pero como le he dicho, no puedo contárselo. —Joan se mantuvo firme.

—Sin embargo, por lo que me explicas... Si trabajásemos juntos... No sé, si puedo ayudarte... —Sarah quiso hacer un último intento para saber de qué estaba hablando Joan.

Las mismas dudas, las mismas trampas. Joan estaba atenazado por la incertidumbre y en su cabeza flotaba esa especie de intuición que le sugería que no se fiase. Pensaba que esas precauciones habrían existido igual si Sarah estuviera allí por cualquier otro motivo. Eran unas lógicas prevenciones antifemeninas para un monje poco avezado en el trato con ese sexo. Pero Joan creía en la solidez de su vocación. Reconocía que su cuerpo era proporcionado, redondeado en el punto justo, pero él la contemplaba como una compañera de trabajo, como un monje... un tanto singular. No debía pensar en ella con deseo pero... Tenía que quitar a Sarah de su mente y hacer caso de sus prevenciones en este sentido: era una invitada, continuaría con su trato distante y no pensaría en ella más que como sujeto del intercambio de información, para descubrir qué sabía el Institut Lavinier pour la Vérité. ¿Obtendrían esa verdad, como afirmaba su epígrafe?

—¿Le gusta el paisaje? —Joan despejó su mente con una pregunta intrascendente. Necesitaba ganar tiempo.

—Sí, Joan.

Entonces el joven monje se percató de que lo empinado del camino le dificultaba el caminar a Sarah.

—Parece que la orografía del terreno no acompaña...

—Pocos terrenos lo hacen. ¿Tenemos un objetivo con este paseo o es una manera de despejar la mente?

—Ambas cosas. ¿Ve allá arriba? Es Sant Miquel. Antes había una ermita, que han reconstruido más abajo. Los franceses la destruyeron y ahora solo queda el mirador. Las vistas del monasterio y del valle son espectaculares. Le gustarán.

—De momento el paseo es precioso. —Sarah hablaba con dificultad.

Durante los silencios, Joan se concentraba en caminar más despacio. Estaba habituado a llevar un buen ritmo y, sin su piedra zen, se sentía ligero como un pájaro.

—¿Es tu sitio preferido?

—No —contestó Joan—. Prefiero Sant Jeroni. Está hacia el otro lado, subiendo por unas escaleras serpenteantes cuyo inicio está junto a la estatua de bronce del

fundador. Es un sendero más estrecho que se adentra profundamente en la montaña. Ascende hasta la zona más alta del macizo y así me acerco más a Dios. —Miró de reojo a Sarah para ver si esta se daba cuenta de que estaba bromeando—. Se atraviesa una zona de bosque umbrío y luego los riscos pelados. La ermita está justo en la zona donde acaba el bosque y el camino toma una última y brusca subida hacia el mirador más alto de Montserrat, entre unos acantilados más abruptos e impresionantes todavía que estos.

»Es una zona preciosa. En algunos de mis jueves libres me quedo allí durante horas, meditando. —Joan parecía emocionarse al hablar de esa zona y Sarah, que lo notó, deseó subir allí con el joven fraile para que le explicase todo lo que sabía del caso, de él mismo y del mundo—. Ahora ya no tenemos ermitaños, pero cuando todo esto se aclare me gustaría pedirle al padre abad pasar una temporada de retiro, consagrado al mantenimiento de la ermita y a la plegaria.

En ese preciso instante, todos los pensamientos de Joan parecieron volcarse en Josep y comenzó a hablar para sí mismo, como si Sarah ya hubiera desaparecido. La voz surgió como un torrente de su boca, igual que el dolor de su alma. Sarah se percató de lo que sucedía pero desvió su mirada hacia otro extremo del paisaje, tratando de respetarle. Mientras tanto, el benedictino ponía todo su ahínco en deshacer el nudo de su garganta.

—Debo darle al abad todo mi apoyo en estos momentos. Él me acogió cuando llegué aquí y me enseñó todo lo que sé. Es como un padre para mí. Y también mi maestro. Le tengo mucho aprecio...

Sarah, animada por la conversación, se atrevió a confesar:

—Yo también tuve una infancia difícil. Mi padre no me valoraba y siempre me enervó su indiferencia. Su amor y su respeto los guardaba para Pierre, mi hermano. —Calló y miró a Joan para ver su reacción. Él esperaba que continuara—. Ahora vive solo y amargado desde que mi madre murió. Cuando voy a visitarlo noto su desdén. Pierre solo viene de Estados Unidos en Navidad, cargado de regalos que se nota que no ha comprado personalmente y que se repiten año tras año. Aun así, mi padre se esfuerza por ponerle buena cara y le pregunta por su vida y se emociona... Es patético. Yo estoy deseando irme al poco de haber llegado. Y luego está mi cadera, que arrastro por el mundo como una prótesis dolorosa.

—Dios nos coloca a cada cual en nuestro sitio y somos de tal o cual manera por lo que hemos hecho. ¿No estás contenta con lo que eres? —Joan comenzó a tutearla sin darse cuenta—. Somos lo que hemos vivido.

—Sí, y el esfuerzo que me ha costado llegar donde estoy me hace estar orgullosa de mí misma, pero no dejo de sentir un cierto escepticismo perpetuo hacia mis posibilidades, a pesar de haber ido derribando muros. Creo que todas las mujeres que tenemos éxito profesional, y no quiero parecer pretenciosa, somos un poco pioneras.

—Me lo imagino. Yo tengo tres hermanas mayores que no se han rebelado en su vida contra nada y ahora viven felizmente casadas y dedicadas a sus hijos. Supongo

que es una cuestión de elección. Tampoco sé más porque no veo mucho a mi familia. Me pasa como a ti, aunque supongo que por otros motivos. No nos entendemos. Además, la infancia me trae recuerdos de amargura, no sé si por feliz y ya pasada o por el conflicto del abandono. Mis padres me trajeron aquí siendo yo niño y creo que no se lo he acabado de perdonar nunca, pese a que gracias a esa decisión encontré mi lugar en este mundo. Mi vocación es inquebrantable.

Esa última frase provocó una especie de decepción en Sarah, como si aunque no quisiera acercarse a Joan esperase poder rechazarlo algún día. No entendía demasiado ese tipo de sentimientos contradictorios, no estaba acostumbrada a tenerlos. Ella era una mujer segura, pero ahora, en este nuevo entorno, se encontraba desamparada, a merced de unos deseos que no controlaba. De todas formas, pese a que todavía no tenía información sobre los avances en la investigación por parte de Joan, sabía que tarde o temprano podría conseguirla. El joven monje parecía haber bajado la guardia y se estaba sincerando, igual que ella, que había confesado algo que jamás le había contado a ningún otro hombre. Joan continuaba hablando:

—He salido ganando con el cambio, porque además de mi vocación también he conocido a Josep, que es un modelo para mí, la luz en la oscuridad, el faro en la accidentada travesía, la guía en la montaña... Él... Lo podría decir de mil maneras y aun así no expresaría la felicidad que siento por haberlo conocido. Pero ahora no puede ver a nadie y... —Joan paró de hablar. Se emocionaba.

Sarah respondió con deseos de revancha. La persistencia en la idea de la vocación le resultaba molesta, a pesar de extraer de esas palabras que el abad no podía ver a nadie excepto a Joan, como había sugerido Arcadio, el monje con cierto mal genio que la acompañaba a casi todas partes. Su réplica fue cortante.

—Excepto a ti.

—¿Cómo dices?

—Sí, que no puede ver a nadie excepto a ti. Quisiera volver, Joan, necesito hacer unas llamadas.

Ella fue consciente del rencor en sus palabras, que dejaron al monje algo desorientado; no cuadraban en absoluto con el resto de la conversación. Probablemente también se estaba preguntando cómo sabía Sarah que solo él podía ver al abad. Se tranquilizó pensando que siempre le quedaría el recurso de deducir que se lo había contado Arcadio.

Desanduvieron con presteza el camino. Una última mirada se deslizó del rostro de Joan hacia Sarah. El sol había hecho mella en la blanca tez de la bella suiza y unas marcas coloradas enmarcaban sus ojos. La frente, la nariz y los pómulos habían adquirido un ligero tono rojizo. Joan no sentía esos efectos. Su piel tostada estaba avezada a la intemperie.

Cuando encaraban la última recta de bajada el sonido de las campanas anunció la hora de comer.

## Capítulo XXII

### MONTSERRAT, MAYO DE 1939

El abad salió de la enfermería con el rostro demudado. En sus manos llevaba una libreta. Un monje quiso preguntarle sobre el estado de salud de Daniel Puig, pero solo le contestó con una especie de gruñido y musitando algo así como «debo ir al despacho». El monje, sorprendido por la descortesía de un hombre que siempre se caracterizó por lo contrario, se encogió de hombros y entró en la sala para ayudar. Al fondo, sobre una cama, se hallaba recibiendo sangre el trabajador que había aparecido con un disparo en las entrañas. No quiso llamar a la policía, no quería ni tan siquiera que le dieran calmantes, solo deseaba hablar con el abad... Todos pensaron que se trataba de una necesidad imperiosa de confesarse antes de morir pero ¿por qué salió corriendo el religioso? ¿Sería simple consternación? ¿O bien era por efecto de lo que le había contado Daniel? ¿Qué sería, que tanto parecía haberle turbado?

El abad se derrumbó sobre el asiento frente al escritorio de su despacho. Dejó la libreta sobre la mesa y cerró los ojos. Al minuto, los volvió a abrir y se puso a leer el contenido. Leyó una página al azar:

12 de noviembre. Nuevas incautaciones. El sargento Martínez me comenta que tuvieron que fusilar a veinte personas por su resistencia denodada. Yo asentí tratando de calmarle. Estamos en guerra y son momentos duros, de decisiones difíciles. En cualquier caso, la cantidad de oro y otros metales que ha recogido ha sido superior a lo esperado, ¡todo un triunfo! En total suma en bruto la cantidad de...

Pasó la página, una y otra vez se repetían esas anotaciones. El coronel Subirats apuntaba meticulosamente todo lo recogido en varios frentes, adornando de tanto en tanto las frías cifras con anécdotas terribles sobre el comportamiento desquiciado de los soldados. El coronel era consciente de las barbaridades que se cometían: no cesaba de justificar el plan con expresiones del tipo «España lo necesita», «son momentos duros y se requieren medidas duras», o «a veces para salvar una vida hay que amputar un miembro».

El abad no pudo evitar un gesto de repugnancia. Pasó de largo un montón de hojas que contenían más o menos lo mismo y se detuvo en la parte en la que detallaba la galería...

El monje secó con cuidado la frente de Daniel, quien se removía en la cama entre continuos gemidos de dolor. El médico había dictaminado que no tenía salvación,

pues la bala había destrozado varios tramos de intestinos. Solo quedaba administrarle calmantes y ofrecerle compañía y consuelo en sus últimos momentos. Daniel murmuraba una y otra vez algo sobre una cueva, sobre una vergüenza, sobre algo terrible, palabras que el monje no acababa de entender, aunque sospechaba que se refería a las explosiones que se habían oído en la zona en la que trabajaban los militares.

Entonces entró Ramón, el trabajador que encontró a Puig. Se quitó la gorra y se acercó al monje.

—¿Cómo está, padre? —preguntó en voz baja señalando con la mirada a Daniel.

—Más tranquilo... El médico acaba de inyectarle calmantes.

—¿Y sus heridas?

El monje cabeceó.

—Solo queda orar por él, Ramón, y acogernos a la misericordia del Señor...

El otro asintió y tragó saliva. Tardaría en olvidar —si es que alguna vez lo hacía — la imagen de Daniel cubierto de polvo bajando por el sinuoso camino de tierra, sujetándose el vientre empapado en sangre. Recordaba la mirada perdida de Puig mientras pedía nervioso que lo llevaran al monasterio para hablar con el abad, sin responder a ninguna pregunta sobre qué había sucedido.

—Acabo de volver del camino, padre. He llegado hasta más o menos donde hubo la última explosión, pero no he visto a nadie. Si quiere puedo continuar buscando, a ver si...

—No te preocupes. Ha estado hablando con el abad —le interrumpió el monje—. Él nos dirá qué hay que hacer.

—¿Sabe usted qué pasó? —preguntó Ramón.

—No, no sé nada, Ramón —aceptó emitiendo un suspiro.

Ambos callaron mientras miraban a Daniel, que parecía empezar a tranquilizarse. Tanto el uno como el otro pensaban lo mismo: ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba la persona que le disparó?

El abad paseaba por el despacho, en su cabeza ese «¿qué puedo hacer?» torturándole desde que Daniel le informó de lo sucedido. Recordaba la conversación que mantuvo con el coronel Subirats cuando le explicó que la montaña iba a ser usada para guardar esa munición tan indigna. Todavía sentía escalofríos al unir lo que le dijo el militar con lo que le contó Daniel y, lo peor de todo, con esas anotaciones tan terribles... «¿Qué puedo hacer, Dios mío? ¿Qué puedo hacer?», musitó. Lo último que necesitaba era que se abriera una investigación para averiguar qué había ocurrido con el coronel, cuyo cuerpo difunto se hallaba atrapado en la cueva, según le había explicado Daniel. Eso significaría muy probablemente una represalia para toda la comunidad. Podría afectar al futuro del monasterio. Por otro lado, según las anotaciones de Subirats, las altas instancias —él solo mencionaba a un general, un tal Armendia— no estaban muy interesadas en que se conociera ese arsenal. ¿Sería eso la salvación de la abadía?



El trabajador Daniel Puig falleció poco después de haberse confesado.

Al día siguiente de su sepelio, el abad se puso en pie no sin cierto esfuerzo, se santiguó y salió de la capilla. Después de haberle rezado a Nuestra Señora se sintió algo más calmado. Sin detenerse a saludar a nadie se dirigió hacia la montaña. Tras un buen rato de marcha, se detuvo en cuanto localizó un lugar como el que necesitaba; debía estar solo para hacer lo que tenía que hacer.

Esperó a recuperar el aliento y beber algo de agua de una pequeña cantimplora. Sacó de entre sus ropas una libreta negra, la que perteneció en su día al coronel Subirats. Limpió una zona del suelo para dejar un claro sobre el que colocó alguna que otra ramita. Arrancó cuidadosamente varias hojas y, arrugándolas, las colocó entre esas ramas. Prendió una cerilla y la acercó a los papeles por varios puntos hasta que comenzaron a arder. Añadió unas ramas más y se dedicó a ir deshojando la libreta para quemarla entera. No había podido evitar que en su memoria se grabaran multitud de detalles que ojalá nunca hubiera conocido, pero al menos evitaría que más gente lo supiera.

A pesar de los temores del abad, seguía sin noticias de investigación alguna. En una semana nadie se había acercado a preguntar por el paradero del coronel, nadie lo había echado de menos. Su alma cristiana le conminaba a apiadarse del triste fin de ese hombre, tiroteado y abandonado junto al arsenal sin recibir cristiana sepultura. Pero dentro de sí residía el convencimiento de que ese final había sido una especie de castigo por todas las barbaridades de las que había sido responsable. Al menos en ese lugar su cadáver no sería devorado por bestias carroñeras.

Durante la última semana apenas había podido dormir pensando en qué hacer con la libreta. Una parte de él le decía que acudiera a las autoridades, que entregara ese documento. Al fin y al cabo había un coronel asesinado y su ejecutor había fallecido, de modo que poco se podía hacer ya. Pero el temor a que se supiera que Montserrat había callado ante ese arsenal, el miedo a que el monasterio sufriera represalias por un sistema que había demostrado que era capaz de cualquier cosa con tal de detentar el poder; y la repugnancia infinita al saber lo que se había hecho lo frenaron. Tras mucho orar, pensó que si esa munición había llegado hasta allí era porque Dios había buscado una manera de hacer justicia. Todas esas balas se quedarían enterradas, fuera del alcance del mundo, para que nadie pudiera usarlas para seguir matando.

Destruyendo la libreta se aseguraba de que el secreto pasaría de abad en abad hasta que alguno pudiera decidir, llegado el momento, qué hacer con ese despreciable tesoro.

Mientras, había que mantener silencio.

Y rezar, rezar como nunca lo habían hecho en ese sagrado paraje.

## Capítulo XXIII

MONTSERRAT, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Tras la comida y un tiempo dedicado a la oración en la soledad de la basílica a esas horas del mediodía en que visitantes y monjes descabezaban el sopor de diferentes maneras, Joan volvió a la biblioteca. Esperaba continuar los avances por la vía lingüística antes de volver a salir de la abadía. No podía descubrir nada sin antes saber qué buscar. Cuando llegó vio que Sarah ya estaba allí, acompañada de nuevo por Arcadio, que había recuperado las funciones de guía tras el refrigerio. La saludó con la mirada y comprobó atónito que su gesto no obtenía respuesta, algo que le confirmaba una realidad absoluta: no entendía a las mujeres.

Al acercarse al lugar que había ocupado esa misma mañana comprobó que el *dossier* de la investigación estaba abierto encima de la mesa y se culpó por no haberlo puesto bajo llave tras haber terminado con él. Tanto tiempo alejado de la vista de curiosos y ahora que la seguridad era tan relevante cometía errores de ese calibre. Sin embargo, la buena noticia era que no había anotado ningún avance en su libreta y todo estaba tal y como lo había dejado. Se tranquilizó pensando que solo monjes y escolanos tenían acceso en ese momento a las instalaciones.

—Y Sarah —dijo en un susurro, impelido por una especie de fuerza interior, como para escucharse pronunciar la palabra. «Pero ha estado conmigo o con Arcadio en todo momento», pensó.

Decidió apartar cualquier pensamiento accesorio y entrar en la concentración profunda que la situación requería. Lo logró al cabo de unas pausadas y profundas respiraciones.

Era evidente que el texto hablaba de Montserrat. Recordó el espejo: ¿tenía frente a él las respuestas? Decidió utilizar la misma táctica que le había servido para descubrir el nombre de la montaña. Buscaría dobletes, palabras que siempre fuesen juntas o que al menos pudiesen acompañarse. Como podía cambiar la declinación de las palabras a su gusto no se preocupó de la concordancia. Así consiguió enlazar los siguientes términos, después de muchas pruebas: manera-inteligente, suyo-mano, esta-riqueza, arsenal-precioso, encontrar-riqueza, hacer-daño, sagrada-tierra, algún-día... *Ad* podría ir con alguno de los verbos para construir un complemento de dirección que se relacionase con el único lugar presente en el texto, Montserrat, o ir con *adversum* para hacer una forma fija igual que «al contrario»...

Tenía ya más de la mitad de las palabras ordenadas. Solo quedaba reorganizarlas utilizando como conectores las que estaban sueltas. Disfrutó mucho con aquel trabajo porque era una manera de volver a su etapa en la escolanía, cuando el latín se le presentaba como una lengua oscura. Poco a poco, esta le fue mostrando sus secretos y

configurando un universo ordenado donde precisamente por la agudeza y la univocidad de sus términos, estos se podían colocar donde quisieran. Lo que en un principio le había parecido desconcierto se convertía entonces ante sus ojos en la imposibilidad del mismo, en la estructuración mejor planificada. Tras unas cuantas horas de trabajo esto fue lo que consiguió, incorporando alguna conjetura en el mosaico:

solo sagrada tierra Montserrat tiene oprobio (de) arsenal precioso (en) sus manos, ojalá encontrar algún día manera inteligente (de) no hacer daño más esta riqueza vergonzosa, al contrario

Todavía había cosas que no acababan de cuadrar, pero estaba seguro de que si no era exactamente esta la frase debía de ser parecida y el sentido el mismo. Decidió darle concordancia y engrasarla para que sonara bien, procurando no incluir más palabras que las correspondientes al original latino:

Solo la sagrada tierra de Montserrat tiene el oprobio (del) arsenal precioso en sus manos. Ojalá pudiera encontrar algún día manera inteligente de no hacer más daño con esta vergonzosa riqueza, al contrario.

Mucho mejor. Y aun así, la frase carecía de sentido para él. ¿Para qué encriptarla si su significado era tan oscuro? Algún motivo tenía que haber, y si realmente lo había no se rendiría hasta encontrarlo. No era de los que tiraban la toalla a las primeras de cambio. De pronto se le ocurrió una alternativa. Reflexionó sobre el proceso que había seguido para llegar a una oración que seguro encerraba algo. Recapitó sobre sus propios pensamientos: él estaba seguro de que allí había algo. ¿Por qué lo estaba? Porque ese mensaje estaba encriptado. Entonces se sintió al borde de un precipicio: aquello que resultara evidente o trivial en esa oración contenía una información trascendental. El esfuerzo que había representado ocultar el texto lo demostraba.

De las notas pertenecientes al *dossier* se infería que la frase estaba construida por un gran conocedor de las sutilezas de la encriptación, sabedor de los mecanismos que se empleaban para convertir un mensaje en algo irresoluble. Por un lado le habría bastado hacer uso de la inexpugnabilidad descubierta por Vernam a base de utilizar una clave declaradamente aleatoria; pero, por otro, simplemente podría no haber legado nada a su sucesor. ¿Por qué entonces proponer una solución tan obvia? El *Virolai*... El florecimiento de Montserrat durante el siglo XIX, pocos años después de su destrucción y con una devaluación artística por la pérdida de edificios, vinculaba el auge del santuario con el del gran poeta Verdaguer, que se había propuesto construir un país en torno a la reelaboración de sus mitos. El *Virolai* se cantaba

asiduamente en Montserrat y cualquiera que conociera el monasterio y fuese mínimamente devoto sabía su letra. Por el contrario, la descriptación no sería evidente para cualquiera, desconocedores de ese entorno. Además, quien realizó la encriptación recogió los mecanismos de un sistema anglosajón desarrollado durante los grandes conflictos del siglo xx de un secretismo notablemente complicado. ¿Cómo cuadrar entonces esas elucubraciones? ¿Cómo si no con empeño un monje de Montserrat iba a conocer ese proceso complicado y tan ajeno a su quehacer diario?

Para Joan la respuesta se presentó como un mazazo encima de la mesa. Sin saber exactamente quién, solo alguien vinculado a Montserrat debería conocer la existencia de la «vergonzosa riqueza». El implicado debería ser alguien con una cierta conciencia social y católica que decidiese en qué convertir el «oprobio» para no hacer «más daño». Debía ser alguien de dentro que solo buscase su resolución en caso de necesidad, no un tibio conocedor de la abadía y su entorno.

En el devenir de sus pensamientos, el joven monje se vio señalado por dos abades diferentes. Uno ya fallecido, quizá con la razón mermada por una carga excesiva en sus espaldas; el otro, apagándose como la llama de una vela, ignorante de qué culpa estigmatizaba a su comunidad. No lo quería pensar, ni siquiera que pasase por su mente, pero quizá, Dios no lo quisiera... Su maestro dejándose prematuramente acariciar por la sombra de la vida eterna... No. No podía suceder así. Necesitaba quitarse de la cabeza esa sensación negativa que no le llevaba a ningún lado. Decidió acudir a la meditación en la soledad de su celda. Allí serenaría su mente, calmaría su espíritu; allí lo vería todo más claro.

Poco después de salir Joan, había llegado Sarah a la biblioteca. La vista desde donde estaba sentada era sobrecogedora. Los pasillos exhibían cientos de miles de libros y manuscritos de diferentes temáticas —filosofía, teología, ciencias bíblicas, patrología, liturgia, música, historia del arte, historia universal, historia de Cataluña y de la Corona de Aragón— y también fondos especiales de historias locales y sobre la guerra civil española. A pesar de su formación científica a Sarah le apasionaba la Historia, así que, movida por su curiosidad, seleccionó uno de esos libros dedicados al origen de la biblioteca y empezó su lectura. Según el texto, aunque cuando se fundó el monasterio en el siglo xi ya había constancia de la existencia de algunas obras manuscritas, no fue hasta el siglo xii cuando Montserrat pasó a tener su propio *scriptorium*, una primitiva biblioteca. El recorrido continuaba con los siglos xvii y xviii, cuando la biblioteca aumentó sus fondos hasta llegar a reunir miles de obras en sus estanterías.

Arcadio acompañaba a Sarah en la distancia y observaba todos sus movimientos. Su misión era colaborar en las dudas que pudieran surgirle, pero, ante todo, debía vigilar por qué recovecos se introducía. No la perdía de vista.

Muchas de las obras que la biblioteca había adquirido durante los siglos xvii y xviii desaparecieron durante las guerras napoleónicas, cuando en 1811 se destruyó el

monasterio. La biblioteca actual tenía sus inicios a finales del siglo XIX y había crecido muy especialmente entre 1913 y 1946. Durante esos años los fondos pasaron de quince mil volúmenes a unos ciento cincuenta mil. Sarah no podía evitar sentirse una privilegiada por tener acceso a aquella magnitud histórica, didáctica y literaria.

Abandonó la lectura de aquel ejemplar y volvió a levantar la vista para admirar el recinto. Se preguntó cuánta gente habría estado sentada en su misma silla leyendo el mismo libro a lo largo de ese último siglo.

Entre todas aquellas estanterías repletas de textos significativos, Sarah esperaba poder encontrar información sobre el tema que la había llevado allí. Excepto Joan, los demás monjes no estaban excesivamente predispuestos a colaborar en su investigación. Arcadio parecía inclinado a vigilarla más que a otra cosa. Bajo su atenta mirada, había planificado pasar todo aquel día sentada en la biblioteca leyendo sobre sucesos significativos que hubieran acontecido en aquel macizo después de la guerra de la Independencia, época en la que se había quedado antes de abandonar su lectura, justo al conocer a Joan.

El padre Joan... No sabía por qué, pero le costaba no pensar en él. Quizá era su manera sosegada de responder a las distintas situaciones; ni siquiera había reaccionado mal cuando discutieron el día anterior y ella le recriminó la falta de confianza en su empresa. O quizá tenía algo que ver con la sensación de misterio que le provocaba aquel joven. Ocultaba algo y no quería confesárselo. Y eso la superaba.

Apartó la imagen de su cabeza para poder concentrarse. Su intención era contextualizar las líneas traducidas del latín que el instituto le había facilitado como resultado de la descodificación pura a partir de la clave que la abadía había propuesto en 1969. Dicha clave auxiliar, tal como ya había comprobado, consistía en los primeros versos del *Virolai* y el texto resultante una vez traducido del latín era:

Día riqueza algún manera no más vergüenza tener precioso ojalá  
inteligente hacer solo oprobio contrario sierra arsenal suyo encontrar de/desde  
con esta mano a/hacia monte tierra sagrado malo.

El instituto, gracias a la complejidad de los sistemas de supercomputación más innovadores, había traducido y reordenado aquella frase ofreciendo diversas posibilidades. Al no existir conectores en latín, las opciones con cierto sentido sumaban más de un millar, y ninguna con mucha más coherencia que la que estaba releendo en ese momento:

Ojalá la vergonzosa tierra de monte pudiera con esta sagrada riqueza.  
Contrario al oprobio del día, solo no hacer daño tiene la sierra en sus manos  
manera inteligente de encontrar algún arsenal más precioso.

Esas opciones no proporcionaron solución concluyente alguna. Para Sarah no valía la pena encriptar una frase que no expresara nada con claridad. Así pues, seguro que el texto originario del abad poseía una doble encriptación, esta segunda más simbólica, más sutil: una interpretación directamente relacionada con el entorno y sus actores. Justo la interpretación que las máquinas no lograban acertar por el hecho de existir cantidades millonarias de combinaciones y ninguna pista.

Quizá el propio contexto de encriptación contuviera esa pista. Sin ir más lejos, si el *Virolai* se había empleado como clave codificadora de la oración que hablaba sobre arsenales preciosos y riquezas, creyó oportuna la decisión de leer acerca del origen de ese canto. Quizá contaba con un simbolismo que a ella se le escapaba. Paseó por aquellos infinitos pasillos hasta encontrar algún documento que hablara sobre él. Y lo encontró:

El *Virolai*: himno dedicado a Nuestra Señora de Montserrat. Fue escrito por Jacint Verdaguer con motivo de las fiestas del milenario de Montserrat en 1880. En ese mismo certamen se eligió la melodía popular que mejor se adaptara a aquel texto, y se declaró ganadora la de Josep Rodoreda.

Y a continuación aparecían todos los versos que lo componían.

Así que era un canto dedicado a la Virgen María, qué irónico. Allí llamaban Moreneta a la Virgen María, y era la razón por la cual se había erigido el santuario. Fuera lo que fuese a lo que se había referido el autor del mensaje, prometía ser algo poco o nada virginal lo que se hallaba oculto en la tierra sagrada de la Regina, teniendo en cuenta el empeño que había puesto en esconder su significado de aquella manera. Además, si aquel canto-homenaje se había escrito en 1880, el objeto al que se refería el texto encriptado, «el arsenal precioso y la vergonzosa riqueza», tuvo que existir después de aquella fecha. A no ser que el autor no fuera testigo de los hechos. ¿Y si alguien se lo había transmitido? ¿Por dónde empezar? La guerra del Francés no pudo conducir a nada, considerando el estado en el que quedó el monasterio por aquel entonces, totalmente destruido. La abadía había sido testigo de demasiados conflictos después de aquel: la guerra civil, la segunda guerra mundial...

—¿Está leyendo sobre Jacint Verdaguer? —le preguntó Arcadio de repente. Sarah se sobresaltó al escucharle, pues se había olvidado de que el monje seguía allí sentado a su lado. Era algo que siempre le ocurría: cuando se introducía en una materia y centraba toda su atención en ella se aislaba de tal modo que llegaba a sentirse completamente sola.

—Sí —respondió Sarah sin querer darle más explicaciones.

—Mossén Jacint Verdaguer —agregó Arcadio— se convirtió en un personaje muy popular en Cataluña, ¿sabe?

Sarah quedó sorprendida al comprobar que aquel hombre, después de todo, sí que podía ayudarla.

—¿Ah, sí? —se interesó Sarah—. ¿Qué más podría contarme sobre él? —preguntó con curiosidad.

—Bueno... no mucho más. —Apareció de nuevo el Arcadio indolente.

Sarah, algo desconcertada por la actitud del monje, volvió a la lectura. El texto continuaba alabando la literatura de Jacint Verdaguer, quien perfeccionó las formas utilizadas por sus predecesores para expresar el sentimiento patriótico. La visión geográfica de la tierra y la valoración estética de la añoranza fueron sus dos grandes aportaciones.

Los pensamientos de Sarah se sucedían con celeridad tratando de atar todos aquellos cabos sueltos, que no eran pocos. Si la clave que se había empleado para encriptar el texto era un verso escrito por ese patriota, quizá, y solo eran conjeturas, el significado del mismo estaba simbólicamente relacionado con el mensaje que este compositor pretendía transmitir con su poema *Virolai*: el amor a la tierra y a la Madre que reinaba en ella, derivada de su profunda conciencia sacerdotal. Y quizá, y solo quizá, ese arsenal o tierra se convirtió en vergonzoso cuando este amor manifiesto se vio atacado de alguna manera por algo o por alguien. Esta explicación estaría lógicamente ligada con uno de los significados más evidentes de la palabra arsenal: «Almacén general de armas u otros efectos de guerra». Sarah permaneció pensativa unos minutos mientras estiraba su espalda e ignoraba los ronquidos de Arcadio, otra vez dormido. Su cerebro no cesaba de elaborar suposiciones y algo le decía que no andaba desencaminada.

Movida por su intuición, Sarah recordó el conflicto más desolador que había tenido lugar en el territorio en el siglo xx: la guerra civil. Su madre le había hablado mucho del período de posguerra, que para ella alcanzó hasta el preciso instante en que emigró a Suiza en busca de trabajo y tranquilidad. Para sacar conclusiones fehacientes, sabía Sarah, el sujeto pensante debía plantearse la situación y situarse mentalmente en ella; solo de esta forma sería testigo de las causas y entendería las consecuencias. Así, con esta intención, la investigadora cerró los ojos y se ubicó en el interior de aquella sala setenta y tres años atrás. Se vio sentada justo en esa silla dispuesta a ver en primera persona los acontecimientos que tuvieron lugar allí mismo. Quería saber cómo había respondido el monasterio a la guerra que suponía un ataque brutal a uno de sus amores más férreos: la tierra catalana.

Con esa sensación anacrónica, se levantó y caminó por aquellos pasillos repletos de libros y más libros, ahora de otro tiempo. Entre esas largas hileras, Sarah buscó el período que le interesaba y seleccionó algunas obras de los fondos especiales de la biblioteca para que la ayudaran. Y la criptóloga empezó con su paseo histórico.

Después del golpe de Estado del 18 de julio de 1936, que no triunfó en Cataluña, la Confederación Nacional del Trabajo, CNT, tomó las calles barcelonesas colectivizando gran parte de la actividad en la ciudad. Grupos de enaltecidos, amparados en esa atmósfera revolucionaria, se dedicaron sistemáticamente a atacar iglesias. La Generalitat, preocupada por la supervivencia de Montserrat, trató de

proteger el monasterio y a los religiosos. A pesar de ello, veintitrés monjes de la congregación murieron en las persecuciones. En aras de su seguridad, los demás fueron trasladados a distintos refugios provisionales en Italia o Navarra, y el monasterio fue convertido en un hospital militar controlado por laicos. Sarah casi podía ver a los heridos de guerra distribuidos por todo el monasterio, ocupado por republicanos.

Asimismo, la abadía también se empleó durante los primeros años de la guerra como residencia de quien fuera jefe del gobierno republicano, Manuel Azaña, que abandonó un Madrid asediado por las tropas franquistas en octubre de 1936 y se alojó en Montserrat junto a ocho o diez personas más hasta mediados de 1937. Azaña se paseó por los jardines del monasterio sumido en una especie de árida depresión, reflexionando sobre el destino fatal que esperaba a la República, aquella única oportunidad que él había tomado como una puerta a la reforma y a la mejora de su país. Entre los documentos, Sarah encontró el último discurso que el insigne presidente pronunció en el Ayuntamiento de Barcelona. Las palabras consiguieron estremecerla de una forma insólita: «Que piensen en los muertos y escuchen su lección», pronunció dirigiéndose a las generaciones venideras.

Fue a finales de enero de 1939 cuando los franquistas llegaron finalmente al monasterio. Para entonces, Cataluña ya había caído en manos nacionales. Y a pesar del temor de los monjes a perder Montserrat, en febrero el abad y los demás benedictinos pudieron volver a la abadía. Ahí finalizaba la explicación. El 1 de abril de 1939 acabó la guerra y no figuraba nada más al respecto. Sarah revisó expectante los demás tomos, tratando de averiguar lo ocurrido en aquellos años posteriores al conflicto, pero no había apenas documentación. Era extraño que, tras lo vivido, el monasterio volviera a su rutina sin más. ¿Tan fácilmente olvidaron los religiosos todo lo que acababa de ocurrir? Le resultó sospechoso, así que decidió despertar a Arcadio para preguntárselo.

—Disculpe, padre —dijo Sarah elevando la voz.

—¿Sí? —Arcadio se despertó dando un brinco.

—¿No tienen más documentación sobre lo que ocurrió en el monasterio justo después de que volvieran a residir en él? De finales de los años treinta, quiero decir.

—No. Lo que ve es lo que hay. —El fraile volvió a acomodarse en su asiento para continuar dando cabezadas.

Ella sabía que la ausencia de información normalmente suponía que se ocultaba algo. En su trabajo, las claves secretas escondían otros enigmas. La clave podía ser cualquiera, pero intuía por experiencia que la frase codificada tenía un noventa por ciento de probabilidades de ser en sí misma la solución. Además, después de aquel conflicto la abadía no se había vuelto a ver tan perjudicada.

Era evidente que todo lo ocurrido posteriormente a la guerra civil carecía de la relevancia que buscaba. La visita que el 23 de octubre de 1940 había recibido el monasterio por parte de Heinrich Himmler, fundador de las SS, podría haber abierto



una nueva vía de investigación de la montaña, la de la magia, pero Sarah la había descartado desde el principio por poco científica. El objetivo del nazi era encontrar el Santo Grial, el cáliz supuestamente utilizado por Jesús en la Última Cena. Inspirado por *Parsifal*, la ópera de Richard Wagner donde se cantaba que el Santo Grial se guardaba «en el maravilloso castillo de Montsalvat en los Pirineos», Himmler achacó esa localización a un error y en su lugar creyó firmemente que ese «maravilloso castillo» se trataba de Montserrat. «Valiente estúpido», pensó Sarah.

Pero este era tan solo uno de una cadena de sucesos fundamentados en el ocultismo y lo sobrenatural en los que aparecía Montserrat. Sarah se había documentado antes de su viaje sobre el supuesto «poder mágico» de la montaña: al recabar datos sobre su ubicación y relevancia, se había encontrado con cientos de páginas web en las que se hablaba sobre el tema. Manresa, una localidad vecina, todavía celebraba la fiesta de la *misteriosa llum* (luz misteriosa), que recordaba cuando el 21 de febrero de 1345 una pretendida bola ardiente proveniente de Montserrat penetró en el interior de la iglesia del Carmen dejándose ver por numerosos testigos. Y desde 1977, los días 11 de cada mes el macizo acogía a centenares de personas dispuestas a avistar ovnis en esta zona geográfica bajo las directrices de un ocultista catalán.

Toda aquella información se le antojaba a Sarah como un producto de la fantasía popular. Su mente matemática se cerraba a la posibilidad de creer en cualquiera de esas supersticiones.

No; sus pensamientos estaban bien focalizados. Estaba segura. El final de la guerra civil ocultaba algo y haría todo lo que estuviera en sus manos con tal de averiguarlo.

Todo.

## Capítulo XXIV

PHALSBOURG, FRANCIA, 19 DE SEPTIEMBRE DE  
2009

Despidió al mayordomo con un leve gesto de la cabeza en cuanto posó en la mesa la bandeja con la tetera. A Jonás le encantaba servir él mismo el té. Siempre repetía que este requería un ritual en el que el anfitrión debía ofrecerlo personalmente a sus invitados. Pero esta vez no lo dijo. Había otra cosa rondando en su cabeza. Mientras miraba el agua caer sobre la taza comentó:

—Creo que deberíamos acelerar el caso Montserrat. Confío mucho en ese proyecto pero todavía tengo mis dudas sobre si lo que se esconde allí es lo bastante valioso como para hacernos ilusiones.

El invitado, un hombre moreno por los rayos uva, de la edad de Jonás pero rejuvenecido por la cirugía estética, esbozó una sonrisa perfecta antes de replicarle:

—¿Sabes? Mis dudas van por otro camino: creo que hay algo más sobre Montserrat que no me has contado. Desde que me hablaste de este caso tengo la impresión de que escondes... ¿cómo decirte? ¿Algo personal?

Jonás dejó con delicadeza la tetera.

—Parece mentira que me conozcas tan poco —dijo severo—. Jamás he mezclado lo personal con los negocios. No, no; verás... Hay algo además del «tesoro» —dijo esbozando con gestos las comillas—, y es esa nueva estrategia que están elaborando diferentes monasterios repartidos por el mundo...

—Sí, ya he leído la Declaración de Montserrat —afirmó cabeceando.

Con un gesto de la mano indicando «¿ves?». Jonás continuó:

—Tú ya sabes que eso es la punta del iceberg, que la idea de esos monasterios va más allá de presentar un escrito de buenas intenciones. Están buscando financiación para crear becas de estudio, de tal forma que un monje de Montserrat pueda estudiar en un monasterio budista en Japón, un japonés estudiar la cábala en Jerusalén, etcétera, etcétera. Y en eso quieren implicar a gobiernos, a fundaciones, a filántropos multimillonarios... Vamos, que quieren generar una corriente de pensamiento humanista, de respeto entre religiones y religiosos...

El invitado sonrió condescendiente.

—Yo no lo veo mal. Todas esas buenas intenciones suenan bonito aunque no solucionen nada. No nos perjudicará, incluso podemos participar con alguna de nuestras organizaciones.

Jonás clavó una mirada líquida sobre su invitado, quien carraspeó y se retocó la corbata. Conocía esa mirada y nunca le había gustado. Se sentía intimidado, nervioso.

Sabía muy bien que Jonás no lo haría, pero cuando se ponía así daba la impresión de que en cualquier momento podía abalanzarse sobre uno y clavarle un cuchillo con la precisión de un cirujano con su bisturí.

—Por supuesto que participaremos —dijo con voz sibilante—, pero no se trata de eso. Si queremos hacer algo en este mundo necesitamos del conflicto. Esa política de entendimiento puede resultar inofensiva siempre y cuando sea algo anecdótico y la acompañemos de algún incidente brutal...

Sosteniendo el platillo, cogió con parsimonia su taza y le dio un largo y silencioso sorbo. Dejó la taza sobre el plato y continuó:

—Sin conflicto no podremos conservar la supremacía... Todas esas economías emergentes, como ahora las llaman, esos países que hasta ayer comían de nuestra mano, quieren subirse a nuestras espaldas... ¡Y me niego! ¡Europa es Europa! ¡La Vieja Europa!

El invitado se pasó la mano por la cabeza escondiendo un gesto de impaciencia. Se sabía al dedillo el discurso de Jonás y le aburría mortalmente cuando se ponía así, aunque era consciente de que no debía interrumpirle: sus enfados tenían fama de terribles. Y no porque gritara o amenazara, no, todo lo contrario. Se quedaba callado, se despedía sin decir nada y se iba. Y las veces que había visto a Jonás haciendo eso a alguien, ese acababa, en el mejor de los casos, perdiendo su trabajo y su fortuna. En el peor, la vida.

—¿Dónde surgió la civilización? ¿Eh? ¿Quién ha traído al mundo el desarrollo, la tecnología? ¡Incluso la democracia! Europa, Europa, ¡siempre Europa! Y ahora, ¿qué? ¿Hemos de dejar el futuro en manos de esos jeques que solo saben emborracharse y comer como trogloditas? ¿Sabes lo que hacen en los hoteles? —El invitado afirmó en silencio—. ¡Piden que en la cuenta pongan siempre Perrier! ¡Ja! ¿Algún imbécil se va a creer que pagan trescientos euros por una botellita de agua? —Jonás soltó un bufido—. ¿Y los indios? ¿Y los chinos? ¿En serio creen que vamos a dejar el múnuelo en sus manos? No, amigo, no. Europa debe ser el timonel de este planeta. No niego que nos apoyemos en los yanquis, pero solo eso, apoyarnos. Ya les hemos dejado gobernar desde la segunda guerra mundial, ahora nos toca a nosotros. Y mientras tengamos a esos politicastros timoratos —se volvió hacia su invitado y se apoyó en su brazo—, bueno, con contadas excepciones, claro, tendremos que asumir la responsabilidad desde Suis Viribus. Por cierto, se me olvidó felicitarte por las elecciones. No sé cómo lo habéis hecho, cuando todos daban por perdido a tu partido y a tu líder.

El invitado se encogió de hombros y exhibiendo la mejor de sus sonrisas se pasó la mano por el pelo engominado. Dijo sonriente e irónico:

—Bueno, será cosa del encanto personal del jefe.

Ambos hombres se echaron a reír. Tras unos instantes, Jonás se disculpó y, mostrando a su invitado un paquete de cigarrillos Dunhill, levantó las cejas ofreciéndole uno. Este lo rechazó moviendo las manos. Jonás se colocó los guantes

que tenía sobre la mesa y encendió el cigarrillo con un mechero de oro que sacó del pantalón. Inspiró varias caladas, expeliendo el humo lentamente, tras lo cual retomó la conversación:

—Volviendo a lo de Montserrat... Nuestro hombre está siguiendo los pasos de ese joven monje...

—¿Ha averiguado algo?

—No, y hay que estar atentos porque tenemos que adelantarnos a sus movimientos. Brambora es nuestra mejor baza, pero siempre va bien algo de ayuda.

El invitado hizo un gesto interrogativo.

—Sí, verás... —aclaró Jonás—, tenemos que seguirle los pasos al religioso para que indirectamente nos ayude a localizar el tesoro, pero cuidando de... ¿cómo diría? Mantenerlo entretenido, darle motivos para que se despiste pensando en otra cosa, no sé si me explico...

El invitado sonrió pícaro.

—Te explicas perfectamente.

En ese instante salió al jardín un niño de ocho años armado con una pistola de juguete en una mano, unas figuritas en la otra y vestido con un sombrero vaquero que le iba un poco grande. Se oyó una voz femenina que provenía del interior de la casa gritarle al crío que dejara en paz al abuelo, que estaba con una visita. Jonás alzó la voz para decir que no importaba y, sonriente, llamó a su nieto para que saludara al invitado. Este, acariciándole el pelo, le dio dos sonoros besos en las mejillas. El niño se acercó luego a Jonás, quien al tenerlo cerca demudó su rostro:

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó con voz gélida señalándole la mano.

El niño mostró una figurita de plomo de la colección de Jonás, que expulsó aire por la nariz y miró fijamente al nieto:

—¿Qué te tengo dicho sobre estas figuritas? —Volvió a aparecer esa mirada líquida.

El invitado se removi6 en el asiento; quería decir algo pero no se atrevía. Jonás le arrebat6 la figurita al pequeño y se march6 sin decir nada; el crío comenzó a llorar. Al invitado se le erizó el vello de los brazos al ver la reacción de su anfitri6n. Empez6 a levantarse del asiento sin dejar de mirar sucesivamente al niño y a Jonás, que se adentraba en el jardín. Al instante, vio cómo el abuelo recapacitaba, se daba la vuelta y se acercaba a su nieto sonriendo y tomándolo de la mano:

—No llores, cariño. Vamos a casa con mamá, a ver si tiene algo de chocolate. —Volviéndose hacia el invitado le pregunt6—: ¿Te traigo una taza?

—Eeh... Sí, gracias, con mucho gusto.

—Perfecto —dijo animoso—. Discúlpame, vuelvo en un instante.

El invitado volvió a sentarse. Le tranquilizó ver a Jonás mostrándose simpático con su nieto. Por un segundo había notado un escalofrío en la columna, como el tacto del acero de un cuchillo.

## Capítulo XXV

MONTSERRAT, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Colocó sobre la alfombra el grueso cojín llamado *zafu*, usado en el budismo zen para practicar el *zazen*, la meditación sentada. Tras descalzarse, se sentó sobre él y cruzó las piernas de tal modo que los muslos se apoyaron sólidamente en la alfombra. Mantuvo recta la espalda y apoyó las manos en su regazo, con las palmas hacia arriba, mano izquierda sobre mano derecha. Entrecerró los ojos fijando la vista en un punto situado a un metro de distancia. Los pulgares de las manos se tocaban, formando una especie de triángulo. Subió las manos hasta tocar el bajo abdomen, esa parte del cuerpo conocida por los budistas zen como *tanden*. Cuando comprobó que había conseguido la figura perfecta del *kekka fuza* («loto entero»), Joan comenzó su meditación.

A medida que en Japón había avanzado en la práctica de la meditación zen, fue desarrollando un control de su cuerpo hasta entonces desconocido para él. Lo mejor fue ver cómo su mente se desarrollaba y crecía: sus sentidos se agudizaron. Era como si viera mejor, oyera más nítido, pensara más rápido. Incluso le sirvió para reconciliarse con esa especie de intuición que en ocasiones le había acompañado, esa «señal de alerta» que le comunicaba que algo no iba bien. Mientras estuvo en Japón, cuando algo le turbaba o causaba dudas, por inconcreto que fuera, se sentaba a meditar. Con la mente relajada era capaz de afrontar el problema con lucidez. Descubrió muchas veces que esos pensamientos que nos turban en la vida cotidiana son domesticables, más fáciles de resolver de lo que aparentan.

Precisamente una de esas preocupaciones fue la que provocó que en ese momento se sentara en posición de loto para meditar. Aunque lo que descubrió le preocupó aún más:

No podía apartar de su mente a Sarah de Chantal.

Al poco, Joan se incorporó al ver que no mantenía su concentración más allá de unos minutos, cuando antes de volver al monasterio era capaz de aguantar largos ratos concentrado en la respiración, con su interior alejado de perturbaciones de cualquier tipo. Le vino a la mente el último *koan* que le propuso el maestro: «El hombre mira al espejo, el espejo mira al hombre», y recordó con nitidez el extraño sueño que tuvo en el avión de Helsinki. Algo le decía que ese sueño contenía más respuestas de las que sospechaba, que no se limitaba a ser un mero reflejo de sus preocupaciones por saber qué le sucedía al abad... En él aparecía Joan como en el *koan*, frente al espejo, pero las huellas que se veían en este estaban en el barro, como si su pasado estuviera enlodado... Y esa imposibilidad de moverse, esa angustia... ¿Era el anuncio de algo malo, de un accidente? ¿Estaba en situación de peligro?

A juzgar por los sentimientos que le estaba despertando Sarah de Chantal se hubiera dicho que sí. Pero Joan dudaba aún más: ¿era solo deseo? En otras ocasiones había sentido la tentación, le habían asaltado pensamientos sexuales. Y, por lo general, fue capaz de anularlos disolviéndolos en la oración. Entonces, ¿por qué le costaba tanto ahora? ¿Sentía algo más? ¿O era por la situación crítica que estaba pasando el abad? ¿Sería una simple necesidad de afecto, de aferrarse a alguien, de sentirse protegido?

Paseó por su celda y tomó entre sus manos la piedra circular que le regaló el maestro. Sonrió al recordar aquellos días que le parecían lejanos a pesar del poco tiempo transcurrido. Sostener esa piedra le dio fuerza: «El hombre mira al espejo, el espejo mira al hombre». No desear, sino sumergirse en el acontecer, armonizar con lo que te envuelve. Las respuestas llegarían.

Sin darse cuenta, Joan se encontró regulando la respiración mientras estaba de pie. No llegó al nivel que alcanzaba con el *zazen*, pero sí le serenó. Dejó la piedra en su sitio y salió de la celda. Buscaría a Sarah de Chantal. No podía olvidar que tenía una misión: averiguar qué había provocado la tortura del abad; no debía apartarse de ese camino. Y si eso le obligaba a conversar con una mujer como Sarah, debía hacerlo. Aunque Joan se sintiera en aquellos momentos como un naufrago sin barco ni isla a la vista.

Después de cantar las vísperas y cenar en el refectorio, encontró a Sarah sola en la biblioteca, rodeada de libros y sumida en cábalas. Se acercó en silencio pero no pudo evitar que le viese llegar. Sarah sonrió y apartó los papeles que estaba leyendo, atusándose el pelo como si fuera a hacerse un moño.

—¿No es un poco tarde para seguir? —preguntó Joan sonriente.

—¿Un monje no debería estar durmiendo a estas horas? —replicó Sarah con buen humor.

Joan cabeceó ante la respuesta defensiva de ella, aunque dejó traslucir su inmaculada dentadura en una tímida pero amplia sonrisa.

—La verdad es que todavía no me he incorporado al ritmo habitual del monasterio.

—Pues no se te ve cansado, la verdad... —dijo Sarah frotándose los ojos. Joan observó el blanco rostro de la investigadora. Estaba ojerosa, con el pelo un tanto despeinado, y su piel no brillaba.

—Creo que deberías salir de aquí a que te dé un poco el aire fresco de la montaña —sugirió Joan. Sarah, sin pensarlo dos veces, cogió su chaqueta y se incorporó.

—Está bien, pero solo si me acompañas un rato. Fuera está muy solitario a estas horas.

Estuvieron en silencio hasta que salieron a la plaza de Santa María. Ya en el exterior, Sarah se abrazó, protegiéndose del frescor nocturno. Joan, en cambio, caminaba impasible.

—¡Brrrr! Hace un poco de frío, ¿no crees? —dijo Sarah—. Aunque ya veo que a

ti no te afecta. A veces me pregunto: ¿hay algo que te afecte?

No lo había dicho con malicia, el tono era amistoso, relajado.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso me ves como alguien insensible?

Sacudió la cabeza.

—No, no, para nada. No creo que lo seas, ni mucho menos. Es que... no sé, siempre tienes esa imagen imperturbable, transmitiendo paz y serenidad... En el fondo está muy bien, pero no deja de sorprenderme en alguien tan joven como tú.

—Bueno, tenemos más o menos la misma edad...

Sarah soltó una carcajada.

—¡Vaya! También sabes mostrarte galante. Muchas gracias, pero me temo que en eso te gano, querido —dijo posando su mano sobre el hombro de Joan. Este la miró de reojo pero no dijo nada. Sarah, mostrando un ligero rubor, la apartó.

—Decía que si había algo que me afectara... —retomó él—. Pues bien, hay algo que me afecta, y mucho.

Sarah abrió los ojos sin decir nada.

—Es... bueno, es como una especie de trauma infantil... —Se le endureció el gesto—. Quizá le parezca exagerado —dijo mirándola con una sonrisa forzada—, pero la verdad es que se pasa mal.

Sarah apoyó su mano en el brazo de Joan en un nuevo gesto cómplice; estaba determinada a avanzar. Él continuó a pesar de su incomodidad:

—Tengo miedo al agua.

Sarah le miró perpleja.

—¿Al agua? ¿Así, en general? ¡Buena excusa para beber solo vino! —bromeó soltando una risa condescendiente. Joan la miró entre extrañado y divertido. Sarah recompuso el gesto y poniendo cara de niña buena dijo:

—Perdona. Sigue, por favor, cuéntame.

—Bueno, verás, de niño me críe en un pueblo, en un entorno rural. No muy lejos de casa había un pozo. A veces los chiquillos pasábamos por allí para jugar; siempre había quien contaba una historia sobre el espíritu de una niña que murió ahogada al caer al pozo. Entre los críos era una prueba de valor sentarse en el brocal y aguantar mirando el fondo a ver si aparecía ese fantasma... —Joan sonrió. Sarah hizo lo mismo, observándolo con curiosidad—. Y, bueno, yo era un crío como cualquier otro...

—¿Te asomaste al pozo? Curioso. Te hacía un niño más bien solitario, meditabundo...

Joan hizo un gesto con la mano indicando «más o menos».

—Algo así, algo así. De hecho, ese día estaba yo solo. Fue... Quise ponerme a prueba. Recuerdo que tomé aire y me dirigí al pozo. Me asomé, casi todo mi cuerpo estaba colgando en el vacío. Miré fijamente al fondo y, cuando mi vista se acostumbró, me vi reflejado en el agua. Aguanté un buen rato sobre el brocal... hasta que superé la marca establecida por el campeón de nuestra pandilla. Pero... —y aquí

Joan no pudo evitar un ligero estremecimiento— cuando quise bajarme del brocal hice un mal gesto y perdí el equilibrio. Caí dentro del pozo.

Joan tragó saliva. Durante un instante se hizo un silencio.

—Era a primera hora de la tarde de un día muy caluroso de verano, así que muchos estaban echando la siesta. Nadie oyó mis gritos. De forma milagrosa no me rompí nada al caer, aunque sí me torcí ambos tobillos y me golpeé la cabeza. Estuve un rato aturdido, sentado en el fondo del pozo, con el agua que me llegaba a la barbilla. No podía sostenerme porque los tobillos me dolían horrores. Tuve que aguantar chapoteando. Al poco rato temblaba de frío y no cesaba de recordar la leyenda de la niña ahogada. No es solo que temiera que fuese a aparecer el fantasma, sino que me acabara pasando lo mismo que a ella: que nadie pasara cerca y me muriese allí, solo. Quizá no fue más de una hora, pero se me hizo eterno hasta que alguien se asomó y avisó a mi familia.

—Ya veo, te llevaste un buen susto, ¿eh? ¿Desde entonces tienes miedo a sumergirte en agua?

Joan asintió:

—Sí, más o menos... Y esto te resultará gracioso: según qué pilas bautismales me recuerdan un poco a aquel pozo...

Sarah rio divertida.

—¿No me digas que se tambalea tu fe?

—No, no es para tanto, ¡ni mucho menos! Pero resulta curioso cómo un incidente desagradable en la infancia se cuela en tu interior, como arena entre los dedos, para reaparecer en el momento más imprevisto, afectando a tu comportamiento, a tu forma de enfrentarte a las cosas, a tu caminar por la vida... Perdón, no quise... —El rostro de Joan enrojeció violentamente.

Sarah lo miró con ternura.

—No te preocupes, entiendo lo que querías decir. Claro que lo entiendo. —Dejó escapar un suspiro mientras se agarraba del brazo de Joan. Notó que los músculos del joven fraile se tensaban ligeramente, aunque no hizo gesto alguno para desasirse—. No tuve una infancia normal. Ya sabes lo que dicen de los niños, ¿no? Eso de que pueden ser muy crueles... Pues bien, yo lo he vivido en mis carnes. —Lo miró; la escuchaba con atención.

Los hermosos ojos de Sarah brillaban. Joan estuvo tentado de acariciarle el rostro, aunque no se decidió. Ella vio el gesto con el rabillo del ojo y disimuló. Continuó hablando:

—Mi padre nunca me perdonó esa tara de nacimiento. Es un hombre muy machista, así que mi futuro tenía que haber sido casarme con alguien importante con mucho dinero. Claro, para eso tienes que ser perfecta, muy hermosa...

A Joan se le escapó entre dientes:

—Ya lo eres...

—¿Decías algo? —preguntó.



—No, no. Nada —respondió rápido Joan. Y para cambiar de tema dijo—: ¿Sabes? A raíz de lo del pozo no solo nació mi aversión al agua. También apareció algo... no sé cómo calificarlo, algo extraño, aunque no puedo decir que sea malo, ni mucho menos.

Sarah lo miraba intrigada. Sus ojos abiertos decían «¡Sigue!».

—Te parecerá raro: a veces tengo como una extraña intuición. Me resulta difícil de explicar, pero en determinadas situaciones hay algo en mí que me avisa.

—¿Como una alarma? —inquirió ella.

Joan torció el gesto.

—Sí y no, ya te digo que es... raro. En cualquier caso es algo que me ayuda, pero que no puedo controlar.

—Ahí me he perdido, Joan.

—Verás, yo puedo sentir que alguien me está engañando, por poner un ejemplo. Pero no puedo usar esa capacidad a voluntad, no puedo preguntarme «¿esta persona me está mintiendo?» y obtener respuesta. Al menos no hasta ahora. Aunque con la meditación zen me he ido acercando a ese objetivo, controlar esa... esa «cualidad personal». —Joan giró la cabeza al notar que su acompañante se estremecía—. ¿Tienes frío?

—Sí, un poquito —admitió Sarah.

—Quizá sea ya momento de volver bajo techo, ¿no crees?

Sarah estuvo de acuerdo, aunque añadió:

—Solo una cosa más, Joan. Dime, ¿qué te dice sobre mí ese poder? —le preguntó clavando su mirada en la del monje. Joan quiso responder rápidamente pero se quedó unos segundos sin habla, hechizado por los ojos verdes de la criptóloga. No sabía qué pensar, incapaz de discernir qué había tras la expresión de Sarah. Apartó de sí esos pensamientos y tratando de esbozar una serena sonrisa contestó:

—Me dice que eres una mujer más vulnerable de lo que estás dispuesta a reconocer, pero más fuerte de lo que crees. En cualquier caso una mujer, una persona, digna de admiración.

Sarah se acercó a Joan y lo abrazó cariñosamente. Este se sorprendió por la desinhibición de la mujer, pero acabó rodeándola con sus brazos, notando a través de las ropas su cuerpo delgado, firme y suave. No lograba recordar otro contacto físico como ese en su vida, así que una oleada de sensaciones nuevas le embargó. En cualquier caso, era agradable tener tan cerca a Sarah...

—Dile a tu «clarividencia» que es muy lista —dijo Sarah separándose ligeramente de él mientras le acariciaba la cabeza. Una sonrisa tímida se dibujó en el rostro del monje. Deshicieron el abrazo y se encaminaron entre oscuridades hacia los edificios iluminados. Caminaban juntos pero sin tocarse, aunque Joan notaba una especie de aura que de alguna manera los unía.

Tras dejar a Sarah cerca de su habitación, regresó sobre sus pasos para dirigirse al monasterio y a su celda. La noche transmitía calma. Se sorprendió contemplando las

estrellas, sonriente. Cabeceó como queriendo sacudirse los pensamientos y apretó el paso.

De repente, su intuición saltó como una alarma.

Alguien lo estaba mirando.

Buscó con disimulo entre el oscuro paisaje que se extendía frente a él, pero no vio a nadie. Notó cómo se le erizaba el vello: *sabía* que había una presencia enigmática, peligrosa. Joan miró hacia el pórtico que daba a la plaza. *Sentía* que provenía de allí. Pero en la negrura de la noche no vio nada, ni tampoco escuchó sonido alguno. Quizá solo fuera su imaginación. Sin lograr desprenderse de esa sensación de alerta, Joan entró en el distribuidor que daba acceso a las celdas del monasterio.

Solo entonces una sombra corpulenta surgió del pórtico. Sigilosa. Rápida. Acostumbrada al acecho. Si alguien la hubiera visto de cerca habría detectado que sonreía.

Una sonrisa que solía presagiar muerte.

Un monje había aprovechado la ausencia de Joan. Antes de cruzar la entrada de la celda quiso asegurarse de que estaba vacía. Golpeteó la puerta y no obtuvo respuesta. Abrió con cuidado de no hacer ruido y cruzó el umbral con paso rápido, cerciorándose de que nadie hubiera podido verle. Una vez cerrada la puerta, observó la sala mientras se preguntaba por dónde debía comenzar su búsqueda. Ahí estaba esa piedra observándole, como un ojo de cuya mirada no podía desprenderse.

«Solo es una piedra», se dijo. No le gustaba; era pura idolatría.

Se acercó al escritorio, en cuyo centro había una libreta con tapas marrones de cartón. La abrió con su mano nerviosa y pasó con celeridad las páginas escritas. Sus dedos temblorosos giraban una hoja tras otra tratando de encontrar algo útil, quizá algo referente a la frase latina en la que tanto Joan como Sarah llevaban varios días trabajando. Aventuras y más aventuras en Japón, Sant Jeroni, Josep, Sarah... El intruso no tenía tiempo que perder, puesto que debía salir de aquella celda antes de que Joan volviera de su paseo, y no podía entretenerse. Sus ojos tan solo alcanzaban a vislumbrar aquellas palabras que estaban destacadas de alguna manera, bien porque contenían mayúsculas, bien porque se repetían, bien porque el mismo autor las había subrayado. Para aquel monje curioso nada parecía significativo: tan solo estaban escritas las memorias de un joven monje. El nombre de Sarah parecía repetirse con insistencia... Ya sabía él que entre aquellos dos había algo que probablemente no respetaba los cánones benedictinos... Pero no estaba ahí para remover en la vida de ese fraile poco corriente. Tenía que encontrar alguna pista que contribuyera a acelerar la investigación que se estaba llevando a cabo.

Y la encontró. Cuando llegó a la última hoja vio escrita aparte una frase en latín, la misma que los dos analizaban. Debajo de aquellas líneas, las palabras traducidas al castellano agrupadas de dos en dos indicaban un análisis estructural de esa frase. El resultado del mismo venía justamente después:

Solo la sagrada tierra de Montserrat tiene el oprobio (del) arsenal precioso en sus manos. Ojalá pudiera encontrar algún día manera inteligente de no hacer más daño con esta vergonzosa riqueza, al contrario.

Al ver escrita la palabra «Montserrat» no pudo evitar fruncir el ceño mientras se secaba el sudor de la frente con la oscura manga de su hábito. Sabía que a los ojos de los demás monjes su labor no estaría bien vista, pero si aquella abadía escondía algo era mejor que alguien como él se hiciera cargo. Alguien con su experiencia, su conocimiento y... sus contactos. Había cosas que no podían dejarse en manos de otros, inútiles e ilusos. Eran precisamente esas pésimas decisiones las que habían provocado escisiones en el monasterio como las de la década de los años cincuenta. Para evitar ser víctima de algo así, la respuesta era ser listo, coherente con los propios compromisos y saber adelantarse a los acontecimientos buscando los socios adecuados. Había que estar en los dos bandos jugadores; de esa forma no habría sorpresas ni sustos.

Copió con exactitud la frase en una de las hojas color marfil que arrancó del cuaderno. Letra tras letra, la tinta dibujaba el deseo de obtener el reconocimiento que estaba a punto de ganarse.

Para aquel monje, la frase no tenía ningún significado específico. Tampoco le correspondía a él la tarea de adjudicárselo. Eso se lo cedería a la señora De Chantal. Estaba inmerso en estas cavilaciones cuando oyó el ruido de unos pasos que se acercaban y se asustó. Su oído no le había permitido percatarse de aquellas pisadas hasta que estas casi alcanzaron la puerta de la habitación. Dio un paso atrás y tropezó con una silla hasta trastabillar. Sintió un fuerte golpe en el pie. Cuando el fraile abrió los ojos y levantó la vista vio la piedra de Joan. Se había roto. Ahora era un ídolo derrocado, como pronto lo sería también su dueño.

Por suerte, los pasos del exterior habían sido una falsa alarma. Se permitió sonreír pensando en el futuro inmediato: Suis Viribus agradecería su valiosa contribución.

## Capítulo XXVI

### MONTSERRAT, JULIO DE 1968

La vida y muerte del anterior abad había revolucionado la rutina del monasterio. A pesar de haber abandonado el abadiato dos años antes, a su entierro asistieron muchísimas personas, aquellas que habían demostrado su apoyo a las acciones que había emprendido y también muchas de las que no lo habían hecho. La escisión en el monasterio había quedado más o menos resuelta, pues el perdón siempre había sido una regla necesaria en la práctica de la doctrina benedictina.

Tras el sepelio, todos los miembros de la congregación se reunieron en comunidad. El nuevo abad, que se encontraba sentado en una butaca leyendo, vio interrumpida su lectura cuando se aproximó a él David, el que había sido secretario personal del difunto.

—Durante sus últimos días de vida, el padre insistió mucho en que le entregara todo esto, abad —anunció el secretario mientras hacía entrega de una carpeta con hojas sueltas cargadas de garabatos y párrafos atropellados.

—¿De qué se trata, padre David? —preguntó sorprendido el abad.

—Son sus notas. Las comenzó a escribir cuando fue nombrado abad y continuó escribiendo esporádicamente hasta el día de su muerte —concluyó el fraile.

—¿Como un diario? —inquirió el abad.

—Algo así.

—Pero ¿por qué iba a querer él que yo leyera su diario?

—No lo sé, padre. Solo sé que sus últimas palabras fueron que me asegurara de que llegaba a sus manos —manifestó con tristeza el hermano.

—Está bien. Gracias, David —dijo el otro, confuso.

El abad quiso pensar que era una demostración del afecto que su predecesor le había profesado y prometió leer aquellas notas complacido y con detenimiento. Decenas de páginas llenas de párrafos y mensajes desordenados que hablarían sobre su vida, tan criticada y alabada al mismo tiempo.

Aquella misma noche, apoyado en su escritorio, el abad tenía la sensación de estar introduciéndose en la mente del fallecido y ser testigo de todos los actos que le hicieron acabar exiliado en Milán. Los documentos se iniciaban en 1946, año de su consagración como abad de Montserrat.

La oportunidad que hoy me han brindado la agradeceré siempre y velaré por cumplir con mi cargo lo mejor posible. La ceremonia ha sido emocionante y todos los hermanos que estaban presentes en ella me han felicitado. Creo

que podré hacer un gran trabajo por esta congregación a la que adoro.

«Qué emotivo», pensó el abad, que no pudo ya abandonar esas líneas y pasó la noche conociendo mejor al hombre cuya labor llevaba ya casi dos años sustituyendo. Aquel diario personal se componía de fragmentos más o menos extensos con sucesos importantes de su vida. En algunos apenas se detenía en su explicación, pero otros estaban descritos con tal detalle que el lector casi podía sentir la emoción de lo vivido. El abad reflexionaba ante todas esas páginas sobre el origen y el final de aquella persona; pensaba en la ambición, tan difícil de ignorar cuando dispones del poder necesario para dejarte guiar por ella.

Muchas de aquellas páginas estaban dedicadas a reflexionar sobre su interés cardenalicio. Por lo que había oído y ahora leía, aquel hombre estaba firmemente seguro de sí mismo. Enmarcado en los nuevos tiempos que habían llegado con el Concilio Vaticano II y los pontificados de Juan XXIII y Pablo VI, había coqueteado con la intención de alcanzar el puesto de cardenal arzobispo de Tarragona. Y parecía no haber dudado a la hora de luchar para obtener lo que perseguía.

Espero conseguir los consensos necesarios para poder ser cardenal arzobispo de Tarragona. Al haber nacido en la región y con mi dilatada experiencia merezco ese puesto. Sé que cumpliría con rigor mis deberes y que respondería bien a todas las necesidades. Y, por supuesto, continuaría guardando el secreto del arsenal oculto, tal como lo hizo mi predecesor. Él dictaminó que esa *vergüenza* solo deberíamos conocerla nosotros, los abades, y que solo podríamos revelar el secreto de su ubicación oralmente, de abad a abad. Él así lo hizo conmigo, pero yo considero que es una tarea muy pesada la que se nos ha obligado a perpetuar y que quizá haya llegado el momento de condenarla al olvido o de darle una utilidad concreta.

—¿Arsenal? —repitió el nuevo abad en el silencio de su celda. «Qué extraño», pensó. Él no había recibido ningún secreto de parte de nadie, y mucho menos de su antecesor. ¿Quizá el arsenal fuera, como cabía suponer, una metáfora? Tras leer varias páginas se levantó de nuevo de su escritorio, inquieto, sin poder apartar esa palabra de su mente. El arsenal. ¿Y si no fuera ninguna leyenda? Según las notas, el comportamiento de aquel hombre se transformó a raíz de su traslado a Italia en 1965. Las declaraciones que se atrevió a publicar contra el gobierno del dictador provocaron su exilio forzoso a una diócesis de benedictinos ubicada en Milán, y allí escribió lo siguiente:

Hace una semana empecé a tener una pesadilla que se repite todas las noches. En ella, una sombra infernal se apodera de mi alma y me devora hasta

hacerme desaparecer. La mañana siguiente, al despertar, siento un malestar muy intenso que no me permite respirar. En ese momento, cuando debería tratar de conciliar el sueño, prefiero permanecer despierto. Tengo miedo a dormir.

Aquella frase estremeció al abad, como si una corriente de aire frío se hubiera colado en su celda. Pero ni siquiera ese frío inesperado conseguía apartarlo de su lectura, a pesar de que sus ojos reclamaban, desde hacía ya rato, el final del día. Había algo insólito en aquellas palabras, sentía como si el fantasma de su predecesor le empujara cada vez más a formar parte de esas notas. Quizá él debía ser el siguiente en continuarlas y por eso se las había enviado antes de morir. Todo lo que seguía a continuación, escrito en los dos últimos años de su vida, era muy similar.

Vivo atormentado. Es como si alguien me oprimiera el pecho constantemente para dificultarme respirar. Es una tortura invisible y atroz que ha asediado mi vida. Supongo que me lo merezco.

Esta noche he vuelto a soñar. Hoy no era la pesadilla de siempre, era diferente, y supongo que vuelve a referirse al secreto que guardo. En mi sueño yo era joven y vigoroso, y cogía un enorme cofre escondido que debía de pesar toneladas. Al abrirlo de un golpe seco, en lugar de oro y objetos preciosos, encontraba en su interior sangre, vísceras y restos de cadáveres humanos. Nunca debí consentir en ocultarlo.

«¿Ocultarlo? ¿El qué? ¿El secreto? ¿El arsenal?», pensaba el abad mientras dejaba las páginas encima del escritorio y apoyaba la cabeza en las palmas de sus manos. Con los ojos cerrados y todas aquellas palabras recorriendo su mente, experimentó la sensación de que esos textos estaban consiguiendo ponerle tan nervioso como a quien los había escrito.

Ese secreto que el difunto no dejaba de mentar se le antojaba el origen de una grave obsesión, que parecía haber diluido su cordura en pesadillas sobre cadáveres y tesoros perdidos. Cuando continuó leyendo las siguientes líneas se quedó desencajado.

Los médicos dicen que estoy gravemente enfermo. Parece que el insomnio que me he autoprovocado para evitar mi encuentro con las sombras y el dolor interno que me acompaña día y noche ha sido la causa. No saben qué es, pero afirman que se trata de una dolencia lenta y terminal que me irá inhabilitando poco a poco hasta convertirme en un vegetal. Un vegetal maldito.

—Maldito —musitó el abad. Y se asustó por el sonido de su propia voz, como si

perteneciera a otra persona.

Le resultaba muy doloroso creer que un hombre tan inteligente como había sido su antecesor se pudiera haber vuelto loco por culpa de un secreto sobre un arsenal. ¿Cómo podía ser tan grave? Había algo que se le escapaba.

En los siguientes párrafos no paraba de pedir disculpas por los acontecimientos que había provocado. El nuevo abad había sido testigo de la crisis que vivió el monasterio a finales de los años sesenta a consecuencia de las acciones que había emprendido su antecesor. La abadía se había visto escindida entre seguidores y detractores de su persona y se había vivido algo muy parecido al caos. Había sido una época realmente terrible para todos los que allí vivían.

Perdóname, Señor. Desde este instante, solo mi fe y mi temor hacia ti guiarán mis pasos... Estoy sentado ante este escritorio, herido por la mano del diablo, y veo que tengo que cortar el camino que he seguido hasta ahora. Después de pensarlo mucho, he tomado la ardua decisión de renunciar a mi cargo y también a mi tarea como mensajero de este oscuro secreto. El veneno que poco a poco se extiende por mis venas me ha hecho ver las consecuencias de mis actos con una claridad cristalina. Y lo siento tanto. Tanto, tanto...

Estaba realmente afectado, hasta el punto de romper con la cláusula vitalicia del puesto de abad con tal de poner fin a todo. El abad lector no pudo evitar sentir lástima por aquel hombre perdido que había experimentado el infierno en su carne. A continuación, leyó su confesión más sincera:

Siento no haber utilizado de una manera mejor el poder que se me confirió. Siento cualquier decisión mía que haya quebrantado la paz de mi abadía, a la que tanto he amado y amo. Asimismo, no puedo permitir que los que vengan detrás pasen por mis mismas circunstancias; no puedo poner en peligro sus almas ofreciéndoles un secreto que podría corromper su corazón. Por todo ello, en breve anunciaré que he decidido dejar de guiar los pensamientos y las decisiones de los habitantes de la abadía después de veinte años.

Para todo ese mal vivido no había más penitencia que su arrepentimiento, el camino más directo a la salvación. Y aquel hombre estaba realmente arrepentido, de eso no había duda. Sin embargo, en aquellos papeles seguía sin aparecer el significado de ese enigma que corrompe el alma de aquel que lo conozca. El abad sabía que a lo largo de la historia del cristianismo habían existido muchos representantes de la Iglesia que, invocando la palabra de Dios, habían cometido grandes crímenes. La Inquisición era una buena muestra de ello. Con la mirada

perdida en la oscuridad del exterior, que vislumbraba a través de la ventana, no pudo evitar preguntarse si todos y cada uno de aquellos individuos habían pasado después por la angustia que su «padre en el monasterio» había experimentado. Había tantas cuestiones que nadie podía responderle...

Se sentía incapaz de continuar siendo el espejo de todo ese dolor, así que leyó por encima los fragmentos que quedaban y se fue directamente al último del diario que parecía todavía coherente.

Hace ya muchos años que los sucesos que tuvieron lugar en la abadía impusieron una condena a todos los abades que habrían y habrán de pasar por este monasterio. El pecado que en aquel tiempo manchó el espíritu de los responsables ha llegado hasta mí. Lo ocurrido en el pasado ha extendido sus ramas hasta mi presente y continuará expandiéndose hacia el futuro si no hago nada para evitarlo. Los compromisos que juramos no han hecho sino revivir los fantasmas de los que participaron en aquellas atrocidades e instalarse en los cuerpos de los conocedores de este desagradable secreto. El boca-oreja de la ruina. Sé que está en mi mano encontrar la manera de evitar a mis sucesores la tentación que yo he experimentado sin dejar de cumplir con el juramento que hice a mi predecesor. Porque jamás se debe incumplir un juramento.

Por lo que añadía este último párrafo, firmado en 1968, el origen de aquel misterio, y por tanto seguramente también del arsenal, se había gestado en una época de conflictos —¿quizá militares?— en el que se llevaron a cabo atrocidades inimaginables. Pero ¿qué tenía que ver la abadía con ello? Suponía que el juramento del que hablaba se refería a esa transferencia del secreto que había mencionado al principio. Entonces, la gran cuestión era: ¿por qué no le había transmitido nada a él como su sucesor? ¿Creyó que le corrompería?

El abad se dio cuenta de que a lo largo de la escritura su predecesor había arrugado mucho las hojas de aquel diario. Las últimas notas que componían las memorias se esparcían sin orden ni conexión por el papel. Debían de haberse escrito cuando el que fue abad de Montserrat estaba cercano a la muerte, porque todas las líneas repetían un mismo concepto:

No sé si dejar este vacío. Un vacío puede llenarse con improbabilidades y errores. La confusión del vacío podría significar la llegada del mensajero del bien. No quiero ser el mensajero del mal.

Y ya está. No había nada más. Era imposible que tan solo le hubieran incitado a leer aquel diario para sentir el sufrimiento de otro hombre.

Revisó aquellas páginas como si se tratara de uno de esos juegos en los que se



hacen dibujos invisibles en un papel para que alguien los descubra rayándolos con un lápiz o manchándolos con tinta. Las pasaba lentamente y de una en una, deteniéndose incluso en sus esquinas, buscando algo que en su primera lectura se le hubiera escapado.

Y ahí estaba escrito. Algo que en un primer momento no le había llamado la atención, que le había parecido una suma de garabatos sin sentido, quizá la consecuencia de una mente agonizante, una mera combinación aparentemente aleatoria de letras:

vxxttfemwubhmxommvgtfxpvrniwiafmvqfzljzpxdbjfbwizdfssyuupgvmzlaot

Tras unos minutos intentando llegar a algo claro, el padre admitió que jamás se le habían dado bien los acertijos. Y además ya eran cerca de las seis de la mañana. Se había pasado la noche entera en vela leyendo y debía volver al mundo real. En breve orarían los maitines y tenía que prepararse. Se levantó de su escritorio y guardó todos aquellos papeles en un cajón. Mientras se lavaba la cara reflexionaba sobre la noche que había vivido. Parecía haber sido un sueño.

Estaba seguro de que su antecesor no había conseguido transmitirle su obsesión enfermiza, él no era tan débil, pero sentía la necesidad de resolver aquel enigma, ya que se lo habían encomendado, aunque fuera indirectamente. Debía averiguar si el anterior abad había muerto completamente desquiciado o como heredero de un terrible secreto. Antes de salir de su celda decidió con gran serenidad que ese mismo día compartiría sus dudas con algunos compañeros y juntos tratarían de discernir algo más concreto. Varias cabezas juntas piensan más que la suma individual. Quizá así encontrara la solución a la incógnita que se le planteaba.

## Capítulo XXVII

MONTSERRAT, 20 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Aquella madrugada Joan despertó de un impulso. Eran las cuatro. La noche entera había transitado de sueño en sueño y no conseguía recordar el contenido de ninguno. Solo un sentimiento invadía su mente y su estado en ese momento: el terror. Estremecido, agarraba las sábanas blancas con fuerza para evitar dejarse engullir por ese miedo que no conseguía localizar. Con el cuerpo asediado por el sudor, su mente se mantenía en silencio, sin responder a la extensa hilera de preguntas que le estaban sacudiendo. Envuelto en el penetrante silencio de su celda, su corazón palpitaba de forma acelerada.

Algo malo había ocurrido.

Algo nefasto.

Vestido a toda prisa, Joan apareció en la celda del abad en cuestión de segundos, como si los saltos en el espacio fueran posibles. El médico y los enfermeros de guardia estaban inmersos en un frenesí de instrumental e inyecciones, en un intento por reanimarlo. Poco a poco, los monjes que todavía dormían empezaron a aparecer en los pasillos como espectros dolidos, movidos por los gritos y el barullo que estaba teniendo lugar en el interior de la celda. Ninguno hablaba, tan solo escuchaban aquellos sonidos inquietos que únicamente podían ser portadores de un mensaje. Sus rostros llorosos parecían predecir lo que minutos más tarde el médico anunciaría. A Joan le habían cortado el acceso en la puerta de la celda, sellada por un enfermero que le prohibía el paso, y permanecía allí escuchando la despedida del abad. «Al menos ha conseguido reunirnos a todos antes de marcharse», pensó Joan conmovido. El eco plano y estridente del electrocardiograma, las repeticiones infaustas del desfibrilador golpeando el pecho de aquel hombre, las voces del doctor dando órdenes a su equipo, todo pasó a un segundo plano. En el interior solo escuchaba una voz, la que deseaba que el Señor lo acogiera en su seno.

Según dijo al poco rato el doctor, un fallo multiorgánico le acababa de proporcionar la paz que necesitaba.

Sentado en su cama, Joan trataba de buscar el consuelo que el abad por fin había alcanzado. Se había ido y ahora él era el único responsable de perpetuar la paz de Montserrat. Nadie más en la congregación conocía el secreto que había torturado a Josep hasta su muerte, y todo el peso que hasta ese momento habían sostenido las espaldas del padre abad había pasado a las suyas. Observaba en silencio aquella piedra circular que tantas veces había cargado con el objetivo de prepararse para una

carga tan amarga como la que ahora le hundía. Al regresar a su celda la noche anterior la había encontrado rota, dejándole claro que alguien había hurgado en sus cosas.

No estaba preparado.

No se sentía capaz de responsabilizarse de algo tan inmenso.

De repente, su estado de profunda tristeza dio paso al enfado y a la ira. ¿Por qué había tenido que irse su mentor? ¿Por qué tenía que ser él ahora el responsable del futuro inmediato de Montserrat? ¿Y si no lo conseguía? ¿Y si no era capaz de encontrar ese pretendido tesoro? ¿Aquel verdugo continuaría torturando a miembros de la abadía hasta acabar con ella?

Movido por una furia que jamás antes había experimentado, Joan salió de su celda empujado por una mano invisible. Debía buscar la manera de tranquilizarse y centrarse, pero su mente era ahora un galimatías que se sentía incapaz de descifrar. El enfado invadía todos sus sentidos y deshacerse de él le resultaba imposible. Salió del monasterio y, sin pensarlo, comenzó a correr.

Joan no debía de llevar ni un kilómetro marchando bajo el crepúsculo cuando estalló el inicio de una tormenta que le hizo acelerar aún más el paso. Cuando empezó a sentir la lluvia cayendo sobre su cuerpo, los pasos fueron convirtiéndose en zancadas cada vez más rápidas. Se estaba empapando. Ese agua recordó aquellos minutos eternos de oscuridad cuando era niño, la humedad y el frío en el pozo de Ivars d'Urgell. Las gotas de la lluvia caían con fuerza y se clavaban en él como dolorosas punzadas.

Su objetivo era llegar a la ermita de Sant Jeroni para resguardarse en su porche. En ningún caso quería volver atrás. No quería enfrentarse a la realidad, a los comentarios y al pésame de los demás monjes. Trató de vislumbrar el paisaje que le rodeaba y que tantas veces había recorrido. Si conseguía centrarse lo suficiente, cerrando los ojos y vaciando su mirada, podía recordar el camino que estaba siguiendo, perfectamente memorizado.

Había subido las escaleras del Paso de los Franceses casi sin pisar los escalones. Machacaba con sus pies las raíces y las piedras que cubrían el camino, como si de ese modo pudiera pisar también el agua que sentía que intentaba debilitarle. La misma que había desgastado todas aquellas piedras que le rodeaban. Quería enfrentarse a ella y demostrar que podía vencerla.

Por encima de la vegetación, las esbeltas e imponentes agujas de roca se personificaban en siluetas alargadas que, cual mudos testigos, parecían observarle en la distancia mientras aguantaban el cielo sobre sus picos redondeados. Al margen de lo que ocurriera, esas columnas se mantendrían en el lugar, convirtiéndose en testimonios eternos de la historia de Montserrat.

A lo largo del camino había observado numerosos huecos en el macizo que podían haber servido de escondrijo durante la agresión que había recibido el abad. Sintió una punzada todavía más hiriente que la que la lluvia le provocaba al imaginar

la figura del padre atado y privado de ver en cualquiera de aquellas grietas.

Joan continuó con su frenética marcha y alcanzó finalmente la ermita. La figura de alguien moviéndose a esas horas de la madrugada en aquel lugar lo despertó de su trance e incluso le molestó. Él quería estar solo y buscar explicaciones de todo lo que estaba ocurriendo en el silencio de la noche. Cuando se acercó un poco más a la ermita, la figura lo miró asustada.

—Hola —dijo Joan.

—Hola —dijo Sarah.

Sin mediar más palabras, el monje se abalanzó sobre ella y la abrazó. La mujer aceptó ese abrazo confusa y, tras unos segundos unidos, Joan desvió su cabeza y la besó en los labios. Parecía haber perdido el equilibrio que siempre le había caracterizado mientras sentía cómo el mundo se despedazaba bajo sus temblorosos pies. Por un lado, deseaba que alguien le infligiera un fuerte castigo por no haber sido capaz de evitar la muerte de Josep, su padre. Por otro, estaba enfadado con todos los que confiaban en él por haberle dejado solo en una aventura tan peligrosa. También estaba enfadado con Dios por permitir que se desencadenara aquella sucesión de acontecimientos. A pesar de las palabras que el padre Josep le había transmitido sobre la importancia de preservar la fe, él estaba empezando a poner la suya en duda.

Sarah se apartó del joven monje y le propinó una fuerte bofetada, que no inmutó su rostro irritado. Era lo que necesitaba. Él se la quedó mirando fijamente y en silencio durante un minuto entero con el mismo gesto paralizado. Sarah se acercó a él lentamente y lo empujó hasta tumbarlo en el suelo. El monje permanecía con la misma expresión callada. El sonido de la lluvia de fondo le mantenía inmerso en una especie de estado de *shock*. Con Joan en el suelo, Sarah se sentó con suavidad sobre el vientre del joven, que respiraba acelerado, un tipo de respiración que le resultaba muy familiar.

Agarró los brazos del fraile y los elevó para quitarle la empapada camiseta. En aquel momento, y tras una pequeña pausa durante la que ella pareció interrogar al monje con una mirada ansiosa, ambos decidieron continuar con pasión extrema. Joan rompió la camisa de Sarah y le arrancó el sujetador con las manos. Ella suspiró del placer que aquello le provocaba, cogió la cabeza del monje y la atrajo hasta su pecho descubierto. Él empezó a lamerle un pezón con brusquedad y a morderlo. Sarah gimió y acercó la cabeza de su compañero hacia ella para después separarla. Joan quiso darle un beso y ella volvió a abofetearlo con fuerza. De nuevo, empujó rudamente con sus manos el torso desnudo y musculado de Joan sobre la piedra fría del suelo, contacto que agitó en un escalofrío la tensa espalda del fraile, y de un tirón le bajó los pantalones hasta los tobillos. Posando una de sus manos sobre los abdominales del monje, siguió con la otra el recorrido hasta su pene, que empezó a agitar, con suavidad primero y con violencia después. A continuación, descendió su rostro hasta el órgano erecto de Joan y comenzó a acariciarlo con la lengua y con la mano a la vez. El joven no dejaba de gemir y removerse.

La lluvia seguía cayendo y él se sentía morir. El sonido resonaba en su cabeza hasta desquiciarlo. Lo ahogaba. Poco a poco, el nivel del agua volvía a llegar a su cuello, como en aquel pozo. Sacudido por el éxtasis que experimentaba y la sensación de ahogamiento, se incorporó y trató de coger a Sarah para llevarla hacia él, pero ella lo frenó con las manos, que volvieron a tumbarlo sobre la piedra y lo mantuvieron así mientras ella continuaba besando su miembro a punto de rebosar. Sarah conocía muy bien el funcionamiento de ese órgano y por eso, cuando notó que él estaba a punto, se apartó y, tras quitarse los pantalones rápidamente y con la camisa hecha trizas sobre sus pechos, cabalgó larga y lentamente sobre Joan disfrutando la intensidad del momento, combinando momentos de densa pasión con dulces instantes de pura caricia. Llegarían hasta donde ella quisiera.

Cuando así lo decidió, y siempre sometiéndolo con sus manos, Sarah aceleró el ritmo de sus caderas hasta alcanzar su clímax y lograr que Joan la correspondiera silenciosamente.

Tumbados en el suelo de aquel porche, medio tapados con las ropas, Sarah se acurrucó entre los robustos brazos de Joan, con la cabeza apoyada en su pecho todavía mojado, mientras lo acariciaba.

Joan tenía los ojos abiertos, fijos e inmutables en el techo de aquel porche. No parpadeaba. Su mente estaba en algún lugar, muy lejos de su cuerpo. La lluvia había cesado, haciéndole abandonar la necesidad de vencerla y destruirla.

Ambos permanecían callados. Cada uno se mantenía enfrascado en sus propias cavilaciones. Sarah quería preguntarle por qué, pero no quería presionarlo ni juzgarlo.

—El abad ha muerto —dijo él de repente, respondiendo a su muda pregunta.

Al escuchar tal confesión, Sarah lo miró atentamente.

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado? —preguntó consternada.

Joan no respondió. Sarah le cogió la barbilla con la mano y la empujó hacia arriba, colocando su mirada a la misma altura que la suya.

—¿Qué ha pasado? —insistió.

Joan suspiró antes de responderle. Había llegado el momento de compartir también el secreto, su carga maldita.

—Es una historia muy larga —se atrevió a decir.

—No tengo prisa.

Tras mirar a Sarah y hacer un gesto de resignación con la boca, Joan habló:

—¿Recuerdas que te hablé sobre la complicada situación que está viviendo el monasterio?

—Sí.

—Pues es peor que eso. Es aterradora —explicó Joan.

—Continúa —dijo Sarah mientras le cogía la mano con fuerza.

—El abad Josep no estaba de viaje, sino enfermo. Muy enfermo —subrayó—.

Alguien lo torturó antes de tu llegada para encontrar algo oculto en esta abadía — consiguió añadir tras una pausa.

—¿Cómo? —Sarah no pudo evitar elevar el tono.

—Más bajo —la corrigió Joan—. Será mejor que mantengamos todo esto en secreto —susurró al oído de Sarah.

El monje se lo contó todo: la tortura, su relación, sus confesiones... ¿Habría confiado demasiado en aquella mujer? Su instinto no parecía aprobar nada de lo que estaba haciendo, pero este tampoco le había ayudado a evitar la muerte del padre abad, a quien no vería nunca más. Por eso había decidido no escucharlo. Todos los consejos y la sabiduría que profesaba aquel hombre de Dios habían quedado desterrados a un ataúd. Le habían arrancado la vida prematuramente, cuando todavía le faltaba tanto por hacer por todos ellos. Joan lo necesitaba para continuar avanzando; su ausencia le causaba sensación de extravío. Vinieron a su recuerdo las últimas imágenes que tenía de él, tumbado en aquella cama, lleno de sufrimiento, culpabilidad y tubos de oxígeno.

Entonces lloró. Lloró como no lo había hecho nunca mientras Sarah lo abrazaba compungida, con ternura.

—Tengo que encontrar a la persona que ha provocado todo esto y hacerme con lo que está buscando antes de que lo haga ella —susurró al fin Joan separándose de Sarah y secándose las lágrimas. Respiraba profundamente tratando de serenarse—. Y tú puedes ayudarme —añadió mirándola con sinceridad por primera vez.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Sarah.

—Algo en mi interior me dice que tu papel no es de comparsa.

## Capítulo XXVIII

MONTSERRAT, JULIO DE 1968

Una parte de la congregación fue llamada por el abad a la sala capitular del monasterio, donde los monjes solían reunirse para discutir acerca de temas importantes. La elección hecha sobre quién podía o no acudir a la reunión había sido supuestamente aleatoria, pero tras esa fortuita selección se escondía una profunda reflexión sobre los miembros que podían ser más o menos útiles en el proyecto que ocupaba la mente del padre abad: descifrar el diario de su predecesor. Y en esta línea, los elegidos fueron algunos de los hermanos más ancianos y, por tanto, testigos de las actividades del autor de los textos. Completaban el grupo algunas mentes jóvenes, capaces de aportar un toque creativo al reto planteado y a las hipótesis que pudieran sugerir. Rodeado de aquellos hermanos perspicaces, el padre abad se situó junto al atril dispuesto a comentar el hallazgo de las últimas horas. Puesto que eran pocos, todos se colocaron frente a él formando un semicírculo, un total de dieciséis monjes dispuestos a colaborar. En un estado de extremo cansancio tras haber pasado la noche entera leyendo aquellas páginas, el abad comenzó:

—Hermanos, os he reunido con la intención de consultaros un acontecimiento que puede ser transcendental. Han llegado a mis manos —continuó— unos documentos que conforman una especie de diario personal de mi antecesor. Tras una lectura detenida y rigurosa de su contenido, según su expreso deseo, me han surgido algunas dudas que he decidido consultaros.

El abad se veía rodeado de todos aquellos ojos expectantes y confiados.

—Aparentemente —se atrevió a pronunciar con una gran dosis de inseguridad—, sus últimos días se vieron tocados por la mano de la demencia y nuestro hermano escribió algunos fragmentos a mi parecer incoherentes.

Los oyentes permanecían en silencio esperando las palabras que venían a continuación. Todos habían conocido al abad difunto y sabían que su figura se había convertido en una especie de un mito, cuyo recuerdo causaba respeto y dolor. Los rostros de la congregación reflejaron confusión. No deseaban recordar los días de aquel hombre, pero si hacerlo entraba dentro de los designios del padre abad, no les quedaba más remedio que acatarlo.

—He encontrado una serie de letras desordenadas en el texto que podría guardar algún significado encubierto, pero hasta ahora yo no he sido capaz de averiguarlo. Quizá alguno de vosotros sepa identificar qué es.

Los hermanos lo miraban con expresión incrédula.

—¿Cuál es esa línea? —preguntó un hermano joven y jovial sentado al extremo de la sala. Era Adrián.

El abad levantó un folio mientras se acercaba al semicírculo de los presentes. A medida que se aproximaba, estos empezaron a distinguir varias líneas escritas: estaban llenas de letras sin ningún espacio que las separase y sin formar ninguna palabra.

vxxttfemwubhmxommmvgjvtxpvrniwiafmvqfzljzpxdbjfbwizdfssyuupgvmzlaot

Parecía un extenso gusano que moviera sus diminutas patitas por aquel papel blanco. Tras mostrarlo a todo el grupo, pasó la hoja al primer hermano que estaba sentado a su derecha para que lo examinara con mayor detenimiento.

—Miradlo y pensad en alguna posible solución —indicó el abad.

Hubo un silencio mientras pasaban de mano en mano el papel.

—Quizá podría ser una dirección desordenada —anunció un monje llamado Patricio, levantando súbitamente su mirada oscura del papel para centrarla en la expresión del abad y captar su atención. Lo observaba expectante a través de sus gafas, cuyos cristales tenían un volumen considerable.

Los otros frailes lo miraron asintiendo poco convencidos.

—Yo creo que es demasiado largo para ser una dirección. Quizá pudiera ser una frase de alguna de nuestras plegarias —respondió Adrián, estimulado por la situación.

—Pero entonces no aparecerían «w», puesto que ni en latín ni en catalán utilizamos dicha letra, y estas líneas sí que contienen varias —le replicó Miguel, uno de los hermanos más ancianos, sentado en la fila delantera. Su encorvada espalda no le permitía volverse para dirigir su réplica a Adrián.

Los monjes releían aquellas hileras una y otra vez antes de volver a pasar el papel mientras pensaban y comentaban las distintas opciones que se les ocurrían. Alguno tenía la sensación de estar dando palos de ciego y achacaba aquellos símbolos a la demencia que había movido las acciones de su autor antes de morir.

—El autor era un devoto de la codificación —volvió a hablar Miguel, quien conocía bien al difunto abad.

Al escuchar estas palabras, el padre abad sintió un escalofrío en su columna similar al que había experimentado durante la noche mientras leía aquel texto. Incapaz de pronunciar palabra, otro de los ancianos decidió tomarla:

—Es cierto. Recuerdo que era como una afición para él; decía que le mantenía despierto el intelecto y que muchos antiguos y estudiosos lo habían practicado antes.

Teniendo eso bien presente, el hermano Patricio habló orgulloso de su propuesta, casi con la certeza de haber resuelto el caso:

—¿Y si cada una de esas letras representa otra letra escogida a partir de alguna relación no aleatoria? En ese caso estaríamos ante un código de sustitución.

—¿Como en el cuento de Poe titulado *El escarabajo de oro*? —añadió Miguel.

—Si estamos hablando de codificación, no podemos olvidarnos de Julio César, el padre de todos los codificadores —añadió Adrián, siempre tan seguro de sí mismo.



—*Nihil adeo arduum est ovod virtute consequi non possit* —dijo el hermano sentado a su lado sin dejar claro el porqué de esa frase, una famosa cita de Julio César.

—«Nada es tan difícil que no se pueda conseguir con coraje» —tradujo el abad hablando para sí.

—Según el cifrado de César, cada letra del texto original sería reemplazada por otra que se encontraría algunas posiciones por delante, en un proceso circular que recorre todo el alfabeto —explicó Adrián.

—Pero ese método es demasiado sencillo. Si lo que pretendía transmitir el difunto era tan, tan importante, lo habría hecho de una forma más complicada —inquirió Miguel—. Sobre todo teniendo en cuenta que era un experto en la materia, ¿no?

—Oí hablar de un sistema que sentó las bases de la codificación moderna —aportó Adrián consiguiendo que todos los ojos se dirigiesen hacia él—. El hombre que lo formuló a principios del siglo xx se llamaba Vernam y supuso una revolución porque era realmente sencillo y efectivo. Recuerdo que tuvo un precedente más simple pero mucho menos inexpugnable en manos de un tal Vingenère en el siglo xvi. Vernam le puso la piedra de toque al sistema y lo convirtió en algo así como inviolable.

—Eso suena mucho más probable —dijo el abad entusiasmado—. Dime, ¿por qué sabes tú tanto de códigos? —preguntó el abad a Adrián con media sonrisa en el rostro. Había conseguido relajarse.

—Estudié matemáticas al mismo tiempo que teología, padre abad —le recordó el joven irguiéndose orgulloso en su asiento—. Según ese código, el recurso que se emplea para codificar textos son claves concretas: una clave previamente preparada se combina carácter por carácter con el mensaje que se desea encriptar, para obtener un texto codificado. Para descifrar el texto cifrado debe combinarse de nuevo con la clave utilizada carácter por carácter para producir el mensaje —resumió el monje.

—Pero es imposible saber qué clave pudo utilizar el difunto, si es que de verdad utilizó alguna —respondió el abad decepcionado.

—Tardaríamos meses o años en dar con ella —añadió Miguel para rematar la poca utilidad de la conversación. A su edad no le gustaba perder el tiempo en aquello en lo que no veía ningún provecho.

—Sin la clave, ese tipo de código es inquebrantable para cualquiera —sentenció Adrián, sumiendo a los demás en un silencio intenso mientras releían una y otra vez las filas de letras.

La reunión empezaba a alargarse y no podían olvidar sus obligaciones, ni siquiera por ese enigma que seguía perturbando el pensamiento del abad.

—Inquebrantable —repitió lentamente Miguel, en voz baja pero audible.

Tras unos minutos sin que nadie ofreciera una respuesta satisfactoria, Adrián volvió a hablar:

—Sé de una entidad que quizá pueda trabajar en el significado de esas líneas.

Como hombres tenemos nuestras limitaciones, y una de ellas es el tiempo; no podemos probar muchas combinaciones en un plazo prudencial, pero he leído que hoy en día las computadoras pueden hacer milagros.

Los demás monjes rieron al escuchar la palabra «milagros», pero el abad observaba con aire confiado a aquel muchacho.

—No sé si sería conveniente sacar fuera del monasterio este documento y hacerlo público.

El joven fraile interrumpió al abad:

—El organismo está en Suiza y, bueno, podríamos exigir que las notas fueran tratadas de manera totalmente confidencial —explicó Adrián en un tono convincente.

—¿Quiénes son? —preguntó el abad motivado por la posibilidad de acabar con su ofuscación.

—Se trata del Institut Lavinier pour la Vérité.

## Capítulo XXIX

### MONTSERRAT, 20 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Sarah no podía entender qué había pasado.

Los hechos se habían desencadenado sin control y todas sus prevenciones se habían escurrido por entre los torrentes de Montserrat. Había tomado una serie de decisiones sobre su comportamiento con respecto a Joan, una distancia profesional solo rota para poner en evidencia las fisuras de una vida monacal que no encajaban en un cuerpo y espíritu juveniles como los de Joan, pero de ahí a... En fin, ya estaba hecho. Su filosofía del arrepentimiento le impedía renegar de los pasos realizados en la vida, solo de los que no había dado. Y si hacía un sumario de sus actos de aquella madrugada, la cesta de los «pasos dados» estaba a rebosar. Desde luego, no se podía reprochar que hubiera perdido el tiempo.

Ahora, aunque fuera de día, pretendía conciliar un rato el sueño en la intimidad de su celda-apartamento. Desde su llegada le había resultado acogedora. Ella no necesitaba demasiados lujos. Recordaba su habitación cuando estuvo en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, apenas una cama, una estantería sobre el escritorio, un flexo de luz de tungsteno que daba un aspecto lúgubre a la estancia y la inmensidad de libros que necesitó para completar sus estudios y que distribuía por todos lados. Con los años se había vuelto más ordenada, aunque no en lo sentimental. Se acarició la cadera mientras recordaba los rostros de los compañeros de universidad que ayudaron a convertirla en la mujer segura y desinhibida que era ahora.

Se tumbó en la cama y abrió la caja de antiinflamatorios. Demasiadas emociones, demasiadas caminatas, demasiado movimiento. La llegada en solitario a Sant Jeroni le había resultado penosa. En previsión, entre la cena y la excursión había descabezado un par de horas de sueño que habían supuesto un gran alivio y la ventaja de estar fresca durante la noche. Cuando llegó Joan ella llevaba ya casi cuatro horas despierta y se había librado del inicio de la tormenta. Él estaba empapado y desorientado por la deprimente noticia que ella desconocía. Sarah se había sorprendido al verle. Ella simplemente estaba aguardando a que escampase para poder regresar a la abadía tras su encuentro fugaz con aquel extranjero que, después de hablar con ella, se había desvanecido mimetizándose en la frondosidad del bosque, ladera abajo. Una reunión rápida, pero muy provechosa.

Sabía que una tormenta de aquella violencia no podía durar mucho. En el fragor del sexo cesó de llover y, junto a Joan, había observado el despertar del día. Las nubes se deshicieron igual que él se había deshecho entre sus brazos.

Ahora debía encarar la táctica a seguir. Joan no tenía experiencia con las mujeres y la relación dependería en gran medida de cómo se comportara ella. Él estaría

esquivo, intentaría olvidar todo lo acontecido, tendría problemas para mirarla a los ojos...

Estaba confusa aunque no quería pensar más allá. En poco tiempo todo habría terminado. Ella volvería a Suiza y él se quedaría en Montserrat, en su monasterio. Ambos en las montañas, rodeados de naturaleza, pensando en... nada: se centraría en su labor, volvería a su trabajo, a sus escarceos ocasionales que le reportaban beneficios sensoriales y laborales. Incluso venir a Montserrat había sido una decisión en la que ella había empujado indirectamente al instituto mientras Maurice se convencía de que era él quien llevaba las riendas... Menudo iluso. Al comparar a aquel individuo con el monje, la relación con el directivo se le antojaba grotesca. Y de nuevo Joan en su pensamiento, cuando lo que necesitaba en realidad era un plan certero que guiase sus actos a partir de la nueva situación, con la abadía regida por una anarquía temporal y los monjes a expensas de un futuro incierto. Tras la muerte del abad, ¿seguirían respetando todos el deseo específico del difunto de no investigar lo que pasó? La policía no debía intervenir, de eso estaba segura. Joan era la respuesta; él no descansaría hasta llegar al final de ese tortuoso camino.

Debía resituarse mentalmente la cita a la que había asistido en Sant Jeroni antes de que llegara Joan. Ella pensaba que había planteado la situación a su interlocutor de manera diáfana. No aceptaba ningún tipo de presión ni la precisaba para actuar con presteza. Los acontecimientos debían seguir su curso natural, como había sido hasta entonces y como el encuentro con Joan había demostrado. Ese acercamiento convertiría al monje en una herramienta moldeable en manos de Sarah. Sí, de ese modo conseguiría ver lo que había ocurrido entre los dos como un paso más en el acercamiento profesional y alejaría de sí misma el fantasma del amor, que tanto miedo le daba. Además, él había dado el primer paso y ella no tenía que arrepentirse de nada; si acaso él. Aun así no le podía echar la culpa: ella había jugado con la proximidad y los enfados, con el tuteo, con el coqueteo cuando él ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos... Visto en perspectiva, parecía que todo encajaba en su cerebro y que sus actos siempre habían estado encaminados a quebrar las defensas del joven fraile y a hacerlo sucumbir ante las tentaciones de la carne.

No había subido a Sant Jeroni a esperarlo, ni sabía que él aparecería por allí. Tampoco que el abad moriría esa noche. De hecho se suponía que desconocía que estaba en el monasterio. Ella ya se había encargado de dosificar las dudas sobre la presencia del padre Josep para que no sospechasen que lo sabía. Que el abad moriría en poco tiempo era irremisible después del ataque sufrido. Y en la cita a la que acudió, esa información le fue confirmada. Sarah había escogido el sitio.

La conversación había sido de gran utilidad. Mantendría esos contactos con Brambora más a menudo, ahora que ya se conocían. No podía apartar de su pensamiento lo cerca que Joan podía estar de su fin si Brambora desplegaba todo su potencial. Y no dudaba de que lo haría, llegado el momento.

—¿Sarah? —La profunda voz sonó en mitad de la oscuridad que envolvía la

ermita.

—Sí. —La aparición de aquella enorme figura impresionó a la mujer.

—¿Qué tienes? —Brambora se presentó ante ella parco en palabras. Su única intención había sido ir directo al tema que le interesaba: información de utilidad.

—Pues de momento poca cosa. Aunque voy avanzando con Joan y creo que tarde o temprano se abrirá a mí. —En aquel momento Sarah no sabía cuán proféticas resultarían esas palabras.

—Bueno, entonces habrá que acelerar los acontecimientos. Presionar mediante terceros. Él es quien debe llevarnos al arsenal. No parece que lo sucedido con el abad haya provocado que Joan adelante en su cometido con suficiente ahínco...

Creo que ya está inspeccionando el terreno. Da la impresión de que cada paso que da le conduce al final de manera pausada pero irrevocable.

—Le he seguido de cerca estos días. ¿De verdad crees que se está acercando a algo? —preguntó el otro con sorna.

—Estoy convencida de ello. Tiene una intuición especial... No sabría cómo explicártelo.

—Claro, vosotros los suizos siempre esperando a que los de más os resuelvan la papeleta. Me asquea vuestra manera de ser.

—A mí me asquea la gente que solo cree en la violencia como forma de avanzar.

—Pues de no ser por la violencia nada sería como es ahora. Joan todavía estaría en Japón.

—En ese momento igual fue buena táctica. Ahora no. Dame tiempo.

—Tiempo... ¿Para qué?

—No lo sé. Estoy segura de que en unos pocos días todo se desencadenará.

—Unos pocos días. ¿Quién te lo ha dicho, tu reloj de cuco interior?

—No son horas para bromas, Brambora. No estoy de humor.

—Tampoco yo. Dos días.

Y dicho esto, el esloveno desapareció por donde había llegado, engullido por la lluvia, sin el menor ademán de acompañarla de vuelta al monasterio. Lo único positivo que se veía capaz de apreciar en él era su determinación. Se lo imaginaba frío en medio de un tiroteo brutal, con su vida amenazada por el asedio enemigo. Y él, impertérrito, buscando una solución, con los nervios templados, serenos. Ella odiaba la violencia. Era la única parte de su trabajo que la ponía tensa porque normalmente no se le exigía, pero desde que colaboraba en secreto con Suis Viribus sabía a lo que se arriesgaba. Prefería no bregar con individuos como el esloveno. Sin embargo, la organización no se detendría ante nada. Le daban igual sus opiniones. Ella lo había intentado por Joan, pero si en esos dos días no lograba nada, nadie podría interceder.

Tampoco estaba mal la información que Brambora le había proporcionado en forma de papel cuidadosamente doblado. Alguien que se había colado en la habitación de Joan había anotado una frase de su libreta que le había llamado la

atención:

Solo la sagrada tierra de Montserrat tiene el oprobio del arsenal precioso en sus manos. Ojalá pudiera encontrar algún día una manera inteligente de no hacer más daño con esta vergonzosa riqueza, al contrario.

—Montserrat —leyó Sarah. Todo parecía encajar.

En apenas unos días Joan, con jet lag y el martirio y muerte de un ser querido de por medio, había conseguido armar un rompecabezas lingüístico que llevaba años volviendo loco a una institución suiza de reconocido prestigio y a una organización secreta e internacional que, hasta donde a ella se le había permitido conocer, no se detenía ante nada. La leía y la volvía a leer y la frase seguía sonando a acertijo. Seguro que Joan sabía algo más.

Sin embargo, tampoco debía permitir a esa bestia de Brambora que acelerase el proceso empleando las maneras que acostumbraba. Quizá hablaba muchos idiomas aprendidos en sus correrías por medio mundo, pero le denigraba que se ganase la vida ejerciendo la violencia. Para Sarah, su relación con Suis Viribus era una forma fácil de medrar y un sueldo extra libre de impuestos. Con esa cadera suya, cualquier día se quedaba tirada en la cuneta y sin un colchón sobre el que pasar su previsiblemente complicada madurez.

Y, tras esa conversación, Joan... Involuntariamente, se ilusionaba imaginando que la quería y que estaría dispuesto a abandonarlo todo por ella, como si de un príncipe azul se tratara, con el único deseo de romper sus lazos con la sociedad y lanzarse a una vida de amor sin preocupaciones.

No podía evitar sentir el deseo de abrazar su cabeza bajo las mantas y acariciar su fuerte y corto cabello. Lo imaginaba en una mañana de domingo llevándole a la cama unos *croissants* de la pastelería de Thonon Gourmand, los mejores del lago Lemans. O puede que tuviesen que habitar en otro lugar, en otro país. No conservaba demasiados apegos en Suiza: un padre que no la valoraba y un trabajo como otro cualquiera. Así que no habría problema, podrían hacerlo; entre sus ahorros y las pagas extra de la organización, ella tenía un rinconcito en el que podrían vivir sin trabajar y no pasar apuros. Sarah no era caprichosa y Joan... Joan era un asceta y por no necesitar, seguramente no la necesitaba ni a ella.

Pobre Sarah, se compadeció. Ahora tendría que hablar con Brambora para comunicarle que Joan ya había caído en sus redes. Y no le gustaba nada tenerle que hablar de sus intimidades a un mercenario que, seguramente, no las podría entender.

Cerró los ojos. Ya habría tiempo para preocuparse de airear los trapos sucios.

## Capítulo XXX

### MONTSERRAT, FEBRERO DE 1969

El Institut Lavinier pour la Vérité había tardado varios meses en poner su atención sobre el documento que el monasterio les había enviado. El volumen de proyectos que acaparaban sus excepcionales sistemas de computación era inmenso. En muchos de aquellos trabajos no se alcanzaba la plena satisfacción del cliente, pero para la entidad la cantidad estaba por encima de la calidad. Si se deseaba ocupar el primer puesto en el incipiente orden de la computación mundial no se podían permitir rechazar nada, por muchos que hubiera en la cola. La fama era un factor vital para continuar consiguiendo fondos. En cambio, el tiempo que se empleaba entre el inicio real de un trabajo y su resolución por parte del sistema era, una vez finalizado el proceso de preproducción, cuestión de horas o como máximo de algún día.

En 1969, el instituto disponía de una de las computadoras más avanzadas del mundo y su inmenso rendimiento era el mismo del que disfrutaban corporaciones como Ford, General Motors o la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos.

Puesto que el francés no era el idioma que mejor se le daba al abad, decidió dejar la toma de contacto con la entidad suiza en manos del hermano Patricio. El padre de Patricio era de origen galo y su hijo hablaba francés a la perfección.

Siete meses después de la primera correspondencia que se hizo llegar a la entidad localizada en Ginebra y que contenía aquella línea saturada de letras extraída del diario de su antecesor, un representante del instituto se puso en contacto con el monasterio.

—El instituto acepta nuestro proyecto, padre abad. Jean Russeau será el contacto encargado de supervisarlos. En su respuesta —leía Patricio a través de sus voluminosas gafas—, el doctor Russeau nos sugiere ser muy sistemáticos en la progresión para determinar cuál puede ser el sistema de codificación hasta, solo quizá y en el peor de los casos, llegar al código de Vingenère o el de Vernam, en cuyo caso la determinación de la clave única constituiría el caballo de batalla.

Patricio, contento por el protagonismo que estaba adquiriendo, continuó leyendo el documento enviado desde el instituto.

—Nos piden que les vayamos haciendo llegar tantas palabras como se nos ocurra que pudieran haber significado algo para la persona que escribió la codificación —continuaba el monje acaparando todo el interés del abad—. Estos vocablos constituirán las primeras claves que ellos introducirán en su sistema de computación para obtener un texto que debería decirnos algo.

Patricio observó el rostro del abad, pensativo tras terminar su lectura.

—No entiendo muy bien a qué se refieren —dejó escapar el abad, que parecía

deliberar en voz alta—. ¿Una palabra importante para él?

El rostro de Patricio mostraba la misma ignorancia que reconocía el abad. Él tan solo era el traductor y, como tal, no podía aportar más conocimiento a esa causa por mucho que quisiera. Quizá necesitaban de alguien más que pudiera ejercer la labor de intérprete de ese lenguaje científico y poco pedagógico que empleaba el Instituto.

—Haz llamar a Adrián y a Miguel, por favor —indicó el abad a Patricio dejándose llevar por una buena idea—. Creo que ya sé cómo montar nuestro pequeño equipo de investigación.

Cuando Patricio volvió con los otros dos hermanos, el abad quiso explicarles su objetivo.

—Todos conocéis la razón que os ha traído aquí. Lo que quizá desconocéis es la función que realizaréis cada uno de vosotros para conseguir resolver el enigma que nos ocupa. Si aceptáis, por supuesto. A partir de este momento, debéis dejar atrás todas vuestras diferencias y uniros para conseguir un mismo fin.

Tras estas palabras, el abad se levantó de su asiento y se fue acercando uno por uno a los hermanos que le observaban de pie y en silencio en aquella sala.

—Tú, Patricio, serás el traductor que nos ponga en contacto con el Institut Lavinier pour la Vérité.

—Sí, padre abad —respondió Patricio sonriente.

—Tú, Miguel, serás quien nos hable en profundidad sobre los hábitos e intereses del hombre que escribió nuestro enigma.

—Sí, padre abad. —Miguel había sido uno de los monjes que había rechazado las acciones emprendidas por el difunto. Por eso seguía allí. Los que le habían mostrado su apoyo en sus críticas al régimen y su defensa de la catalanidad habían sido desterrados algunos años atrás a un monasterio del sur de Francia.

—Tú, Adrián, como experto en matemáticas, interpretarás todo aquello que el instituto reclame para que podamos colaborar con ellos en la resolución del encriptado.

—Sí, padre abad. —Al final podría aplicar esos conocimientos obtenidos con gran esfuerzo en la universidad por el mejor motivo de todos: el abad se lo estaba reclamando. Y él estaba dispuesto a brillar con luz propia.

Una vez aceptaron todos su cometido y tomaron asiento en el despacho del abad, este escribió en una pizarra la línea codificada sobre la que trabajarían para que los monjes la tuvieran siempre presente:

vxxttfemwubhmxommmvgjvtxpvrniwiafmvqfzljzpxdbjfbwizdfssyuupgvmzlaof



Puso al día a los miembros del comité sobre lo que les acababa de comunicar el Institut Lavinier pour la Vérité.

—Son los métodos de codificación de los que os hablé. No los recuerdo con precisión, pero me pondré al día. Se trataba de combinar cada carácter del texto con cada carácter de una clave preestablecida; se localizaba su valor en un alfabeto numerado, el más recurrido es el de módulo veintiséis, y se operaba según una ecuación lógica o aritmética —reflexionaba Adrián para sí mismo pero en voz alta posando su puño derecho en la frente en un gesto reflexivo—. Sí, sí, el número resultante hace referencia a una letra en ese mismo alfabeto numerado, que es ya la codificada y completamente dispar a la original. A menudo la ecuación es una simple suma.

Se levantó y ejemplificó en la pizarra todo lo que acababa de decir:

a=1, b=2, c=3, d=4, e=5, f=6, g=7, h=8, i=9, j=10, k=11, l=12, m=13, n=14, o=15, p=16, q=17, r=18, s=19, t=20, u=21, v=22, w=23, x=24, y=25, z=26 Ejemplo 1: texto plano «e» (5) + clave «t» (20) = texto encriptado «y» (25).

Ejemplo 2: texto plano «m» (13) + clave «o» (15) = texto encriptado «b» (28 en módulo 26 es lo mismo que 2 puesto que  $28 = 26 + 2$ ).

—Entiendo —cortó el abad para ir directo a la cuestión que les ocupaba—. Lo que necesitamos ahora para seguir avanzando es una palabra realmente significativa para el autor del diario. El instituto se encargará de probar las múltiples posibilidades y combinaciones.

—Propongo que todos leamos dicho diario para conocer un poco más a nuestro sujeto investigado —habló Adrián otra vez.

—Pero el padre abad ya nos dijo que eso no era posible —respondió Patricio.

—Está bien —concluyó este tras pensarlo unos minutos—. Tienes razón, Adrián.

El abad creyó que si todos ellos leían el diario de su antecesor, o por lo menos las páginas cercanas a la época de su muerte, se pondrían en situación más fácilmente para llegar a conclusiones útiles. Se introducirían en los recuerdos del difunto para extraer lo importante de aquellas páginas: la existencia de un secreto que por su expreso deseo no le fue transmitido personalmente pero que ahora su curiosidad no cesaba de reclamarle. Solo ellos conocerían los avances realizados y el oscuro misterio al que hacían referencia. Ellos y el instituto suizo, por supuesto.

## Capítulo XXXI

BOIS DES CHÊNES, FRANCIA, 22 DE SEPTIEMBRE  
DE 2009

Van Hutten se acercó con paso rápido y firme. Bajo un brazo llevaba un portafolio de piel. Se detuvo y esperó a que Jonás golpeará la pelota. Esta salió volando pero no a donde Jonás quería, ya que soltó un taco.

—¿Se da cuenta, Van Hutten? ¿Se da cuenta? ¡Es imposible hacer este hoyo bajo par! ¿Y sabe por qué? Porque tuvimos que cambiar el trazado original del campo por culpa de un roble milenario. ¡Por un miserable árbol! Así es la humanidad, Van Hutten, así es, capaz de poner freno al desarrollo para salvar la vida de un miserable árbol. Es de locos... —Golpeó una brizna de hierba que sobresalía entre el césped—. Encima me gasto un dineral en personal incompetente que ni se cuida de quitar las malas hierbas.

Era evidente que Jonás estaba de mal humor. El golf nunca había sido lo suyo, pero se empeñó en construir un campo en su finca para practicar. Jamás había jugado contra nadie, según recordaba Van Hutten, quizá porque odiaba perder tan solo una partida.

—Bien, Van Hutten, acérquese. Chico —dijo dirigiéndose al *caddie*—, tómate un descanso y vuelve aquí en un rato.

El muchacho se alejó con cara de hastío. Van Hutten dio unos pasos pisando el césped con cuidado, como buscando el lugar donde colocarse. Tenía buenas noticias para su jefe.

—Le traigo información sobre dos asuntos, señor. Uno de ellos es el de Montserrat.

—¿Qué novedades hay en ese frente? —Su tono de voz traslucía que estaba irritado.

—Se habrá usted enterado de que el abad murió anteayer. Las exequias tienen lugar en este momento.

—Sí, una auténtica pena, pero ni creo que estemos invitados ni esa es una noticia fresca, ¿verdad, Van Hutten? —instó al subalterno a ir al grano.

—Brambora nos informa de que el cebo ha funcionado. El monje ha resultado ser tan humano como cualquiera y está cediendo a los encantos de nuestra agente del Institutí Lavinier pour la Vérité. Hicimos bien en enviarla como refuerzo. Así las cosas, la solución está cerca.

—Está cerca, está cerca... Pero ¿qué demonios falta?

—Según nos ha contado, todavía no saben dónde está exactamente ese arsenal y

en qué consiste, pero por lo visto Sarah de Chantal le ha informado de que la investigación está muy cerca de su término.

—Bueno, bueno, bla, bla y más bla... ¿Saben ya si está dentro del monasterio o en la montaña?

—Todo apunta a que está en la montaña, señor.

Jonás clavó su mirada en la cabeza del palo de golf mientras lo levantaba apuntando hacia el cielo.

—Espero que tengamos resultados en firme de una vez por todas, me empiezo a impacientar con este tema. Por el amor de Dios, ¡es un jodido monasterio! ¿Tan difícil es sonsacar información a un grupo de monjes? —Jonás movió una mano hacia Van Hutten, como haciéndole callar—. Ya sé, ya sé que ni ellos mismos saben qué tienen ahí pero... ¡Maldición! Son ya muchos años detrás de ese tesoro... En fin, ya sabe lo que corresponde ahora, ¿verdad?

Van Hutten asintió.

—Aún nos queda otra baza dentro del monasterio además del escolano informante, otro contacto que nos puede ser útil. Sin embargo, y como es lógico, todos preferimos no desenmascararlo porque ese cartucho debe permanecer el máximo tiempo en la recámara. Por otro lado, en cuanto nos informen de la localización pondremos en marcha como tapadera el estudio geológico —comenzó a decir Van Hutten.

—Sí, pero ese tema quiero que lo lleve otra persona. Dígale a mi secretaria que se ponga en contacto con el gerente de mi fundación Invero para que desarrollen ese estudio geológico de la montaña de Montserrat. Con la excusa de conseguir un mapa de las cuevas que horadan la montaña colaremos a nuestra gente donde sea. Dígale que es urgente, que comiencen ya los preparativos.

—Por supuesto, señor.

—Bueno, me iba a comentar algo más, Van Hutten —dijo bajando el palo.

Este extrajo un papel del portafolio.

—Creí que le gustaría saber que la fase dos de la construcción del gaseoducto en Afganistán ha sido aprobada.

Jonás no se dignó a mirar al papel, pero sonrió abiertamente.

—Perfecto, eso significa que necesitarán más armas para controlar la zona. Nos viene bien un poco de liquidez de vez en cuando. —Se volvió buscando al *caddie*, que haraganeaba paseando por el campo—. Antes de que se vaya... —Levantó el palo por encima de la cabeza de un sorprendido Van Hutten. Bajó lentamente el brazo hasta que la punta del palo tocó la sien izquierda de su lugarteniente—. No vuelva a interrumpirme cuando esté ocupado. Por su bien, Van Hutten, por su bien. Alzó el palo con rapidez para acabar colocándolo en su hombro cual fusil. Se volvió con una leve sonrisa en los labios antes de llamar al *caddie*. Van Hutten, que había dejado caer la carpeta para protegerse del gesto del palo de golf, se limitó a recoger el portafolio y musitar un «buenos días» mientras dejaba el campo en dirección a la mansión

mordiéndose los labios.

## Capítulo XXXII

MONTSERRAT, ABRIL DE 1969

El comité llevaba semanas reuniéndose sin haber llegado hasta el momento a conclusión alguna. Todos habían leído ya aquella selección de textos escritos por el espíritu atormentado del abad, siempre bajo la promesa de no compartirlo con nadie jamás. Las reacciones a aquellas páginas fueron muchas y variadas, pero en todas ellas quedó reflejada la confusión e incluso el miedo de aquellos lectores ocasionales.

—Puede que todo fuera consecuencia del delirio de un enfermo —dijo el hermano Miguel con el ceño fruncido.

—Pero también puede que no, y en esa hipótesis es en la que permaneceremos —concluyó el abad.

La información que habían recogido en el plazo transcurrido tras intercambiar correspondencia de manera continuada con el Institut Lavinier pour la Vérité la mantenían en secreto. Sus escasos logros no podían salir de ningún modo de las cuatro paredes que componían el despacho del abad.

La entidad suiza había reclamado alguna palabra significativa y determinante para el autor de la frase. El abad, siguiendo el consejo experto de Miguel, la interpretación de Adrián y la traducción de Patricio, había propuesto diversas, comenzando por «abadía», «abad», «Montserrat», «Dios», «Jesús», «Virgen», «María», siguiendo con «catalán», «cardenal», «cruz», «alma» y acabando con «secreto», «arsenal», «perdón» y todas las variaciones que se les ocurrieron. Cada una de ellas suponía un tiempo de computación.

—Jean nos confirma que con las palabras «secreto», «arsenal» y «perdón» los resultados de la descodificación siguen careciendo de sentido posible. «Y las máquinas no mienten», incluye al final de la carta —leía Patricio desconsolado, sentado al lado de Miguel y de Adrián. Deseaba tanto como el abad que aquella misión funcionara.

—Así no acabaremos nunca —sentenció el superior mientras cogía la carta y la observaba negando con la cabeza—. Las posibilidades son infinitas.

—Podríamos enumerar cientos de palabras hasta llegar a la correcta —confirmó Miguel, casi dando por hecho que la investigación estaba concluyendo.

Una vez más, la reunión había finalizado sin conseguir resolver la incógnita. Todos se implicaban, aunque manteniendo métodos muy distintos: Adrián con su autoestima supervalorada; Patricio con su más fiel asentimiento a los propósitos del abad, y Miguel con sus grandes dosis de realidad. Ya eran las seis y media de la tarde y todos ellos debían dirigirse a la basílica para iniciar la oración de vísperas de aquel día.

Habían acabado de leer el fragmento del texto seleccionado para aquella tarde cuando entró la escolanía al completo dispuesta a cantar la *Salve montserratina*, que alternaba las voces polifónicas de los escolanos con el canto gregoriano de los monjes. El abad permanecía embriagado por el misterio de aquella perfecta sonoridad.

A los pies de aquella belleza pura en su trono de plata, el padre abad la evocó con su mente. «Oh, Rosa d’Abril», articuló en silencio sin ser apenas consciente de ello y separándose del resto del coro que entonaba emocionado la *Salve*. El padre solía acudir a la Moreneta y la invocaba en momentos en los que se encontraba perdido en un mar de dudas, algo muy poco frecuente en él. Al fin y al cabo, Ella representaba la máxima razón de ser de aquel lugar sagrado. Envuelto en la inmensa arquitectura que constituía la basílica, bajo aquella nave gótico-renacentista, el abad decidió que las siguientes palabras que utilizarían para probar a resolver el enigma abundarían en referencias a Ella, el pilar de la espiritualidad de aquella abadía, la Santa María.

Los monjes, de nuevo reunidos, escucharon con atención la teoría del abad. Si la Moreneta había sido hallada en aquel macizo, podía considerarse de algún modo la madre del lugar. Si existía algo oculto en el interior de la montaña, ella debía saberlo y ser parte de ese secreto.

—A mí me parece una buena aproximación —pronunció Adrián—. Las claves suelen simbolizar algo inconscientemente esencial para el que la aplica.

—A mí también me lo parece. —Patricio quiso añadirse al grupo de los entusiastas.

Comenzaron a buscar palabras representativas que evocaran a la Virgen y que pudieran convertirse en la llave de aquel criptograma.

—María —propuso el hermano Patricio.

—Además de que es demasiado fácil, ya la probamos —alegó Miguel bufando, una vez más—. El autor del diario tenía una mente demasiado compleja como para ponernos las cosas tan accesibles. —Rechazó—. Habría que buscar alguna referencia más simbólica a Ella.

—¿Moreneta? —planteó el abad.

—Podría ser —respondió Adrián, el matemático.

—Pero hay muchas otras maneras de referirse a la Virgen María —protestó Miguel—: Regina, Madre de Dios, Madonna Bruna...

—Creo que lo mejor será enviar las diversas opciones al instituto —concluyó Adrián—. Que las prueben todas y nos digan si alguna es la idónea.

El abad observó sorprendido la simplicidad y la naturalidad de aquel muchacho. Siempre ofreciendo soluciones rápidas. Tenía mucha razón. Transcurridos unos

minutos en silencio, la expresión del padre se transformó: el desconcierto dio paso a la esperanza. De repente, todo parecía posible. Patricio lo vio, todos lo vieron. Y esperando escuchar la solución a todo aquel conflicto, lo observaron callados con los ojos bien abiertos. El abad tan solo pronunció el calificativo más tierno que conocía en referencia a su Virgen:

—Rosa.

## Capítulo XXXIII

MONTSERRAT, 22 DE SEPTIEMBRE DE 2009

La muerte del abad Josep había supuesto un duro golpe para la abadía. Las extrañas circunstancias que la envolvían sumieron a los miembros de la congregación en un estado de incertidumbre opaca, como envueltos en un manto gris.

—Queridos señores obispos, honorable president, autoridades, sacerdotes concelebrantes, queridos hermanos y hermanas en Cristo —pronunció Raimundo, encargado de officiar el funeral en la basílica.

La ceremonia mantenía una línea aparentemente regular, al menos para los extraños al monasterio, que ignoraban lo sucedido. Aquellos monjes supieron disimular muy bien su conmoción y cientos de personas se reunieron para recordar las buenas obras que el padre Josep había llevado a cabo a lo largo de su vida.

—Todos nosotros caminamos hacia Él, y lo hacemos teniendo en cuenta la palabra de Jesús: conocemos la hora de la salida, pero el momento de la llegada nos resulta totalmente desconocido, nada sabemos de este. El momento de presentarnos ante el Padre puede llegarnos después de una larga y fecunda vida o puede venirnos súbitamente, como el ladrón que se introduce en nuestra casa cuando menos lo esperamos.

Los hermanos y los invitados escuchaban las palabras del padre Raimundo sin poder dejar de pensar que al que había sido abad hasta entonces la muerte le había sorprendido de manera imprevista. Los miembros de la congregación sospechaban que también había sido violenta, algo que en la época en la que vivían no tenía ninguna explicación. La vida en la abadía, después de tantos años pasados de conflictos y luchas como su convulsa historia demostraba, era al fin tranquila. O al menos eso creían. Enfundados en sus hábitos, algunos de color vino y otros blancos, aquellos monjes se despedían de su abad, preocupados por lo que había causado su muerte y recelosos de que aquel asunto todavía no hubiera terminado. Joan, por su parte, situado entre los demás monjes tras el altar, conocía muy bien lo que había ocurrido y por ello le pareció que aquellas palabras describían a la perfección la forma en que la muerte había ido a buscar a Josep.

—En esta celebración queremos orar para que Dios Padre Nuestro Señor conceda al padre abad Josep todo su amor, lo reconozca totalmente como hijo; para que, libre de cualquier mancha del egoísmo o del pecado que siempre anida en la vida de los hombres, pueda contemplar a Dios tal cual es sin ningún temor.

Raimundo, Arcadio, Rómulo, Santiago... todos ellos incapaces de apartar de sus pensamientos lo ocurrido en aquella última semana. Los responsables de comunicación de la abadía habían notificado que la muerte de Josep se había



producido por causas naturales, pero ellos sabían con seguridad que aquello no era más que un bulo.

A Rómulo, entregado a las oraciones dedicadas al difunto, la imagen del momento en que lo encontró en su celda malherido, tan frágil, tan debilitado, no dejaba de sacudirle la memoria. ¿Por qué no había confiado en él después de todos aquellos años y le había contado la verdad? Nunca lo sabría.

Arcadio, siempre movido por su desconfianza, no aprobaba la posición que Joan estaba tomando en el monasterio. Tenía la sensación de que había regresado para suplantar al padre abad.

Santiago, por su parte, solo podía apenarse por lo sucedido. Prefería no plantearse conclusiones que fueran más allá de las que se suponía que ellos debían extraer. Le gustaba su congregación y seguiría en ella con la misma vocación y entrega que desde el principio había profesado, como se suponía que debía hacer. Esa congregación era su vida; nada de lo que hallara fuera le interesaba ya.

Raimundo pensaba en la homilía que había preparado para el abad difunto. Él era el prior y siempre había estado dispuesto a ayudarlo y aprender de él. Y en su último adiós quería que todo saliera perfecto.

A sus sesenta y pocos años, el padre abad se había convertido en un monje muy querido por personalidades de ámbitos muy diversos, y todos ellos habían decidido demostrarlo participando en su último adiós. Al funeral acudieron a presentar su devoción representantes de varios gobiernos actuales y pasados, obispos y diversos representantes de las artes, las ciencias y las letras. Raimundo destacó durante la homilía sus años dedicados al abadiato y su empeño en procurar convertir Montserrat en un sólido apoyo para el pueblo y su iglesia.

La impotencia, que empezó a crecer en el corazón de Joan al sentir que eso no volvería a ser posible, asomó a sus ojos en forma de lágrimas puntuales, que hizo desaparecer disimuladamente con sus manos. Llegado el momento, el joven monje se sintió ya incapaz de frenar el llanto y se abandonó a él. Un nudo le oprimía el corazón y esa parecía la única manera de deshacerlo.

—El Señor ha venido a tomarlo y él lo ha seguido con fe, una fe que todavía manifestaba con la plegaria poco antes de morir. Con la serenidad que la Pascua de Jesucristo nos infunde ante la muerte, lo confiamos en esta Eucaristía al amor misericordioso de Dios —pronunciaba Raimundo.

Al escuchar casi como un eco al monje hablar sobre la fe del abad, Joan recordó la relevancia que este le había dado siempre. Solo una persona había conseguido que pusiera en duda su fe: su verdugo.

«Debes creer siempre, Joan, siempre». Su memoria reproducía con dolor las palabras que el padre Josep le había dedicado tan solo seis días antes.

No conseguía hacer remitir sus lágrimas.

No hallaba consuelo en su meditación, ni tampoco en Dios. No comprendía la razón que tenía el Señor para justificar los acontecimientos que estaban sumiendo al

monasterio en la confusión y el miedo, y que habían llevado a su padre a una muerte brutal. Todo lo que conocía y había vivido hasta entonces parecía estar cambiando de una manera tan frenética que se le escapaba de las manos. Solo le quedaba continuar con su cometido, pero en ese momento ese fin parecía inalcanzable y él se sentía extremadamente cansado.

«Tú ya sabes cómo conseguir la superación del dolor y del placer», le decía su maestro en el zen. Su maestro... tendría que comunicarle la triste noticia en cuanto se viera capaz de ello.

Le escribiría una carta como la que él le había dado antes de su vuelta a Montserrat, tan sincera y sentida. Seguro que sabría cómo utilizar de una forma constructiva tanta pena. Deseaba ser capaz de hacer lo mismo. Si lo tuviera delante, con toda probabilidad le haría ver el camino que debía seguir para salir de ese estado nublado, confuso.

Los escolanos entraron en la basílica con sus rostros afligidos para dedicar su último canto al abad Josep, una bella manera de despedirle. Escuchar el canto de aquellos ángeles consiguió reconfortar en gran medida el ánimo de Joan. Aunque no contuvo su llanto ni su rabia, sí que le otorgó cierta confianza en el futuro.

No podía permitir que un extraño perturbara esa vida tranquila y espiritual que todos anhelaban, la vida a la que tan duramente el abad se había dedicado. Se dijo a sí mismo que no podía ignorar su última voluntad. Jamás se lo perdonaría.

Allí estaba Sarah, la entreveía mucho más allá de la figura de Raimundo. ¿Cómo explicar lo sucedido con ella? No podía, y quizá era mejor buscar la forma de olvidarlo. Quizá había sido producto del enfado con Dios que había experimentado en esos últimos días. No podía permitir que le hiciera cuestionarse su condición monástica, eso era lo único que tenía claro por el momento. Así que este era otro asunto que debía corregir lo antes posible: mantendrían una relación amistosa y trabajarían juntos en el enigma; nada más. Entre los dos era más probable alcanzar el resultado: ella con su mirada científica, él con su intuición y su mirada espiritual, si es que conseguía encontrarla de nuevo. Sarah lo observaba desde el otro lado de la basílica con expresión conciliadora. Él le respondió con la suya, desamparada y empapada en llanto. Jamás se había sentido tan solo.

Sarah de Chantal no apartaba sus ojos verdes del joven monje que había cautivado su seguridad. Sabía que él consideraría un error lo ocurrido, así que ella se adaptaría a la decisión que él tomara, complaciente. Debería mantenerse a su lado para convertirse en su apoyo más fiable.

Con el abad muerto, sabía que Joan se encontraba perdido entre dudas e inseguridades, algo que aprovecharía para suplantarle como confidente y receptor de sus pensamientos. Iban a trabajar juntos por la misma causa, aunque movidos por motivos muy distintos. De nuevo, ella había conseguido lo que se proponía. El listón

estaba muy alto —seducir a un monje no era tarea fácil—, pero lo había superado sin dificultad.

Entonces, ¿por qué no podía disfrutar de su ventaja? Sentía una especie de punzada en la conciencia que no sabía identificar. ¿Era acaso culpabilidad? No conocía ese sentimiento y, por tanto, le resultaba difícil concretarlo. Ella era fuerte y evadir un sentimiento no le resultaba nada complicado. Lo había hecho repetidamente a lo largo de su vida: suprimir dolor y complejos.

En la distancia que separaba las posiciones que cada uno ocupaba bajo aquella solemne cúpula, Sarah contemplaba la pena de Joan y no podía evitar sentir compasión por su atormentada silueta y por lo que pronto sucedería sin que él tuviera capacidad para evitarlo.

## Capítulo XXXIV

MONTSERRAT, ABRIL DE 1969

Las últimas noticias del Institut Lavinier pour la Vérité habían sido determinantes para la abadía. La palabra «rosa», la primera de las que habían propuesto en el último envío, se había revelado como clave de descodificación de una parte diminuta del texto. En la penúltima carta, los suizos habían reclamado un añadido. Según las máquinas —«y las máquinas no mienten», volvía a repetir el comunicado—, la clave empleada por el autor del diario no consistía tan solo en esa palabra, puesto que únicamente las primeras cuatro letras del código respondieron a la descodificación, sino en una frase completa. A esa reclamación, los monjes habían ofrecido como opción más probable el texto del *Virolai*. ¿Qué si no empezaba con la palabra «rosa» y era un canto homenaje a la Madre de todos ellos, a la dueña de cualquier secreto que pudiera estar escondido en ese lugar? El viejo abad no había muerto, pues, demente.

Enseguida el instituto contestó con otro documento. Habían descifrado el código y les enviaban el resultado. Los cuatro monjes, Patricio, Adrián, Miguel y el abad, de nuevo reunidos en el despacho de este último, estaban nerviosos por ver qué era lo que habían descubierto.

—Así que al final todo esto sí que ha servido para algo. —Enunció Miguel.

El resultado de la descodificación venía en un sobre aparte, dentro de otro más grande que contenía la carta, cuidadosamente sellado para que fuera confidencial. Patricio trataba de romperlo con sus dedos largos y delgaduchos.

—¡Ya está! —dijo cuando, al fin, consiguió abrirlo.

Los hermanos esperaban.

—No tenemos toda la tarde —le espetó Miguel, sabiendo que sus comentarios le afectaban.

Patricio empezó a leer, primero en silencio para después poder traducir lo que el documento indicaba. Su ceño se arrugó en un gesto de confusión. Los demás le observaban inquietos.

—El resultado que nos han enviado de la combinatoria está en latín sin declinar. Y no parece tener gran sentido porque todas las palabras están juntas. Os lo leo tal cual lo hemos recibido:

diespecuniosusaliquiconformatiohaudpluspudorpossiderepretiosusutinamsapie

Patricio se levantó de su asiento y se dirigió a la pizarra. Cogió la tiza y comenzó

a escribir en la superficie negra una propuesta de separación de las palabras. Los demás hermanos reunidos en el despacho observaban expectantes aquellos vocablos que iban apareciendo uno a uno, lentamente.

—¿Sin declinar? —cuestionó el abad antes de ver el resultado completo.

—Sí, eso es lo que parece, padre abad —respondió Patricio identificando sus dudas con las del abad.

Tras un largo silencio en el que seis ojos impacientes no dejaban de observarlo, Patricio terminó su tarea de escritura:

Dies pecuniosus aliqui conformatio haud plus pudor possidere pretiosus  
utinam sapiens facere solum opprobium adversum serro navalia sui invenire  
excum haec manus ad mons terra sacro malum

Todos observaron aquellas líneas incoherentes. El predecesor del abad escribía latín a la perfección, ¿por qué había anotado tal incongruencia?

—Pero eso no tiene ningún sentido. Mi antecesor se carteaba en latín con los responsables de otras abadías y utilizaba esa lengua en congresos y en algunas ocasiones para officiar.

—Desde luego. O quería ponernos las cosas muy difíciles, o se había trastornado por completo —refunfuñaba Miguel—. O puede que su intención fuera volver loco también al que intentara descifrar su texto —concluyó cansado de aquel asunto. Todo el tiempo invertido no había servido para nada.

—El texto que nos han enviado ahora es plano y, de estar razonadamente codificado, deberíamos tratar de interpretarlo y reordenarlo —informó en tono positivo Adrián.

Los monjes permanecieron unos minutos observando aquel texto en busca de posibles soluciones.

—Creo que el mensaje se entiende más o menos bien —pronunció Adrián. Y sacó una primera conclusión del mismo—: Habla sobre un arsenal que hay que encontrar en un monte sagrado...

—¿Y lo de la vergüenza, la riqueza, el oprobio y la mano? —cuestionó Miguel.

El abad miraba aquellas líneas tratando de aclarar algo, pero nada. De nuevo la palabra «arsenal». Estaba empezando a perder su fe en aquel asunto.

Mientras tanto, Patricio, quieto y con su tiza en la mano, buscaba la manera de participar en esa conversación. Tras releer lo que había escrito dijo:

—Quizá se refiere a una riqueza manchada de vergüenza y escondida en la mano de un monte sagrado —propuso contento de su deducción.

—Eso no resuelve nada —concluyó Miguel—. Los piratas de Stevenson desaparecieron hace mucho, Patricio.

Al no encontrar nada significativo en aquellas palabras, los monjes cedieron paso al prejuicio. No describía ningún rincón en el que se ocultara ni concedía pistas sobre

qué consistía ese arsenal. Esperaron a que el abad se convenciera también de esa realidad. Tras unos minutos de silencio, este dijo al fin:

—Puede que todo esto fuera el producto de la mente de un ser no demente pero sí moribundo.

Pensó que las pistas que contenía ese código eran las mismas que había leído meses antes en el diario sin codificar y que su autor, probablemente, se había trastornado con lo sucedido. Se trataba de una obsesión de la que no quería ser cómplice.

—Paseemos —propuso a sus compañeros—. Tanto tiempo encerrados en este despacho va a hacernos olvidar por qué estamos aquí realmente.

—Sí, vamos a los jardines —dijo Patricio mostrando su apoyo al abad. Como siempre.

En ese mes de abril, tras un duro invierno, el frío ya había acabado y el calor que proporcionaban los rayos del sol era agradable. Rodeados de preciosos jardines, los hermanos permanecieron en silencio tratando de reencontrar la calma que parecían haber perdido. Habían cesado en su empeño y estaban atribuyendo todo el asunto a la paranoia de un moribundo. El abad así lo había decidido y así lo acatarían.

El aroma de los abetos les embriagaba con un nuevo estado de lucidez. Los hermanos caminaban por los distintos niveles del jardín novecentista. Transitaron como espíritus atormentados por delante de la capilla románica de Sant Aciscle. Les unía un secreto que no era tal pero que aun así harían desaparecer entre oraciones y humanismo. Habían dejado de ser pastores de Dios para convertirse en perseguidores de una quimera maldita que ni siquiera existía. Continuaron en silencio por aquel camino lleno de recuerdos olvidados, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Todos se dirigían a una misma dirección: dejar de lado el diario del abad muerto y centrarse en su antigua vida, que volvía a presentarse como nueva.

Justo cuando desfilaban por las terrazas de la basílica, ahora más bella que nunca, pudieron escuchar cómo la escolanía cantaba el Virelai:

*Rosa d'abril, Morena de la serra,  
de Montserrat estel:  
il-lumineu la catalana terra,  
guieu-nos cap al Cel...*

Escucharon atentos aquel reclamo y se unieron a él en silencio. Para cuando llegaron al final del paseo, las últimas semanas ya casi habían empezado a formar parte del pasado.

En mitad del enorme macizo, aquellos monjes, ataviados con sus oscuros hábitos, parecían diminutas hormigas que, sin saberlo, habían abierto una brecha en la amada

paz de Montserrat gracias al concienzudo trabajo realizado. Un trabajo que algún día alguien tendría que acabar.

## Capítulo XXXV

MONTSERRAT, 23 DE SEPTIEMBRE DE 2009

—Tú te encargas del registro de los visitantes, ¿no? —preguntó Joan sabiendo la respuesta.

—Sí, aquí guardamos sus fichas.

—¿Desde cuándo dispones de datos?

—Pues en ese armario que ves ahí están las que llegan hasta el año 1987 y por ese pasillo empiezan en 1988. Por aquel de allí...

—No te apures, Samuel. Solo necesito las del último mes.

—Ah, pues estas las guardo provisionalmente aquí, en el cajón. —Deslizó la mano sin mirar y sacó un archivador pequeño que contenía un buen número de fotocopias y fichas blancas escritas solo por una cara. La mayoría contenía una foto de tamaño carnet que rompía la monotonía de las líneas.

—Gracias.

—¿Para qué las necesitas?

—Bueno... no las necesito, pero ahora que el abad ya no está debo ocupar mi cabeza con alguna actividad y creo que tendría que estar entre nuestros deberes el conocer a los huéspedes que se alojan en nuestro recinto. —Joan prefirió una verdad a medias antes que una mentira directa.

Esperaba que su determinación de encontrar al culpable no se viese entorpecida por ningún integrante de su comunidad que demostrara un exceso de celo provocado por la buena voluntad de ayudar. Además, casi todos sus compañeros eran mayores que él, a causa de la proverbial falta de vocaciones, y no tenían el físico adecuado para andar triscando por la montaña o repeler el embate de un matón profesional. Ni siquiera sabía si él estaba preparado. A tenor de lo vivido, parecía que todo estuviera respondiendo a un plan preconcebido; la muerte de su querido abad había sucedido con una precisión alarmante, menos de una semana desde el secuestro y la tortura...

—Cierto, Joan. Duro golpe para todos. Lo recuerdo subido al púlpito o pronunciando la lectura en el refectorio. Hay un vacío muy grande en el monasterio y no sé cómo lo vamos a llenar. —Vaciló midiendo sus próximas palabras—. Me consta que en unos años él quería nombrarte su coadjutor con el fin de que más adelante pudieses resultar elegido abad, pero ahora las cosas se han precipitado y tu juventud no es bien vista por algunos pesos pesados. El más crítico es Arc...

—Gracias por las fichas, Samuel —atajó Joan, abrumado por las novedades que le proporcionaba su compañero, ajeno a la malicia de otros.

Él no se veía como aspirante a abad después de tanto tiempo alejado de Montserrat mientras se fraguaba su futuro, un futuro que podía verse truncado por las



luchas de poder internas. No aspiraba al poder pero tampoco le gustaba la idea de que algún inepto cuya vocación estuviera imbuida de la ambición o de un miedo atroz a la vida exterior al monasterio asumiera el control de la abadía. Recogió el fichero y se dirigió hacia el fondo de la estancia, tras las estanterías. Necesitaba estar solo.

Empezó a mirar las fichas, que se disponían formando una especie de abanico. En ese momento había unas treinta personas ocupando otras tantas celdas de las sesenta disponibles. Todos los rostros eran susceptibles de sospecha. Conforme miraba las fotos todas le parecían más o menos iguales. La profesionalidad y el tesón de Samuel convertían cada ficha en una fuente de información que podía explicar bastante bien a qué tipo de persona pertenecía la imagen. El esquema seguido era común: se pedía una fotocopia de algún documento de identidad que contuviese una fotografía y se le realizaba una fotocopia. Después se entregaba una ficha al huésped, que rellenaba él mismo. Esa información se archivaba en otro lugar y Samuel, con la paciencia de un santo, se entregaba a hacer un perfil con la información recibida. En algunos el porqué del retiro se mantenía oculto por propia voluntad, en otros el orgullo compartido de un retiro espiritual se hacía patente mediante una simple crucecita.

Allí estaban contenidas fotocopias de pasaportes australianos, carnets de identidad españoles y de diversos países de Europa, permisos de conducir americanos... Incluso una licencia de caza de un rumano al que le habían robado el pasaporte en el aeropuerto, nada más bajar del avión. Las personas que aparecían en el fichero estaban todavía en la abadía.

Entre las seis o siete primeras que revisó hubo una que miró con más atención. Era un individuo de cara alargada, con un asomo de papada por debajo de la afilada barbilla que denotaba una cierta madurez. El grueso cuello no se hacía raro combinado con aquel tipo de cara, y los ojos, pequeños y separados, parecían querer decir que no estaban allí. Eran claros, aunque la fotocopia no dejaba concretar bien el color. El pelo castaño brillaba bajo una generosa capa de cera echado hacia atrás, casi escondiéndose en la piel, formando un todo reluciente. La cara miraba a la cámara relajada, con la boca cerrada. Al no haber asomo de sonrisa forzada, parecía menos artificial que algunas de las otras imágenes.

Algo le decía que el peligro estaba cerca. Una sensación indefinible presionaba su pecho. No dejaba de mirar el pequeño mazo de fichas que sostenía entre sus dedos, como si fuera un imán que atraía a sus ojos. La tensión aumentó al fijarse de nuevo en aquel hombre de mediana edad, quizá con éxito en la vida o tal vez en crisis existencial tras un divorcio traumático, o en recapitulación vital tras un diagnóstico alarmante.

El motivo de la visita declarado en la ficha era «retiro espiritual», pero bajo ese membrete se podían esconder las más extrañas motivaciones. Un individuo capaz de ejercer la violencia no tendría ningún tipo de prevención en mentir. Era sueco: personas tranquilas, urbanizadas, educadas, sociables... Su sosegada cara no dejaba traslucir ningún tipo de sentimiento. Nada. Un rostro inerte, vacío, extraño.

De repente, una mano se posó en su espalda.

Joan se sobresaltó. Samuel había dejado pasar a Sarah.

Ambos se miraron en silencio por un espacio de tiempo que a Joan le pareció eterno. Las fichas se habían caído de sus manos y formaban un mosaico irregular esparcido encima del escritorio. Joan se percató entonces de la vigilancia de Samuel. Se obligó a sobreponerse y se lanzó a una conversación que no sabía cómo encauzar, sintiéndose como en una empinada bajada montado en una bicicleta sin frenos.

—Buenos días, Sarah. —Había terminado por asumir el tuteo. Sin embargo se había jurado a sí mismo que jamás volvería a caer en la tentación más allá de la familiaridad en el trato.

—Hola, Joan —saludó ella.

A pesar de distinguir encima de la mesa la foto de Ladislav Brambora, el esbirro de Suis Viribus con quien la habían puesto en contacto, el semblante de Sarah se mantuvo impertérrito. La fotografía emanaba un halo de intranquilidad que envolvía su apariencia y recorría a quien la mirase. Lo que más destacaba de su rostro era lo difícil de recordar que resultaba, no sabía por qué. Asumió que quizá esa fuese su mayor virtud, la posibilidad de no dejar rastro. A pesar de ello, parecía que Joan había adivinado algo. Pensó que era oportuno redirigirlo hacia la investigación del arsenal. Que Joan se centrara en Brambora no le aportaba nada, más bien al contrario; en cambio, si avanzaba en averiguar la ubicación de su objetivo todos ganaban.

—¿Qué haces? —continuó—. ¿Te puedo ayudar?

—No corresponde a la investigación que compartimos. ¿Cómo tú por aquí?

Sarah murmuró alguna excusa.

—La cadera me está dando problemas... desde hace un par de días.

La cara de Joan enrojeció. El rubor le recordó el sentimiento de culpabilidad e hizo que bajase la mirada. Turbado por el comentario, esperaba por el bien de Sarah que se recuperase pronto. Y sentía miedo. Cuando ella estaba cerca, todo lo demás pasaba a un segundo plano. Su cabeza se nublaba bajo el recuerdo de unos hechos que no estaban tan olvidados como él hubiera deseado. Además, una palabra suya sería fatal para su papel en la abadía y haría temblar los cimientos de una vida dedicada a la oración y al trabajo en comunidad.

—¿Quién es este? —interpeló Sarah.

—Theo Magnussen. Su cara no me suena, pero me llama la atención. —Las manos de Joan jugaban con la ficha—. Llegó un día antes del ataque al abad, y me parece sospechoso. No me preguntes por qué, pero tiene algo... digamos... inquietante.

—Seguro que eso mismo te han parecido las caras de los otros huéspedes. Estás condicionado por las sospechas.

Él había pensado lo mismo. Pero este tipo era diferente, estaba como vacío por dentro... Además, podía coincidir con las características de la persona que raptó al abad: un individuo fuerte capaz de acarrear un cuerpo inerte de más de ochenta kilos

con gran sigilo. Y con acento extranjero... Aunque, a decir verdad, había pensado lo mismo de al menos otras tres fichas.

Montserrat era lugar de peregrinación no solo para gente del país, sino para personas que llegaban desde diferentes partes del mundo. En Japón había disfrutado de la hospitalidad de un monasterio de otra religión en calidad de estudiante y observador, y comprendía que si allí hubiese pasado algo sería injusto que lo hubieran considerado sospechoso por el simple hecho de ser extranjero.

—Yo creo, Joan, que deberías olvidarte de buscar sospechosos y concentrarte en resolver el rompecabezas. El hallazgo del misterioso arsenal desencadenará los acontecimientos y pondrá las cartas sobre la mesa. En tal caso, quien esté a la caza, tarde o temprano, deberá descubrirse.

Joan pensó que quizá Sarah tenía razón, intentaría dejar a un lado esa intuición, sobre ese extraño personaje, y se centraría en la búsqueda del arsenal. Reagrupó las fichas de huéspedes y se las devolvió a Samuel.

No podía negar que una emoción extraña le embargaba cuando veía a Sarah, mezcla de rencor y afecto. El hecho de que Sarah parecía conocerlo mejor que nadie, le intrigaba y le incomodaba al mismo tiempo. Su aventura de madrugada no facilitaba las cosas. Joan debía esforzarse por mantener una distancia con esa mujer que le permitiera conservar sus promesas al fin mayor que se entregara tantos años atrás.

Mientras la voz meliflua de Sarah no dejaba de tentarlo, Joan recordó por qué estaban ambos allí: tenían una misión que cumplir.

## Capítulo XXXVI

MONTSERRAT, 23 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Tras pasear un rato por los jardines del monasterio, Joan caminó hacia su habitación. Necesitaba estar un momento a solas, podía notar sus pensamientos bullendo sin parar. Debía sosegar su espíritu y para ello, sin detenerse, comenzó a rezar.

Mientras recorría un pasillo vacío, cambió de posición sus manos: metió el pulgar de la mano izquierda dentro del puño, colocándolo pegado al cuerpo, a la altura del plexo solar. Sobre el puño colocó la mano derecha, cubriéndolo. Enlenteció el paso, y lo acompañó con la respiración. Cuando pisaba inspiraba. Se detenía mientras espiraba lentamente. Otro medio paso y otra inspiración. Espalda y cuello rectos, la mirada en el horizonte. Joan estaba realizando el *kin-hin*, la meditación zen que se practica caminando. Su mente comenzó a sosegarse. No se encontraba ni en el pasado ni en el futuro, solo en el presente.

Pasados unos minutos recuperó su postura normal, dejando caer los brazos a los lados y el ritmo de sus pasos. Se sentía como quien despierta de un sueño reparador. Ya estaba llegando a su habitación, donde tendría el refugio necesario para empezar a atar cabos.

Antes de entrar en su celda, recordó las enseñanzas de su maestro: le insistía una y otra vez en mantener ese estado de alerta, de concentración máxima incluso en los hechos cotidianos. Así, abrir una puerta podría ser un acto zen: entrar sin brusquedad y cerrar procurando no dar un portazo. Dirigirse a la ventana para abrir sus hojas con mimo. Levantar la persiana con cuidado. Cada acto debía hacerse concentrado. Y a cada instante Joan notaba cómo su mente se fortalecía. Recordó otro *koan* que le enseñó el maestro: «Cuando el espíritu es libre, todo es libre a su alrededor». Ese *koan* se lo expuso casi al principio de empezar a practicar la meditación, y recordó que le costó aprehender su verdadero significado: como buen cristiano, ligó la libertad de espíritu a conceptos como alejarse del pecado o desprenderse del cuerpo y sus necesidades; incluso lo interpretó como la inexistencia de la muerte, siendo una liberación para el espíritu y no el final del camino. Pero tras un tiempo meditando se dio cuenta de que el *koan* se refería a liberarse de las ataduras del pensamiento recurrente, de ese «pre-ocuparse» en vez de «ocuparse» de los problemas que nos hace estar siempre oscilando entre el pasado y el futuro sin vivir el presente. Liberar el espíritu era aquietar la mente para lograr romper esa cadena de pensamientos sin fin que solo provoca desasosiego e insatisfacción. Cuando se consigue eso, «todo es libre a su alrededor», todo se comprende porque se asume y se contempla tal y como es.

Recordar el *koan* le hizo sonreír: pensar en sus años en Japón solo le traía buenos

recuerdos. Conocer a su maestro fue una bendición, y la práctica de los rituales de meditación le estaba dando frutos que no había imaginado. Y eso pese a que tuvo sus reticencias: acostumbrado a la rutina de las oraciones constantes que se vive en un monasterio, le resultó chocante esa práctica en la que no se reza nada, tan solo se controla la respiración y con ella los pensamientos de uno mismo. Y lo más sorprendente era que el maestro notaba cuándo Joan aprovechaba esas meditaciones para rezar: le explicó que aun sin darse cuenta, al desviar su atención de la respiración, la postura cambiaba, se volvía defectuosa, y la respiración se tornaba irregular. Así que, para no recibir más amonestaciones, Joan tuvo que limitar los rezos a sus ratos libres.

Y gracias a esa insistencia del maestro, Joan pudo aprender a reconciliarse con su voz interior, con esa a veces poderosa intuición que le asaltaba y que desconocía cómo tratar. Gracias al estudio y a su esfuerzo en tierras japonesas, Joan fue asimilando que esa capacidad intuitiva era un poder que emanaba de sí mismo, que no era algo ajeno a su voluntad sino una especie de talento que debía aprender a manejar como el pintor aprende la técnica para desarrollar su arte.

Fruto de ese aprendizaje, ahora Joan se veía capaz de invocar esa facultad. Para ello, necesitaba colocarse en posición de flor de loto y comenzar su meditación. Para un alumno aventajado como él, esa posición, junto con el control de la respiración, provocaba que entrara en *samadhi*, quietud y máxima concentración de la mente. Una vez alcanzado el *samadhi*, Joan empezaba a reflexionar sobre lo que le preocupaba procurando revisar los detalles, y la intuición actuaba como una lámpara enfocando en la dirección correcta.

Recordó la ansiedad con la que en Japón se anticipó a la noticia de la gravedad del abad. Buscó en su memoria el momento de inquietud propiciado por aquella pesadilla en el avión de llegada a Barcelona; su último *koan* mezclado con el aviso de una catástrofe, aviso que se cumplió al llegar a la abadía. Se le encogió el corazón al ver al abad tan maltrecho y cuando le contó el terrible peligro que se cernía sobre toda la comunidad. Le vino a la mente la imagen familiar de los caminos en la montaña tantas veces recorridos y ahora retomados tras años de ausencia. Apareció brillando con luz propia la imagen de Sarah de Chantal, con aquellos ojos, aquella piel tan nívea... Aquí se detuvo un instante; notó una punzada en el estómago, algo iba mal. Por el momento hizo caso omiso, no quería pensar en Sarah, debía continuar. Y sus recuerdos lo llevaron al encuentro con los montañeros, la escalada, el torpe golpe que se propinó y esa presencia que notó... Volvió a detenerse: recapituló y focalizó su atención en esa percepción. Observó que desde que había llegado a la abadía había vivido esa sensación de peligro como algo cercano. Lo pudo constatar cuando descubrió su habitación revuelta días atrás. Fuera quien fuese buscaba respuestas, como él. No en vano, había mirado en su libreta. Naturalmente, cuando contempló su celda con la piedra circular rota, una señal se encendió en él. Pero buceando en esa sensación de peligro notó que era *distinta* a la que había

experimentado mientras paseaba por los alrededores del monasterio.

Algo se iluminó en su interior, una revelación: cuando revisaba las fichas de los huéspedes sintió un aviso de algo amenazante similar a lo que había advertido en sus paseos, pero distinto a lo que notó al entrar en la celda profanada. Eso le hizo pensar que quizá se trataba de dos personas distintas: alguien estaba siguiendo sus pasos y otro había entrado en la celda. Al contemplar las fichas observó que estaba cerca de algo. ¿Sarah?

Otra vez le vino su imagen: Sarah quitándole importancia a ese dato. ¿Por qué? ¿Por qué aparecía repetidamente en sus pensamientos?

Su mente se nubló. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para recuperar ese flujo de ideas, de imágenes incluso. Pensar en Sarah le hacía sentir vértigo, esa sensación mareante y viscosa de miedo a la altura y de atracción por el vacío. «Si sentimos vértigo cuando creemos estar en peligro, ¿es acaso Sarah un peligro real para mí o solo lo creo así?, ¿está unida al enigma, a esa persona que me sigue o tiene que ver con todo lo que me está haciendo sentir?».

Lo que Joan sentía por Sarah era algo brutal, que brotaba de sus entrañas como lava de un volcán, y, al mismo tiempo, una necesidad de cariño infinito, de ternura. A veces veía a Sarah como una fuerza desbocada de la naturaleza, y otras, sin embargo, la veía desvalida, necesitada de afecto.

Se levantó del cojín donde realizaba sus meditaciones y estiró las piernas por su celda. Se decía a sí mismo que debía confiar en su intuición. Y esta le estaba alertando de que Sarah suponía un motivo grave de inseguridad.

Paseando por aquel espacio topó con la piedra circular convertida ahora en dos trozos. Sostuvo los pedazos entre sus manos. Le produjo una gran tristeza ver esos fragmentos, como si fueran un símbolo de su situación actual. Una sensación de añoranza, de terrible nostalgia le sobrevino mezclada con un fortísimo sentimiento de culpa. No podía evitar sentir que había traicionado todo aquello por lo que había luchado durante años: sus votos, su pacto con Dios.

Depositó la piedra sobre la mesa y tocó con delicadeza el crucifijo de madera que siempre llevaba colgado. Se dejó caer como un fardo, arrodillado con el crucifijo entre las manos, mientras notaba deshacerse su corazón. Suplicó no ya solo el perdón de Dios y de su Señora la Virgen de Montserrat sino de sí mismo. Necesitaba reencontrar su camino.

## Capítulo XXXVII

MONTSERRAT, 23 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Ladislav Brambora empezaba a estar harto de pasarse los días en aquella abadía. Después de una semana, se había cansado de no ver más que hábitos y figuras santas a su alrededor, y se veía ahogado por el carácter estático que habían adquirido los acontecimientos. Apenas había avanzado en sus pesquisas y su paciencia se estaba agotando. Necesitaba recuperar la vida que solía llevar fuera de aquella montaña para volver a ser él mismo. Ya habían pasado los dos días acordados con Sarah. Se había agotado el plazo y necesitaba respuestas ya.

Los rayos de sol empezaban a debilitarse mientras Brambora caminaba con paso firme. Debía reunirse con Sarah en la ermita de Sant Joan y para ello cogería el funicular. A las seis y media salía el último de vuelta al monasterio, así que la conversación debía ser breve. No le habría gustado que fuera de otro modo.

Cuando el sicario se dirigía a la estación inclinada, se cruzó con Marcos y un grupo de niños que volvían de una excursión. Brambora, que en esos momentos miraba el cartel informativo, ignoró la presencia del chico, que le dedicó un saludo camuflado, como siempre había visto hacer en las películas de espías.

A Pau, que también estaba en el grupo, se le fueron los ojos detrás de aquel hombre tan grande. Mientras reflexionaba sobre la relación que podía existir entre Marcos, su peor enemigo, y aquel hombre, escuchó a sus compañeros silbar discreta aunque jocosamente a una mujer parada cerca de él, ante el plafón con la información de las rutas. Se trataba de la misma que había visto pasear alguna vez junto al padre Joan. Siguió con la mirada el caminar de aquella señora y pudo ver cómo se unía a la cola de la taquilla que facilitaba el acceso al andén del funicular. Igual que el hombre grande con pinta de peligroso.

La vista desde el interior del funicular era maravillosa. Sarah observaba aquella altura y pensaba en el desnivel que el vagón estaba superando. Al ser testigo de tanta grandeza, no pudo evitar acordarse de Joan. Él le había hablado sobre la inauguración del funicular, que tuvo lugar en 1918, para comunicar la parte exterior del monasterio con la ermita de Sant Joan, ubicada en la parte alta del macizo. A Sarah le encantaban las alturas, le recordaban la magnitud de lo existente y, en este caso, la enormidad de la naturaleza frente al hombre. Ahí estaba ella sobrevolando el macizo y su vegetación.

Las cavilaciones casi habían conseguido distraerla de su objetivo más inmediato. Pronto llegaría al final del recorrido, a 970 metros de altura, donde tendría lugar su

segundo encuentro con Brambora. Pese a que él también se encontraba en su misma cabina, prefería evitar que ningún miembro de la comunidad pudiera verlos hablando, y por eso esperaba a llegar al final de esa vía, en la ermita, para iniciar su intercambio.

Ladislav Brambora conseguía ponerla realmente nerviosa. Cuando hablaba con él tenía la sensación de que en cualquier momento podría abalanzarse sobre ella y matarla solo con sus manos. Su mirada era la que le causaba ese efecto, unos ojos grises, pequeños y rasgados que parecían taladrar todo lo que miraban. Su robusta figura también contribuía. Odiaba a los hombres que conseguían hacerla sentir tan pequeña.

El final del viaje había llegado.

La ermita había sido construida en el año 1000 y hacía tan solo un par que se había urbanizado la zona para los visitantes. Cerca de la construcción, un pequeño mirador con paneles permitía otear la planicie del Baix Llobregat, la sierra de Collserola y el mar Mediterráneo, por una parte, y el parque de Sant Llorenç del Munt, el Montseny y la cordillera Prelitoral por la otra. Asomada a aquel balcón bajo el cielo sangrante y sobre el mar estático, Sarah de Chantal esperaba a Brambora algo nerviosa. La voz extranjera la distrajo.

—¿Bien? —inquirió el esloveno.

—Sí —respondió.

Asomados en aquella terraza, ni siquiera se miraban el uno al otro.

—No te pregunto si estás bien, solo quiero que me cuentes las novedades. Nuestro tiempo se agota y quiero respuestas.

Sarah apretó los labios y esperó unos segundos antes de contestar.

—Joan empieza a sospechar de ti, pero he conseguido disuadirlo.

Laco dirigió una mirada cortante a la suiza, que fue incapaz de devolvérsela. Ella no apartaba la vista del territorio que se extendía bajo sus pies.

—Estuvo ojeando las fichas de los ocupantes de las celdas y la tuya «le dijo algo» —añadió gesticulando con sus dedos a modo de comillas.

Laco rio. Era la primera vez que veía en él ese gesto y le pareció aún más aterrador que su silencio y su sequedad.

—Así que el monje tiene «poderes» de verdad, ¿eh? —preguntó, devolviéndole el gesto de las comillas.

—No es un poder, es más bien una especie de intuición —justificó Sarah.

—Pensaba que eso era solo cosa de mujeres. —El sicario volvió a reírse.

Sarah arrugó el ceño. No entendía.

—La intuición, digo —se explicó Brambora—. Pensaba que solo la tenían las mujeres.

Sarah se volvió hacia la zona del Llobregat.

—¿Y qué más? —quiso saber Brambora.

—La frase que me proporcionaste el otro día: la descifró Joan de la que el



instituto envió al monasterio hace cuarenta años. Nosotros hemos tardado todo ese tiempo en intentar recomponer el puzle y él tan solo unos días.

—¿Y? —insistió el otro.

—Todavía no sabe dónde está el arsenal, pero algo me dice que está muy cerca.

—¿Tu intuición? —La interrumpió sonriendo con desprecio.

Sarah trataba de disimular sus sentimientos hacia Joan. Aún no le había contado que había conseguido seducirlo. Tenía miedo de que percibiera algún tipo de debilidad cuando le contara los hechos. Pero se armó de valor:

—Algo así. He conseguido que se acerque a mí bastante.

Brambora dirigió de nuevo sus ojos afilados hacia ella e inclinó la cabeza sin dejar de sonreír.

—¿Has abusado de un monje?

Sarah calló. El rubor empezó a notarse en sus mejillas. Jamás se había sentido así antes. En otra situación habría hecho alarde de sus logros.

—¿Qué importa? —dijo al fin mientras se colocaba el pelo detrás de las orejas en un gesto recatado.

Brambora no dijo nada. Tan solo asintió.

—Veo que has hecho avances, así que te daré dos días más. No los malgastes haciendo arrumacos al monje y oblígale a desentrañar ya ese maldito misterio.

—Sí —respondió sin más.

—En caso contrario, tendré que obligarle yo.

Sarah no quiso mirarle. Le aterraba la posibilidad de que pudiera descubrir una pizca de sentimiento en su rostro. El corazón le latía a mil pulsaciones por minuto mientras trataba de respirar y aparentar calma. Cuando quiso darse cuenta, Brambora ya se había marchado. Siempre silencioso, siempre cauteloso. Casi tanto como terrorífico.

## Capítulo XXXVIII

MONTSERRAT, 24 DE SEPTIEMBRE DE 2009

El influjo del funeral del abad mantenía el monasterio envuelto en un estado de resaca interna, con la sensación de que todo lo ocurrido en los últimos días había sido producto de un sueño pesado al que había que sobreponerse. Los miembros de la congregación debían continuar con sus obligaciones, a pesar de que les resultaba francamente difícil actuar con la normalidad propia de quien no sabe nada. Ellos sí que sabían: sabían que las circunstancias de la muerte del padre Josep no habían sido naturales, pero también eran conscientes de la necesidad de evitar cualquier desmoronamiento que pudiera poner en peligro la paz montserratina. En consecuencia, en esa jornada tan desoladora se esperaba que se pusiera en marcha lo que en aquel momento correspondía: la elección del nuevo abad.

Aquella mañana, reunidos en la sala capitular, todos los miembros profesos de la congregación —aquellos comprometidos definitivamente con la comunidad y que además eran sacerdotes, los únicos poseedores de las competencias necesarias para la votación y la elección— escuchaban al prior Raimundo mientras trataba de controlar la situación. No había candidatos favoritos ni voluntarios, ni siquiera se habían planteado cómo organizar los preparativos de la elección.

—Padres, sé que nos ha pillado a todos por sorpresa, pero debemos organizarnos y clarificar qué nombres son los que se presentan para ser el próximo abad de Montserrat.

Raimundo abrió la reunión tratando de elevar el ánimo que se respiraba en aquella sala.

—Seguro que muchos de vosotros estáis deseando dirigirme a mí y a los demás —añadió forzando una leve sonrisa. Los demás monjes le imitaron.

Joan se sentía alejado de la elección y en absoluto merecedor de una candidatura. Tras los últimos acontecimientos había llegado incluso a poner en duda su fe y recriminado ciertos actos a Dios. ¿Qué clase de abad hacía eso?

—La muerte del abad Josep nos ha dejado desvalidos y sin un dirigente. Necesitamos ponernos de acuerdo y seleccionar a uno de nosotros con el fin de que nuestra rutina espiritual pueda continuar. Alguien a quien todos los monjes y residentes de este lugar escuchen. —Raimundo abandonó su intento por hacer de aquella reunión algo agradable y dejó claras las prioridades que les ocupaban—. Especialmente en este momento, no podemos permitir que el monasterio ofrezca una imagen de desgobierno —se atrevió a mencionar.

Los monjes escuchaban en silencio las palabras de Raimundo; sabían bien que el prior se refería a las extrañas circunstancias de la muerte del abad Josep. Tenían la

sensación de que la conjunción de unidad y estabilidad era la única vía para que el monasterio pudiera hacer frente al peligro que lo acechaba.

Eran muchos los que ya habían sido testigos de la elección de un abad, pero de eso hacía muchos años. Raimundo, quien como prior también había oficiado las misas mientras Josep estaba enfermo, se había asignado a sí mismo, con la aprobación de todos, la tarea de presidir aquella asamblea.

—De modo que el objetivo de esta reunión es proponer tres nombres de los que después saldrá elegido el nuevo abad.

Los monjes asintieron y se prepararon para decidir. Rodeados de aquellos muros que tantas conferencias dirigidas por el difunto habían presenciado, se sentían poseedores de una responsabilidad demasiado grande.

—Por mi parte, me gustaría presentarme como candidato, si a todos os parece bien —anunció el propio Raimundo. Siempre había aceptado con gratitud las responsabilidades que la vida le ofrecía y esa era la más alta a la que podía aspirar—. Como prior, y tras tantos años dedicados al monasterio, creo que he aprendido algo de las funciones que el abad debe desempeñar y, modestamente os lo digo, me gustaría intentar continuar con el extraordinario legado de Josep.

Nadie parecía disentir de sus palabras y poco a poco así lo fueron demostrando.

—Cuenta con mi voto, Raimundo —anunció Pedro.

—Sea —se agregaron los demás. Todos menos Joan, que tan solo asintió.

No era capaz de elegir un sustituto para Josep: además de ser candidato al abadiato, el elegido también lo sería a sufrir el mismo destino que su predecesor. Ninguno de ellos conocía el secreto que escondía el monasterio y que tan duramente había que proteger en ese momento. Sin saberlo, se exponían a perpetuar los últimos acontecimientos, a que el próximo abad además de heredar un título, heredase un terrible castigo. Joan observaba a aquel extenso grupo de monjes, ancianos en su mayoría, y no podía evitar pensar que ninguno podría soportar la carga que Josep había aguantado hasta el mismo día de su muerte. A pesar de que los frágiles huesos de aquellos hermanos se romperían antes de que su espiritualidad se debilitara, esta no contaba con el músculo, la violencia y la sangre fría que el verdugo del difunto había demostrado tener.

—La persona que siempre estuvo al lado de Josep fue Rómulo, como su asistente personal. Él también merece una candidatura al abadiato —mencionó Santiago. Los monjes continuaban con el proceso de selección.

Rómulo se enderezó en su silla movido por ese reconocimiento. Jamás pensó que alguien fuera a proponerle para tal cargo, pero la fidelidad que había demostrado siempre al abad Josep le había convertido en un candidato favorable. Todos votaron y ninguno se opuso a tal idea.

—Sea —pronunciaron todos y cada uno de aquellos monjes. De nuevo todos menos Joan.

—Ahora nos falta un tercero —anunció Raimundo. Los monjes se miraban unos a

otros.

—Yo propongo a Joan. —Rómulo rompió el silencio—. Él fue el mayor confidente de Josep y este prácticamente lo crio desde que era un niño.

Joan se sorprendió de aquella iniciativa. De todos los sacerdotes de la congregación, él era de los más jóvenes. No podía creer que alguien propusiera su candidatura. Sin saberlo, le estaban señalando directamente como próxima víctima mortal del tesoro escondido en la abadía.

—Padre Rómulo, no sé si yo...

El viejo Arcadio cortó la intervención del joven padre:

—En mi opinión, la experiencia es un factor clave en esta decisión.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Raimundo.

Por una vez, Arcadio, sin saberlo, estaba ayudando a Joan. De pronto, cayó en la cuenta de que si él no salía elegido abad, lo sería otro. Siempre habría una víctima en potencia hasta el momento en que Joan consiguiera resolver el enigma de la montaña.

—Creo que el nuevo abad debe tener cierta edad para conocer bien el funcionamiento de la abadía —insistió Arcadio. Su boca temblaba por la tensión.

—Pero Joan lleva aquí más de veinte años, Arcadio, aunque sea tan joven —respondió Raimundo, paciente.

Joan se mantenía en silencio. Mientras él no aceptara ser candidato no podía ser votado. Necesitaba pensarlo bien. Pero Arcadio cada vez estaba más nervioso. Su tono adquiría tonalidades violentas.

—¿Y bien, Joan? —preguntó Raimundo.

—Si ni siquiera él se siente capaz de portar una responsabilidad así, ¿cómo vamos a otorgársela los demás? —Escupió Arcadio poniéndose de pie. Miró a los demás hermanos, que se hablaban entre susurros. Ya casi podía sentir su triunfo y decidió tomar de nuevo asiento. Entonces, se oyó apenas un hilo de voz y todos quedaron en silencio.

—¿Qué? —espetó Arcadio.

—Que lo haré. —Joan aceptó el reto.

El anciano se quedó observando al monje quedamente. Sus ojos enrojecidos.

—No contéis con mi voto —dijo.

Los demás se miraron unos a otros incrédulos. No entendían el rechazo de Arcadio. Al fin y al cabo, todos conocían lo excepcional de sus cualidades.

Comenzaron las votaciones:

—Sea —dijeron los monjes de uno en uno. Todos menos Arcadio.

—La mayoría decide —anunció Raimundo—. Joan será el tercer candidato.

—Pues yo postulo mi candidatura, que donde comen dos, comen tres. —Reaccionó Arcadio con rapidez. Todos en aquella sala comprendieron que la verdadera motivación de Arcadio era ser el vencedor una vez más.

—Precisamente ya hay tres, Arcadio.

—Déjalo, Raimundo. Así tenemos donde elegir.

La voz tímida de Samuel surgió de entre la multitud.

—Además, las circunstancias en las que se está desarrollando esta votación también son excepcionales —se añadió Pedro—. Por esta vez, quizá podríamos considerar un cuarteto en lugar de una terna...

De nuevo una votación. De nuevo una única voz resultante: la de todos los presentes ratificando un nuevo candidato. Solo Joan sabía que ahora eran cuatro las víctimas propiciatorias para la pira del precioso arsenal oculto, en la que poco a poco todas las esperanzas de salvación se iban quemando.

## Capítulo XXXIX

MONTSERRAT, 24 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Tras la primera parte del proceso electoral, Joan se dirigió a su celda.

Había colocado las rodillas encima de un cojín en el suelo, acariciaba la cruz colgada al pecho como si de un rosario se tratara. Los pies descalzos se doblaban con el empeine tocando el frío suelo de losas geométricas. Una oración brotaba en un murmullo monótono de la boca de Joan. No formaba palabras, solo una cantinela ininteligible, como si tararease una canción. Los ojos cerrados, apretados con fuerza. Cuando terminó pensó en los últimos días.

Había tenido momentos en los que se había desmoronado y ahora se sentía completamente arrepentido. Comprendía que ya había pasado del odio a admitir el compromiso que le exigían las nuevas circunstancias. El ejemplo debía servirle para mantenerse fiel a una idea y no dejarse vencer por las dificultades.

Con un ánimo mucho más propicio logró concentrarse en el *koan*:

Solo la sagrada tierra de Montserrat tiene el oprobio (del) arsenal precioso en sus manos. Ojalá pudiera encontrar algún día manera inteligente de no hacer más daño con esta vergonzosa riqueza, al contrario.

Intentó vaciar su mente de cualquier otro contenido para, a través de la repetición, reconocer el auténtico significado del mensaje. Se encontraba en una encrucijada, porque los *koan* a los que se había dedicado en Japón pertenecían a un tipo de pensamiento lateral, que se recreaba en parábolas y en comparaciones un tanto extrañas pero que se iban repitiendo en cuanto a estructura y ejemplos. La mayoría se referían a una lógica mundana, donde la inteligencia se aplicaba a la vida real, y recurrían al aprendizaje de una ética vital de gran utilidad. Este enigma, en cambio, se refería a un hecho concreto y desconocía si el sentido común lo resolvería. En Japón le costó asimilar las enseñanzas para resolver los *koan* con humildad, puesto que tuvo que adaptar su lógica a una nueva tradición cultural. Ahora se encontraba nuevamente perdido, con un acertijo carente de base alguna ni de apoyo teórico. Suponía que tenía que hacer el camino al revés: lo que antes había adaptado a la cultura oriental debería adecuarlo ahora a la occidental.

No era fácil, pero tenía que intentarlo.

Tampoco tenía forma de saber si había llegado a la respuesta correcta. Solo el hallazgo del arsenal solventaría sus dudas. Ni siquiera estaba seguro de que la frase descifrada estuviera bien ordenada.

Se hallaba en un nivel profundo de concentración. Su respiración se había convertido en una especie de movimiento aletargador, y, de pronto, alguien llamó a la puerta. Joan se sobresaltó.

—¿Quién es? —preguntó como si acabara de despertar.

—Soy Pau. —La suave voz de uno de los cantores de la escolanía se coló amortiguada por la puerta todavía cerrada.

—Pasa, pasa.

—Hola, Joan. ¿Qué haces? —preguntó el niño con los ojos fijos en el cojín del suelo.

—Pues estaba aquí, meditando. ¿No tienes clase? —respondió mientras se ponía de pie y se sentaba en la cama después.

—Bah. Todos se han ido de excursión al santuario del Miracle y a las minas de sal de Cardona, pero yo no he querido ir hasta allí solo para ver donde dicen que se apareció la Virgen a los pastores.

—¿No será más bien que te han castigado?

Pau bajó la mirada.

—Bueno, sí, pero no hice nada. El padre Arcadio, que a la mínima salta.

—Ya. Y tú no lo haces saltar. En fin, deberías estar en clase de todos modos, ¿no?

—Sí, pero quería ver qué hacías primero. Ahora iré. —Tras una pausa, Pau continuó—: ¿Qué es esta piedra redonda? Está rota...

—Es una piedra de molino japonés y también una penitencia. Pero ahora, rota como está, ya no sirve de mucho.

La cara de Joan se ensombreció.

—Vaya, qué pena. —Pau hizo como que se acordaba de algo importante y añadió—: El otro día vi a esa amiga tuya.

Joan miró al escolano con cierto aire de sorpresa. Pau ignoró su silencio y continuó hablando.

—Parecía ir acompañada de un hombre muy alto y fuerte con cara de extranjero. Ya le tenía visto, es el mismo tío que le da refrescos y cigarrillos a Marcos. No sabía que también la conocía a ella. Si te lo presenta podrías decirle que Marcos no es tan guay como pueda parecerle...

Joan arrugó el ceño. Un torbellino de preguntas le sobrevino. Pau había visto a Sarah con un tipo extranjero que coincidía con el sospechoso.

—¿Por qué crees que iban juntos? —preguntó.

—Bueno, porque primero estuvieron mirando el cartel informativo, y luego se fueron a coger el funicular. Iban separados unos metros, pero ella miraba a un lado y a otro todo el rato, como nerviosa. Igual que hace Marcos cuando habla con ese gigantón. Fue cuando nos cruzamos. Marcos saludó al hombre disimuladamente, arqueando las cejas, pero el otro no le hizo ni caso. —Esto último lo dijo con satisfacción.

Joan estaba empezando a verlo todo con claridad. El extranjero tenía un contacto

dentro que le facilitaba información. Primero Marcos, un chaval algo maquiavélico pero todavía en formación. Y ahora Sarah... Joan se sintió como un idiota, como un vulgar novato del que se habían burlado. No podía permitir que aquellas personas continuaran riéndose de él y abusando de la confianza de sus hermanos. Debía olvidar su enfado y centrarse en resolver el misterio antes que ellos. Tiempo habría para pensar en los errores cometidos y arrepentirse.

De pronto, un fuerte estrépito sacó a Joan de sus pensamientos: uno de los trozos de la piedra circular se le había caído a Pau y sus pedazos se esparcían ahora por el suelo. Algunos eran más pequeños que una judía. Atendió entonces a Pau, plantado ante él inmóvil y con el rostro encendido.

—No te preocupes, ya estaba rota. Anda vete ya a clase, si no, volverán a castigarte. —Lo acompañó a la puerta.

—Lo siento, Joan, de verdad. Lo siento mucho, no quería...

—No pasa nada. Venga, vete a estudiar. Otro día seguimos hablando.

Pau se marchó y Joan se quedó a solas finalmente. Al recoger los trozos de piedra del suelo pensó que justo en el momento en el que se había dado cuenta de todas las amenazas que le rodeaban, el símbolo japonés se deshacía en pedazos. Ahora, a diferencia de cuando su maestro creó el lastre, ya no necesitaría nada que le recordase toda la carga con la que debía convivir. La tendría presente el resto de su vida.

Joan volvió al cojín y desvió su atención otra vez hacia la frase descriptada. Se preguntó cómo podría encadenar aquellas palabras como las notas de una melodía acabada. Sin provocarlo, le vinieron a la memoria las horas que había dedicado a tocar el órgano junto al abad Josep; a veces incluso con gente en la basílica, a menudo turistas descreídos que no acostumbraban a entrar en horas de misa. Y Joan disfrutaba en esas situaciones como nunca, sentados ambos en la larga banqueta, tocando a cuatro manos como si de una reunión familiar se tratara.

Veía perfectamente, como si la escena tuviera lugar en el presente, las manos del difunto, jóvenes todavía, sin manchas en la piel, surcadas por multitud de venas y tendones, que movían los dedos ágiles en busca de la tecla adecuada. Entonces sentían que contaban con todo el tiempo del mundo por delante. Y eso era lo que ahora precisamente a él le faltaba.



## Capítulo XL

MONTSERRAT, 24 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Ese mismo día, los padres de Montserrat, del santuario del Miracle y de Sant Miquel de Cuixà se reunieron en una asamblea capitular. La intención era iniciar el sufragio que les llevaría a seleccionar al próximo abad de Montserrat. El plebiscito sería arbitrado por el abad presidente, tal como indicaba la tradición monástica, y mediante la votación de todos los miembros profesos debería surgir un único nombre. La celeridad con la que se habían desarrollado los acontecimientos ponía en evidencia la falta de preparación de los miembros de la comunidad montserratina para aquellas circunstancias, a pesar de disponer del respaldo de las congregaciones hermanas.

Los cuatro monjes finalistas tampoco tenían claro el papel que les tocaba ejercer en aquel ambiente de incertidumbre, que debían ocultar a los invitados allí presentes. Sentados todos ya, abrió la asamblea el abad presidente, encargado de legislar las abadías benedictinas de la zona donde se integraba la congregación:

—Padres, ha llegado el momento de votar. Cada uno de nosotros escribirá su elección en un papel y al final de esta asamblea haremos un recuento.

Los sacerdotes asintieron en silencio y se concentraron en la decisión que debían tomar. Aquella elección se les presentaba como un reto difícil y peligroso. El daño que había sufrido la comunidad era lo único que ocupaba los pensamientos de todos. De los candidatos uno era quizá demasiado joven, otro demasiado viejo, otro demasiado inseguro y el último gozaba de un carácter poco conciliador... La inexperiencia de Joan podía convertirse en un problema a largo plazo, igual que los más de setenta años de Raimundo, la falta de audacia de Rómulo o la incontenible ambición de Arcadio. ¿Y si el peligro al que estaban expuestos se acentuaba con la elección de uno u otro candidato? ¿Y si ninguno de ellos era capaz de hacerle frente?

Algunos comenzaron a escribir el nombre del candidato. Con el bolígrafo bien sujeto entre los dedos, las letras se sucedían en las papeletas sin mucha convicción. Muchas manos vacilaban a la mitad de lo escrito y lo sustituían por otro nombre. Joan seguía con su papel en blanco. Quizá se había apresurado al aceptar convertirse en un candidato. Arcadio podía tener razón: alguien mayor que él, con más experiencia, merecería el título. Al fin y al cabo, él había estado fuera mucho tiempo y sentía que no tenía ni idea de cómo organizar espiritualmente un monasterio. Sin embargo, ya era tarde para echarse atrás, eso acrecentaría la confusión entre sus hermanos. Joan puso un nombre en la papeleta.

—Cuando hayan terminado, depositen sus papeletas en esta urna e iniciaremos el recuento —anunció el abad presidente.

Los rostros de los monjes montserratinos reflejaban una preocupación manifiesta.

La seguridad de aquel hombre les abrumaba. Desconocedor como era de los sucesos acaecidos en los últimos días, no era consciente del conflicto en el que se hallaban.

Poco a poco, todos los miembros profesos de la comunidad fueron entregando el resultado de sus reflexiones. Muchos dudaron de su elección un segundo después de entregar la papeleta.

—Vayan terminando. A todos nos gustaría tener resultados hoy mismo.

Los frailes que faltaban se levantaron cansados hasta la urna. Parecían haber gastado toda su energía en la elección de ese nombre. Ahora solo había esperar.

Cuando horas después hubo finalizado el recuento, la conclusión no hacía sino destacar el desconcierto que se venía repitiendo en los últimos días: todos los nombres recibieron un número similar de votos, con lo que el abad presidente no pudo ratificar una solución. Parecía que la congregación estaba proporcionalmente dividida, algo que añadía más complejidad, si cabía, al asunto que les tocaba.

—Ha habido un empate —anunció el abad presidente—. Deberemos repetir la votación para que uno de los candidatos consiga por lo menos los dos tercios más uno. Y si aun así no conseguimos un ganador, habrá una tercera repetición cuyo resultado se conformaría con una mayoría simple. ¿Entendido?

—Entendido —respondieron todos. Todos menos Joan que, cansado de callar sus dudas, estalló al fin.

—Pero... ¿es que no os dais cuenta? —interpeló en tono contenido poniéndose en pie—. Estáis eligiendo a una víctima y no solucionando el problema. —Los demás lo observaron incrédulos por el atrevimiento—. Ahí fuera anda suelto por lo menos un individuo que nos conoce bien y que no cejará en su empeño de localizar lo que sea que haya venido a buscar —continuó.

—¿De qué hablas, padre Joan? —le interpeló el abad presidente con una mueca de estupefacción.

—Solo puedo deciros —continuó Joan— que hay personas interesadas en encontrar algo que se supone oculto en este macizo y que harán cualquier cosa por encontrarlo. —Todos le escuchaban en silencio, los rostros de los visitantes reflejaban auténtica perplejidad—. Cualquiera cosa —insistió—. Pienso que resolver esta cuestión es lo primero, por eso os pido que me excuséis temporalmente de mis obligaciones. De esa manera podré centrarme en resolver el asunto únicamente. Asimismo, creo que la elección del nuevo abad debería posponerse hasta que así sea. De lo contrario, el elegido se verá obligado a pasar por la misma experiencia aterradora que Josep.

—Pero ¿a qué te refieres? —inquirió el abad presidente. Joan dejó pasar un breve silencio antes de responder:

—La muerte de Josep no fue accidental, y su sucesor podría correr la misma suerte si no hacemos nada.

Las palabras de Joan causaron un gran revuelo en la sala capitular. El abad presidente y los miembros de las demás congregaciones no salían de su asombro. Se

pusieron a disposición de la abadía para cualquier contribución necesaria y aceptaron no saber más ante la posibilidad de empeorar la situación. Así, tras una muy breve discusión más poblada de silencios que de argumentos, cedieron a Joan la excepción que había solicitado y acordaron mantener total reserva respecto a aquellas circunstancias.

Las expectativas puestas en ese día y en esa hora habían quedado en el aire: la comunidad continuaba sin nadie que dirigiera a los alrededor de ochenta monjes que allí residían. Esa situación podía constituir un arma de doble filo; sin un abad al que dirigirse, la amenaza que vigilaba a la congregación desde la sombra podía aprovechar cualquier debilidad para actuar en su contra. Ninguno la había visto ni conocía las razones de su ataque, pero eran muy conscientes de que la paz de Montserrat podía volver a ser perturbada en cualquier momento.

Y la vida de alguno de ellos también.

## Capítulo XLI

ESTRASBURGO, 24 DE SEPTIEMBRE DE 2009

El comisario europeo de energía contestaba gentilmente a las preguntas de los periodistas. Acababa de presentar en rueda de prensa una ampliación del presupuesto destinado a la construcción del gasoducto que atravesaría Afganistán. Se había centrado en facilitar datos de la instalación y los innumerables beneficios que aportaría a la región y a la Unión Europea: liberaría a los países de la Unión de la excesiva dependencia del gas que provenía de Rusia vía Ucrania. Naturalmente no comentó que, dentro de ese presupuesto, había una importantísima partida destinada a gastos militares para proteger la realización de las obras. Pero para eso ya estaban los periodistas. Sin perder la compostura, se fue mostrando esquivo a la hora de dar datos y definir con exactitud los fondos militares. El comisario era plenamente consciente de que al día siguiente aparecerían exhaustivos análisis del proyecto y de que habría más de un comentarista que pondría el acento en el elevado gasto en armamento que estaba previsto a costa de los contribuyentes. Pero también sabía que la mayoría de los ciudadanos se informarían mediante la televisión y que apenas si se fijarían en los largos artículos de fondo de los diarios. Así las cosas, lo importante era que su imagen transmitiera credibilidad, confianza y sosiego. La gente no quería oír farragosas noticias que solo inspiraran nerviosismo.

Jonás seguía la retransmisión de la rueda de prensa desde un televisor en su despacho. En realidad apenas hacía caso a la imagen, ya que su atención se centraba en la pantalla de su ordenador, donde conversaba mediante videoconferencia en una conexión de alta seguridad con Solenn Benoit, la directora del Institut Lavinier pour la Vérité, una bretona de carácter avinagrado sumamente fiel a Suis Viribus desde el más absoluto de los anonimatos y extremadamente cumplidora en las misiones encomendadas. Jonás recordaba cuando fue captada para la organización, hacía ya treinta años. Por entonces, Benoit llevaba poco tiempo en el instituto y había llamado la atención al cumplir con lo que le mandaban sin hacer preguntas. En cierta ocasión se la puso a prueba: se le asignó un caso —falso, inventado por el equipo directivo de aquel entonces— en el que se combinaban datos sobre armamento nuclear, financiación secreta, Israel e Irán, una suma de ingredientes de lo más golosa en un tiempo en el que existía aún la Unión Soviética. El gobierno hubiera pagado gustoso una cantidad exorbitante por la información codificada que tenía la bretona en sus manos. Al mismo tiempo que le fue asignada la misión, se desplegó lo que se conocía como «dispositivo de seguimiento», que no era más que un eufemismo para decir que la espiaban. Se trataba de comprobar si se podía confiar en ella o se iba a vender al mejor postor.

Solenn superó con creces la prueba. Desencriptó las claves, redactó su informe y ni tan siquiera se inmutó cuando recibió ofertas suculentas de presuntos espías por su información. El fichaje se hizo de una forma paulatina: se le fueron encomendando misiones que de una manera u otra interesaban a Suis Viribus, para valorar no ya su fidelidad sino también su ideario político. Cuando Jonás pudo comprobar que la ideología de Solenn Benoit era una amalgama de amor por el orden y por la idea de una Europa fuerte frente a otras potencias mundiales, además de una necesidad casi patológica de estar siempre ocupada, no lo dudó. El transcurrir de los años le dio la razón: Benoit se había ganado la dirección del Institut Lavinier pour la Vérité a base de tesón y constancia. Y fue Benoit quien decidió enviar a Sarah de Chantal a Montserrat, quizá, en parte, porque se había erigido en su mentora hacía ya muchos años, y albergaba secretamente la esperanza de que esa mujer fuera algún día su sucesora.

—Estoy plenamente convencida de que nuestra agente está utilizando todos los recursos a su alcance para lograr el objetivo, señor —afirmó tajante la directora mirando fijamente a la cámara web.

—Y no dudo de que eso sea así, Benoit, solo quiero asegurarme de que recibo toda la información sin perder detalle.

—En el informe que le he hecho llegar, señor, está todo. Sarah es muy puntillosa en ese sentido: si se le pide un informe pormenorizado no omite ni el más mínimo detalle, por muy... —Benoit tosió—, por muy personal que sea.

Jonás esbozó una media sonrisa.

—Está bien, está bien, leí el informe y todo parece correcto. Esperaremos al desenlace, que parece será pronto. Otra cosa, ¿ha desencriptado la delicada orden de compra que prometí enviarle?

La directora afirmó moviendo la cabeza.

—Sí, señor, está todo debidamente registrado.

—Y dígame, Benoit, ¿ha visto en qué consiste ese pedido?

—Sí, señor. —Solenn no usaba más que las palabras justas. Para ella el «parloteo», como solía decir, era una pérdida de tiempo, una muestra de ineficacia.

—¿Y? ¿No le causa ningún problema de conciencia? —preguntó Jonás acercándose a la pantalla del ordenador.

La directora no dudó ni un segundo.

—En absoluto, señor. Y no debería provocárselo a nadie. Ese gaseoducto se está desarrollando en una zona altamente inestable y es necesario usar las herramientas necesarias para su protección.

Jonás guardó silencio sin dejar de observar detenidamente la pantalla. En ella, Solenn seguía impertérrita, tranquila y fría. Se diría que no pestañeaba.

—¿Ni tan siquiera cuando estamos hablando de armas químicas?

—Son herramientas, señor.

Las herramientas a las que se refería la directora eran un pedido de armas

químicas que no se detallaban como tales en el presupuesto oficial para la construcción del gaseoducto. Había zonas del país que convenía limpiar y para ello lo realmente eficaz eran esas armas. Se consideraban impopulares entre la población mundial, pero a Jonás eso le parecía una tontería: ¿qué diferencia había entre matar a dos mil personas con armas químicas o con una bomba convencional? El resultado era el mismo, y el sufrimiento, a pesar de lo que pudiera parecer, también: morir bajo una lluvia de bombas convencionales no era más indoloro, ya que muchos perecían lentamente aplastados entre escombros o agonizando malheridos por el impacto de la metralla. La diferencia —que la había— venía por otro lado: con las químicas no se destruían casas ni infraestructuras. Un considerable ahorro para el futuro uso del terreno.

Jonás gustaba de realizar ese tipo de preguntas a sus colaboradores. No tanto por la respuesta que pudieran dar, sino por estudiar el rostro y la voz, qué gestos involuntarios se les escapaban, ese detalle que podía delatar al que duda, al posible traidor. La reacción de la directora del Institut Lavinier pour la Vérité fue ejemplar, sin asomo de flaqueza. En ocasiones así, Jonás no podía evitar sentir cierta atracción morbosa. Una mujer que se mostraba siempre tan fría, tan eficaz... La imaginación se le disparaba y comenzaba a fantasear con ella, en si no sería como el tópico: una mujer fría en su vida pública y un volcán entre las sábanas. Esbozó una sonrisa ladeada que borró enseguida de su rostro.

—Bien, Benoit, gracias. Tan capaz como siempre. Quedo a la espera de sus noticias. Buenos días.

—Buenos días, señor.

Jonás desconectó la videoconferencia y se puso de pie. Caminó con parsimonia por el despacho hacia la pantalla, donde el comisario europeo estaba terminando con los ruegos y preguntas. En cuanto el político abandonó el atril, la imagen cambió a la bandera oficial de la Unión Europea, con el *Himno a la alegría* de fondo.

Enseguida aparecieron los anuncios y Jonás apagó el televisor. Se dirigió hacia su equipo de música e insertó un disco compacto que eligió de una estantería. Escuchar los compases finales de la *Novena* le había abierto el apetito de Beethoven, pero no de esa sinfonía sino de la favorita de Jonás, la *Tercera*, la llamada *Heroica*, dedicada inicialmente a Napoleón, uno de los pocos hombres a los que admiraba con devoción.

Tras colocar el CD en la bandeja, comenzó a escuchar la sinfonía desde el segundo movimiento, la famosa *Marcha fúnebre*. Tal y como hiciera el gran director Hans von Bülow, que usaba guantes negros para dirigir esa obra, Jonás se puso los suyos, cerró los ojos y elevó las manos moviéndolas al compás de la música, como si estuviera dirigiendo una orquesta imaginaria.

Tarareando la melodía, su rostro sonreía feliz.

## Capítulo XLII

MONTSERRAT, 25 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Joan había dormido mal.

Se había pasado la noche recapitulando sobre lo que había descubierto en los últimos días. Había vuelto a Montserrat de su retiro en Japón guiado por un abad malherido, un mentor que le reclamaba para resolver una cuestión que amenazaba el monasterio. Ahora sabía que los avances que había ido consiguiendo, no sin esfuerzo, habían sido instantáneamente reportados a los enemigos de la abadía, una encarnación del mal aún no desenmascarada, personalizada en un individuo extranjero con una identidad envuelta en la bruma. Por otro lado estaba Sarah de Chantal, quien le había seducido en un momento de debilidad que acudía a su cerebro llenándolo de remordimiento. Llegó a pensar que todo el mundo decidía por él, que nadie le había preguntado si quería sumergirse en un caso de esas dimensiones; él, un humilde hijo de campesinos de Ivars d'Urgell, un pueblo en el que nunca pasaba nada.

Joan se levantó de la cama y se vistió con ropa de calle. No pensaría en oraciones, ni misas, ni elecciones abaciales, en su lugar se lanzaría a la naturaleza y liberaría su mente. Cogió el camino de Sant Jeroni.

Mientras recorría las mismas piedras por las que había discurrido miles de veces, sintió que el camino ya nunca sería el mismo, que a cada paso que se acercaba al lugar donde había yacido junto a Sarah su corazón palpitaba apresurado. Decidió apretar el paso. El ritmo de marcha rápida se transformó en una carrera endemoniada sin final. El sudor inundó la cara y el cuerpo de Joan, sus pulsaciones se aceleraron hasta el límite y sintió unas imparables ganas de vomitar. Prolongando el sufrimiento, logró alcanzar un punto que podía calificarse, incluso, de placentero. La carrera se había convertido en una vía de penitencia.

Cuando llegó a Sant Jeroni, el aire resonaba a través de sus conductos respiratorios, pero el sufrimiento había desaparecido ya del todo dejando en su lugar una especie de bienestar. Pasó casi sin mirar por delante de la ermita y decidió que continuaría hasta el mirador. Aquella sería la meta. Tenía todavía otro kilómetro de pronunciada subida para vaciarse por completo.

Los últimos escalones se presentaron como un obstáculo aparentemente insalvable. No estaba seguro de si podría llegar arriba. Notaba la sangre corriendo endiablada por sus venas, a punto de reventar sus sienes bajo la presión. Apenas un centenar de escalones y ya estaría arriba. Los saltaba de dos en dos, de tres en tres cuando eran más regulares. Un último esfuerzo. Un impulso tras otro. Las piernas le quemaban, incluso los brazos le dolían. Por fin el último salto.

Había allí dos personas sentadas y a pesar de ello, el monje no se pudo contener. Se dejó caer al suelo, se notaba al borde del infarto. Cerró los ojos buscando el aire. De pronto, una voz conocida le interpeló.

—Joan, ¿estás bien? —Al abrir los ojos se encontró con que María, la joven escaladora, le cogía la mano.

—Este tío es burro —añadió el compañero de la chica, Unai.

—Joan, por favor, dinos algo.

Aún no podía hablar, no hallaba la fuerza necesaria. Poco a poco, una sensación de bienestar le fue recorriendo el cuerpo. Alzó una mano para dar a entender que estaba bien y que esperasen. Estos volvieron a sus bocadillos. Apoyaron la espalda en una de las columnas del mirador. Tras ellos, el Pirineo vigilaba sus actos como un centinela de piedra, recordando el límite geográfico de Cataluña.

—Perdonad el susto —habló Joan al fin acercándose a la pareja.

—Eres un poco rarito para ser fraile.

—No sé si tomármelo como un cumplido...

—Pues deberías. Que sepas que, en general, no me caen bien los curas... —Se sinceró María.

—Entonces gracias, es un alivio —bromeó.

—Y dime, ¿qué te trae por aquí con tanta prisa?

—Estaba haciendo un poco de ejercicio... —Intentó seguir con el tono de broma.

—Vaya con el deportista. Y nosotros de simple excursión. Llevamos dos días sin escalar, pero acabamos de decidir nuestra próxima ruta: de mañana no pasa que nos vamos a buscar una pared escondida en la zona de Les Agulles, la parte más occidental del macizo. A esas rocas redondeadas las guías de escalada las ponen por las nubes.

—Me lo imagino. ¿Y dices que está escondida?

—A todos los que preguntamos no tienen ni idea de dónde está, pero la encontraremos. Es de las paredes de mayor desnivel de por aquí y, de las más complicadas de subir, por los escasos agarres y eso. Pero será estimulante —concluyó Unai.

—Igual ni existe el dichoso dedo —espetó María con rabia.

De pronto, el tiempo se detuvo para Joan. Ante él todo se hizo negro. Como transportado a un sueño olvidado se vio a sí mismo detrás de la figura de un viejo abad, muerto hacía más de cuarenta años, atormentado por la transcripción de un secreto que no supo a quién legar. Lo vislumbró estático, con los ojos entornados llenos de lágrimas, esforzándose por simplificar en una frase la liberación de un yugo que alguien le había obligado a soportar contra su voluntad. A él y a sus sucesores. Lo descubrió clarividente en su decisión de romper esa transmisión consuetudinaria: decidiría una codificación difícil, pero accesible para los amantes de esa tierra sagrada... «Solo la sagrada tierra de Montserrat tiene en sus manos...». En sus manos... En sus manos... Lo más simple en unas manos... en las manos figuradas de



Montserrat...

—¿Cómo dices? —le interrumpió María. Joan alzó la vista con una chispa de luminosidad en sus ojos, como atesorando toda la energía del sol, que superaba en esos momentos su cénit en lo alto del cielo. Había hablado en voz alta sin darse cuenta.

—El Dedo de Dios —susurró Joan sin pestañear todavía.

—Sí, ese es el monolito que queremos subir. Se ve que tiene una forma bastante característica —añadió María entre risas.

Pero Joan ya no estaba escuchando. Su cabeza iba a mil por hora; acababa de recordar que ciertamente había una aguja de la montaña que se llamaba el Dedo.

Podía ser, podía ser la interpretación correcta. Necesitaba estar a solas y un mapa... Y necesitaba que nadie se enterase de esa posibilidad para mantener en secreto su descubrimiento. Tenía que ganar tiempo como fuera.

Los dos jóvenes lo miraban absortos. Hacía poco que conocían al monje, pero no era la primera vez que no comprendían su comportamiento. Ambos identificaban tal rareza con el hecho de ser un fraile enclaustrado, para ellos la mayor extravagancia.

Joan les devolvió la mirada. Los veía pero no era capaz de relacionarlos con la realidad, como si estuvieran más allá de aquella montaña y de sus pensamientos. María le interrumpió.

—¿Qué? ¿Estás aquí o allí?

—¿Perdona? —preguntó Joan confuso.

—Que si nos quieres decir algo o te quieres pasar el resto del día mirándonos.

—¡Ah! Perdón. No pensaba que... —Joan se azoró y le costó volver a esa realidad—. ¿Os importaría prestarme uno de vuestros mapas?

Ya era media tarde cuando Joan regresó a la abadía. Su excursión por Sant Jeroni había resultado una experiencia reveladora: había escupido toda su desesperación al vacío y había descubierto una posible ubicación del tesoro que tanto había trastocado la vida en la comunidad montserratina. No quería apresurarse y dar nada por concluido, pero el Dedo de Dios encajaba en la frase que había descodificado.

«Las manos de la sagrada tierra de Montserrat», recordó Joan. Al escuchar la referencia a esa pared su intuición le había hablado de nuevo. El abad Josep estaría orgulloso de él; su rostro de joven vino a su memoria y pudo ver otra vez la paz en sus ojos. No había heridas ni culpabilidad en él, solo esperanza.

Volvió en sí al escuchar las campanadas que comenzaron su melodía desde la basílica de Santa María. Un total de diez campanas con nombres propios indicaron que las siete menos cuarto habían llegado. Debía darse prisa si quería llegar a tiempo a la plegaria. Ahora que quizá había resuelto el enigma, quería celebrarlo permitiéndose asistir a una oración que para él sería muy sentida. Había sido capaz de encontrar el camino hacia dónde dirigir sus siguientes acciones y se sentía ansioso

por iniciar su desarrollo. Esa noche lo prepararía.

Primero localizaría en el mapa el Dedo de Dios y después pensaría en cómo acceder a él sin ser visto. Había quedado con María y Unai muy temprano. Ellos le acompañarían. Debía ser precavido para que ni el extranjero ni Sarah le siguieran. Joan jugaba ahora con ventaja y podía utilizar la ignorancia de Sarah en su provecho. A través de ella desviaría la atención del extranjero mientras comprobaba el Dedo de Dios. Joan estaba aprendiendo rápido a moverse por un camino lleno de trampas.

El monje atravesaba el atrio para acceder a la basílica cuando Sarah salió de las sombras y le frenó. Sobresaltado, Joan se paró en seco.

—Perdona, ¿te he asustado? —preguntó con voz inocente.

A Joan le costó unos segundos recuperar la compostura y disimular su enfado con Sarah para evitar toda sospecha.

La verdad era que se sentía traicionado y dolido. Pero si quería resolver el conflicto del arsenal, sus acciones debían ceñirse a su plan inicial y dejar a un lado esos sentimientos viscerales.

—Lo siento —dijo forzando una sonrisa—. Debo asistir a vísperas. Los demás monjes empiezan a mirarme mal.

—Por supuesto. —Ella le devolvió la sonrisa—. ¿Nos vemos mañana? Quisiera contrastar algunas hipótesis contigo.

—De acuerdo. Mañana después de los maitines pasaré a verte —contestó manteniendo la calma pero alejándose ya.

—Estaré en la biblioteca.

Los cantos de los monjes ya se escuchaban en el interior de la basílica y Joan deseaba estar dentro con ellos.

—Hasta mañana a eso de las siete entonces —respondió girando su cuerpo para cruzar la puerta y unirse a la oración.

Sarah acababa de servirle en bandeja el tiempo que necesitaba.

## Capítulo XLIII

### EN ALGÚN LUGAR DE ALSACIA, 25 DE SEPTIEMBRE DE 2009

—Suba, Van Hutten —dirigiéndose al chófer, Jonás añadió—: Al restaurante Porto Vecchio.

—Señor, yo tengo el coche aquí... —objetó Van Hutten.

—No se preocupe, mi chófer lo traerá de vuelta y luego volverá a buscarme. Tendré para un rato: una cena con conocidos de mi mujer, un par de corsos engréidos y susceptibles hasta decir basta.

Van Hutten se acomodó en el asiento trasero del Mercedes apoyando el maletín sobre sus rodillas. Intentó mostrar algo de empatía:

—A veces los compromisos familiares pueden ser molestos, ¿verdad?

Jonás frunció el ceño.

—¿Qué compromiso familiar ni qué...? No, Van Hutten, el compromiso es para mi mujer, que ya está con ellos en plena comida. Yo voy a llegar justo para los postres. A mí me interesa hablar con los corsos por otro motivo. Bueno, nos —y recalcó ese «nos» mirando a los ojos de Van Hutten— interesa a todos...

—¿Ah...? —Van Hutten abrió los ojos sorprendido—. Disculpe, no recuerdo...

—Claro, no recuerda porque todavía no le he dicho nada. Relájese, Van Hutten, le cuento ahora brevemente y más adelante le daré los detalles. Usted sabe que en Córcega hay un fuerte movimiento independentista, ¿verdad?

—Sí, señor, estoy al tanto. Aunque creo que se unieron diversas facciones y firmaron un armisticio hace algún tiempo...

—Correcto. Pues bien, está a punto de surgir una escisión que romperá el alto el fuego.

—¿Volverán los atentados?

Jonás cabeceó afirmativamente.

—¿Y cuál será nuestro papel?

—Les suministraremos armas.

Van Hutten se quedó pensativo.

—Disculpe, pero... no sé, no acabo de ver...

—¿El negocio? —le interrumpió Jonás—. A ver, Van Hutten, nos interesa no tanto por las armas que vayamos a vender, ya que tampoco pueden ser muchas, sino por la desestabilización que vendrá después. Que vuelvan a aparecer atentados nos dará, primero, dinero rápido en armas, tanto para los corsos como para el gobierno francés. Y segundo, facilitará y allanará el camino a nuestros candidatos políticos,

que se presentarán siempre como garantes de la seguridad y la mano dura contra los terroristas. Además —continuó Jonás, poniendo énfasis en advertir que todavía no había terminado su discurso—, como en Córcega la principal fuente de ganancias es el turismo, en cuanto los atentados vuelvan a ser algo cotidiano muchos se arruinarán. Será el momento para comprar a bajo precio hoteles, restaurantes, todo tipo de negocio relacionado con el turismo, ya sabe. Después, cortamos el grifo a los terroristas y *c'est fini*. Sin armas se verán obligados a firmar otro armisticio y Córcega volverá a ser rica y próspera. —Se detuvo mientras echaba un vistazo por la ventanilla y concluyó con rotundidad—: Y nuestra. Un punto de apoyo más en nuestra amada Europa.

Van Hutten escuchaba atento, con el gesto de quien está tratando de memorizar algo. Cuando Jonás terminó de hablar esperó unos segundos y después dijo:

—Entonces... ¿va ahora a entrevistarse con terroristas corsos?

Jonás levantó la mano como queriendo decir «pero ¿qué dice?».

—¿Me toma por imbécil, Van Hutten? —El mencionado se ruborizó—. Yo me voy a reunir con hombres de negocios a los que lo único que les interesa es el dinero. Ellos serán nuestros «comerciales». Les importa tres pimientos el futuro de Córcega, de Francia o del puñetero planeta. Sí, Van Hutten —dijo bajando la voz—, a veces hay que tener negocios con gente así, tan faltos de ambición que solo les interesa el dinero. Pero nos va bien, son extremadamente fáciles de manejar. Y llegado el caso, tampoco cuesta nada deshacerse de ellos.

Acompañó esta última frase con el gesto de quien se sacude las manos. Van Hutten admiraba esa capacidad de tomar las decisiones más terribles como quien realiza una sencilla tarea doméstica.

—Ya le tendré informado, pero dígame a qué venía. ¿Qué me tiene que comunicar?

El lugarteniente reaccionó, abriendo el maletín y extrayendo unos papeles de él como si le hubieran accionado un resorte.

—Sí, disculpe, es que necesitamos que firme esta orden para que la fábrica prepare las unidades detalladas en...

Jonás sacó un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta y cogió los documentos que le ofrecía.

—Sí, ya, lo de Afganistán. ¿Dónde tengo que firmar? ¿Aquí? —dijo señalando un espacio al final de la hoja.

—Exacto, señor. Es un primer pedido ya hablado. El resto, que es en realidad la mayor parte, está pendiente de la planificación definitiva. Será cuestión de poco tiempo.

—Bien, bien. —Sonrió satisfecho—. ¿Ve lo que le decía? Esto es una prueba de que no podemos pensar solo en el dinero, Van Hutten. Fíjese en lo que conseguimos —empezó a enumerar mientras contaba con los dedos—: uno, que nuestra querida Europa occidental no dependa de Rusia en el tema del gas; dos, reactivar la economía

de muchas empresas que participan en el proyecto; tres, mejorar una zona y, de paso, asegurarnos que quede bajo nuestro control; y cuatro, dinero. ¡Es fantástico! —Se palmeó una rodilla en un gesto de entusiasmo—. Perfecto. Dígame, ¿alguna buena noticia más?

Van Hutten dibujó una sonrisa tímida. No era fácil ver a Jonás tan entusiasmado. Esas contadas ocasiones le inspiraban una especial satisfacción: se sentía no ya un empleado sino un aliado, y de alguien realmente poderoso.

—Sí, señor. Hace un instante me han informado sobre el asunto Montserrat: el joven monje se prepara para localizar el lugar. La suiza está convencida de que él ya sabe de qué lugar se trata o que al menos tiene una pista de dónde puede estar el objetivo. La resolución puede ser cosa de horas...

—¿Horas? —repitió Jonás—. ¡Eso es estupendo! Espero que de una vez por todas se confirme el rumor que desató todo esto. Van Hutten esperó callado. Notó que su jefe estaba abstraído, como recordando algo. Sabía por experiencia que era mejor no interrumpirle y dejar que fuera él mismo quien continuara con la explicación. Al cabo de un rato, Jonás, mirando todavía al vacío, siguió hablando como en una reflexión:

—Recuerdo que me sorprendió cuando, hace muchos años, la abadía de Montserrat se puso en contacto con el Institut Lavinier. El hecho de que un monasterio consulte la solución a un texto en clave evoca siempre tesoros ocultos, algo referente a reliquias, a Jesucristo, a la riqueza de la Iglesia, ya sabe... —En ese momento Jonás se colocaba unos guantes. Hizo una pausa para encenderse un Dunhill y continuó—: Aunque debo confesarle que la verdadera confirmación de lo que podía contener esa montaña me llegó hace poco. Tengo un buen amigo y camarada en España muy bien relacionado con el ejército español, un tipo que en su momento fue un importante fabricante de armamento. Aprovechando un viaje de negocios fui a visitarlo. En una de esas sobremesas eternas a las que son tan aficionados los españoles le comenté lo de Montserrat, ya que estábamos hablando de cosas insustanciales. La noche antes habían emitido un reportaje por televisión sobre la afición de los nazis al esoterismo, y ese hombre, que había conocido a más de uno, me contó algunas anécdotas. Yo saqué a colación lo de la visita de Himmler a Montserrat. Fue entonces cuando me lo explicó y, qué casualidad, me encajaron las piezas que llevábamos tiempo manejando.

Jonás dio varias caladas a su cigarrillo con estudiada parsimonia. Aunque miraba al frente, con el rabillo del ojo controlaba a Van Hutten, quien se mantenía expectante.

—Mi amigo recordó que un viejo general navarro con el que había tenido amistad su familia, un tal Armendia, le había contado años atrás algo referente a un arsenal valiosísimo que estaba atrapado en Montserrat. El general se hizo el misterioso y no le quiso comentar más, por lo que mi amigo pensó que simplemente se estaba haciendo el interesante, que le estaba contando una batallita —hablaba en un tono melancólico, evocador—. En consecuencia, mi amigo no le hizo mucho caso. De

hecho, me lo contó en esa sobremesa como un chismorreo más. Pero a mí se me encendió la luz: mientras él seguía parlotando, yo recordé aquella petición de la abadía de Montserrat al Lavinier. En cuanto volví di las instrucciones precisas. Decidí que Suis Viribus debía jugársela de una vez por todas en esa investigación iniciada tiempo atrás. Y ahora —dejó escapar un suspiro de satisfacción—, ya ve, Van Hutten, nos hallamos a punto de confirmar que mi intuición no me engañó. Estamos seguros de que allí hay algo, solo nos falta saber dónde se esconde, cuál es su valor y si habrá justificado todos nuestros desvelos. Ya sabe, en algunos proyectos ganamos más que en otros, pero así son los negocios, ¿no?

Van Hutten asintió y Jonás se quitó los guantes. Su aversión al olor del cigarrillo en las manos y a las posibles manchas de nicotina no era bien entendida por todo el mundo, por lo que el holandés supuso que Jonás no querría presentarse en ese restaurante con guantes; podría entenderse como un gesto presuntuoso, casi afeminado. Debía ganarse el respeto de esos hombres, y sí, también convencerles de que iban a ganar mucho, mucho dinero. Muchísimo. Otro tema era que les quedara suficiente vida para disfrutarlo. Pero eso, pensó el lugarteniente, serían daños colaterales, inevitables en toda guerra. Porque eso era lo que estaba a punto de comenzar en Córcega: una guerra.

Tras bajarse del Mercedes, Jonás se encaminó con parsimonia hacia las escaleras de entrada al restaurante. El clima era agradable, y seguro que se sentía optimista. El pensamiento de Van Hutten volvió al arsenal oculto de Montserrat; ardía en deseos de saber qué contenía ese tesoro y qué provecho podría aportarle a Suis Viribus.

Tenían motivos para sentirse bien: Montserrat a punto de caramelo, el asunto de Afganistán cerrado y ahora Córcega como proyecto en ciernes.

Aquel era un mundo cruel y despiadado, pensó Van Hutten. Pero Suis Viribus estaba siempre en el bando correcto: el del vencedor.

## Capítulo XLIV

MONTSERRAT, 26 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Joan, sentado todavía en la cama de su celda, se sentía en peligro. Su conciencia le iba dictando los pasos a seguir aunque no estaba seguro de ellos.

La decisión de mezclar a dos jóvenes bondadosos, un tanto agnósticos, iconoclastas, seguramente en pecado pero aun así coherentes con sus ideales y cooperativos quizá fuera poco meditada. Se estaba arrepintiendo de haber quedado con ellos, pues estaba a punto de llevarlos hacia una ratonera cuya resolución era incierta sin ellos saberlo.

Era noche cerrada y cada segundo contaba. Quedaba todavía un buen rato para la hora de maitines y no había tiempo que perder antes de que Sarah acudiera a su encuentro. Joan no pensaba asistir a la cita. Las sospechas sobre ella eran cada vez más convincentes. Su intuición parecía gritarle a voces que desconfiara de sus palabras y del afecto que le había demostrado. Al pensar en ella una punzada, mezcla de dolor y culpa, contrajo los músculos de su rostro apretando las mandíbulas hasta el umbral del dolor.

La resolución de todo estaba cerca y tenía la seguridad de que al final había dado los pasos adecuados.

Despejó su cabeza de pensamientos colaterales que le pudieran alejar del objetivo que ahora le ocupaba. Debía estar pendiente de los detalles y no dejar ningún cabo suelto: lo prioritario era actuar rápido para que nadie le siguiera.

En los jardines del monasterio Joan se sintió extraño a esas horas. Salió sigilosamente con unas zapatillas deportivas para hacer el menor ruido posible. En su destino las sustituiría por los pies de gato que Unai le había regalado y que colgaban de su hombro atados entre sí. Aprovechó las sombras que la luna en cuarto creciente proyectaba sobre el suelo, como estaciones sobre las que articular la escapada. Aceleró ante los espacios despejados y se detuvo en medio de las sombras.

Cogió aire. No estaba cansado, solo nervioso, y esperaba recuperar el temple al caminar. La bruma que envolvía su cabeza no tenía contraparte real y ese día amanecería despejado. Desde el cielo las estrellas refulgentes recordaban la presencia de lo desconocido.

Encaminó sus pasos hacia la sala de herramientas del jardinero. Sabía que allí Jacinto disponía de todo de lo que necesitaba. Levantó un pico y lo sopesó con ambas manos. Era pesado, muy pesado. Recogió una cuerda y la cortó para atarse la herramienta a la espalda. Encima de una mesa metálica, una linterna antigua pero potente estaba apoyada sobre su culata; Joan la encendió para comprobar que funcionara. Un fogonazo aturdió sus sentidos y lo acabó de despertar. La colgó

entonces de la cuerda del pico. Detrás de la puerta, un llavero con forma de cuadro en el que había una foto de Montserrat amontonaba una multitud de llaves de todos los tamaños. Instintivamente, Joan escogió la que tenía la carcasa de plástico negro, que sobresalía del conjunto. Pertenecía a la furgoneta de Jacinto.

Ya eran casi las cinco y para Sarah la noche continuaba expandiéndose a medida que pasaban las horas. Oculta entre las columnas de la plaza de Santa María, vigilaba la entrada a las celdas y esperaba el momento en el que Joan se la jugara. La última conversación le había inspirado tal desconfianza que la había llevado a tomar la decisión de vigilar al monje durante toda la noche. Si él había especificado una hora en la que acudiría a buscarla al día siguiente, estaba segura de que este emplearía las previas en hacer algo que no quería que ella supiera. Por eso estaba ahí. Para descubrirlo. Había informado a Brambora sobre sus sospechas para que este tomara su puesto de vigilancia a eso de las cinco y así ella pudiera descansar. La hora casi había llegado. A buen seguro aquel excombatiente hubiera podido estar toda la noche en pie sin sufrir ninguna crisis, pero ella había querido participar en esa vigilancia e intentar ser la primera en encontrarse con Joan. Quizá así hubiera podido advertirle o convencerle para que se dejara acompañar. Pero nada de eso había ocurrido y se había pasado las horas buscando la forma de resolver la encrucijada en la que se encontraba: ¿su trabajo o Joan?

Sentada en la oscuridad, había revisado sus dudas una y otra vez. Dudas; algo que había experimentado si no nunca, en contadas ocasiones, pero que últimamente no cesaba de aparecer en sus cálculos. Abrigada con una chaqueta de pana marrón sobre los tejanos azul oscuro casi negro que llevaba, sentía escalofríos. El verano terminaba y con él el calor. Cerca de la una y media llegó a la conclusión de que sus sentimientos por el monje no podían interferir en la razón primera que la había llevado a Montserrat. Pero a eso de las cuatro volvió a cuestionarse la soledad que la rodeaba, pensamiento al que justamente recurría en un momento en el que las sombras y la piedra eran lo único que podía tocar. Entonces quiso volver a sentir el mismo calor que hacía unos días la había transmitido Joan y empezó a recordar los dedos de él entrometiéndose por su cabello y sus brazos tomándola con fuerza. Se permitió la licencia de deleitarse con los detalles de la noche que pasaron juntos en Sant Jeroni. En el silencio de la oscuridad, Sarah suspiró de nuevo al recordar: el sonido de la lluvia, los gemidos apagados de él, los gritos liberadores de ella, los fríos cantos del suelo clavándosele en las piernas, él moviéndose en su interior... Un chasquido la distrajo de tal placentero recuerdo. La silueta de Brambora ataviada bajo una larga gabardina se aproximó hasta donde estaba ella.

—Espero que tengas razón —habló el excombatiente en un susurro. Sarah sintió vergüenza, como si el esloveno pudiera ver sus pensamientos.

—Confía en mí —masculló Sarah. Brambora había estado presionándola y ella



tenía la sensación de que aquella noche sería decisiva en la investigación. Después de todo, Sarah estaba consiguiendo reorganizar sus pensamientos. El extraño comportamiento de Joan del día anterior y la excusa sobre los maitines (una de las pocas plegarias a las que no se invita a las mujeres) la hacía sospechar que él ya no confiaba en ella. Alguna circunstancia que ignoraba había acelerado el proceso y estaba convencida de que en breve la resolución de aquel caso sería cosa hecha. Sarah había tomado su decisión: no iba a desaprovecharlo.

Sarah se dio cuenta de que Brambora no era tan distinto a ella: ambos luchaban por sobrevivir haciendo lo que mejor se les daba en un mundo que no les había tratado demasiado bien. Ella no conocía toda la historia de Ladislav Brambora, pero su contacto en Suis Viribus le había ofrecido un resumen de sus días como soldado, mercenario y asesino a sueldo. No había duda de que era un hombre peligroso. Suis Viribus, «con las propias fuerzas». Sarah pensó que Brambora por sí solo componía ya gran parte de esas fuerzas.

—Puedes irte a descansar. Te aviso si pasa algo —le dijo Brambora.

Era lo más amable que le había oído decir desde que se conocían. Sarah dudaba si marcharse o no a su apartamento, pero al observar de reojo las enormes manos de aquel individuo solo vio sangre. La sangre de Joan. De repente, vio con claridad que en cuanto Joan les llevara hasta donde se encontraba el tesoro, Brambora lo eliminaría. Después de cumplir con lo que esperaba de él, no sería más que un estorbo. Sarah casi podía sentir ya su pérdida y una pesadumbre insoportable le sobrevino. Decidió quedarse entonces junto al asesino.

—No. Te acompaño —pronunció con firmeza.

Un sonido los puso en alerta. Brambora y Sarah se miraron con los ojos bien abiertos y se retrajeron de nuevo a las sombras de aquel semiclaustro gótico fundiéndose con ellas.

Los pasos provenían del interior del edificio. Eran rápidos y amortiguados, como si alguien tratara de caminar lo más veloz posible sin que nadie lo escuchara. Segundos después, surgió una silueta que ninguno consiguió distinguir a causa de la oscuridad. Ya en el exterior las piernas de aquella figura aceleraron el ritmo y cruzaron silenciosamente la plaza de Santa María, para torcer después en dirección al aparcamiento de la abadía. Se trataba de Joan.

—Tenías razón —reconoció Brambora.

—Sí —respondió Sarah con sequedad. Experimentó cierto pesar al ver cómo se confirmaba lo que había sospechado. Empujada por el esloveno, empezó a caminar tras la estela del monje. La neblina empezaba a diluirse entre la incipiente claridad que el sol, aún escondido, resucitaba en alguna parte del horizonte. Manteniendo una distancia prudencial, Sarah y Brambora se dirigieron al mismo *parking* en el que Joan acababa de arrancar una vieja furgoneta Renault Express.

—¿Qué lleva encima? —preguntó Sarah.

—Unas botas, una linterna y un pico —respondió Brambora sin dudar.

Parecía seguro que Joan iba diligente camino del tesoro y que, además, este exigiría excavar.

El camino se hacía largo. Joan no estaba avezado a la conducción y las curvas eran muchas y cerradas. La carretera se reviraba en un caracoleo interminable a media ladera, por debajo de las caprichosas agujas de la parte oeste de la montaña. Las prisas le hacían acelerar, lo que le impedía precisar demasiado los movimientos. Los neumáticos soltaban agudas quejas y peligrosos bandazos sacudían toda la carrocería. Hacía más de dos años que Joan no cogía un coche.

Al llegar a Can Maçana, Unai y María ya tenían gran cantidad del material extendido en el suelo del aparcamiento, preparado para repartirlo en las mochilas. Joan les había cogido cariño a aquellos chicos. Nunca le habían pedido nada por ayudarle y siempre habían estado dispuestos a hacerlo sin preguntar de qué forma. En el trayecto a aquella casa solariega situada en la colina adyacente, Joan había tomado una decisión con respecto a ellos. No podía arrastrarlos a su aventura. Era peligrosa y ni siquiera estaban al tanto de lo que sucedía. Unai y María no tenían nada que ver con el padre Josep ni con el resto de la abadía. Por ese motivo, debía plantarse y pedirles que se marcharan. Lo mejor era que se quedaran al margen de aquel asunto que se les escapaba de las manos, sin explicaciones ni más detalle.

Al bajar de la desvencijada furgoneta, el rostro sombrío de Joan disolvió la alegría de los dos jóvenes.

—Buenos días —apuntó Joan.

—¿Te ha pasado algo? —preguntaron al unísono.

—Algo, sí —anunció impreciso.

—Pensábamos que no venías. —Soltó María con el ceño fruncido.

Las puertas abiertas de la Volkswagen Transporter mostraban un desorden doméstico. El colchón en el suelo y las mantas arrebujadas daban fe de la austeridad de la pareja.

—Os tengo que pedir algo. —Inició Joan más firme—. Creo que al final debemos separar nuestros caminos. Yo no quiero embarcaros en una aventura de la que es mejor que no sepáis nada y... —decidió frenar su explicación—. Y os quiero agradecer el apoyo que me habéis dado hasta ahora. Sois unas personas formidables y, por eso mismo, es mejor que vaya solo.

—¡Eh, eh! Para el carro —le interrumpió María, enfadada—. Nosotros estamos de vacaciones y las invertiremos a nuestro gusto. Porque tú nos des plantón y no nos enseñes dónde está la pared a pesar de que lo prometiste... —Joan apretó la boca, la chica tenía razón, había cometido otro error— no significa que no la busquemos. Tú, que no pegas palo al agua durante todo el año, igual lo ves factible, pegarte tus garbeos y esas cosas, pero nosotros curramos, ¿sabes? Hemos removido Roma con Santiago para poder juntar un par de semanas de vacaciones y venir a esta montaña, a

escalarla hasta reventar. Te agradecemos tus charlas y todo eso, pero ya está, aquí no se para el mundo porque tú estés buscando vete a saber qué y...

—Déjalo hablar, María —sentenció Unai.

—Os comprendo muy bien. Solo pretendo no mezclaros en mis problemas. —Ante la mirada extrañada de ambos jóvenes, Joan decidió justificar un poco más su desplante—. Hay gente, digamos, peligrosa detrás de lo que busco, y espero y deseo que no os salpique. —La expresión de Joan era toda ella una súplica.

—Todos estos curatas son iguales, siempre con sus tonterías: «uy, no, ahora no os lo explico, confiad en mí, tened fe». —María imitaba un tono de voz petulante—, pero luego hacen una promesa y no la cumplen. Pues mira, no vamos a hacer lo que tú nos digas. ¡Ni que fuésemos dos corderitos! —exclamó finalmente—. Díselo tú, Unai.

El monje no le dio tiempo.

—Yo me voy; no me sigáis. Y deseo por vuestro bien... no, mejor os lo ruego, que abandonéis vuestro propósito. Adiós, nuestros caminos se separan.

El recuerdo de su maestro japonés acudió a la memoria de Joan. Una nueva despedida, aunque en forma inversa. De nuevo el hombre que se ve en el espejo, tergiversado por la realidad, por la cercanía de la realidad. Ahora él era el maestro, que se alejaba de sus discípulos por su bien. En aquel entonces él se alejó de su *sensei* y este fue el que rechazó la despedida. Todos los caminos que se separan vuelven a cruzarse, pero con las circunstancias cambiadas. Sabía que sería muy difícil volver a vivir como ermitaño en aquellas montañas japonesas, igual que sabía imposible volver a tener la misma relación con Unai y María después de esta conversación, por momentos tan dura. Solo quedaba entonces el camino del desencuentro para evitar un mal mayor. Su intención había surtido efecto y, mientras él se alejaba, María saltó.

—Pues vete con viento fresco. Ya estoy harta de tu espiritualidad y tus tonterías. A ver si te crees que te necesitamos. —Las palabras salían por su boca como impelidas por un rayo, sin pausa ni freno—. Tú eres el que nos necesita, que no tienes ni un cordel para ponerte a escalar una pared, hombre. Vete ya y ábrete la crisma.

—Ya vale, María. Déjalo.

## Capítulo XLV

La persecución continuaba. Sarah pensaba cómo convencer a su compañero de que la muerte de Joan no era necesaria. Quizá si este prometiera no revelar la existencia de ese arsenal a nadie, Brambora le perdonara la vida. Sarah no tardó en ver lo improbable de tal posibilidad. El esloveno era un asesino con una misión clara. Y Joan... Joan era demasiado honesto como para prometer ocultar un secreto así y permitir que un extranjero le sacase provecho. Sarah debía hallar la manera de salvarle la vida antes de que le dieran alcance.

Los dos extranjeros esperaron a que la sombra hubiera partido con su furgoneta antes de acceder al coche de alquiler que Brambora tenía allí aparcado.

Sentada ya en el asiento de piel del copiloto, perdió de vista la tartana del monje entre la oscuridad que abrazaba a la montaña. Joan parecía huir de las garras del diablo, a juzgar por la velocidad a la que conducía por la carretera, que a esas horas se encontraba desértica. Pero Brambora mantenía esa distancia razonable sin miedo a perderla. Con los faros apagados, demostraba una sorprendente habilidad entre tanta negrura apenas surcada por las primeras aunque lejanas luces del día.

—Busca los prismáticos —ordenó a Sarah al tiempo que señalaba con su pulgar la parte trasera del coche. Ella los alcanzó enseguida—. Ahora utilízalos.

Sarah comenzó a seguir a Joan a través de los prismáticos. Alrededor de diez kilómetros después, este se desvió a la izquierda, salió de la calzada y se adentró en lo que, según el cartel, era el aparcamiento de Can Macana. Los extranjeros siguieron un breve tramo por la carretera que descendía hacia Manresa en dirección opuesta al desvío y aparcaron el coche en la entrada de un camino rural. De pronto, la tracción del Mercedes giró en el vacío antes de frenar en seco. Los primeros rayos de luz empezaban a iluminar el paisaje. Debían permanecer ocultos hasta que Joan les indicara el camino que tenían que seguir.

—Vamos.

—¿Adónde? —preguntó Sarah.

—A buscar un punto de observación.

El mercenario sacó una mochila de color verde militar del maletero y, tras caminar un buen trecho por el pedregoso camino, cogió los prismáticos de las manos de Sarah y se asomó a través de los matorrales. Escondido entre la maleza, pudo seguir desde lo alto de aquel escondrijo las acciones que Joan estaba llevando a cabo. Así, Brambora fue testigo de cómo el monje charlaba en el *parking* con un chico y una chica que tenían esparcido en el suelo gran cantidad de material de escalada. A primera vista, aquellas dos personas se parecían bastante a los dos escaladores con los que Joan había estado practicando por lo menos en una ocasión. El hecho de que fueran a esa hora los únicos, además del monje, que moraban el aparcamiento le hizo

sospechar que quizá sabían algo que no les convenía. Eso significaba que Joan había roto la promesa que Brambora había exigido al abad muerto. Le hirvió la sangre. Si estaba en lo cierto y había más personas enteradas de aquel asunto, la abadía experimentaría un duro revés.

Joan se colgó el pico a la espalda y se alejó del chico y de la chica que se quedaron remoloneando en el aparcamiento.

Joan se volvió con expresión triste. No le había resultado nada fácil imponerse así a aquellos chicos tan entregados. El sol apuntaba ya en el horizonte. Joan miró su reloj y vio que eran ya las seis. Quedaba poco más de una hora para que Sarah se diera cuenta del engaño y se pusiera a buscarlo, pero para entonces ya sería tarde y no tendría idea de dónde buscarlo. La ventaja era importante y la debía aprovechar. Desde su regreso, Joan tenía la sensación de haber estado viviendo en tierra de nadie, de las verdades a medias, con el fiel de la balanza del bien y del mal en que se sopesan las propias decisiones vencido hacia un lado. No, no volvería a ser el mismo. Había escogido un camino sin retorno que le llevaba a descubrir una parte de sí mismo que ignoraba y que no hacía otra cosa que separarle más si cabía de los demás hermanos. Había comprobado su debilidad y ahora pretendía contraatacarla haciendo bien las cosas. Aunque sospechaba que los vascos harían caso omiso de sus recomendaciones, solo esperaba que se marcharan de allí antes de que su plan culminara. ¿Qué pasaría si hallaba el tesoro? ¿Qué vendría después?

Joan se adentró en el sendero, frondoso, al principio. Después fue clareándose hasta abrirse al cielo, ahora ya menos naranja y más azul. Al fondo Joan divisó el Dedo de Dios, un monolito cercano al torrente del Loro. Había transitado en multitud de ocasiones por un camino cercano que surgía del refugio Vicenç Barbé, parada obligada de los excursionistas para refrescarse en los rigores del verano. No comprendía cómo no había caído antes en que aquella zona podía contener la respuesta.

En el trayecto, Joan se mentalizaba de lo que estaba a punto de afrontar. Una vez llegara al objetivo trataría de lograr un estado de concentración tal que le impidiese cometer error alguno. No se lo podía permitir, no en una vía de ascensión vertical de cuarenta y pico metros, como había discutido con Unai la tarde anterior. No era imposible, pero para él, sin equipo, un solo desliz podía ser fatal. Además, al carecer de ligazones no podría descansar en ningún momento: serían unos cuarenta y cinco minutos de esfuerzo ininterrumpido.

Se había pasado la noche estudiando el mapa topográfico de María y Unai. Antes de llegar al alto del Coll del Porc debería girar a la izquierda para adentrarse en esa especie de bosque pétreo en que los árboles que jalonaban el paisaje eran minúsculos en comparación con las enormes agujas de piedra que salpicaban todo el panorama. Parecían unos centinelas cansados tras siglos de vigilancia que descansaban erguidos.

Mil formas que remitían a otras formas, como las nubes al pasar en el cielo conformaban un paisaje onírico que se alteraba ante el estado de ánimo del que miraba. De repente, ante las estribaciones del camino surgieron imponentes todas las moles de roca. Esa zona se conocía como la Mano de Dios. Una especie de energía que nacía en su estómago le removi6 todo el cuerpo y le confirm6 hacia d6nde debía dirigirse, como si de un zahir6 se tratara. Sin necesidad de una rama en forma de y griega, Joan sentía en su interior la confirmaci6n indudable del lugar hacia d6nde ir. Aquella escultura imposible, el Dedo de Dios, contendría en su interior la clave del tesoro de la vergüenza, el oprobio del arsenal precioso atrapado en su seno y la causa de la desaz6n que consumi6 a abades ya fallecidos.

La aproximaci6n se le hizo lenta y pesada porque las ansias de llegar se acentuaban con la presencia de su objetivo en el horizonte.

De su ligera mochila militar Brambora extrajo un mapa alpino con la topografía detallada de la zona oeste de la montañ6. Señal6 la posici6n del aparcamiento y, apostándose firmemente contra un tronco de pino, escane6 los bosques con los prismáticos. Cada vez que veía aparecer fugazmente a Joan entre la vegetaci6n marcaba sobre el plano su recorrido con un rotulador de color azul. Se mantuvo así hasta que, en el collado descrito en el mapa como La Portella, desapareci6 de su vista. Sarah permanecía en silencio observando con la mirada perdida la creciente línea azul que su compañero reseguía.

Entonces Brambora lo recogió todo e inici6 su marcha, con Sarah detrás de él, hacia donde aún se encontraban los supuestos cooperantes. El sicario observ6 detenidamente el lugar en el que los dos montañeros continuaban con su material extendido sobre el suelo, asegurándose de que nadie inoportuno los acompañaba. Brambora aceler6 en esa direcci6n.

Sarah le seguía como podía, tropezándose con todos los obstáculos que iba encontrándose en el camino, algo que incrementaba los nervios del mercenario, cada vez más irritado. No podía soportar la debilidad en las personas. Cruzaron la carretera y enseguida Brambora estuvo lo bastante cerca como para asaltar a los amigos de Joan.

—¡Quietos! —Los apuntaba con su pistola.

—Tranquilo, tío, que no tenemos nada —dijo María levantando las manos.

—Sí que tenéis —respondió Brambora con agresividad—. ¿Ad6nde se dirige el monje?

—¿Qué monje? —pregunt6 María inclinando la cabeza con chulería. Se notaba que ponía todo su empeño en disimular el miedo que en aquel momento se esparcía por todo su cuerpo.

Con un gesto mecánico, Brambora dispar6 su pistola con silenciador sobre el hombro de la muchacha, que cay6 al suelo gritando de dolor. Unai se arrodill6 junto a

ella incrédulo y asustado.

—¡Hijo de puta! —exclamó el chico dirigiendo su mirada hacia Brambora mientras sus ojos se llenaban poco a poco de lágrimas. Apretaba con las dos manos el boquete que la bala había dejado en el hombro de su novia, en un intento por frenar la hemorragia. Se arrancó torpemente la camiseta y la apretó justo donde la sangre brotaba sin cesar.

Sarah observaba la situación paralizada.

—Decidme lo que necesito y os dejaré en paz —agregó Brambora con sangre fría.

Unai habló al fin.

—Va camino del Dedo de Dios —pronunció entre balbuceos—. Para escalarlo.

El Dedo de Dios. Al escuchar tal indicación, la mente de la criptóloga captó como en un fogonazo a qué lugar se refería el mensaje cifrado que había pasado los últimos días investigando. Pero Joan lo había hecho antes, siempre un paso por delante de los demás. Sarah no pudo evitar sentir admiración.

Volvió a repetir para sí parte de la frase a la que tanto tiempo había dedicado. «Solo la sagrada tierra de Montserrat tiene el oprobio del arsenal precioso en sus manos». La había aprendido de memoria y en su interior, rápidamente, había encontrado la referencia a ese Dedo de Dios al que Joan se dirigía: las manos de Montserrat. ¿Qué si no un dedo forma parte de una mano? Sarah asintió, celosa de no haber caído antes en esa conclusión.

El grito de la chica herida la despertó de sus cavilaciones:

—¡No! ¡No le digas nada! —habló María, como exprimiendo la escasa energía que le quedaba—. ¿Eres imbécil o qué? —susurró antes de desmayarse.

—¿Dónde? —Brambora dirigió un gesto despreciativo a Unai.

—Hay que ir a la zona de los Frares Encantats. Tras pasar el refugio Vicenç Barbé, entras en un camino que señala la dirección del Coll del Porc y hay que seguirlo recto —respondió Unai rápidamente. Estaba distraído intentando despertar a su novia inconsciente—. Pero una vez allí ya no sé qué monolito es exactamente —continuó congestionado.

El Dedo de Dios... La explicación era suficiente.

—Dame el material que necesitan dos personas para ascender esa vertical —respondió Brambora sin hacer el menor caso a la chica que se desangraba frente a él.

Unai, entre sollozos de rabia, pateó las mochilas y el material para acercárselos a aquel criminal, esperando que así se marchara.

—Ahí lo tenéis, cabrones. Ahora largaos de aquí —se atrevió a chillar sin levantar su mirada del rostro de María, que no respondía a sus sacudidas.

Tras pronunciar estas palabras, Unai sintió una explosión roja en sus ojos. Al tocarse la cara, se dio cuenta de que la sustancia viscosa era sangre. Dirigió de nuevo su mirada a María, tumbada en su regazo, y descubrió la fuente de ese fluido. Un orificio de un centímetro de diámetro atravesaba el cráneo de la chica como un

insecto molesto posado en su frente. En el momento en el que giró su cabeza para denunciar al asesino, apenas sin comprender, un disparo contundente acalló su discurso y lo empujó hacia el suelo. La columna de Unai se fue curvando lentamente hasta posar de forma grotesca su expresión apagada en el pecho ya muerto de María.

A Sarah se le escapó un grito agudo que Brambora ignoró. Este recogió del suelo los tres casquillos. Después lanzó los dos cuerpos al interior de la furgoneta, los cubrió con las mantas, cogió las llaves, seleccionó el material para que le cupiera en una sola mochila, echó el resto al maletero, cerró las puertas de un porrazo y activó el cierre centralizado. Después inició su marcha sin más hacia el Dedo de Dios.

Si esos chicos sabían algo ya no podrían contárselo a nadie, pensó Sarah todavía paralizada.

—Vamos —le insistió Brambora—. A la vuelta me ocuparé de ellos.

Sarah comenzó a caminar y se preguntó cómo se libraría Brambora de esos cuerpos. Había demostrado tener muy pocos escrúpulos quitándoles la vida con tanta facilidad. Quizá estrellaría el vehículo en alguno de los empinados precipicios que se repartían por la zona. De esa manera, tardarían más tiempo en encontrar los cadáveres y, para entonces, él y las pruebas ya habrían desaparecido.

Sarah observaba cómo se movía ante ella la robusta espalda de Brambora, inflexible, salvaje. La tumefacción de su cuerpo y la cadera dolorida le dificultaban seguirle.

—Date prisa, nos lleva unos cuarenta minutos de ventaja —le recriminó el esloveno.

Sarah ignoró el dolor físico y aceleró el ritmo. Necesitaba llegar al monolito que aquel chico había mentado a la vez que Brambora. Solo una pregunta se repetía con insistencia en su mente: ¿Cómo demonios detendría a ese asesino?



## Capítulo XLVI

Finalmente, Joan alcanzó el pie de la mole de roca, que se erguía ante él provocadora. Un auténtico desafío vertical.

Destinó unos instantes a imaginar el trazado. Sabía por Unai que en aquella vía figuraban poquísimas argollas que asegurasen a los deportistas y él, además, no contaba con más sujeción que sus manos. Sin pensarlo más empezó a subir con decisión. Sus articulaciones se contrajeron en una especie de pulsión que le impelió hacia arriba. Sus brazos y piernas ejercían fuerza por igual. De repente, cuando llevaba poco más de un metro, la caída. Un golpetazo en la espalda. Seguro que el pico había dejado allí su marca. Más arriba, un error de ese calibre hubiera sido fatal.

Joan cerró los ojos. Sin levantarse del suelo, notó cómo los pies de gato se clavaban en su espalda. Los había olvidado por completo. Se incorporó y, tras ponérselos, inspiró con fuerza. Expulsó el aire lentamente y se intentó relajar. Comprendió que la tensión atenazaba los músculos y así no podría abordar esa empresa con frialdad. Cerró los ojos y se dispuso a controlar la respiración. Su pulso se redujo y, poco a poco, una especie de serenidad se fue adueñando de sus sensaciones. Debía subir sin anhelar llegar arriba; debía pensar en que cada paso que daba sería el último. Solo importaba el presente. Joan incrustó uno de los pies de gato en la roca y empezó la escalada.

Todo deseo había desaparecido. Su mente estaba completamente vacía. Solo contaban él y la roca; su cuerpo alerta se movía con precisión, adaptándose a una roca inclemente, fría, inmovible. Pero ya en ese estado de absoluto abandono, no temía perder nada, porque nada existía más allá de esa piedra.

Paso a paso, Joan fue avanzando por la pared como si de un escorpión se tratara, con una cruz refulgente en su espalda igual de ancha que sus hombros y a la que parecía ir clavado. El sol se posaba ya en lo alto como un testigo silencioso. De su frente brotaban gotas de sudor que se le deslizaban por las cejas. El rictus era grave, ajeno al mundo, en un rostro que discurría paralelo al plano de la roca.

El ritmo lento, cadencioso pero imparable. En momentos en que la duda le abatía, su intuición preveía el error y la mano le guiaba a un nuevo saliente ya seguro. Instintivamente cumplía los preceptos de un buen escalador sin él saberlo: siempre tres apoyos, las extremidades contrarias equilibrando el cuerpo, ceñido a la pared. Las rugosidades del muro rasgaban la piel, que se abría en grietas enrojecidas. Con los brazos extendidos siempre hacia arriba, la sangre manaba de dedos, nudillos, codos, incluso del pecho, y recorría su cuerpo insensible, tiznando de un rojo vivo la ropa desgastada.

Ambos extranjeros caminaban a buen ritmo a través de piedras, raíces y plantas que cubrían el acceso hasta las Agujas. A medida que se adentraban en la montaña, el sendero se estrechaba para ceder espacio a la vegetación, cada vez más frondosa.

Sarah empezaba a estar cansada. Su cadera se resentía por momentos y le resultaba cada vez más difícil seguir el paso de Brambora. Se sentía furiosa por su patente debilidad y ya no se entretenía en ocultárselo a él, que no relajaba su ritmo a pesar de todo.

Ladislav Brambora observaba a la suiza caminar dolorida. Estaba retrasando la marcha y empezaba a perder la paciencia. En otras circunstancias habría optado por deshacerse de ella, quizá mediante una caída descuidada entre los riscos o un golpe accidental en la cabeza. Pero necesitaba a Sarah de Chantal. Joan no le escucharía a él, pero sí a ella.

La vuelta a casa sería mucho más rápida. Solo tendría que preocuparse de sí mismo. Con un pasaporte nuevo desaparecería sin dejar rastro. De esta manera, aquellos que supieran de su visita a Montserrat no podrían atestiguar más allá de la simple existencia del desconocido Theo Magnussen. Si algo caracterizaba a Brambora eran la estrategia y la previsión, ambas cosas igualmente importantes en el ajedrez y en la vida.

Cuando Brambora y Sarah llegaron al Canal del Loro, el primero levantó sus prismáticos y buscó al monje entre la tupida vegetación. Con la ventaja que les llevaba, lo imaginó ascendiendo ya hacia la cima de ese monolito que había levantado tanto interés. El esloveno desvió su mirada hacia Sarah, que no hacía más que retrasar el gran encuentro y decidió ponerle remedio.

—¿Qué haces?! —gritó Sarah colérica. Brambora la había cogido y colocado encima de su hombro.

—Si continuamos a este ritmo no llegaremos nunca. Ya debe de estar escalando.

Brambora retomó la marcha con Sarah revolviéndose frustrada y murmurando para sí. Al cabo de un rato, calló.

A cierta altura, Joan divisó un entrante en la roca y lo aprovechó, se trataba de una hendidura que le permitiría un precario descanso, pero descanso al fin y al cabo. Joan se adaptó al pequeño resquicio y se encaramó como pudo, recogiendo los brazos a la altura de la cara. Soltó entonces una mano, estiró el brazo hacia abajo y lo sacudió. Los músculos se movieron sueltos alrededor del hueso, proporcionando una agradable sensación. Empezaba a relajarse; las inspiraciones fueron ralentizándose hasta hacerse profundas.

Con la respiración ya sosegada, Joan recordó un aprendizaje zen con el que buscaba calmar su espíritu. Estaba agotado y todavía le quedaba un gran trecho hasta la cima. Una altura tremenda lo separaba también del suelo. No había vuelta atrás. Un hormigueo nació en su estómago. Nada somos, nada poseemos, se dijo. Nada se puede perder. No anhelaba llegar, solo el siguiente paso, la siguiente presa en la mano, los tres puntos de apoyo, sólidos... Cuando estuvo preparado, sin mirar abajo, encarriló la parte final de su ascensión. Ya no sentía el cansancio ni el dolor de las heridas. Su mente estaba despejada de anclajes. Ese era su secreto, el secreto que poco a poco, esfuerzo tras esfuerzo, llaga tras llaga, le hizo alcanzar la cumbre.

En lo alto del monolito, volvió el agotamiento. Estaba exhausto y perdido. Poco a poco fue asumiendo el lugar donde estaba. En aquella altura, en plena naturaleza, se sentía colgado del mismo cielo límpido.

Se estiró sobre la cima, ligeramente plana, de espaldas al cielo, con el pico devolviendo el saludo al sol en forma de reflejo. Dejó por esta vez que su respiración se descontrolase. Sentía el dolor de los dedos desollados, las múltiples y pequeñas heridas que los roces le habían provocado... el insostenible peso del pico en su espalda. Cerró un momento los ojos.

Tras un breve receso, se incorporó y comenzó a escrutar el relieve del Dedo. ¿Cómo se había escondido allí un arsenal? Lo que vio le proporcionó la respuesta: el punto más alto, como la uña que sobresale por encima de la yema del dedo. Se mantuvo sereno, con los ojos casi cerrados. Sus dos manos se aferraron con fuerza. De pronto, un latigazo que parecía empezar en los pies sacudió todo su cuerpo, pasando una suerte de corriente que acabó con un espasmo de hombros y brazos. El acero chocó contra la roca provocando un estruendo. Bajo el impacto, una especie de crujido, apenas unas muescas blancas en la roca.

Joan continuó picando con devoción, no concentrado sino expectante. Ahora ya sí anhelaba la resolución, el siguiente paso que le mostrase el camino por donde continuar.

El estómago de Sarah se encogía contra el hombro y la mochila del mercenario. Entre ella y las herramientas para la escalada, aquel gigante esloveno llevaba alrededor de ochenta kilos sobre su espalda. La criptóloga se preguntó cuántos cuerpos como el suyo habría cargado en su vida. Las piernas de Sarah se golpeaban con arbustos y ramas, y ella se veía obligada a morderse la lengua si quería llegar a la cumbre. Sin embargo, llegó un momento en que no pudo soportar más tal humillación. Además, la pared no podía estar ya muy lejos.

—Ya es suficiente. Ahora ya puedo sola —anunció. Brambora no respondió y, a cambio, la asió con más fuerza.

Sarah sacudió los brazos para bajarse. Había dejado a un lado su vanidad por un propósito mayor, pero lo denigrante de aquella situación había sobrepasado todo

límite. Sentía la necesidad de demostrar que podía continuar ella sola y no iba a someterse más.

De repente, el sonido estridente de un golpe metálico la sobresaltó. Al levantar la vista hacia la dirección de la que provenía solo distinguió un pequeño destello.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Está picando la piedra —respondió Brambora mirando al monolito—. En la cima —añadió.

El mercenario imaginó la ira que el monje estaba dejando fluir a través de esos golpes; conocía bien el ejercicio porque él lo había practicado con frecuencia en sus días como soldado: un pequeño porcentaje del total de rabia contenida emanaba con cada golpe asestado. Herramienta, culata, machete o puños...

Brambora reemprendió la marcha sin apartar sus ojos de esa cima. Pensó que si estaba picando la piedra era porque lo que buscaba se encontraba en el interior. Se entusiasmó con la idea de que todo se fuera complicando. Cuanto más difícil, mejor. Esbozó una leve sonrisa y continuó con la marcha sin pausa guiado por los golpes que Joan descargaba cada vez con más ímpetu, cada vez con más ira.

Cuando Brambora llegó a la base del monolito, tropezó con unas zapatillas deportivas abandonadas.

Dejó caer a la suiza y se quedó quieto escuchando. De pronto, un trozo de piedra cayó con violencia desde la cima y rebotó a escasos centímetros de la suiza.

—*Merde!* —gritó.

Brambora miró fijamente el fragmento y anunció:

—Ya no se oye nada.

## Capítulo XLVII

De repente, unos fragmentos de roca cedieron bajo los pies del monje. Las pulsaciones se le aceleraron de golpe en el mismo instante en que su cuerpo parecía caer al vacío. No había asideros, perdió pie, pero fue un desplazamiento mínimo, más un susto que otra cosa. Bajo sus pies, el suelo, un entramado de piedras despedazadas. Un escorpión, cuyos segmentos casi transparentes hacían que se le confundiera fácilmente con el entorno, emergió de entre los fragmentos de roca y desapareció bajo ellos, dando a entender que en aquel punto debía de encontrarse algún tipo de hendidura por la que introducirse.

Joan empezó a apartar extasiado los pequeños trozos de piedra. Cuando ya apenas quedaban cascotes, vislumbró algo parecido a una boca, ahora casi completamente descubierta. Una especie de gruta vertical recorría el monolito por dentro, como si de la vena del Dedo se tratase. Daba la impresión de que aquella especie de túnel hubiera llegado hasta allí desde dentro, como el espiráculo de una ballena, quizá a causa de alguna grieta natural. Acabó de apartar los restos de la cima. De tantos que había, algunos cayeron rodando hacia la pared por el vacío.

Cuando hubo acabado, la figura de Joan se desvaneció por el interior de la hendidura, colándose entre el hueso y la uña del dedo del Creador. El Dedo de Dios.

Sarah pensó que quizá Joan ya había conseguido entrar en aquella aguja. Brambora la sobresaltó cogiéndola del brazo con brusquedad y la arrastró alrededor del monolito para encontrar una vía alternativa de ascenso completamente asegurada, pues la pared que Joan había escogido no contaba con anclaje alguno. La localizó en la parte sureste de la base.

—Yo iré primero, aprovecharé todos los anclajes para que tú puedas subir detrás de mí hasta el siguiente punto de reunión —le ordenó Brambora.

Soltó la mochila y revisó su contenido: clavos, fisureros, excéntricos, martillo de escalador, cintas, mosquetones, muchos metros de cuerda, dos arneses y un par de linternas.

—Tú tendrás que ir asegurando la cuerda con esto —continuó. Su mano sujetaba una pieza metálica en forma de ocho.

—¿Cómo dices? —preguntó Sarah desorientada.

—Solo tienes que colocarlo en tu arnés. Yo llevaré uno igual —explicó al tiempo que mostraba la posición de la pieza—. En caso de que alguno de nosotros se caiga frenará la cuerda. A medida que vayas subiendo también tendrás que ir recogiendo estas cintas atravesadas por la cuerda —añadió.

Sarah no mostró miedo alguno. Ese dispositivo que la ataba a Brambora sería el

único método de seguridad a tanta altura.

Sarah de Chantal siguió a aquel asesino en lo que sería la escalada más pronunciada de su vida.

El orificio por el que había entrado Joan constituía una especie de chimenea construida dentro de la roca. Le fue bastante fácil discernir que el barrido sufrido por esas paredes no era algo natural. Daba la sensación de que una fuerza explosiva más agresiva que el agua hubiera perfilado la piedra hasta otorgarle esa apariencia alijada. Pero desde dentro, ¿cómo era eso posible? Su intuición le insinuó que iba por el buen camino.

Apoyando con cuidado los pies en las vetas de la roca fue encontrando salientes donde sostenerse. Disponía de espacio suficiente para desplazarse. Una vez hubo descendido un par de metros, Joan apuntó con la linterna hacia abajo: oscuridad total. Supuso que, por lo pronto, esa chimenea se prolongaba a lo largo del Dedo pero... ¿Hasta dónde llegaría después?

Al poco de iniciar el descenso, la luz natural se empequeñeció y se convirtió en un punto; cuando el túnel se retorció un poco, aquella desapareció. De tanto en tanto, Joan se detenía y volvía a barrer el espacio a sus pies con la linterna en busca de un cambio, un final... Más abajo la pared ofrecía un saliente que estrechaba la abertura más si cabía, pero nada más. Apoyó confiado el pie. La roca cedió nada más sentir el peso. Joan consiguió sujetarse con una mano y el otro pie apoyado en la pared de enfrente. Ágil como un gato, se pegó a ella evitando la caída. Miró el saliente: la roca no había acabado de desprenderse. Tanteando puntos firmes donde sujetarse, le propinó un pisotón para que no le estorbara y para que no acabara sobre él en su descenso. Con un ruido seco, la piedra cayó primero en vertical para, después, rebotar varias veces contra las paredes del estrecho resquicio. El sonido tensó sus nervios: la reverberación del eco le recordó el pozo donde cayó de niño. Un sudor frío le empapó la frente. De pronto se dio cuenta de algo que le tranquilizó: no tardó en dejarse de oír la piedra. Eso quería decir que el final estaba cerca. Y, para alivio de Joan, no se oyó ningún sonido de agua.

Suspiró y continuó el descenso.

Brambora, una vez atado a la cuerda que Sarah iría soltando a través del ocho de su arnés, inició el recorrido. Con las manos se apoyaba en las presas naturales: salientes, fisuras... y utilizaba también los clavos que estaban ya montados en las vías para poder insertar sus mosquetones. Cuando ya llevaba una ascensión de unos quince metros y la roca parecía reducir su verticalidad algunos grados, Brambora usó su martillo para clavar uno de sus propios clavos. Aunque aquella roca ya tenía anclajes artificiales en los que colocar las cintas el peso de la suiza sumado al suyo propio

exigía más sujeción. Con cada tramo ascendido Brambora comprendía menos cómo era posible que el monje hubiera escalado sin asegurarse.

Cuando localizó el primer punto de reunión lo primero que hizo fue comprobar las dos argollas allí clavadas; después aseguró su propio arnés a una de ellas, pasó una lazada entre ambas anillas, le insertó un mosquetón y a través de este comenzó a tirar de la cuerda usando su ocho como freno después de cada esfuerzo.

La suiza sondeaba la pared con pies y manos procurando inútilmente mantener el control de la subida y no ser un simple peso muerto. Durante el trayecto comenzó a recoger las cintas que iba superando, tal como él le había pedido que hiciera. Aguantaba sin quejidos los golpes contra la roca.

—Apoya tus pies ahí —le ordenó cuando ella llegó a su altura. Le mostraba un saliente en la roca que era todo menos plano.

Sarah obedeció. Brambora tiró hacia arriba de su arnés y la aseguró. Se hizo con todas las cintas que ella había ido recogiendo y las colgó de su cinto.

—Vuelta a empezar —dijo Brambora—. Cuando llegue al siguiente punto de reunión te avisaré. Suelta entonces tu seguro de esta argolla —zarandeó el mosquetón— y tiraré nuevamente de ti. Actúa exactamente igual que antes. ¿Entendido?

Apoyó sus manos en los salientes a la altura de su cabeza y reinició el proceso de ascensión. La cima estaba aproximadamente a unos cincuenta metros por encima de sus cabezas y necesitarían un segundo punto de agrupamiento.

Al tiempo que Brambora continuaba su camino y se detenía de vez en cuando para clavar alguna de sus fijaciones, Sarah seguía a rajatabla las advertencias. Pese a que se esforzaba en no mirar abajo era como si una fuerza superior la obligara a hacerlo. Entonces volvía a ser consciente de dónde se encontraba: colgada de una cuerda en mitad de una pared de más de ochenta metros, dependiendo de la humanidad de un asesino. Si alguien le hubiera dicho que algún día se encontraría en una situación similar se lo hubiera tomado a risa. ¿Cuántos pasos había dado hasta aquel risco? Muchísimos. Había aguantado a Maurice demasiado tiempo; había trabajado sin fines de semana ni festivos también demasiado tiempo, y, sobre todo, se había escondido en su fachada de *femme fatale* desde hacía, definitivamente, demasiado tiempo. Pendida en el vacío como estaba, con piernas y brazos llenos de golpes y moratones provocados por un hombre sin alma que la tenía justo donde quería, Sarah de Chantal lloró.

Pronto, la chimenea comenzó a inclinarse. Recorrerla así se hacía más fácil, aunque al principio, al seguir bajando, Joan tuvo que caminar de costado para no resbalar. A los pocos metros el techo se elevó y las paredes se ensancharon lo suficiente como para avanzar de frente, con la luz de la linterna alumbrando lo que parecía la garganta de un monstruo. Fatigado y con la respiración entrecortada por el esfuerzo y la emoción, Joan continuó primero agachado para después, a medida que la cavidad se

hacía más y más grande, incorporarse y caminar de pie un largo tramo.

Se detuvo después para respirar hondo varias veces. Se quitó al fin los pies de gato. Necesitaba oxígeno. Volvió a iluminar el túnel, que se convertía ya en una dignísima oquedad. Avanzó asegurando la pisada. Ahora iba descalzo y notaba la rugosidad del suelo en la planta de los pies; este estaba ligeramente resbaladizo y había por todas partes piedras sueltas que podían provocarle un tropezón. No le fue nada fácil contener el impulso de abalanzarse hacia el interior, impaciente ya por saber qué había, qué se iba a encontrar. La oscuridad era tan densa que tenía la sensación de estar envuelto por una tupida cortina negra. El silencio tan pesado que solo era capaz de escuchar su respiración y sus pies arrastrados.

Se acercó a una de las paredes y comenzó a barrer el camino con el haz de luz de la linterna. Algo dentro de él le decía que sí, que estaba cerca, que solo debía ser paciente. También sentía que había peligro, pero de un modo indefinido, no como una amenaza física real, no como algo que le pudiera atacar de improviso.

A medida que caminaba, el suelo recuperó su horizontalidad. Aún había piedras, cascotes esparcidos por la superficie y, de repente, una circunstancia diferente, algo que le llamó poderosamente la atención: el suelo estaba completamente allanado. Eso implicaba que allí había intervención humana. Se encontraba en una sima que había sido utilizada y manipulada por otras personas quién sabe cuánto tiempo antes, pero inconfundiblemente artificial.

Joan se asustó y perdió la referencia de la pared. Se encontró como si estuviera en medio de la nada, envuelto en solo oscuridad apenas rota por la luz de la vieja linterna; con ese mundo desconocido e inescrutable, el único vínculo se lo ofrecían sus pies. El pulso se le aceleró. Notó cómo palpitaban las venas de su cuello. Trató de controlar la respiración. No podía dejarse llevar ni por el pánico ni por la emoción.

Allí, allí dentro se hallaba lo que estaba buscando.

Lo sentía.

A Laco Brambora aquel ejercicio físico no le suponía un gran esfuerzo. Había escalado en numerosas ocasiones como método de entrenamiento y de huida en los Alpes yugoslavos, escarpados como pocos. Allí, la altitud era mayor y las vías se complicaban, puesto que el hielo y la nieve convertían en resbaladizas las superficies y en un bloque congelado su cuerpo, que veía rápidamente sus fuerzas mermadas por el frío gélido del invierno. Empleaba una técnica que probablemente escaladores profesionales hubieran tachado de impura. Pero la guerra era impura y su visión era pragmática: acompañaba todas sus acciones de la utilidad que necesitaba. Nunca hacía ni decía nada en vano, la gente perdía demasiado tiempo en esos menesteres.

Avisada Sarah, de nuevo cogió con fuerza la cuerda y empezó a tirar del peso. Faltaba muy poco para que ella llegara al segundo punto de encuentro cuando una de las dos argollas de la reunión se soltó inesperadamente. Brambora cerró rápido la



cuerda para que su ocho la frenara, pero aun así la lazada se tensó en toda su longitud. Sarah soltó un grito aterrado cuando bajó de golpe casi dos metros y empezó a pendular, golpeándose contra la pared. Se quedó agarrada a la cuerda, temblando y sin atreverse a mover su cuerpo un ápice.

Brambora frenó la cuerda y sostuvo el cuerpo colgante de Sarah. Aquel hubiera sido un buen momento para deshacerse de ella. Pero la necesitaba; ella hablaría con Joan en caso de ser necesario. Así que, en lugar de soltarla, volvió a recoger cuerda y tras acortar la distancia entre ambos la hizo oscilar hasta su altura.

—¡Agárrate a la pared! —ordenó.

Sarah era incapaz de soltar la cuerda. Dirigió su mirada hacia la distancia que la separaba del suelo. Había tantas cosas que quería hacer antes de morir que aquella no podía ser su hora. Inspiró aire y se preparó para alcanzar la superficie segura en la que Brambora se encontraba.

—¡Ahora! —gritó él cuando la oscilación llegaba casi a su altura.

Y Sarah se agarró como pudo a la piedra. Brambora la cogió con brusquedad de la chaqueta, la aseguró hábilmente a la misma anilla que le sostenía a él y la soltó encima del resalte.

—Por poco, ¿eh? —dijo con sorna mientras incrustaba un clavo para sustituir la argolla perdida.

Sarah respiraba acelerada y trataba de recuperar la calma, pero Brambora no mostró vacilación alguna. Una vez reparada la reunión y recuperadas las cintas que cargaba ella, la dejó en aquel lugar y continuó con el último tramo de la ascensión.

Sarah estaba inmensamente agotada, pero cuando notó que Brambora tiraba de la cuerda que la unía a él, soltó su seguro y se dejó llevar por la poderosa tracción del esloveno. Ya casi estaban arriba.

## Capítulo XLVIII

Joan avanzaba paso a paso. Sentía cómo apoyaba el pie en cada pisada. Inspirando concienzudamente, espirando con precaución. La luz arañando la negritud. De pronto, a escasos metros, algo apareció bajo el haz de la linterna. Una caja de madera. No, dos. Tres. A medida que se acercaba aparecían más y más cajas, que continuaban hasta donde alcanzaba la luz. Centenares de ellas de aproximadamente un metro cúbico cada una. En un cálculo rápido imaginó que, ordenadas tal como estaban, la cuadrícula sumaría más de quinientos contenedores de madera. Siguió caminando entre los pasillos que formaban las hileras. La oscuridad no era más que un inmenso almacén. Pero... ¿de qué? ¿Qué contenían las cajas?

Se acercó a una de ellas pero estaba bien cerrada. Ayudado de la linterna buscó por el suelo una palanca o algo que le sirviera como tal. Dio varias vueltas por los pasillos y no localizó nada. Decidió mirar por encima de los embalajes para ver si había alguna herramienta abandonada; sin suerte. No obstante, una de las cajas justo a su lado mostraba la tapa un tanto despegada. Solo era un poco, pero forzándola ligeramente le cabían los dedos. Introdujo los de la mano izquierda con la palma hacia arriba y empujó. La tapa cedió, pero en cuanto dejó de hacer fuerza recuperó su posición inicial. Joan la forzó de nuevo, dejó en el suelo la linterna e introdujo también la mano derecha. Tomó aire y con las dos manos tiró de la madera apretando los dientes. Escuchó el crujido provocado por los clavos y, a continuación, la caja se abrió. Todavía no era suficiente. Joan tensó sus músculos y, tras dejar escapar un bufido, volvió a intentarlo. Un sonido similar a un disparo seco tronó en la cueva. La madera se había partido levantando una ligera polvareda.

Recogió la linterna y se asomó al interior. Un montón de cajitas de cartón grueso con una sola estampación, el número cincuenta. Abrió una con cuidado de no romperla. Dentro encontró balas. El número significaba la cantidad por estuche. Extrajo una y la tomó en su mano. Joan nunca había visto una tan de cerca. Tenía la longitud aproximada de su dedo meñique, con un cartucho largo y la bala incrustada al final. ¿Balas? ¿Ese era el secreto largamente guardado? ¿Por eso murió el abad Josep?

Joan arrojó la bala al suelo y rebuscó en ese mismo contenedor de madera envejecida algo distinto. Nada, solo había estuches y más estuches con idéntica munición. Su mente bullía furiosa. Se dirigió hacia el fondo del gran almacén y localizó una herramienta para usarla como palanca. Reventó algunas tapas más con el deseo de encontrar otra cosa, pero solo aparecían balas. La cueva no era más que un almacén de munición.

Joan sentía que iba a estallar. Se veía incapaz de recuperar la calma. Quería gritar, desahogarse, maldecir. Dios no podía haber permitido esto, no era posible. En un

momento de desesperación descargó con todas sus fuerzas un puñetazo en una de las tapas. La madera cedió mostrando su interior y quedó salpicada de la sangre de Joan, que se agarró la mano dolorida.

Entonces se calmó levemente. La rabia se transformó en abatimiento, en cansancio. Con la mano agarrotada, se dirigió hacia la linterna otra vez en el suelo. Echaría un vistazo por toda la cripta.

Al cabo de poco pasos, se detuvo. Su instinto le estaba comunicando algo. No sabía bien qué, pero volvió a posar la mirada sobre los embalajes y pensó en la munición. Había algo que no concordaba... Mientras retomaba el paso volvió a repetirse el *koan* que pensaba haber desentrañado: «Solo la sagrada tierra de Montserrat tiene el oprobio del arsenal precioso en sus manos. Ojalá pudiera encontrar algún día manera inteligente de no hacer más daño con esta vergonzosa riqueza, al contrario». ¿Precioso? ¿Qué podía tener de «precioso» un montón de balas? ¿Y esa segunda parte, eso de «no hacer más daño con esta vergonzosa riqueza»? Durante una guerra un arsenal así debía ser muy valorado pero... ¿Precioso? ¿Riqueza? ¿Qué otro uso se le podía dar a tanta munición?

Retuvo sus pensamientos sorprendido por algo que acababa de encontrar. Era una antigualla, desde luego, pero todo parecía indicar que estaba frente a un grupo electrógeno. Se preguntó si funcionaría tras tantos años allá encerrado y quiso probarlo.

Tras dar varias vueltas localizó lo que podía ser la palanca que accionara el motor. Intentó estirar de ella pero la soltó enseguida dejando escapar un leve aullido de dolor. No recordó que tenía los dedos casi en carne viva y esa mano magullada. Cambió de mano la linterna y con cuidado lo volvió a intentar.

Nada. El motor no reaccionaba.

Probó de nuevo. Otra vez. Y otra. Resignado a seguir el recorrido con la pobre luz de su linterna lo intentó por última vez. Una especie de chasquido brotó del motor, aunque sin llegar a encenderse. Tiró entonces con nuevos bríos y... No se lo podía creer: el motor comenzó a rugir a trompicones. Varias luces aparecieron por la pared. La claridad avanzaba como si de una ola se tratara. Algunas luces se apagaron soltando un chispazo, pero un buen número de bombillas de un reflejo mortecino se mantuvieron encendidas. Joan se volvió lentamente. Aún sumergida bajo un juego de luces y sombras espectrales, la bodega se le apareció en toda su dimensión. Y dentro de ella, los centenares de cajas rebosantes del viejo arsenal.

Apagó la linterna, se la colgó al cinto y prosiguió su recorrido. Cerca del fondo de la cueva, en uno de sus lados, vio grandes huellas sobre el suelo. Al lado de esas huellas había mesas y sobre estas todavía quedaban algunas herramientas y restos de maquinaria. No lograba reconocer para qué servía cada cosa, pero era fácil deducir que se trataba de elementos para fabricar todas esas balas. Sobre la mesa distinguió material retorcido que debía proceder de la fundición. Lo tomó entre sus manos y notó algo extraño en él. Estaba muy oscuro, ennegrecido, pero... El tacto se le hizo

raro. «Precioso, vergonzosa riqueza», se repitió para sí. Se dirigió rápidamente a las cajas de donde había sacado las balas. Tomó una de ellas y la sostuvo en la mano. Era dura, y el color... era indefinido, como gris pero con algunas franjas iridiscentes. Sentía en su cabeza que algo le decía, le advertía que la clave estaba ahí, pero no lograba descifrar qué... Sí, el material de la bala... Recogió un puñado de entre las que había tirado al suelo y todas eran iguales, de alrededor de ocho centímetros incluyendo el casquillo. Las palpó, las sopesó. Volvió a las mesas, rebuscó hasta encontrar unas tenazas; con su ayuda soltó de su vaina uno de los proyectiles y rascó la superficie con la punta de la herramienta... Comenzó de nuevo a caminar por entre los pasillos mientras buscaba la respuesta, con esa molesta sensación de estar a punto de descubrir algo fugazmente intuido.

Joan tropezó. Molesto por haber sido distraído de sus pensamientos justo cuando estaba tan cerca de la solución, bajó la cabeza y miró contra qué había chocado. Era una bota militar, dos botas. No se lo podía creer: desde el suelo le sonreía macabro un cuerpo, un cadáver, una calavera.

Joan dio un respingo. Ensimismado en averiguar el secreto de ese armamento no hizo caso de la señal que le proporcionaba su intuición. Joan tomó aire y se acercó al cuerpo. Por los ropajes pudo ver que se trataba de un militar. Buscó algún dato y observó que en la gorra aparecían tres estrellas de ocho puntas. Su conocimiento de los grados militares era más bien escaso, pero concluyó que debía de ser un comandante o un coronel, un alto oficial. Fue fijándose en los detalles, y estos le permitieron empezar a atar cabos: la bandera española coronada por un águila imperial en el uniforme del muerto le hizo ver que estaba ante un oficial del ejército franquista. La guerra civil se dibujó entonces ante él como el más que probable trasfondo y origen del arsenal.

Se fijó en la extraña pistola que estaba cerca del cadáver, una especie de ametralladora. Se agachó para mirar dentro de la chaqueta por si encontraba algo más, pero en cuanto tocó los huesos estos se hundieron con un crujido que le heló la sangre. La calavera rodó hacia un lado.

Joan permaneció un rato más inclinado sobre el cadáver y rezó una oración por quien fuera que había permanecido enterrado en la más extraña de las tumbas durante tantos años. Tras musitar «amén», Joan se incorporó dispuesto a seguir buscando y con el ánimo preparado por si encontraba otro cadáver.

Mientras caminaba siguió relacionando datos. Tenía un arsenal de balas hechas de un material que se le antojaba extraño, un cadáver del ejército franquista... ¿Era un arsenal republicano, este militar lo descubrió y por eso lo mataron? Recordó los datos sobre la guerra civil en Montserrat: la abadía permaneció en manos republicanas hasta enero de 1939, cuando los franquistas tomaron Cataluña, a pocas semanas de la conclusión de la contienda. Eso significaba que un militar como aquel, y más un oficial, solo pudo aparecer por estas tierras a partir de ese mes de enero, nunca antes.

Entonces, si todas estas balas hubieran sido republicanas, ¿por qué dejarlas aquí?

Levantó la mirada como buscando ayuda en el cielo. Justo cerca de donde se encontraba distinguió restos de roca. Se notaba que en ese lugar hubo una abertura que se cerró. Siguió revisando la cueva y encontró rastros de otra, muchísimo mayor, cerca del grupo electrógeno, que funcionaba cada vez más renqueante. Lo vio claro: se había aprovechado una cavidad natural y adecuado artificialmente para esconder ese arsenal. Después se sellaron todas las entradas. Eso solo quería decir una cosa: lo que la cueva contenía se quiso esconder para que nadie lo encontrara.

¿Y ese cadáver? Ese militar solo pudo estar allí cuando Montserrat ya era zona franquista, por lo que... ¿Sería el arsenal algo que el ejército nacional quiso esconder aquí? Y si fue así, ¿por qué lo sabía la abadía? ¿Le impusieron el secreto? Ciertamente, solo el ejército franquista, el ganador de la contienda, pudo imponer así. Pero entonces, ¿ese cadáver?

De pronto, una idea le vino a la mente. Volvió raudo al lugar donde yacía el militar y buscó alrededor del cuerpo. Encontró varios casquillos de bala. Tomó la pistola del suelo y toqueteando sin saber muy bien por dónde logró sacar el cargador de la ametralladora. Extrajo una bala y la comparó con los casquillos encontrados: eran de esa pistola, sin duda.

Joan cerró los ojos y trató de realizar lo que podría ser una reconstrucción de los hechos, usando los datos que tenía en la cueva y los datos históricos que conocía. Tenía el cadáver de un militar franquista que, sin duda, a tenor de los casquillos encontrados, salió malparado de un tiroteo. Había una cueva que confinaba un raro arsenal que alguien quiso esconder... Joan fue calmando la respiración mientras su mente viajaba a aquellos años. Su intuición se fue sosegando para encajar las piezas y dar orden a todo... Los franquistas llegaron a Montserrat en enero; con los monjes huidos, tan solo quedaban trabajadores laicos para ayudar a la República en lo que fue un hospital. El abad de entonces regresó en febrero. Durante semanas, Montserrat estuvo bajo mando de los militares. Quizá fuera entonces cuando empezaran a usar la cueva.

Joan, consciente de que todo era solo una hipótesis, necesitaba seguir avanzando. Si lo que el ejército guardaba allí se consideraba un «oprobio» no era extraño que chantajearan a la abadía. Y tampoco que muy poca gente supiera de este escondite. De ahí las tribulaciones descritas en el diario del viejo abad que encriptó el mensaje... Pero ¿quién mató al militar? ¿Fue una forma de liquidar al único o al que más sabía de aquel secreto? ¿O fue una pelea con alguien que descubrió el escondite y se enfrentó al oficial?

Sentía que estaba muy cerca de dar con la explicación, aunque flotaba una duda... ¿Por qué tanto secreto por unas miserables balas? Se dirigió hacia el lugar donde había visto los restos de maquinaria y de material metálico. Cuando llegó se sorprendió de tener todavía la pistola y el cargador en las manos; los dejó al lado de un recipiente como si le quemaran... El recipiente era un viejo crisol en el que todavía quedaban trozos de distintos metales. Metió la mano y extrajo unos pocos:

eran pequeños, como si hubieran sido cortados para facilitar su fundición. Joan comenzó a entender. Había material que podría ser latón, plomo... pero también lo que seguro era oro, y plata... La expresión «arsenal precioso» cobró sentido.

Se hizo con un nuevo puñado, este más grande. Extendió el contenido al lado de la pistola para poder ver bien los trozos. Entre ellos sus dedos tocaron lo que parecía una medallita de bautizo... Otro era una moneda, otro parecía un fragmento de un crucifijo... y otro... Otro le hizo abrir los ojos, contener una arcada de rabia y hacerle explotar en su interior, de una vez por todas, la expresión «vergonzosa riqueza»: tenía entre sus dedos temblorosos lo que sin duda era una muela de oro.

Joan se quedó helado. Todavía con el diente entre sus dedos, su cabeza giró hacia un lado. Hacia el lado en que había oído rebotar una piedra. La vio todavía dando un último salto antes de detenerse.

Alguien más estaba entrando por el Dedo de Dios.

Instintivamente, Joan soltó la muela y cogió la pistola y el cargador.

Y buscó un escondite agazapado entre las cajas.

## Capítulo XLIX

Brambora agarró con fuerza a Sarah, que había resbalado ligeramente haciendo rodar una piedra. La miró con fiereza: Joan debía de estar cerca y la suiza le acababa de estropear el factor sorpresa. A pesar del agotamiento y de los aspavientos de ella, no le soltó el brazo. La hizo caminar por delante de él mientras en la otra mano sostenía su pistola Makarov con silenciador.

Sarah era ya plenamente consciente de que Brambora la estaba usando solo para influir en Joan. Todo su valor como investigadora, todo su trabajo pasaba a segundo lugar. Se daba cuenta de que para Suis Viribus los realmente importantes eran los hombres como Brambora, y que gente como ella eran meros peones fácilmente prescindibles en un tablero donde se avanzaba a golpe de crimen. Pero todos estos pensamientos se interrumpieron en cuanto caminaron unos pasos más. Ninguno de los dos pudo evitar una expresión de sorpresa ante lo que veían sus ojos.

El arsenal.

La visión de tantas cajas bajo la tenue luz de un renqueante grupo electrógeno no podía dejar de impactarles: tenían delante de ellos el secreto que había guardado tantos años la abadía de Montserrat. Brambora frenó el impulso de Sarah de acercarse a ver el contenido de los bultos. El esloveno miraba a un lado y a otro buscando al monje.

Se acercaron a uno de los embalajes que estaba abierto. Vieron las balas tiradas por el suelo y entonces Brambora soltó el brazo de Sarah. Le hizo señas para que se agachase y recogiera alguna de esas balas mientras él seguía sondeando el resto de la cueva.

Sarah se incorporó y miró a Brambora con gesto confuso. Mostró la palma de la mano abierta y le susurró:

—Son balas... —Su tono no ocultaba la decepción.

Brambora las miró extrañado. Cogió una entre sus dedos por la parte del casquillo y observó su punta; la palpó, la olió, le dio un pequeño mordisco y la rascó con la uña del pulgar.

—Son el tesoro —respondió.

Sarah no salía de su asombro:

—¿Balas? ¿Todo esto por un montón de balas?

Brambora le clavó la mirada. Con cierto tono de impaciencia le susurró:

—No son de plomo. Ni siquiera están recubiertas de una capa de latón, como sería de esperar. Pesan igual pero deben de estar fabricadas con una amalgama de varios materiales, no sé cuántos. Seguro que contienen por lo menos oro y plata.

De pronto, el rostro de Sarah se iluminó:

—¡Claro! Eso explica lo de «arsenal precioso». —Contuvo un chillido. Se volvió

y echó un vistazo a la sala. Pensó que si todas esas cajas contenían balas como esa, el valor sería desorbitado. Hizo una rápida cuenta mental y calculó que podría suponer fácilmente varios miles de millones de euros a poco que un tercio del material de las balas fuera de metales nobles.

Brambora le dio un codazo y se llevó un dedo a los labios. Había oído algo. Caminó en busca del origen del sonido. De pronto, por gestos le indicó que hablara a Joan en voz alta. Cuando Sarah dudó, la amenazó con la pistola.

—¿Joan? —comenzó, entonces, a hablar ella.

Nadie respondía.

—¿Joan? ¿Estás ahí? —insistió.

Al otro lado de la cueva Joan se quedó petrificado. Sarah había llegado hasta allí. Estaba seguro de que alguien la había ayudado, porque había alguien más en la cueva con ella. Joan se preguntó si el acompañante sería el mismo que torturó al abad, si se trataría de la misma presencia que había notado que lo seguía desde su llegada. ¿Para quién trabajaba, quién había detrás de todo esto? La cabeza de Joan era un hervidero de interrogantes. ¿Qué harían ahora con él? ¿Lo matarían? ¿Le dejarían irse como si tal cosa? Tenía que pensar rápido, tenía que idear un plan.

—Joan, por favor, escúchame... —volvió a hablar Sarah—. Sé que piensas que no debes confiar en mí... Y, bueno, puedo entenderlo, no he sido todo lo sincera que hubiera querido. Pero quizá debas saber mis motivos, saber que esto... esto no es por egoísmo, ni mucho menos, Joan, es por algo muy importante... algo superior a todos nosotros.

Oír la voz de Sarah perturbó a Joan. Una parte de él quería hablar con ella cara a cara para que le aclarase todo. Pero otra parte le avisaba de que no debía confiar, que estaba en peligro y tenía que hacer algo, no limitarse a esperar... Se le ocurrió una idea.

Brambora se impacientaba porque veía que Joan no se movía de donde estaba escondido. Tendría que deambular por toda la cueva para encontrarlo y no le apetecía. Solo necesitaba un segundo para meterle un balazo entre ceja y ceja. Notaba esa sensación embriagadora que ineludiblemente le acometía cuando el final de una misión estaba cerca, una sensación que casi se podría calificar de dichosa.

De pronto, se oyó algo. Alguien caminaba deprisa. Brambora creyó adivinar de dónde provenían los pasos y apuntó su arma hacia allí, cerrando un ojo para afinar la puntería. En ese instante la cripta se quedó a oscuras. Joan había apagado el grupo electrógeno.

—¿Joan? ¿Has sido tú? ¿Por qué no contestas? —preguntó Sarah. Se agachó hasta sentarse en el suelo.

Joan se mordía los labios, en una mezcla de enfado e impotencia. Estaba furioso y decepcionado consigo mismo por haber creído a Sarah. No había duda de que ella lo



había utilizado como a un títere y de que seguía haciéndolo. Empezaba a notar cómo el miedo le paralizaba. Se agazapó aún más en su escondite, entre dos cajas, todavía con la pistola en la mano. No contestaría a Sarah para delatar su posición. Había apagado la luz para hacerles todo más difícil. Ahora solo tendrían como referencia el oído y él ganaría algo de tiempo. Algo de tiempo para poder pensar...

—Vamos, monje, no se esconda tanto, solo queremos solucionar esto... —dijo una voz cavernosa.

Brambora había hablado. Quería hacer reaccionar de una vez a su presa. Oyó cómo Sarah se movía, seguro que buscando mejor protección. Y antes había escuchado los pasos de Joan, que parecían provenir del fondo de la sala. Pero desde que se apagaron las luces el monje no se había movido más. El esloveno se acercaba sigilosamente, deteniéndose de vez en cuando para prestar atención a cualquier sonido. Nada.

Joan se estremeció al oír la voz extranjera. Ya no había duda, ese acento lo delataba como el responsable de la muerte del abad Josep. Recordó la ficha en el registro de entrada a la abadía, cuando su intuición le avisó. Y las ansias de Sarah de desviar su interés. Sin duda ese debía de ser el hombre, el cómplice de la traidora. Notó cómo la sangre le subía al rostro, encendiéndole las mejillas. Había sido educado para no albergar odio, pero también para evitar otros sentimientos y tentaciones. Se descubrió apretando la mano en la empuñadura de la pistola. Aunque se le hacía extraño y casi maligno tener agarrada un arma, no podía soltarla.

—Joan, por favor —Sarah volvía a insistir—, hazme caso... Esto es muy peligroso. Entiéndelo, hay una organización importante detrás de todo, pero solo les interesa el... bueno, el «tesoro». Nada más.

Brambora maldijo entre dientes. ¿Qué se traería entre manos la suiza? A pesar de su sangre fría, se estaba impacientando.

—Te lo digo de verdad, Joan, no van a parar hasta conseguirlo. Pero si se lo damos nos dejarán en paz. No quieren saber nada de la abadía, ni de ti... ni de mí... —Brambora escuchaba expectante—. Joan... Créeme, por favor... Yo solo quiero salir de aquí y recuperar mi vida... No necesito ningún «tesoro». Ignoraba que las cosas se desarrollarían así. Convenceré a Bram... Le convenceré para que nos deje salir en paz. Y todo se convertirá en una pesadilla que pronto arrinconaremos, ya lo verás.

Brambora dibujó una sonrisa torcida. Ni por asomo iba a dejar salir al monje de allí.

Sarah detuvo su discurso con un nudo en la garganta. Notaba cómo las lágrimas le brotaban de los ojos. Se clavó las uñas en las palmas de las manos para evitar un sollozo. Envuelta en la oscuridad, se vio sola, terriblemente sola, y se compadeció de sí misma. Estaba arrepentida de haberse dejado llevar por la ambición; Sarah estaba espantada, exhausta y se sentía terriblemente responsable del cariz que habían tomado los acontecimientos.

Durante unos instantes hubo un gran silencio. Apenas si se percibía que había tres personas dentro de aquella mazmorra. De pronto, la voz de Brambora volvió a sonar fría e insalvable:

—Yo atacué al abad, monje.

La afirmación resonó por las paredes de piedra.

Joan se quedó paralizado. Tragó saliva. Sabía bien que Brambora pretendía hacerle hablar para adivinar su posición.

Sarah trató de mirar a través de la oscuridad, abriendo mucho los ojos.

—Y también he sido yo quien ha matado a esa parejita de amigos tuyos, los montañeros.

Un escalofrío recorrió la espalda de Joan en forma de latigazo. Se le escapó la voz en forma de aullido, fue incapaz de evitarlo:

—¡Sarah! ¿Es eso cierto?

Sarah contestó ya sin disimular los sollozos.

—Sí, Joan... Yo misma lo vi... Es terrible.

Joan escuchó unas zancadas sobre el suelo húmedo y terroso. Había delatado su posición, pero no se movió. Unai y María habían muerto por su culpa. Se sintió pesado, como si sus espaldas cargaran ahora con un lastre mucho mayor que la piedra que le entregó su maestro en Japón. Joan alzó la vista a aquella cúpula de roca. No tenía salida. Estaba rodeado de balas fabricadas con el más vergonzoso de los oprobios y con un asesino que deseaba su muerte más que nada.

Joan trató de calmar su agitada respiración. Notó cómo el asesino estaba cada vez más cerca de él. Palpó la pistola que tenía entre sus manos. Nunca antes había disparado una, pero lo haría en ese momento si era necesario. No dejaría que ese asesino se saliera con la suya. Ni tan siquiera tenía claro si la pistola funcionaría, pero era lo único que tenía a mano... Eso y su intuición.

Debía aprovechar la penumbra: cerró los ojos y se concentró. Buscó recrear mentalmente en qué lugar se hallaba del almacén, cómo estaban las cajas distribuidas y, según el ruido, por dónde se acercaría el asesino. Controló su respiración, haciéndola más y más profunda. Su cuerpo fue recuperando el control sobre sí mismo, capaz de medir cada gesto con precisión. Joan se puso en pie, silencioso.

Brambora seguía desplazándose en busca del monje. Percibía el sollozo de Sarah y eso le hizo concluir que todo el discurso que había soltado la investigadora no era una meta para atraer al monje: era sincera. Suis Viribus no solía aceptar dimisiones. O mejor dicho las aceptaba, sí, pero con el solicitante dispuesto en horizontal. En el mundo en el que se movía Brambora dejarse llevar por el corazón era pedir a gritos un fatal desenlace. Cuando acabara con el monje le tocaría el turno a ella.

Joan levantó su brazo empuñando el arma. Había escuchado cómo el asesino amartillaba su pistola. Apuntó a la negrura creyendo en su propósito. Sereno, aceptado ya el destino, con su mente en *samadhi*, se dispuso a acercarse un poco más a quien quería ser su verdugo. Temió que Sarah estuviera armada, que también fuera

a por él, pero prefirió confiar en que el llanto que la estaba consumiendo fuera sincero. Se notaba en plena conexión con sus facultades. No quiso alargar la espera. Comenzó a caminar.

Brambora, acodado sobre una caja, con la pistola bien sujeta, aguantó la respiración: ahí estaba. Muy sutilmente, oyó el caminar reposado del monje. Se dirigía hacia él.

—Perfecto —musitó.

Sarah se mantenía paralizada incapaz de moverse siquiera para buscar protección. Brambora iba a disparar.

El pulso de Joan descendió bruscamente. De repente lo vio. No percibía una imagen clara de quién pretendía matarlo, pero sí notó de una forma vivida su presencia y dónde se hallaba. Unos pocos metros enfrente de él, apuntándole con su pistola. Y advirtió también que estaba a punto de apretar el gatillo. Era el momento.

El silencio tenso se rompió de forma brusca. Se escucharon varios disparos del esloveno, que por efecto del silenciador parecieron escupitajos. Y se escuchó la ráfaga de la vieja ametralladora de Joan cuya fuerza casi le tiró al suelo. Los fogonazos lo iluminaron como fuego fatuo. La madera de las cajas crujió, mordida por algunas balas. Duró unos segundos.

Olía a pólvora.

Y un instante después, no se oía nada.

## Capítulo L

Silencio absoluto.

La oscuridad parecía haberse espesado todavía más. También el miedo. La estrepitosa ráfaga de disparos y su ulterior eco habían acallado las voces y los sonidos del interior de aquella caverna. Los pensamientos y los ánimos de los que restaban con vida se teñían de gris, cubiertos por una sutil cortina de polvo, serrín y fragmentos de roca.

Joan había tomado su decisión y había empuñado un arma con la intención de matar. Acabar con una vida era algo que distaba mucho de las reglas benedictinas que tan fielmente había seguido durante los últimos veinte años, pero sabía, o eso esperaba, que de haber logrado su objetivo habría hecho lo correcto. Habría provocado un mal menor para evitar un mal superior: por un lado la desolación, la vergüenza y la caída de Montserrat; y por el otro, el robo de un tesoro que debía ser devuelto al pueblo, justo de donde procedía.

El silencio comprimía aquella gruta y oprimía sus pensamientos.

—¿Sarah? —se atrevió a pronunciar. Encendió su linterna y buscó la silueta de la científica. Aun así, permaneció unos segundos oculto entre las cajas. No saldría hasta asegurarse de que el objetivo de su disparo había caído.

Sarah permanecía acurrucada entre las sombras, muerta de miedo y de desconcierto. Hizo caso omiso a la linterna de Joan, que la buscaba. Ni siquiera había escuchado sus palabras. En su oído solo resonaban los tiros ya pasados. El dolor que sufría por dentro y por fuera le nublabla el pensamiento. Ya no sabía si la que había recibido alguno de los disparos había sido ella. De repente, entre la oscuridad que se apelmazaba ante sus ojos, algo la despertó de su conmoción: la calidez de un fluido viscoso que se extendía bajo sus rodillas, incrustadas en el suelo. Con las manos temblorosas, acercó sus dedos hacia el origen de aquel río ennegrecido. El cuerpo de Brambora yacía inerte sobre una de las cajas. Su mano derecha buscó el pulso en el cuello de la víctima. No obtuvo respuesta alguna.

—Está muerto —anunció en un susurro apenas audible.

El monje enfocó con su linterna en dirección a Sarah y distinguió su figura hecha un ovillo, justo al lado del asesino derribado. Joan podía escuchar el resuello de Sarah, colmado de miedo y lágrimas. El monje pensó que quizá estaba malherida. Se acercó hasta ella.

—¿Sarah? ¿Te encuentras bien? —le preguntó mientras le acariciaba la espalda con suavidad. Era como si ya hubiera olvidado todo su rencor hacia ella.

—No.

A la luz de la linterna, Joan le levantó la mejilla con la mano. El rostro empapado y húmedo manchado de tierra y sangre apareció bajo el haz amarillento. Sarah no

estaba herida, solo asustada y con algunos rasguños.

—Ya está. Todo ha terminado —le dijo.

Joan aguardó expectante la reacción de Sarah. Todavía podía recuperar su antiguo cometido.

—Sí —respondió ella. Todo había terminado, se repitió, y empezaba a experimentar algo de alivio, o eso creía. Una enorme nube negra se había introducido precipitadamente por sus oídos, sus ojos y su boca, robándole toda capacidad para reaccionar. Estaba en estado de *shock*.

Joan hizo que se levantara del suelo y se separase del cadáver del esloveno. Cogió un botellín de agua de la mochila militar y le lavó la cara. Pero ella percibía todo como si su mente hubiera abandonado su cuerpo y lo contemplara desde la distancia. Escuchaba la voz de Joan pronunciando su nombre desde lejos, como si no fuera más que un eco. De pronto, el tacto de Joan sobre su rostro se hizo más evidente, y una fuerza volvió a empujarla al interior de ese cuerpo vacío.

Cuando sus pensamientos comenzaron a tomar forma, la primera consecuencia que se le hizo palpable fue que no podía volver a Suiza, ni al instituto... Debían darla por muerta para que pudiera empezar desde cero. Ahora dependía de Joan.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó mirándolo, ahora sí, a los ojos. Era la primera vez que lo hacía desde que él se había aproximado a ella.

Joan respiró hondo y observó a Sarah. Volvía a ser ella, la preguntona e inquisitiva de siempre. Y le estaba incluyendo en su plan, en el siguiente paso que debía dar.

—Debemos salir de aquí cuanto antes y mantener en secreto lo sucedido. Nadie debe saberlo —respondió.

—Lo sé, Joan. Y yo tengo que desaparecer, no puedo volver a mi vida anterior, no en estas circunstancias ni con estas muertes en mi conciencia.

Él trató de calmarla:

—Tú no has sido responsable de esas muertes.

—Sí, ya lo sé. Pero no quiero seguir vinculada a esa organización, no sabiendo que son capaces de... de todo esto. —Tragó saliva—. Quiero que entiendas que yo solo quería participar en una iniciativa que mejorase nuestra Europa. Y ahora... —Se mantuvo pensativa durante unos instantes.

Joan respetó su silencio. Apoyó su mano cálida sobre el brazo de Sarah.

—Joan —siguió—, tengo que convertirme en una fugitiva. A mí tampoco me interesa que se sepa nada de lo que acaba de suceder. Por mi seguridad es mejor que crean que he muerto. Podría irme a Francia, donde tengo amigos que me acogerán una temporada. A partir de ahí me procuraré una nueva identidad y después... ya veremos.

—¿Qué organización es esa de la que tienes que huir? ¿Es el Institut Lavinier pour la Vérité? —Quiso saber Joan. Sarah cabeceó negativamente.

—Cuanto menos sepas mejor. No quiero que te involucres.

Sin ocultar cierto tono sarcástico, el monje replicó:

—Creo que ya estoy involucrado. —Señaló el cuerpo de Brambora.

—Tienes razón, pero no creo que saber más sobre Suis Viribus te aporte nada. Solo pretendo protegerte. Además —dejó un leve silencio antes de continuar—: hay otra cosa en la que pensar antes de mi marcha. —Posó sus manos sobre las del monje —. Qué hacer con los... con esos chicos, los montañeros...

Joan tensó la mandíbula y bajó la mirada.

—Tienes razón, si los encuentran todo acabará por salir a la luz. ¿Dónde están... dónde están los chicos?

—Los dejó en el interior de su furgoneta.

—¿Y las llaves? —preguntó Joan.

Sarah se inclinó y rebuscó en la mochila. Mostró a Joan las llaves de la Volkswagen.

—Bien, verás: —Joan se esforzaba en actuar con frialdad y no dejarse llevar por el remordimiento y el dolor—. Deberías conducir esa furgoneta lejos de este lugar y abandonarla con los cuerpos de los dos jóvenes en algún monte alejado. Si vas a Francia lo mejor es que entres por Navarra. En cuanto llegues allí, abandona el vehículo y sigue tu camino usando otro coche, o mejor el tren... Navarra está cerca de donde vivían esos jóvenes. Creerán que estaban de vuelta.

Joan sabía que el destino que habían sufrido Unai y María era culpa suya. Y que se pasaría el resto de su vida con esa roca sobre su espalda. María, con esa actitud contestataria disfrazando su gran humanidad; Unai, tan tímido y sumiso a las palabras de ella. Recordó la despedida y sintió una fuerte presión en el pecho. Su tormento no había hecho más que empezar. Lágrimas de tristeza y condenación asomaron bajo los párpados de Joan.

—¿Y si me descubren? —Sarah trajo a Joan de vuelta.

—Es mejor para todos que eso no ocurra —respondió limpiándose las lágrimas con disimulo—. No tenemos otra opción.

—Está bien. Es cierto.

Sarah asumió cuál era su siguiente destino. Con la desaparición de Brambora y la suya propia, nadie tendría la certidumbre de que aquel tesoro no fuera más que una leyenda.

—¿Habéis llegado hasta aquí en coche? —preguntó Joan.

—En el Mercedes alquilado por Brambora —contestó asintiendo—. Ladislav Brambora, ese era su nombre. —Sarah señaló el cuerpo.

Era la primera vez que Joan escuchaba el nombre completo de aquel asesino. Como él, sonaba aterrador.

—Entonces nos falta decidir qué hacer con su coche —afirmó Joan.

—Por eso no debes preocuparte. Lo tenía alquilado bajo un nombre falso. Nadie podrá explicar adónde fue ni por supuesto que murió aquí.

Joan cabeceó lentamente. Revisó mentalmente si restaba algún otro cabo por atar.

Cuando creyó que no, miró a Sarah con expresión sólida.

—¿Preparada para realizar el descenso más vertical de tu vida? —preguntó. No le sorprendió descubrir que había vuelto a sentir un gran cariño por aquella mujer, cómplice y única testigo de todos sus pecados.

—Espero que sea algo más dulce que la subida —respondió Sarah. En su rostro, una sonrisa tímida.

## Epílogo

MONTSERRAT, 20 DE MARZO DE 2010

La abadía descansaba al fin bajo la pálida luz nocturna. El frío mostraba su cara más afilada en unas horas bastante intempestivas. Bajo las sombras todavía débiles, alargadas, todo estaba tranquilo. Un silencio impenetrable, apenas atravesado por el débil susurro del viento, parecía congelar el tiempo y lo aletargaba. Nada parecía predecir los acontecimientos de aquel día, igual que nada predijo los hechos que se habían desarrollado medio año atrás, condensados en apenas un mes; en el aciago mes de septiembre en que el abad Josep murió y los cimientos de la congregación temblaron. Pocas personas conocían lo cerca del abismo que había estado el monasterio de Montserrat. Sentado frente al órgano que se bendeciría oficialmente aquella tarde, sobre una larga banqueta que acumulaba el peso de la historia y de cientos de insignes organistas, Joan parecía entregado en cuerpo y alma a la contemplación de aquella obra. No la había hecho él. Ni tan solo había participado en su diseño o planificación, pero, de un modo que nadie conocería nunca, había colaborado en hacer posible su plácida inauguración.

Allí sentado, con la vista posada en los brillantes tubos de metal que proporcionarían la característica sonoridad al órgano, se reproducían en su cabeza los hechos acaecidos. Su salida de Japón, sugerida por su voz interior, precipitada por los acontecimientos, provocada por un individuo proveniente de una organización de la que incluso ahora poco sabía... Todo se había mezclado en su cabeza y solo entonces, pasado un tiempo reparador que había hecho macerar sensaciones y recuerdos, podía contemplar desde la distancia la compleja estrategia que hubo detrás de todo.

Joan se sentía el poseedor de la clave del enigma. «El hombre mira al espejo, el espejo mira al hombre». Una clave que había desentrañado él, con la inestimable ayuda de toda una serie de circunstancias. Veía, ahora ya con claridad, que ese *koan* no era para pensarlo y resolverlo, sino que había estado representándolo como si de un nimio taumaturgo se tratara. A base de crasos errores, había descubierto que le bastaba con alejarse del problema.

Unai y María habían sido hallados cerca de la frontera francesa, en Navarra, con sendos tiros en la cabeza; las circunstancias de la muerte aún estaban por esclarecer. El único cadáver que permanecería oculto en aquella cueva deshonrosa sería el de un demonio, en el extremo profundo del Dedo de Dios, insepulto. Ese y el de todos los inocentes que murieron por el arsenal del oprobio.

Ya no le atenazaban a Joan los remordimientos por haber segado una vida. Sabía que había estado entre la espada y la pared, en una tesitura en que las teorías debieron dejar paso a los hechos, con decisiones tomadas en cuestión de segundos: él o el



demonio. Volviendo la vista atrás sabía que había actuado correctamente. Que se trataba de él y de la abadía frente a la avaricia de una organización corrupta e interesada.

Y luego estaba Sarah. Su sola mención le despertaba sentimientos contradictorios, sentimientos que era preferible no avivar. Los dejaría enterrados en lo más profundo de la conciencia, junto con el recuerdo de aquellos días de búsqueda. Un nombre recorrido de un aura mítica volvió a él en forma de eco. Ladislav Brambora, qué extraña sonoridad. La última identidad escogida por el esloveno a cuyo nombre había alquilado un coche de lujo había desaparecido sin dejar rastro, sin devolver el suntuoso vehículo que la policía, a instancias de la compañía de alquiler, buscó y encontró en el inicio de un camino cercano al aparcamiento de Can Maçana. Pero el esloveno que representaba aquel falso papel sí había dejado huellas: Joan ya no volvería a ser el mismo. Brambora. La sonoridad se iba diluyendo como un azucarillo en el café y ya solo era una palabra en el recuerdo, un conjunto de letras pronunciadas una detrás de otra, una cara apenas recordada.

Y una organización de la que tan solo se había quedado con el nombre: Suis Viribus, con las propias fuerzas. Joan desconocía el alcance de esa fuerza, pero Sarah había insistido con rotundidad en que olvidar aquello era lo más sensato. Había tantas cuestiones que se le escapaban... Joan pensó en el niño que un día fue, transformado ahora en un hombre de poco más de treinta años. Se había enfrentado al mayor desafío de su vida, y al mover los dedos sobre el teclado y sentir la suavidad del pulido marfil bajo las yemas sintió que podía recuperar su infancia. Al pisar un pedal, la máquina empezó a restallar en sonidos que llenaban de solemnidad el aire espiritual de la basílica.

Las notas de las variaciones canónicas de Bach recorrieron el ambiente con ligereza. Joan, en un simple ensayo de entretenimiento mientras esperaba al concertista, disfrutaba con aquella partitura que había tocado en tantas ocasiones y que le inundaba el cuerpo de una grata sensación de bienestar. El nuevo órgano era perfecto, una máquina portentosa que aunaba dignidad y contundencia, efectividad y tradición. El sonido iba llenando con parsimonia, sin prisas, los doce mil kilos que conformaban la maquinaria. Los brillantes tubos de metal dejaban escapar el sonido y lo esparcían con tenacidad.

En un rincón muy discreto, tres tubos de uno de los entramados más pequeños habían sido sustituidos a última hora para desesperación del maestro Blancafort, el constructor organista. La vehemente súplica de aquel monje que se había presentado de improviso resultó muy persuasiva. Se trataba, dijo, de un tributo, de un homenaje que debía pasar del silencio a la sonoridad más exquisita. Blancafort confió en la imploración de aquel hombre y los nuevos tres tubos se fabricaron con el material que él mismo proveyó. El resultado en sonido fue idéntico; solo el color, un dorado apagado, no era el mismo que el de los tubos adyacentes.

A medida que tocaba, Joan iba abandonando los recuerdos y remordimientos que

en esa mañana se habían agolpado unos con otros, unos contra otros. Se escurrían por entre sus dedos imparables sobre las suaves teclas. El metal precioso de aquellos sencillos tres tubos fue filtrando los desastres lenta y dócilmente.

Joan se sintió ligero y confiado.

Una pequeña parte del arsenal precioso había sido bien empleada. Un homenaje a tantas vidas truncadas. La música, una esperanza.

\* \* \*

—Lo siento, pero todo este asunto me ha pillado a contrapié y no me ha dado tiempo a actuar.

—Este asunto era tu problema desde el principio y debiste actuar en cuanto te enteraste. No me vengas con excusas. Ahora hemos perdido la pista y quiero... Queremos recuperarla como sea.

—No me atosigues.

—No te atosigo. La pelota está en tu tejado. Mueve ficha y danos soluciones, no problemas. No podemos esperar más.

—No fallaré, Jonás.

—No puedes. Y menos ahora que eres el nuevo abad. Tú decides.

El teléfono se cuajó en un sonoro golpetazo al otro lado de la línea. En este, la mano blanda y arrugada del nuevo abad de Montserrat posó con suavidad el auricular, como si con aquel gesto desencadenase los hechos que faltaban por venir y diese continuidad a una rueda que ya había sido puesta en marcha seis meses atrás, con la llegada de un gigante sombrío, o setenta años atrás, con el advenimiento de un dictador nefando tras una guerra fratricida.

Los oscuros faldones del hábito apenas rozaban el suelo e impedían ver el movimiento de los pies. Daba la sensación de que un ángel negro que flotaba sobre el impecable pavimento de la abadía de Montserrat se iba alejando poco a poco hacia su interior, por unos pasillos cada vez más lóbregos, cada vez más oscuros; cada vez más inciertos y peligrosos.

## Agradecimientos

En la creación y escritura de esta novela, múltiples son los agradecimientos que debo a personas que, siendo o no conscientes de ello, han contribuido a que la historia tomara forma y pudiera ver la luz. Varios círculos —familiar, profesional y social— han aunado sus alientos en aquel altruismo que a todos nos hace creer en la bondad humana.

En especial, quisiera agradecer a la editora Susana Sánchez su profesional y paciente contribución a descubrir y modelar un talento y un proyecto que nació en sus manos. También a Miriam Vall, la editora que con su eterna sonrisa se ha ocupado de la etapa de realización final. Al doctor en informática Jordi Torres, hoy catedrático del departamento de Arquitectura de Computadores de la Universitat Politècnica de Catalunya, y al Barcelona Supercomputing Center por la visita al apasionante mundo de la supercomputación y la contemplación silenciosa del Mare Nostrum, el monstruo de los más de diez mil procesadores. Al ingeniero Francesc Magrané, siempre sorprendiendo y nunca dejando indiferente, por su contribución a la encriptación y desencriptación de mensajes cifrados. A la doctora Florensa por su amable y especializada puntualización de los aspectos médicos. Y a Rómul Santacana, excepcional en su buen humor, incluso cuando habla de temas tan serios y peligrosos como el montañismo y la escalada de alto nivel; su pasión por el entorno montserratino guio las excursiones reales por los senderos del macizo y bordó sus correcciones y sugerencias.



VÍCTOR AMAT, es un seudónimo de Màrius Mollà, apasionado lector de buenas historias bien contadas y un admirador de los personajes de la Historia que han llevado a cabo proyectos revolucionarios. En su literatura confluyen un conjunto de ideas y proyectos vinculados a las distintas áreas del periodismo, el cine y la televisión. Su debilidad son las novelas de circunstancias y contextos revolucionarios. Trabaja actualmente en Barcelona como ingeniero industrial. Ha recorrido medio mundo promoviendo el desarrollo y la innovación. De la unión de estas dos inquietudes nace su vocación literaria.

# Notas

[1] Despertar budista. <<

[2] En latín, «con las propias fuerzas». <<